



Lágrimas
EN LA
lluvia

Josephine Lys



Lágrimas
EN LA
lluvia



Josephine Lys

©2020, Lágrimas en la lluvia

© 2020 Josephine Lys

Corrección: Violeta Triviño

Diseño portada y contraportada: Nune Martínez

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de la misma

sin el consentimiento expreso

y por escrito de la autora.

A mi madre, mi faro en la oscuridad

[CAPÍTULO I](#)
[CAPÍTULO II](#)
[CAPÍTULO III](#)
[CAPÍTULO IV](#)
[CAPÍTULO V](#)
[CAPÍTULO VI](#)
[CAPÍTULO VII](#)
[CAPÍTULO VIII](#)
[CAPÍTULO IX](#)
[CAPÍTULO X](#)
[CAPÍTULO XI](#)
[CAPÍTULO XII](#)
[CAPÍTULO XIII](#)
[CAPÍTULO XIV](#)
[CAPÍTULO XV](#)
[CAPÍTULO XVI](#)
[CAPÍTULO XVII](#)
[CAPÍTULO XVIII](#)
[CAPÍTULO XIX](#)
[CAPÍTULO XX](#)
[CAPÍTULO XXI](#)
[CAPÍTULO XXII](#)
[CAPÍTULO XXIII](#)
[CAPÍTULO XXIV](#)
[CAPÍTULO XXV](#)
[CAPÍTULO XXVI](#)
[CAPÍTULO XXVII](#)
[EPÍLOGO](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)
[SOBRE JOSEPHINE LYS](#)

CAPÍTULO I

Inglaterra, 1834

Jane miró al conde de Sathfolk intentando mantener una expresión neutra. Por nada del mundo quería que se diese cuenta de que lo que acababa de decirle la había dejado sin palabras. Sintió que le temblaban ligeramente las manos antes de hablar.

—Si lo he entendido bien, quiere que me comprometa con usted durante un año y después rompa el compromiso, ¿no es cierto?

Lord Sathfolk se inclinó en su asiento lo suficiente para que la distancia entre ambos disminuyera. Jane tragó saliva despacio. Aquel hombre imponía en todos los sentidos. Su pelo castaño, ligeramente ondulado, más largo de lo que dictaba la moda, le confería un aspecto felino y acentuaba sus ojos gris humo penetrantes e hipnotizadores. Y había algo más, algo oscuro y misterioso que parecía rodearle y que atraía a los demás hacia su persona como la tela de araña seduce a su presa. Jane intentó concentrarse en otras partes de su anatomía para tranquilizarse, pero aquello definitivamente fue peor para su salud mental. Su rostro, que podría haber sido esculpido por el propio Miguel Ángel, era tremendamente atractivo y la cicatriz que le cruzaba desde la barbilla hasta el pómulo izquierdo, en vez de afeár su apariencia, acentuaba aún más su marcada masculinidad.

Jane supo desde ese instante que las historias que había escuchado sobre él entre cuchicheos en los bailes de sociedad debían de ser ciertas. Estando ante él no podía menos que reconocer que el conde de Sathfolk era distinto.

—Exacto, ha hecho un resumen perfecto —contestó el conde, aparentemente satisfecho.

Jane interrumpió sus pensamientos y miró a Sathfolk a los ojos. Este esbozó una pequeña sonrisa. Una que hizo que los pelos de la nuca se le erizaran.

—No puede hablar en serio. No me conoce de nada. ¿Por qué yo?, y ¿por qué cree que iba acceder a algo así? —dijo Jane con un tono que no dejaba lugar a dudas de lo que pensaba de aquel disparate.

Sathfolk la miró fijamente a los ojos. Cuando aquella mañana decidió llevar a cabo su plan, no imaginó que se encontraría con la mujer que tenía delante. Lady Jane Valen, hija del vizconde de Trivein, no era como había esperado. Sus grandes ojos azules que le miraban de forma inquisitiva, suscitaban su curiosidad. Para un espectador inexperto pasaría inadvertida la celosa barrera que la señorita Valen intentaba interponer entre sus verdaderas emociones y lo que realmente expresaba, pero él podía ver que había más, mucho más detrás de aquella pose.

Solo llevaba de vuelta en Londres un mes después de diez largos años de ausencia. Su hombre de confianza en la ciudad le había pasado un informe de las damas que pudieran ajustarse a lo que él necesitaba, y Jane había sido la que más le intrigó, a pesar de no ser ni mucho menos, de entre todas ellas, la que tenía más posibilidades de aceptar su proposición. Sin embargo con lo que no había contado era con el ímpetu y el orgullo que podía ver claramente en su mirada.

—Tiene todo el derecho a saber cuáles son mis motivos y le haré partícipe de ellos si me da su palabra de no desvelar a nadie esta conversación si finalmente no accede a mi proposición. No es que dude de su discreción — continuó Hunter antes de que la protesta de Jane ante sus últimas palabras saliera de sus labios— pero es de vital importancia para mí que esto quede entre usted y

yo.

Jane le miró como si estuviese borracho.

—Aunque quisiera subirme a la torre de Londres y proclamarlo a los cuatro vientos no lo haría, por la sencilla razón de que su proposición es tan absurda que difícilmente puede creerse. Yo misma no doy crédito y, sinceramente, aún estoy esperando a que me diga que es una broma. Pero, claro, ¿por qué querría hacerme ese tipo de broma si no nos conocemos? Podría ser una apuesta, muy de moda en la actualidad, pero los días en los que yo era popular por cierto hecho de mi pasado, del que estoy segura está al corriente y que seguramente será la razón por la que ha considerado seriamente mi candidatura a prometida del año, han quedado atrás. Así que no creo que esa sea la razón, aunque no puedo descartarla del todo. Otra posibilidad que ha ido ganando fuerza según iba transcurriendo esta entrevista es la de que usted esté loco. —Dijo esto último con un gesto con los dedos de su mano derecha a la altura de la sien, lo que otorgaba mayor énfasis a sus palabras—. Si nos dejamos llevar por los rumores que han circulado sobre usted durante estos últimos años, el único nieto del duque de Argoll, que con solo dieciocho años toma la herencia y el título de su abuelo materno, el conde de Sathfolk, y desaparece de Londres para viajar por el mundo, puedo estar segura de que la inmensa mayoría de la gente apoyaría esa teoría. De hecho ya hay muchos que le tachan exactamente de estar enajenado mentalmente, pero por su mirada, su comportamiento y su forma de expresarse, lo de estar loco se me antoja demasiado ambiguo. Yo diría que es más bien excéntrico. Así que, volviendo a su pregunta, creo que por el bien de los dos guardaré discreción sobre lo que sea que está haciendo, porque aunque me ha quedado clara su proposición, lo que me tiene perdida es su intención. Además, de no guardar silencio bien podrían internarme en un sanatorio mental junto a usted —continuó Jane sin detenerse ni un segundo—. Pero hay una excepción: mi hermano.

Hunter estaba realmente impresionado con la diatriba de lady Jane Valen. Ella no había dudado, no había apartado los ojos de los suyos, y sin ninguna sutileza pero sí con mucha clase y una energía arrolladora le había lanzado el discurso más directo, punzante y, por qué no decirlo, elegante, que había escuchado en su vida. Y todo eso sin que él pudiese dar testimonio de haberla visto tomar aire ni una sola vez entre frase y frase. Había sido un vapuleo verbal de primer nivel. Y a Hunter le fascinó. Decididamente, quería a lady Jane Valen como prometida.

—Perdone por lo que voy a decir, quizás crea que estoy desprovisto de un mínimo de delicadeza, de la que, dicho sea de paso y siguiendo con su ejemplo de sinceridad, carezco completamente, pero por lo que sé, pensaba que su hermano había muerto hace unos años. No sabía que tenía otro hermano.

La cara de Jane se ensombreció en cuanto escuchó esas palabras, sin embargo, aunque el dolor seguía vivo en su interior como si su hermano Alec hubiese fallecido el día anterior y no cinco años atrás, su capacidad de reacción fue casi instantánea. Después de todo lo que había pasado, era una experta en camuflar sus sentimientos y reacciones. Recompuso sus gestos en cuestión de segundos, pero su tristeza no pasó inadvertida para Hunter.

—Es verdad que mi hermano Alec murió, pero conozco a lord Sterling Herdford desde que tengo memoria y siempre fue un hermano tanto para Alec como para mí —dijo Jane mientras tomaba el pequeño plato de pastas que había sobre la mesa que los separaba y se lo ofrecía a Hunter—. Lord Sathfolk, ni siquiera voy a plantearme lo que sea que me esté ofreciendo, que por cierto ya no sé ni cómo definirlo, si no consiente en que sea completamente sincera al respecto con Lord Herdford. Él debe saberlo, no solo porque me niego a mentirle, sino porque Sterling me conoce mejor que nadie en el mundo y créame que en cuanto empezara esta pantomima, él sabría

con solo mirarme que no es real. No soy tan buena actriz. Tanto mis padres como mi hermano ya no están, así que Herdford, junto con mi querida tía abuela Amy, con la que vivo, son la única familia que me queda.

Hunter tomó una pasta de limón con forma de estrella de mar y se la llevó a la boca. Estaba deliciosa. Por lo que había podido comprobar a la entrada, tanto Jane como su tía abuela se encontraban en una situación financiera delicada. Solo había visto a una mujer del servicio, la que le había abierto la puerta y, después de avisar de su visita a lady Jane Valen, le había acompañado a aquella pequeña estancia en la que ahora estaban tomando el té con pastas. Por lo que había podido observar y en base a que llevaba un delantal manchado de lo que parecía mermelada de grosella, además de la ama de llaves, era también la cocinera. La mancha de harina que llevaba Jane pegada en la mejilla derecha y de la que parecía no ser consciente, sin duda era producto de haber ayudado también en la elaboración de la merienda de la que ahora disfrutaban. Eso le había puesto rostro al informe que el señor Withman le había redactado en cuanto a la situación económica de lady Jane Valen, que aunque no alarmante, a largo plazo podía generarle muchos problemas. Definitivamente, le gustaba aquella mujer. A pesar de que el trato que le proponía era ventajoso para ella, esta no dudaba en rechazarlo si no obtenía de él aquella promesa. Eso indicaba varias cosas. Seguridad, principios, lealtad, orgullo.

—Si usted responde por Herdford y su discreción, no tengo problema en que él lo sepa. Pero ahí debe quedar su necesidad de compartir nuestro pequeño secreto.

Jane le miró fijamente como si intentara desentrañar algún misterio.

—Ha cedido muy rápido. ¿Por qué?

Hunter arqueó una de sus cejas divertido.

—Si hubiese sido usted la destinataria de su efusivo discurso créame que también habría cedido. He temido que si oponía más resistencia me daría otro.

Jane esbozó una pequeña sonrisa que llegó hasta sus ojos, eliminando parte de la tristeza que se había instalado en ellos al hablar de su hermano.

—Inténtelo de nuevo, pero esta vez dígame la verdad. El sarcasmo le sienta bien, pero a mí a veces se me atraganta.

Hunter había dado otro mordisco a la pasta de limón cuando Jane habló. No se esperaba esas palabras y, como fruto de ello, parte de la pasta se le fue por otro lado. Tosió y las migajas salieron volando hasta el rostro de Jane, que estaba enfrente. Los ojos desorbitados de la joven al recibir aquel inesperado ataque sobre sus mejillas y su expresión de sorpresa y perplejidad fueron suficientes para que Hunter, sin poder evitarlo soltara una carcajada, a pesar de que quería poner su gesto más adusto para pedirle perdón.

—Lo siento de veras —dijo sin poder dejar de reírse.

Jane lo miró fijamente y cuando Hunter creyó que lo echaría de allí totalmente ofendida por lo que había hecho, volvió a sorprenderle. Primero fue con una pequeña sonrisa, una que iluminó por completo sus ojos azules y perfiló unos pequeños hoyuelos en su rostro. El efecto que causó todo ello junto al sonido de su risa cuando esta llegó, solo unos segundos después, suave y espontánea, haciendo que sus hombros se movieran con una gracia innata, hizo que Hunter se tensara de forma inconsciente, conteniendo la respiración.

Jane dejó de reírse cuando vio la intensidad con la que lord Sathfolk la miraba. Se limpió con una pequeña servilleta en la que estaban bordadas las iniciales de su familia y se centró de nuevo en el conde.

—Me ha sorprendido que no me preguntara por mi tía Amy. Imagino que piensa que lo normal

hubiese sido, puesto que vivo con ella, elegirla como la persona a la que confiar este secreto.

Hunter la miró. Jane le observaba, esperando que él le diese alguna explicación que fuese medianamente creíble. No iba a insultar la inteligencia de aquella mujer haciendo precisamente eso. Aunque se habían conocido esa misma tarde, la respetaba lo suficiente como para devolverle la misma sinceridad con la que ella lo había tratado.

—Sé que su tía está enferma desde hace mucho tiempo. Su salud, aunque no es preocupante, sí es delicada. Imagino que no quiere crearle una preocupación innecesaria cargándola con algo así. Sé que usted normalmente es la acompañante de la marquesa de Danword en los diversos eventos a los que esta asiste. Imagino que no será precipitado por mi parte aventurar que Herdford también suele acompañarlas y que, al ser como su hermano, prefiera elegirle a él como destinatario de su confianza.

Hunter vio cierto respeto en la mirada que Jane le dedicaba, como si sus palabras hubiesen sentado un precedente en la relación entre ambos.

—Ahora escucharé su proposición —dijo Jane después de observarle durante uno segundos—. Antes me ha dicho que este acuerdo sería ventajoso para ambos y créame que todavía no logro ver en qué sentido esto puede beneficiarme.

Hunter tomó otra pasta.

—Esta vez procure que todo quede dentro de su boca —dijo Jane enarcando una ceja cuando vio el brillo canalla en los ojos de Hunter, desafiándole a soltar lo que había deseado contestarle. Porque Jane, a tenor de esa mirada, sabía que Sathfolk se estaba mordiendo la lengua.

—A pesar de su evidente reticencia, sé que usted sería la prometida perfecta —dijo Hunter con expresión seria, haciendo un gesto con la mano para que Jane le dejase terminar—. Sé lo que va a decir, que no la conozco lo suficiente como para poder hacer tal afirmación, pero no me hace falta más. —El gesto desconfiado de Jane le arrancó una tenue sonrisa a Hunter antes de seguir—. Es sincera, directa, no hace juicios de valor por rumores ajenos, es leal, tiene principios y defiende a los suyos con tenacidad. Es elegante, tanto en su porte como en la forma de expresarse. Tiene una gran perspicacia y odia que los demás intenten insultar su inteligencia u obviarla por el hecho de ser mujer. Es muy hermosa, eso es evidente, pero no le gusta que sea solo eso lo que la defina.

Jane le miró fijamente y Hunter juraría que vio en sus ojos un atisbo de reconocimiento.

—Debe saber que mandé a mi hombre de confianza a que realizara un informe sobre usted. Por ello sé que su situación económica es delicada. Si accede a ser mi prometida durante un año, le garantizo una renta anual de por vida suficiente para que viva con comodidad. De ese acuerdo nadie estará al tanto, será estrictamente confidencial, puesto que, de saberse, sería sin lugar a dudas malinterpretado y lo último que deseo es perjudicarla. ¿Quiere saber ahora de mis razones, o prefiere que demos por terminada esta conversación?

Jane agradeció la sinceridad con la que Sathfolk, de forma directa y sin subterfugios, expuso lo que tenía que ofrecer. En otro tiempo, su orgullo se hubiese interpuesto en su proceder, pero ahora había más en juego. No podía desechar aquella propuesta así como así.

—Quiero escuchar sus razones.

Hunter asintió con la cabeza, mirándola fijamente.

—Como bien ha dicho antes de forma resumida, mi abuelo materno falleció siendo yo su único heredero directo varón que continuaba con vida. De él heredé el condado y una cuantiosa suma de dinero. El condado lo dejé bajo la administración del hombre del que antes le he hablado, y con parte de la herencia fui a recorrer el mundo, como sabe. Han sido diez años de ausencia. El trato con mi padre no era el mejor, y mi madre acababa de fallecer por una corta enfermedad. Mis

deseos de alejarme de todo habían arraigado durante largo tiempo debido a la nefasta relación que tenía con mi padre, así que cuando pasó lo de mi madre, aquello me dio el empujón final. La herencia de mi abuelo lo único que hizo fue darme las herramientas para poder llevar a cabo mis deseos. Sin embargo, sí dejé a alguien querido aquí. Mi abuelo paterno, el duque de Argoll.

»En estos diez años en el extranjero he hecho muchas cosas, entre ellas crear una empresa naviera junto a mi socio y amigo, el señor Liam Connolly. Empezamos con un barco y hoy en día contamos con catorce. Hace unos meses recibí una misiva de mi abuelo. Aunque distanciados, siempre nos hemos mantenido en contacto a través de las cartas. Desde la muerte de mi padre, esa correspondencia se hizo más asidua. En ella nunca dio signos de que algo ocurriese, por eso la carta de hace unos meses me sorprendió. Mi abuelo está enfermo y el médico no le ha dado mucha esperanza de vida. Soy su único heredero, así que cuando me pidió en esa carta que volviese a Londres supe que no le quedaba mucho. Quiero a mi abuelo, pero es un hombre orgulloso. Jamás me hubiese pedido que volviese si no viera próximo su final. Así que en estos meses he trasladado parte de la empresa a Londres, así como su gestión. Cuando vi a mi abuelo, pensé que los reproches y mi larga ausencia, nunca mencionados en sus cartas, serían las primeras palabras que oiría de su boca, sin embargo no fue así. Vi al hombre que recordaba, fuerte, directo, orgulloso, casi quebrarse cuando me abrazó. Estuve toda la tarde con él, como si esos diez años en los que estuvimos sin vernos hubiesen sido solo unas escasas horas. Hemos retomado la relación donde la dejamos cuando me fui, y la única petición que me ha hecho es la de verme comprometido antes de exhalar su último aliento. Quiero otorgarle eso.

—¿Mintiéndole? —preguntó Jane con el entrecejo fruncido.

Hunter esbozó una triste sonrisa

—Yo me hice la misma pregunta, pero no veo otra opción. No voy a comprometerme con ninguna mujer a la que no ame. Y mi abuelo no dispone del tiempo suficiente para que eso ocurra. Solo quiero cumplir su deseo antes de que deje este mundo. Y no sería una mentira. Nuestro compromiso será real durante el tiempo en que él permanezca con vida, que según los médicos, no será más de un año. En ese tiempo le seré completamente fiel, estaré a su entera disposición y será mi prioridad. No espero que lo entienda. Solo quiero que él esté tranquilo y feliz el tiempo que le quede.

Jane miró a Hunter con seriedad, evaluando cada palabra dicha. Al cabo de unos segundos, tomó una decisión.

—De acuerdo, lord Sathfolk. Lo haré, pero con una condición.

Hunter esbozó una sonrisa.

—¿Cuál? —preguntó él inclinándose un poco hacia delante para estar más cerca de Jane.

—Debe prometerme que cuando esto acabe, seré yo quien rompa el compromiso.

Hunter frunció el entrecejo. Por supuesto que ella sería quien rompiera el compromiso. ¿Por qué tipo de canalla le había tomado? Y entonces recordó que lady Jane Valen había sido la comidilla de Londres cuando, tres años atrás, había sido abandonada por su prometido a escasas semanas de la boda. Él había roto su compromiso y todo tipo de rumores habían circulado sobre esa cancelación, y ninguno favorable para Jane. Si no hubiese sido por el apoyo de la marquesa de Danword y por algunas damas más pertenecientes a la más alta sociedad de Londres, Jane hubiese sido desterrada de la vida social.

—Jamás hubiese pensado que fuese de otra manera. Tiene usted mi palabra.

Jane esbozó una sonrisa triste e irónica antes de terminar.

—No se ofenda, lord Sathfolk, pero prefiero su firma en un papel contemplando dicha

condición mejor que su palabra.

La amplia sonrisa de Hunter hizo que el estómago de Jane diese un vuelco.

—No me ofende, al revés. Será todo un placer hacer negocios con usted, lady Jane Valen.

CAPÍTULO II

Sterling D. Herdford miró a Jane como si esta se hubiese vuelto loca.

—¿Te has bebido al completo la reserva de *whisky* de Escocia o es que te has fumado todo el opio de los fumaderos de Londres?

Jane puso los ojos en blanco. Dave, como ella llamaba a Sterling, tenía los brazos en jarras y un mechón de su pelo rubio caía sobre su frente otorgándole, si eso era posible, un aspecto más bello. Herdford tenía unas facciones perfectas que le hacían uno de los hombres más atractivos, guapos y deseados de todo Londres. Jane tenía ojos en la cara y desde que eran niños había sido testigo de esa belleza sin igual, aun cuando nunca despertó en ella esa clase de atracción o de amor por Sterling. Su relación siempre fue fraternal y su confianza plena. Había estado muy unida a su hermano Alec, pero su mayor confidente había sido siempre Dave. No sabía si era por todo lo que había pasado a su lado, o por esa fuerza, lealtad y absoluto amor que su amigo le demostraba día a día, pero lo cierto es que nunca había habido secretos entre ambos.

Sus ojos verdes la miraban con intensidad y preocupación, una mirada que se alejaba y mucho de la que paseaba en las fiestas y eventos de Londres. Dave tenía la fama del típico aristócrata mujeriego, vividor y despreocupado al que solo le interesaban la última moda y las juergas a las que podía asistir. Elegante hasta decir basta, esa mañana se había acercado a visitarla para acompañarla a la modista. Quería que le hiciesen a Jane un vestido nuevo para el baile que tendría lugar ese fin de semana en casa de lady Brough.

—Ninguna de las dos cosas, y deja de ser sarcástico, por favor —dijo Jane dando toquécitos con la punta del zapato en el suelo.

Sterling miró el movimiento del pie de Jane. Sabía que solo hacía ese gesto cuando estaba perdiendo la paciencia.

—Si vas a decir que lo de ser sarcástico no me pega, replantéatelo. Sabes que es una de mis mejores cualidades, y para tu información esta vez no estaba siendo sarcástico. Es la única explicación lógica a todo lo que acabas de contarme. Esa, o que te has vuelto tarumba.

Jane suspiró, tomando más aire del que necesitaba.

—Si me has escuchado con atención, entenderás porque he aceptado. El trato que me propone lord Sathfolk es muy bueno. Con el dinero que obtendré con él, podré vivir tranquila y, además, ayudar mucho más de lo que ahora podemos permitirnos.

Vio una sombra cruzar los ojos de Dave cuando acabó de hablar y que se adueñó de su mirada solo unos segundos. Tenía que haberse mordido la lengua. Lo último que deseaba en el mundo era decir o hacer algo que molestase a Dave. Jane lo conocía tan bien que esos pequeños detalles que pasarían inadvertidos para un ojo extraño, para ella eran claros y relevantes. Dave se había cargado a su espalda la responsabilidad de velar por su bienestar y el de su tía Amy desde que el hermano de Jane murió, y se culpaba por no ser capaz de ofrecerles más, cuando para Jane todo lo que había hecho Dave por ella era extraordinario. Ni en un millón de años podría devolvérselo.

—No quería decir que...

La mano levantada de Dave paró en seco sus palabras.

—¿Por qué no, Jane? Es la verdad —dijo Dave con una leve sonrisa y la mirada intensa fija en ella—. Sé lo que has querido decir, no lo pienses más. Tranquila, no pasa nada —continuó

exonerando de esa manera a Jane de sus desafortunadas palabras. Dave era el hombre más fuerte que había conocido jamás, pero a pesar de ello tenía sus debilidades, y la mayor de ellas era Jane—. No quiero que te vuelvan a hacer daño. Lo último que deseo es que tengas que pasar por lo mismo otra vez.

Jane se acercó a Dave y le tomó de la mano.

—No será lo mismo. Este compromiso no es real y lo romperé yo. Y, Dave... por favor, sé todo lo que haces por nosotras, pero no puedo soportar ser una carga para nadie, y menos para ti.

La furia, esa que en escasas ocasiones se hacía presente de forma tan evidente en el semblante de Dave, cruzó su mirada con verdadero fervor.

—Jamás vuelvas a decir eso, Jane. Tú nunca serías una carga para mí y lo sabes.

Dave tiró de la mano con la que sujetaba a Jane y la abrazó, dejando caer su barbilla sobre su cabeza. La sintió temblar entre sus brazos y supo lo que le había costado a ella dar ese paso. La conocía mejor que a él mismo y la comprendía a la perfección. Sin embargo no podría soportar verla de nuevo rota por el dolor. Maldijo nuevamente ser el segundo hijo del conde de Bankeville y no tener más que una pequeña asignación. A pesar de ello se las había arreglado para ganar más dinero y con ello ayudar a Jane. Pero no era suficiente. Si a él le pasara algo... Lo cierto era que el trato de Sathfolk le ofrecía a su amiga la posibilidad de esa ansiada tranquilidad para el resto de su vida.

—De acuerdo, estoy contigo, loca del demonio, pero que sepas que a la más mínima sospecha de mi parte, ensarto al futuro duque con el florete y luego se lo retuerzo en las entrañas para que agonice de dolor.

Jane se estremeció y se apartó un poco solo para poder mirar bien a su amigo a los ojos.

—No me mires así, ya hice una vez esa advertencia y ahora me arrepiento de no haberla llevado hasta el final —dijo Dave seriamente.

—Sterling Dave Theodore Herdford, eso es muy retorcido. No tenías que ser tan minucioso en tu descripción.

La sonrisa maliciosa en los labios de Dave hizo que Jane enarcara una ceja.

—Ni se te ocurra —le amenazó, ahora separándose totalmente de él y señalándole con un dedo.

La sonrisa de Dave se amplió aún más.

—Jane Josephine Elisabeth Valen...

—¡Aaaargh! —exclamó Jane poniendo los brazos en jarras con exasperación.

Dave soltó una carcajada. Cuando quería sacar de quicio a Jane solo tenía que llamarla por todos sus nombres.

—Tú sola te lo has buscado, y ahora coge tu chaqueta y vámonos a ver a madame Marguerite.

Jane negó con la cabeza, pero Dave frunció el entrecejo.

—¿La mejor modista de Londres? ¿En serio? —preguntó Jane mirándole con gesto contrariado.

Dave le devolvió la mirada, con sus ojos verdes tan parecidos a los de un felino y Jane no pudo seguir discutiendo.

—Ahora con más motivo que nunca debes hacerte con un vestido nuevo y espectacular. Vas a ser la prometida de lord Sathfolk. Que además de ser conde y futuro duque, más pronto que tarde según las malas lenguas, es uno de los hombres más ricos y excéntricos de Londres. Las noticias vuelan. Por lo que he escuchado estos días, su naviera cuenta con catorce navíos y entre otros comercia algodón con Egipto y especias con la India. Y aunque el hecho de que se dedique a los negocios sea causa de desprecio por parte de la sociedad, ya te digo yo que muchos de los que lo

critican, serán los primeros en invitarlo a todos los eventos. Con su fortuna y su futuro título de duque, sería un suicidio social no tratarlo.

—Pero Dave, no puedo permitirme... no ahora. Sabes que nos hace falta...

Dave negó con la cabeza.

—He ganado dinero hace unos días. Tenemos suficiente para ese vestido y no quiero escuchar nada más.

Jane sintió que los ojos se le humedecían. Sabía que ese dinero seguramente le sería necesario a Dave para poder pagar la renta de la casa durante los próximos meses.

Vio de nuevo la mirada maliciosa en los ojos de su amigo.

—Jane Josephi...

—Está bien, está bien, no sigas. Cogeré mi chaqueta, pero que sepas que esta me la pagas.

Dave se apoyó en la mesa de madera maciza que había detrás de él cerca de la ventana, mientras veía a Jane desaparecer por las escaleras en busca de la prenda. Sabía quién era el conde de Sathfolk, quién no lo sabría después del mes que llevaba en Londres trasladando parte del negocio de su naviera a la ciudad y estableciéndose en el West End londinense para estar cerca de su abuelo, que, según decían, llevaba enfermo un tiempo. Sin embargo aquello se había alejado de la simple curiosidad para ser de vital importancia. Si Jane iba a meterse de lleno en aquella locura, él tendría que estar preparado por si lord Sathfolk resultaba ser un nuevo lord Marlew.

Hunter entró en el despacho que habían adecuado en aquel edificio cercano a los muelles de Londres y desde el que dirigían la actividad de la naviera.

Liam estaba mirando los libros mientras una moneda de plata pasaba a través de los dedos de su mano izquierda en una especie de malabarismo hipnotizador y que según Connolly le relajaba y le ayudaba a concentrarse.

El irlandés levantó la mirada y la cruzó con la de su amigo y socio. En cuanto lo vio, lo supo.

—Tengo que felicitarte por lo que veo. ¿Cuál de las candidatas es la afortunada? —preguntó Liam Connolly con una media sonrisa, un gesto tan escaso en él como los días de sol en Londres.

Hunter dejó sus guantes encima de la mesa y miró a Liam con suspicacia. Sabía que Connolly no veía claro su plan. Maldita sea, él mismo tampoco sabía qué le había llevado a hacerlo, pero su abuelo había sido junto a su madre la única persona que a pesar de todo había estado siempre a su lado, apoyándole. Nunca se rindió, y Hunter quería hacer aquello por él. El duque de Argoll no era un hombre que pidiera nada, lo exigía, pero a su nieto se lo pidió como último deseo. Hunter no era dado a sentimentalismos de ningún tipo, pero sentía que se lo debía.

—El *Ulises* llegó ayer a puerto. El cargamento está correcto. Si dentro de una semana llega el *Orion* con el algodón tendremos todo el pedido y podremos servirlo a tiempo —continuó Liam deteniendo el movimiento de su mano izquierda, quedando la moneda inerte entre sus dedos—. ¿Vas a decírmelo ya, o tendré que esperar a que salga la noticia en los periódicos de Londres?

Ahora sí que Hunter sonrió ampliamente.

—Siempre he pensado que no eras curioso.

Liam le miró con sus ojos color miel mucho más penetrantes de lo normal. Sus largas pestañas negras dotaban a su mirada de una profundidad difícil de ignorar.

—Hunter, porque nos conocemos desde hace muchos años no voy a responder a eso como correspondería. Así que suéltalo. Vi los informes del señor Withman. Apostaría a que lady Emma Cabbot es la elegida.

Emma Cabbot era una mujer de veinticinco años. Había sido la debutante más hermosa unos años atrás. Eso le abrió muchas puertas, entre ellas la de su matrimonio con el conde de Montbale. Sin embargo, quedó viuda cuando este murió en un accidente mientras montaba a caballo. Se decía que siempre iba tan borracho que lo raro era que no hubiese pasado antes. Desgraciadamente, la situación financiera en la que había dejado a la joven era deplorable.

—No, no ha sido ella.

Liam lo miró con atención. Tanta que pareció que lo iba a traspasar.

—No me lo puedo creer. ¿Has elegido a lady Jane Valen? —dijo Liam con un tinte de asombro en la voz—. Tú no haces nada fácil, ¿verdad?

Liam sonrió de nuevo.

En los informes de Withman había una nota sobre las inquietudes de lady Jane Valen. Parecía que todo indicaba que la joven sentía una clara tendencia a luchar por las desigualdades sociales intentando abogar por los más desfavorecidos así como por los derechos de las mujeres. Cuando Hunter se lo contó, Liam pensó que era fácil luchar por los derechos de los demás sintiéndose mejor consigo mismo desde las comodidades y la seguridad de su elevada posición social. Eso se volvía muchísimo más difícil cuando te estabas muriendo de hambre y veías morir a los tuyos mientras solo la impotencia te corroía las entrañas. Él había conocido damas que se enfundaban en sus vestidos de compasión, comprensión y buenas causas para después tratar a aquellos que trabajaban para ellos con la punta del zapato, pensando que no eran dignos ni de comer sus sobras. No lo hacían porque de verdad les afectase la situación de esas personas, sino para lavar su imagen de cara al resto de la sociedad, encumbrándose como salvadoras del mundo y de aquellos desdichados pobres.

—Sé lo que estás pensando, y créeme, te llevarás una grata sorpresa. Es inteligente, directa, mordaz y nada pretenciosa.

Connolly sopesó las palabras de Hunter. Su amigo era un buen conocedor de la naturaleza humana. Sabía calar bien a la gente y él confiaba en su instinto.

—De acuerdo —dijo algo reticente—. Estoy contigo —apostilló después con firmeza.

El brillo malicioso que vio en los ojos de Hunter no le gustó nada.

—Me alegro de que digas eso, porque necesito que vengas conmigo al baile de lady Brough este fin de semana.

—Ni muerto —dijo Liam inmediatamente con una mirada que podría haber amedrentado a cualquier otro hombre.

—Connolly...

Liam se levantó de la silla con una mano en alto, indicando con ese gesto que Hunter parase lo que fuese que le iba a decir.

—No. Sabes que me puedes pedir lo que sea menos eso. Si tengo que estar rodeado de todos esos aristócratas hipócritas, pagados de sí mismos y con aires de superioridad, temo cometer un asesinato. Y espero que no quieras quedarte sin socio ahora que estamos en tu amado Londres.

Hunter frunció el ceño.

—Te he visto lidiar con gente más soberbia y arrogante de la que vas a encontrarte en ese baile. Has tratado con gente sin escrúpulos, peligrosa, y nunca te ha temblado el pulso —contestó serio.

—A esos se los ve venir de frente, Hunter. A los que hay en ese baile, eso es harina de otro costal. La misma mierda, pero embutida en unos modales impecables. A la inmensa mayoría de ellos no les importa el sufrimiento humano. Su única preocupación es cuál es la última moda de Londres o si podrán acceder al capricho de turno. Sí, sé bien cómo son. Van de superiores y de grandes hombres y justifican que los pobres mueran de impotencia, destrozados, por no poder alimentar a sus familias, a sus hijos. Parece que para ellos ser pobre es sinónimo de ladrón, delincuente y deshecho humano. ¿Crees que a esos pares tuyos les parecerá bien que lleves a tu socio, un irlandés que prácticamente se crió en las calles, a uno de sus elegantes salones?

Hunter dio un paso al frente para quedar más cerca de Liam.

—¿Y desde cuándo te importa eso?

Liam endureció su mirada antes de contestar.

—A mí no me importa, pero quizás afecte a tu falso compromiso el que tu socio le retuerza su aristocrático cuello a uno de esos estirados gilipollas.

Hunter esbozó una sonrisa peligrosa.

—¿Y desde cuándo eso me ha importado a mí? —preguntó, a sabiendas de que Connolly reconocería la verdad en sus palabras.

Liam pareció meditar durante unos segundos antes de contestar.

—Está bien, si me necesitas iré contigo, pero luego no digas que no te lo advertí.

Hunter asintió, satisfecho, antes de que Liam volviera a tomar asiento para informarle del resto de asuntos pendientes de la naviera.

CAPÍTULO III

La condesa lady Brough no decepcionó a nadie aquella noche. Si te invitaba a uno de sus bailes, a menos que estuvieses agonizando en la cama, era imperativo ir. Sus invitaciones eran muy cotizadas porque lady Brough siempre congregaba entre sus paredes a mecenas de artistas, poetas y músicos, además de a lo más granado de la sociedad londinense y también a los artistas más famosos, que por las razones que fueran, estuviesen en ese momento en la ciudad. Esa noche estaban presentes el músico Andrea Loghermen, conocido por sus óperas en el viejo continente, el poeta Arthur Alberich y uno de los más destacados miembros de la Royal Academy, lord Charles Every, entre otros.

Hunter miró a su alrededor mientras algunos invitados seguían llegando. Connolly, que estaba a su lado, frunció el entrecejo y se inclinó un poco hacia él como si lo que fuese a decirle no debiera ser escuchado por ningún curioso.

—Llevamos aquí veinte minutos y es como si llevase siglos. Esto no vas a poder pagármelo nunca, Hunter.

Hunter esbozó una sonrisa antes de mirar a Connolly.

—Deja de quejarte e intenta disfrutar de la velada.

Liam le mató con la mirada. Hunter le hubiese dicho algo si no fuese porque lady Brough, la anfitriona, se acercaba hacia ellos. Era una mujer de unos treinta años, delgada y con un rostro que no podría decirse hermoso, pero sí atrayente. Tenía unos rasgos marcados, como la nariz algo prominente y los labios muy finos. Sus ojos de color azul claro como las aguas cristalinas, algo sesgados, observaban a sus interlocutores con agudeza y curiosidad. El conjunto, aunque no bello, atraía, haciéndola destacar.

A lady Brough le acompañaba una mujer mayor con un porte aristocrático difícil de obviar, con todo el pelo blanco recogido en un pulcro y elegante peinado y un vestido de color gris perla que resaltaba sus facciones. Sin duda en su juventud tuvo que ser una mujer muy hermosa.

—Lord Sathfolk, señor Connolly —dijo lady Brough con una sonrisa—, me gustaría presentarles a la vizcondesa de Hunsword.

Hunter y Connolly hicieron un gesto con la cabeza en señal de respeto hacia la vizcondesa, quien en respuesta esbozó una sonrisa que iluminó sus grandes ojos, otorgando a su rostro una afabilidad que no había estado presente en él momentos antes.

—Es un placer conocerla, lady Hunsword —dijo Hunter con una sonrisa genuina también en los labios.

La condesa de Brough miró hacia el fondo, donde acababan de llegar los marqueses de Lendort.

—Si me excusan, he de saludar a los invitados que acaban de llegar. Lady Hunsword, la dejo en buena compañía —dijo lady Brough antes de marcharse con una sonrisa en los labios y esa delicadeza casi etérea que rivalizaba con la vitalidad que desprendía. Parecían conceptos opuestos difíciles de encajar, pero en ella cohabitaban con genuina fluidez.

Lady Hunsword sonrió de manera enigmática antes de hablar.

—Soy mayor y ya no tengo los reflejos de antes, pero no he perdido del todo mi perspicacia. Desde que la condesa nos ha presentado me he dado cuenta de que se formulaba una pregunta en sus ojos. He visto bailar la curiosidad en ellos y me gustaría saciarla, si le parece bien. Así que,

contestando a la pregunta que no ha formulado, debe saber que le he pedido a lady Brough que nos presentara.

A Hunter le gustó aquella mujer desde el mismo momento en que le había mirado directamente a los ojos y, de manera directa, le había hablado sin los rodeos y la superficialidad que a veces imperaba en aquellos salones y que era habitual incluso en las conversaciones más trascendentales. Su gran percepción al saber perfectamente lo que él había pensado lo dejó bastante impresionado.

—Estoy impaciente por saber por qué —dijo Hunter con una sonrisa en los labios que pareció satisfacer a lady Hunsword.

—Yo también —dijo Connolly con su habitual gesto de seriedad y esa profundidad en la mirada que hizo que lady Hunsword enlazara su brazo en el de Liam. Hunter tuvo que apretar los dientes para no reírse al ver la cara de su socio ante ese gesto. Si esa mujer le había gustado al principio, ahora la adoraba. Con aquel gesto delante de todos los invitados estaba mandando un mensaje muy claro. Había visto el recelo, la hostilidad e incluso el desagrado velado y en ocasiones no tan disimulado en los ojos de la mayoría de los invitados cuando Connolly apareció junto a él en la fiesta. Lady Hunsword, al enlazar su brazo en el de él, estaba aceptando plenamente no solo la presencia de Liam sino ofreciéndole su apoyo incondicional, como si de una vieja amistad se tratase. Ahora más que nunca quería que lady Hunsword contestase a esa pregunta que la intuitiva mujer había visto en sus ojos.

—Señor Connolly, he viajado mucho y he visitado en numerosas ocasiones Irlanda. Es un bello país y sus gentes son genuinas y maravillosas. Fue amor a primera vista. Me encantaría que tanto usted como lord Sathfolk me visitasen alguna vez mientras dure mi estancia en Londres para poder hablar más detenidamente de su tierra natal —dijo lady Hunsword mirando a Liam a los ojos.

Hunter conocía bien a Connolly y sabía que pocas cosas sorprendían o descolocaban a su amigo, sin embargo aquella mujer lo había hecho, desarmándolo en menos de un minuto. Lo supo por su mirada. Connolly tenía una mirada que era capaz de desprender todas las iras del infierno, y eso en un día bueno. Sin embargo le vio suavizar su expresión una vez que había calibrado si lady Hunsword estaba loca o simplemente era una mujer excepcional. Cuando pareció llegar a la segunda conclusión, Liam asintió con la cabeza antes de responder con voz grave y segura.

—Será un placer, lady Hunsword.

La mirada de la mujer fue de Connolly a Hunter de nuevo.

—Conocí a su abuelo en mi juventud, antes de que ambos nos casáramos. Éramos amigos, y usted me ha recordado mucho a él.

Ahí estaba su respuesta. Lady Hunsword había sabido leer en él con exactitud. A Hunter no le había extrañado que lady Brough les presentara a la vizcondesa sino la actitud de esta hacia ellos.

—Luego, cuando me casé, me fui a Escocia con mi marido. Teníamos una casa de campo a las afueras de Londres donde pasábamos muchos veranos y seguía viendo a parte de las amistades que todavía conservo en esta ciudad, pero he de decir que la de su abuelo fue una que no tuve la fortuna de seguir fomentando —continuó lady Hunsword, y Hunter creyó detectar cierto pesar en sus últimas palabras—. Enviudé hace dos años pero ha sido hace solo unas semanas que me he permitido volver a Londres. Cuando le he visto al otro lado del salón de repente ha sido como ver a Henry de nuevo.

Hunter miró a lady Hunsword, que a su vez le devolvió la mirada con un brillo distinto en ella, y supo leer también la pregunta implícita en sus ojos. El hecho de que la vizcondesa hubiese llamado a su abuelo por su nombre, desplazando totalmente las reglas y las convenciones sociales,

le hablaba de una estrecha amistad.

—Mi abuelo hace tiempo que se alejó de la vida social, creo que en contadas ocasiones hace acto de presencia en estos eventos. Está algo delicado de salud, pero le daré recuerdos de su parte. Estoy seguro de que se alegrará mucho de tener noticias de antiguas amistades.

La sonrisa de lady Hunsword iluminó sus ojos.

—Veo que se parece a él en más de un aspecto —dijo lady Hunsword desviando la mirada de él cuando algo pareció llamar su atención al otro lado del salón.

Hunter dirigió también su mirada hacia donde la había conducido la vizcondesa momentos antes y entonces la vio. Era lady Jane Valen, acompañando a la marquesa de Danword.

Jane estaba espectacular esa noche. Su vestido de color azul cobalto, con los hombros parcialmente descubiertos, resaltaba el color de su piel, que desde allí parecía porcelana. Su pelo color miel estaba recogido en un peinado elaborado pero nada recargado que enmarcaba sus facciones de forma sublime. Llevaba un adorno en el lateral, pero desde su posición no podía saber con exactitud qué era. En ese instante, Jane giró su cabeza acercándola más hacia la marquesa para escuchar algo que esta le estaba diciendo y su cuello largo y exquisito quedó expuesto de tal forma que Hunter deseó posar sus labios justo en el centro, donde un pequeño mechón de pelo enroscado como si fuese al azar rozó su piel con descaro. La falda del vestido, con varios fruncidos coronados con pequeñas flores, hacía que la sobriedad de las líneas del mismo se tornara elegante y a la vez atrevida. Una mezcla que en ella encajaba a la perfección. Aquel pensamiento arraigó en Hunter. Sin duda, el desear a su falsa prometida podía ser un inconveniente, sin embargo el hecho de hacerlo no le iba a impedir llevar a cabo su contrato con Jane tal y como lo habían acordado. Solo tenía que dominar ese deseo para que no creciera y se volviera molesto para sus planes.

Los murmullos y algún que otro suspiro llamaron la atención de Hunter y desviaron su atención de Jane solo un segundo. El hombre que apareció detrás de las damas y que tomó posición al lado de Jane era el destinatario de tales anhelos por parte de las damas. Alto, delgado y rubio, aquel hombre miraba con una seguridad y una despreocupación tal que Hunter supo sin lugar a dudas de quién se trataba. Por el informe de Withman sabía que lord Sterling Herdford era el segundo hijo del conde de Bankeville. Tenía fama de mujeriego, vividor y un sinfín de adjetivos más que al parecer hacían justicia a su persona. Si no fuese por el hecho de no ser el heredero y tener asignada solo una renta, hubiese sido uno de los hombres más deseados por las madres de las debutantes y damas en edad casadera. De hecho, no lo era de sus madres pero sí de las hijas, que veían en Herdford al hombre de sus sueños.

Y por la mirada de lady Hunsword al verle, Hunter descubrió que ella también se encontraba entre sus admiradoras.

No se había dado cuenta de la forma y el tiempo que se había quedado mirando a Jane hasta que lady Hunsword le habló, sacándole de sus ensoñaciones.

—¿Conoce a lady Jane Valen, lord Sathfolk? —preguntó la vizcondesa con un brillo curioso y especulativo en sus ojos.

El día que fue a visitar a Jane acordaron una historia para poder cimentar su compromiso que debían de anunciar pronto, y para justificar la visita que él hizo a su casa por si alguien, a pesar de las precauciones tomadas por Hunter, lo había visto. La visita en sí no fue indecorosa, ya que Jane vivía con su tía abuela, pero sí que fomentaría preguntas sobre cómo era que se conocían. El hecho de que el tío de Jane, hermano de su padre, hubiese muerto meses atrás en el extranjero y que entre sus viajes hubiese visitado Malta e Italia, prolongando allí sus estancias, les dio el

argumento perfecto para enmarcar su propia ficción. Jane le aseguró que su tío era un filántropo y un viajero solitario, que siempre había sentido debilidad por su sobrina y que por eso durante sus viajes le había mandado cartas continuamente hasta que enfermó y murió en Austria.

—Conocí al tío de lady Jane Valen, lord Arthur Valen, en Malta, hace un par de años y coincidimos desde entonces en multitud de ocasiones durante su estancia allí. A los dos nos gustaban la astronomía y los viajes. Él me hablaba mucho de su querida sobrina. Cuando me enteré de su fallecimiento por un conocido en común, lamenté su pérdida y a mi llegada a Londres quise visitar a lady Jane Valen para darle el pésame y conocerla personalmente. Fue muy amable al recibirme.

Lady Hunsword le miró con detenimiento, fijamente, antes de asentir.

—Yo le tengo mucho afecto a Jane. La casa de campo de sus padres colindaba con la nuestra. La he visto prácticamente crecer.

Hunter supo en ese instante y por la mirada de lady Hunsword que Jane era especial para ella y que le importaba, y mucho. No podía decirle a la vizcondesa que en lo que a él respectaba podía estar tranquila porque lo que menos deseaba era perjudicar a Jane, sin embargo, lady Hunsword pareció ver algo en su expresión que le agradó. Asintió antes de apartar la vista y esgrimir la sonrisa más deslumbrante que había visto jamás. En ese momento, Jane, lord Herdford y la marquesa de Danword, acompañados de lady Brough, se acercaron hasta ellos.

—Emma, veo que sigues aquí con nuestros invitados —dijo la condesa sin que a nadie le pasara inadvertida su mirada al ver la mano de lady Hunsword todavía apoyada en el hueco del brazo de Connolly. Hunter apretó la mandíbula cuando observó el desagrado en el gesto de lady Danword ante ese hecho.

—Me has dejado en la mejor de las compañías, y hemos descubierto que tenemos más cosas en común de las que pensábamos —dijo lady Hunsword mirando a lady Danword.

—De eso no me cabe duda —dijo lady Danword y Hunter pudo ver cómo Jane se tensaba un poco.

—Qué descuidada —dijo lady Brough llevándose una mano al pecho—. No les he presentado como corresponde. Lord Sathfolk, señor Connolly, les presento a la marquesa de Danword, lady Jane Valen y lord Sterling Herdford.

Intercambiaron los saludos de rigor, y aunque lady Danword esgrimió todos sus aristocráticos modales con Hunter, sobre todo cuando lady Brough le dijo que era el nieto del duque de Argoll, su trato con Connolly fue muy diferente. Seria y distante, solo hizo un pequeño gesto con su cabeza. Liam, lejos de parecer ofendido, esbozó una sonrisa cínica que Hunter conocía demasiado bien. Tampoco le pasó desapercibida la mirada que intercambiaron lord Herdford y Connolly, intensa y curiosa en Herdford, y penetrante y desafiante en Connolly. La situación hubiese sido más tensa, pero lord Herdford se dirigió a lady Hunsword y todas las miradas se centraron en ellos.

—Permítame que le diga que está preciosa esta noche —dijo lord Herdford a lady Hunsword y Hunter tuvo que admitir que, lejos de parecer la típica lisonja dicha para engordar la vanidad de una mujer, y distante de la actitud que hasta ese momento había demostrado lord Herdford, como si todo le diese igual, aquellas palabras habían sonado sinceras y con cierto afecto.

—Muchas gracias, Sterling —dijo lady Hunsword y Hunter juraría que en los ojos de la vizcondesa había un profundo aprecio.

—Espero que esta noche me reserve un baile —continuó lord Herdford.

—Sabes que ya apenas bailo —dijo la vizcondesa con cierto pesar.

—Lo sé, por eso creo que esta noche podría hacer una excepción y concederme ese deseo — dijo lord Herdford con una ceja alzada que hizo que Hunsword riera por primera vez aquella noche.

—Si le parece bien, lady Danword, hay alguien a quien deseo que conozca. Si nos disculpan... —dijo lady Brough señalándole a la marquesa que la acompañara, dejando a los demás para que pudiesen seguir hablando. Lady Danword asintió y miró a Jane con una sonrisa antes de decirle algo que solo ella pudo escuchar. Al instante, la marquesa y lady Brough desaparecieron entre los invitados.

Lady Hunsword miró atentamente a Jane cuando las dos mujeres se fueron. La había visto mirar a lord Sathfolk segundos antes y lo que vio en sus ojos, avivó su curiosidad e hizo emerger a la romántica empedernida que a pesar de los años aún llevaba dentro. Desde que la conocía, jamás la había visto ruborizarse de la forma en que lo había hecho en ese instante.

—¿Me concedería el próximo baile? —preguntó Hunter a Jane, que por primera vez aquella noche le miró directamente a los ojos. Ahí estaba la Jane Valen que conoció varios días atrás. La que era todo fuerza y carácter, el mismo que destilaba su mirada en ese preciso instante.

—El primer vals siempre se lo reservo a lord Herdford —dijo Jane como si le estuviese informando del tiempo. Así no iban bien, para nada, anotó mentalmente Sathfolk, que había esperado un poco más de colaboración por parte de su futura prometida.

A Hunter no le pasó desapercibida la sonrisa que acudió a los labios de lord Herdford al escuchar las palabras de Jane y la mirada que le lanzó Connolly como si quisiese borrarla de un solo golpe.

—No seré yo el que intente cambiar una tradición entre amigos. ¿El segundo, quizás? — preguntó nuevamente Hunter mirando a Jane con decisión, dotando a su tono de más dureza de la que había utilizado hasta ese instante.

Jane le miró y no le decepcionó. Lejos de intentar apaciguar las aguas e intentar asentar las bases para su futuro compromiso, recogió el guante que él le lanzó y sin pestañear le contestó de la misma forma en la que él le había preguntado.

—El segundo también lo tengo reservado. ¿El tercero? —le propuso con una sonrisa que a Hunter le pareció un claro desafío.

—Por supuesto. Será un placer —contestó Hunter y podría jurar que un brillo peligroso se instaló en los ojos de su futura prometida.

CAPÍTULO IV

Connolly conocía demasiado bien a los aristócratas como para dudar de cuál iba a ser la reacción de estos respecto a él y a su asociación con Hunter. Como le había dicho a su socio, le importaba bien poco lo que pensarán ese puñado de estirados presuntuosos. Su desprecio hacia ellos no interfería en su templanza y en su autocontrol, y menos aún en su autoestima. Él siempre había sabido quién era. Un superviviente que se había hecho a sí mismo, y ninguno de los que estaban allí con sus miradas o su rechazo expresado abiertamente le afectaba en ninguna manera. Sin embargo no quería que aquella situación perjudicara a Hunter y a sus planes respecto a su falso compromiso. Todavía no sabía qué idea forjarse respecto a Jane Valen. Sin embargo, la marquesa era harina de otro costal, y lord Herdford tres cuartos de lo mismo. A ese le hubiese arrancado la cabeza, sobre todo después de la sonrisa pretenciosa y jactanciosa que había esbozado cuando lady Jane Valen rechazó la petición de Hunter de reservar el primer vals. Lord Herdford era la personificación de todo lo que odiaba de los aristócratas.

Quien había sido toda una sorpresa era lady Hunsword. A ella no la vio venir. Parecía una de esas mujeres de la alta sociedad que miraban por encima del hombro, cargada con todos sus prejuicios y sus odios forjados a fuego lento durante toda su existencia, y él estaba más que preparado para ella, hasta que enlazó su brazo con el suyo y sintió el delicado trato con el que lo tocó, como si fuese especial, como si aquella no fuera la primera vez que lo viera y existiese un afecto previo. Le recordó al tacto de su madre cuando era un niño y le retiraba el pelo que, más largo de lo normal, se le metía continuamente en los ojos. Eso lo descolocó y le robó el aliento durante unos segundos. Cuando le habló de su amor por Irlanda y él pudo comprobar la sinceridad en sus palabras y el cariño que desbordaban sus ojos al evocar tales recuerdos, tuvo que admitir que lo que no le había pasado en años, aquella mujer lo había conseguido en solo unos pocos minutos. Lo tuvo a su merced, se lo ganó de una forma que pensaba extinta en él.

Liam dejó de pensar en lady Hunsword cuando unas risas provenientes del otro lado del salón le hicieron volver su atención hasta allí. Ahora que estaba por fin solo, en un lateral del salón al lado de varias plantas, lo que le confería un lugar discreto a ojos del resto de la estancia, pudo centrarse en observar con mayor libertad a los presentes. De nuevo aquellas risas. Endureció la mandíbula cuando vio a lord Sterling Herdford ser partícipe de las mismas. Junto a él estaban dos hombres a los que también había conocido aquella noche. Eran lord Miller y lord Cranwed, dos aristócratas cortados por el mismo patrón que Herdford. Lord Miller había disimulado más, sin duda por respeto a Hunter, pero lord Cranwed apartó la vista cuando lady Brough hizo las oportunas presentaciones. De hecho, Liam tenía un oído lo bastante agudo como para escuchar el «sucio irlandés» que salió de los labios de lord Cranwed al pasar por su lado. La respuesta de Liam llamándolo bastardo, tan mal llevado entre los aristócratas, pareció también alcanzar su objetivo cuando lord Cranwed se tensó y le miró de reojo con bastante ira, un fuego que se apagó rápidamente cuando Liam le devolvió la mirada y Cranwed bajó la suya como el cobarde que era. Fuera de aquellas paredes, de su cómoda e idealizada vida, eran solo hombres y la mayoría no durarían ni un asalto en una lucha real.

En ese instante, como si hubiese sentido que le observaba, lord Herdford giró la cabeza y miró en su dirección. Liam no retiró la suya sino que de forma intencionada la intensificó. Hunter le había dicho más de una vez que con esa mirada era capaz de helar el infierno y con esa intención

mantuvo sus ojos sobre aquel aristócrata. Liam no disimuló el rechazo que le provocaba Herdford y la compañía con la que estaba y ¿qué hizo él? Ese miserable le sorprendió sosteniéndole la mirada. El autodomínio y la templanza de Liam se retorcieron en su interior por ese claro desafío. Tuvo que tragarse la intensa mirada de Herdford, que, sin titubear, parecía curioso y no acobardado por lo que veía en los ojos de Liam. Aquel escrutinio descarnado violentó a Liam, que se hartó de ese pulso y sintió la necesidad primitiva de romperle a Herdford sus perfectas facciones. Y entonces el aristócrata, como si hubiese leído sus intenciones, sonrió y lentamente apartó la mirada. Aquel imbécil no sabía quién era Liam Connolly.

Hunter condujo a Jane hasta el centro del salón donde por fin bailarían el tercer vals de la noche, el que le había reservado al principio de la velada. La sintió tensarse un poco cuando puso la mano sobre su cintura, mientras ella colocaba la suya a la altura de su hombro y la otra en su mano. Cuando le miró en el preciso momento en que las notas del vals llenaron la estancia con su inconfundible ritmo, Hunter enlazó la mirada con la suya. La había visto bailar el primer vals con Herdford y había sido espectacular. Ambos se movían con la elegancia y la compenetración de una pareja que se conocía a la perfección y aunque fue totalmente absurdo, tenía que reconocer que algo en su interior se retorció con evidente malestar al pensarlo. Jane le había dicho que Herdford era solo un hermano para ella, pero después de verles juntos no podía estar tan seguro de eso. Su familiaridad, el entendimiento mutuo intrínseco en sus miradas y la forma en que el mujeriego, despreocupado y egocéntrico lord Herdford estaba pendiente de ella, protegiendo en todo momento a Jane, era algo que no le pasó desapercibido. Quizás la sociedad se hubiese acostumbrado a verlos juntos, pero Hunter, para quien observar a los dos era algo nuevo, solo podía pensar en cómo era posible que no hubiese una relación más allá de la meramente fraternal.

—Intenta relajarte un poco y poner una cara más cercana a la felicidad. Si queremos que todo el mundo piense que nos enamoramos locamente, tanto como para anunciar nuestro compromiso en unas semanas, no van a creérselo si ven tu expresión en este mismo instante. Parece que estén a punto de arrancarte una muela.

Fue decir esas palabras y Jane esgrimió la sonrisa más enorme y grotesca que podía ejecutar. Hunter casi perdió el paso.

Sathfolk la hizo girar un poco más aprisa del ritmo que llevaban y la sonrisa se congeló en los labios de Jane.

—Así está mejor, de la otra manera me ha dado miedo hasta a mí —dijo Hunter con un brillo malicioso en los ojos.

Jane le lanzó una mirada poco amable antes de hablar. Un giro más y otro y tuvo que reconocer que Hunter bailaba extraordinariamente bien. Se sentía segura entre sus brazos. Eso se lo dijo a sí misma, porque ni muerta, y menos después de las últimas palabras de Hunter, iba a reconocer que este hacía algo bien.

—Refrésqueme la memoria, porque no sé en qué punto le he dado permiso para tutearme, lord Sathfolk —dijo Jane y sintió cómo la mano de Hunter, la que sujetaba la de ella de forma gentil y delicada, se tensaba, ejerciendo más presión.

—He pensado que cuando estemos a solas sería bueno que nos tuteáramos, ya que dentro de poco estaremos prometidos. Estaría bien que nos fuéramos acostumbrando.

Hunter vio el brillo peligroso en los ojos de Jane, ese que despertaba cuando tenía en la punta de la lengua una respuesta mordaz y punzante. No se equivocó.

—Háganos un favor a los dos y no piense, no cuando sean cosas que nos atañan a ambos — dijo Jane esgrimiendo una sonrisa que iluminó sus ojos. Esa que Hunter había estado esperando que le dedicara durante toda la noche y que no le había otorgado, y que ahora, de forma esquiva, había hecho presencia solo por el hecho de que se sentía vencedora en aquella disputa verbal.

—No me atrevería, lady Jane, no si tengo que escuchar otro de sus floridos e interminables discursos con tal de no admitir que puede que yo tenga algo de razón. Sería horrible, ¿verdad? tener que reconocer que se ha equivocado —dijo Hunter con voz casi susurrada, acercándose un poco más a Jane para que solo ella pudiese escucharlo. Hunter juraría que la sintió temblar.

En ese momento el baile terminó, las últimas notas del vals se desvanecieron y Hunter paró justo cuando sintió un pisotón dado con fuerza sobre su pie derecho, con saña, tanto que le hizo apretar los dientes.

—¿En serio? —preguntó Hunter a Jane, la cual le miraba como si fuese el mismísimo diablo. Hunter se inclinó un poco, lo suficiente para acariciar con su aliento el rizo que al inicio de la velada envidió por tocar la sedosa piel del cuello de Jane. En este instante lo que le daban ganas era de arrancárselo—. Infantil e inesperado, Jane. No es propio de ti —dijo Hunter y al separarse vio algo en los ojos de ella que lo desconcertó. Vio cierto pesar. ¿Arrepentimiento, quizás?

—Todavía está a tiempo de replantearse su decisión —dijo Jane seria y desafiante antes de darse la vuelta con seguridad.

Hunter no se lo permitió. Tomó su mano con delicadeza y la hizo posarla en su codo. En vez de llevarla hasta donde estaba la marquesa de Danword, se dirigió con ella hasta las grandes puertas de cristal que, abiertas, daban al jardín.

—¿Qué está haciendo? —dijo Jane en voz baja.

—Vamos a aclarar unas cuantas cosas y estaremos más tranquilos ahí fuera. No se preocupe, nos quedaremos donde todo el mundo pueda vernos. Solo serán unos minutos, lo suficiente para tomar algo de aire fresco después de este baile tan intenso —dijo Hunter, y Jane pudo escuchar en el tono de voz del conde que este estaba molesto.

Quizás se había sobrepasado. Bueno, vale, lo había hecho y con creces, pero desde que lo vio al inicio de la noche no podía describir lo que le había ocurrido. Solo sabía que cuando fijó su vista en él, todo vestido de negro y la corbata blanca anudada con un sencillo nudo, elegante y tremendamente atractivo, se puso a la defensiva. Ella nunca había pensado en esos términos respecto a un hombre. Eso no era del todo exacto, quizás si lo había hecho, pero desde un punto de vista objetivo como con Herdford. Sabía que su mejor amigo era perfecto, de unas facciones que harían llorar a los propios ángeles, pero no le había removido nunca nada por dentro. Sin embargo, en cuanto lord Sathfolk le dirigía la mirada, era como si su cuerpo se dissociara de su mente para tener vida propia. Sentía calor y un nudo en el estómago, y escalofríos en las extremidades, y eso no podía ser bueno, no podía ser sano. Perdía ese autocontrol que tanto le había costado adquirir, y se enojaba con él de una forma nada lógica y coherente. De forma visceral e irracional. Quizás, después de todo, no podía ser parte de aquella farsa, ¿no? Y entonces tuvo la genial idea de decirle que él aún estaba a tiempo de cambiar de decisión. Según salieron de su boca esas palabras, dichas con toda la intención, su cuerpo volvió a traicionarla. Sintió, sin saber por qué, un regusto amargo en la boca ante la posibilidad de que él se arrepintiese y rompiera su palabra, ya que el contrato aún no estaba firmado. No fue el miedo a perder las ventajas de aquel acuerdo lo que la hizo mirarlo solo por unos segundos con una

angustia inesperada. Fue el hecho de atisbar la posibilidad de desligar sus caminos antes de poder indagar más en las sensaciones que la embargaban cada vez que estaba cerca de él. Una curiosidad insana de la que quería alejarse pero que a la vez, como en ese preciso instante, anhelaba satisfacer.

Fuera, la brisa dio un respiro a las sonrosadas mejillas de Jane. La noche era magnífica. Había luna llena y su luz era recibida como un manto sobre el terreno, creando una especie de espejismo donde casi podía jurar que eran agua cristalina y no piedra los caminos que, como rayas sobre un lienzo verde, definían las formas de aquel bosque sacado de un cuento de ninfas, duendes y demás criaturas mágicas.

Unos metros más adelante había una barandilla desde la que podía observarse todo el jardín. Las escaleras de acceso al mismo quedaban a ambos lados de la balaustrada.

—Dígame qué es lo que ha pasado —dijo Hunter cuando se cercioró de que no había nadie lo suficientemente cerca como para escucharlos. Ante el silencio de Jane, Hunter siguió hablando—: El otro día llegamos a un acuerdo. Creía que ambos nos habíamos entendido. Míreme, Jane —dijo Hunter y su tono de voz cambió sutilmente. Jane casi podía jurar que había notado cierta preocupación en él. Estaba empezando a tener alucinaciones. ¿Sería la locura de la tía Constance hereditaria? Desechó esa idea y obedeció, mirando a los ojos a Hunter.

—Lo siento, lord Sathfolk. Creo que una cosa es llegar a un acuerdo en la intimidad, la comodidad y la seguridad de mi salón tomando un té, y otra ejecutarlo en el salón de la condesa Brough. Creo que va a costarme un poco más de lo que pensaba adaptarme a la idea. No ha sido de forma consciente, pero esto me ha traído ciertos recuerdos. No es culpa suya. Y lo que he dicho antes lo he dicho en serio. Si se arrepiente y cambia de opinión, lo entenderé.

Hunter pudo ver en los ojos de Jane la verdad subyacente tras sus palabras. Eso fue algo que le gustó cuando tuvo la entrevista con ella. Su brutal sinceridad y la forma directa y sin tapujos con la que le habló. Jane tenía mucho carácter, de eso nunca tuvo dudas, y se lo había reafirmado en el salón mientras bailaban, y él, maldita sea, había disfrutado cada uno de esos segundos a su lado. Había azuzado más su genio porque cuando esos ojos se incendiaban al calor de su furia podían iluminar toda una estancia. El hecho de que le pidiera disculpas, habiendo atisbado el carácter y el orgullo de Jane significaba mucho más para Hunter de lo que hubiese esperado nunca. Eso le desconcertó, avivando aún más su curiosidad. Aquella mujer era compleja y con matices que estaba deseando descubrir.

—¿Quiere romper el acuerdo? —preguntó Hunter con un tono de voz más duro del que pretendía utilizar. Sin embargo no pudo evitarlo porque ciertamente, el hecho de que ella le hubiese planteado tal posibilidad lo había molestado sobremanera.

Jane hizo un mohín con los labios que Hunter hubiese deseado no haber visto.

Los labios de Jane, sobre todo el inferior, eran de un suave color rojo, apetecibles, plenos, y con ese gesto lo habían matado. Hunter carraspeó para olvidar un deseo que no esperaba sentir respecto a su futura prometida.

—No —dijo Jane con seguridad después de lo que pareció una eternidad.

—No le pido que finja amor eterno ni una pasión arrolladora, pero debemos dar la apariencia de que nos gusta estar juntos. Y me gustaría hablar un día con tranquilidad sobre esos recuerdos que ha mencionado antes.

Ante esas últimas palabras, Hunter vio tensarse nuevamente a Jane y recrudecer sus facciones que se habían suavizado con el devenir de su conversación.

—No creo que eso sea necesario para el desempeño del contrato, lord Sathfolk.

Hunter evaluó la mirada de Jane de forma especulativa.

—Si esos recuerdos perjudican nuestro acuerdo, necesito saberlo. Sé que estuvo prometida a lord Marlew y que a pocas semanas de la boda esta se canceló, rompiéndose el compromiso.

Vio tragar saliva a Jane y un pequeño ramalazo de dolor surcar sus ojos, y odió haberla hecho recordar esos recuerdos que, en vista de su reacción, todavía eran dolorosos.

—No perjudicarán nuestro acuerdo. Se lo prometo. Aquello forma parte de mi pasado. ¿Volvemos a intentarlo? —le preguntó Jane enlazando su mano con el brazo de él y mirando al interior de la casa.

Hunter la miró con intensidad y cuando Jane hizo un gesto con la cabeza, animándole a entrar nuevamente al salón y esbozando una pequeña sonrisa, Hunter no pudo menos que reír, sin que por ello dejara de anotar mentalmente su intención de llegar al fondo del asunto respecto al pasado de Jane con Marlew.

—Y estoy de acuerdo con que nos tuteemos cuando estemos los dos solos, Hunter —dijo Jane desviando su mirada. Por un momento, él hubiera jurado que la vio sonrojarse.

—Trato hecho, Jane. Y ahora vamos a intentar disfrutar de la velada.

Jane asintió con la cabeza y comenzó a andar junto a Hunter, junto a su futuro prometido, un hombre que le hacía sentir cosas extrañas.

Sterling Dave Herdford detuvo su mirada unos segundos en varios puntos del salón. El ambiente se había enrarecido con la presencia de aquellos dos hombres que estaban ubicados cada uno en un extremo de la estancia. Por un lado su hermano, lord Whitbourg, y por otro el antiguo prometido de Jane, lord Marlew.

Lord Whitbourg y su esposa Sophie se encontraban hablando con la anfitriona. Las facciones serias y ajadas del caballero se percibían desde allí. Si se cruzaban durante la velada se saludarían con formalidad y cortesía y eso sería todo. Demasiado para Dave, que preferiría no tener que mantener esa falsa cordialidad cuando hacía años que la relación que tenía con su hermano era prácticamente nula. Por él como si era inexistente. El hecho de que les uniese la misma sangre por parte de padre era anecdótico. Su padre se había casado tres veces y con cada esposa había tenido un hijo, y William era el mayor, el heredero, el perfecto vástago, la marioneta de su padre, careciendo de personalidad. Dave en el fondo sentía pena hacia él. Él en cambio era una deshonra para la familia, una humillación, un hijo que según las palabras de su propio padre hacía años que había muerto para él, palabras que a Dave, lejos de afectarle, le reconfortaron hasta la saciedad. Si sentía pesar por esa disección era por Elliott, el pequeño, su hermano de siete años al que Dave apenas conocía. Desechó esos pensamientos y su mirada se centró en el otro hombre que había hecho que su buen humor menguara. Un hombre al que debería haber matado en su día y al que solo marcó. Sonrió al ver la cicatriz en forma de cruz en la mejilla derecha de Marlew. Vio cómo este pasó un dedo por encima de ella en aquel preciso instante, disimuladamente, como si aún le doliese, y eso satisfizo a Dave.

Observó a Marlew que, junto a su nueva prometida, lady Esther Grandiend, y el hermano de esta intentaban atraer la atención de los marqueses de Debain. Instintivamente recorrió con la vista todo el salón buscando a Jane. Quería cerciorarse de que estaba bien y más con Marlew cerca. La

había visto bailar con Sathfolk y luego salir al jardín con él. Giró la vista hacia allí y se alegró de que siguiera hablando con lord Sathfolk al abrigo de la brisa nocturna, porque en el salón, en ese instante, el aire estaba totalmente viciado, pensó para sí con una sonrisa irónica. Miller dijo algo en ese instante y Cranwed soltó una carcajada. Él sonrió por inercia. Aquellos dos crápulas eran compañeros necesarios para las juergas en las que decidía intervenir. Una sensación rara hizo hormigüear su nuca y giró la cabeza para otear de nuevo el salón. Sentía que alguien le observaba y no fue desencaminado cuando se encontró con la mirada lacerante como el mismo infierno del socio y amigo de lord Sathfolk, el señor Liam Connolly. Esos ojos destilaban algo parecido al odio, y del que él parecía ser su claro receptor. Acababa de conocerlo y ya lo odiaba. Que se pusiera a la fila, se dijo a sí mismo. Aquello le hizo gracia y le dirigió una mirada. Lo que vio en los ojos de aquel irlandés era más complejo de lo que había imaginado, y eso lo intrigó. Al ver su sorpresa por no haber conseguido de él la reacción a la que por lo visto estaba acostumbrado cuando intentaba amedrentar a alguien, no pudo evitar sonreír. Si Connolly pensaba que con eso lo iba a asustar era porque no sabía nada en absoluto de él. El miedo era algo que no existía después de haber vivido durante años en el mismísimo averno.

CAPÍTULO V

Hunter enfiló el pasillo que llevaba al despacho de su abuelo. Según Edmund, el ayuda de cámara del mismo, hoy era un buen día. El duque de Argoll no estaba tan cansado como venía siendo habitual en las últimas semanas e incluso había bajado al despacho a revisar una documentación que el abogado de la familia le había acercado dos días atrás.

Cuando abrió la puerta y le vio, Hunter frunció ligeramente el entrecejo. Ese hombre que había sido como una roca, ahora se veía delgado y sus facciones más marcadas, y aunque aún seguía portando ese aura de fuerza y seguridad igual que antaño, también eran visibles los signos de su enfermedad, que ensombrecía a veces su mirada y su postura. En ese preciso instante estaba claro que las horas que llevaba allí su abuelo mirando aquellos documentos se estaban tornando excesivas.

—Edmund dice que bajaste esta mañana temprano y ya es la hora del té. ¿No crees que deberías tomártelo con más calma? —preguntó Hunter desde la puerta.

El duque de Argoll levantó la mirada y esta se iluminó con inusitada alegría. Hasta su pose pareció adquirir más brío cuando fue consciente de que su nieto estaba allí.

—¡Hunter!, no te esperaba hoy —dijo con una sonrisa en los labios.

—Si lo prefieres me voy —contestó Hunter con un brillo burlón en los ojos que su abuelo desechó con un gesto de su mano.

—Ni se te ocurra poner un pie fuera de esta habitación. Necesito que me cuentes qué tal va todo y que me pongas al día con los cotilleos de sociedad. Me quedará poco, pero eso no significa que no tenga que disfrutar de ese tiempo lo máximo posible.

Hunter se puso serio de repente.

—Abuelo...

El duque de Argoll esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos. Lo que más le dolía no era que sus días estuviesen llegando a su fin, sino lo que veía en su nieto cuando este le miraba, esa pátina casi imperceptible que se adueñaba de sus ojos cuando él sacaba el tema de su enfermedad y su inevitable desenlace. Se sentía culpable por ello y hubiese deseado con toda su alma poder que ahorrárselo. Sabía que Hunter estaba más que familiarizado con la muerte. Su madre murió cuando él era solo un muchacho y luego su padre. Y en los años que estuvo fuera, en sus viajes, por sus cartas, a pesar de lo que no le contaba, Henry había leído entre líneas el peligro que asumía y las compañías a veces peligrosas que frecuentaba. Sí, sabía que Hunter no le temía a eso, pero siempre era doloroso despedirse de un ser querido.

—Si no quieres que diga que me voy a morir, lo llamaremos mi viaje a la casa de campo. ¿Te parece mejor así? —preguntó Henry alzando una de sus cejas.

Hunter sonrió de medio lado antes de acercarse más a él.

—Preferiría que no lo llamas de ninguna manera. Ahora estas aquí y es lo que importa, así que esfuérate un poquito por seguir así.

—Nieto malagradecido —dijo el duque con una risa socarrona.

Hunter sonrió a su vez antes de hablar.

—Como Edmund me ha dicho que apenas has comido, le he pedido que traiga aquí el té con unas pastas y así yo me aseguro de que te comas unas cuantas.

El duque puso una expresión ceñuda.

—¿Todavía estoy a tiempo de mandarte de vuelta a Malta o donde demonios tuvieras montada tu naviera?

Hunter rio abiertamente.

—No tendrás tanta suerte. ¿Nos sentamos allí? —preguntó señalando los dos sillones amplios estilo Chippendale que había cerca del ventanal con vistas a la calle principal. Una mesa pequeña, redonda y con un solo pie central, a la que se llamaba velador, estaba bien situada entre ambos sillones de madera de caoba, acolchados y con apoyabrazos tapizados con un estampado color beige, cómodos y elegantes a la vez—. Así podremos estar tranquilos y conversar un rato. Quiero comentarte algo —continuó Hunter ajeno a la reacción de su abuelo, que alzó la mirada deprisa de los documentos que estaba guardando cuando escuchó las últimas palabras salir de la boca de su nieto.

El duque se levantó de su silla apoyándose disimuladamente en la mesa cuando sintió un pequeño mareo en su ímpetu por incorporarse. La sensación solo duró unos pocos segundos y Hunter no pareció notarlo, así que en cuanto se sintió lo suficientemente estable, caminó hacia los sillones y tomó asiento en uno de ellos.

—¿Ves algo interesante? —preguntó el duque a su nieto cuando vio a este acercarse al cuadro que había adquirido hace poco y que ahora tenía un lugar importante en su despacho.

—¿Es otro Drake Winter? —preguntó Hunter con interés y cierta reverencia en su tono.

Argoll esboza una gran sonrisa. Su nieto tenía buen ojo y sabía apreciar el arte.

—Exacto. Es una joya, ¿no crees?

Hunter asintió mientras seguía con los ojos clavados en aquel cuadro. Drake Winter era uno de los pintores más cotizados y perseguidos de todo Londres. Sus pinturas, muchas de ellas ventanas a la realidad de una sociedad diezmada, olvidada por los más afortunados, inundadas de fuerza, dotadas de una gran humanidad, sensibilidad y alma, hacían de su contemplación un verdadero privilegio. El hecho de que nadie supiera quién era Drake Winter incrementaba aún más la auténtica locura que se desataba cada vez que sus cuadros se exponían.

—Sí que lo es, aunque si hay alguien totalmente enamorado de la pintura de Drake Winter, ese es Connolly —dijo Hunter, sabedor de que pocas personas sobre la faz de la tierra había que comprendieran y admiraran más la obra de ese pintor que su socio. Habían visto por primera vez un cuadro de Winter tres años atrás, cuando el embajador inglés en Roma los había invitado a su casa. Este tenía dos cuadros de Drake, y Connolly cayó rendido ante ellos en cuanto los vio. Prácticamente le suplicó al embajador para que se los vendiera. El tiempo que llevaban en Londres, aunque escaso, había sido suficiente para que su socio viese alguna pequeña muestra el arte de Drake en colecciones de particulares, a la espera de la exposición que tendría lugar en la Royal Academy en pocos días, exactamente a finales de abril, conocida como la exposición de verano de la Academia, en donde se esperaba que Winter expusiera un mayor número de obras. Connolly estaba ansioso de contemplar en especial una de ellas, la llamada *Niña bajo la lluvia* que, aunque expuesta en todas las ocasiones, era la única que el pintor se negaba a vender.

—Quiero conocer a Connolly, ¿cuándo vas a traerle? —preguntó el duque cambiando de tema—. Porque me está dando la sensación de que no quieres que conozca a tu socio y no sé si eso me deja en muy buen lugar.

Hunter dejó atrás el cuadro de Winter y se sentó en el sillón que había frente a su abuelo.

—Estaba esperando a que estuvieses un poco más fuerte. Connolly es un hueso duro de roer, a veces es demasiado intenso.

Ante la ceja alzada de su abuelo, Hunter continuó.

— Pero le entiendo. Tiene sus razones.

—¿Piensas que Connolly sería desconsiderado con tu abuelo? ¿O más bien piensas que yo lo sería con él? —preguntó el duque a sabiendas de que en su juventud había tenido sus prejuicios, inculcados por un padre intolerante y controlador.

Hunter levantó la vista hasta su abuelo y su mirada se suavizó.

—Ninguna de las dos cosas. Liam es la persona con más autocontrol que conozco y sus modales son muchos más refinados que los de otros que dicen ser caballeros. Aún en el caso de que le insultaras en su propia cara, por respeto a mí no te diría nada. Y sé de sobra que mi abuelo no haría tampoco nada semejante, y menos a sabiendas de que Connolly no es solo un socio, es también mi mejor amigo.

El duque asintió antes de hablar.

—Sé de ese hombre todo lo que tengo que saber y es que salvó una vez la vida de mi nieto, y por eso tendrá siempre mi infinita gratitud y las puertas de mi casa abiertas. No en vano he estado leyendo las cartas que me mandabas todos estos años. Por eso sé que es un hombre fuerte, tenaz e inteligente. Me cae bien.

Hunter sonrió abiertamente.

—Y él nunca lo reconocería, pero sé que cuando te conozca tú también le caerás bien.

Edmund escogió ese momento para llamar y entrar con el té y las pastas. Las dejó encima del velador y les sirvió a ambos.

—Gracias, Edmund—dijo el duque cuando el ayuda de cámara terminó de colocar la taza con el té de Hunter. Cuando este hubo salido, el duque retomó la conversación.

—Bueno, y ahora vas a contarme eso que querías decirme.

Hunter eligió una de las pastas y no pudo evitar sonreír cuando esta le trajo recuerdos de una pasta distinta, tomada en otro salón y en la compañía de una mujer con un carácter de mil demonios.

—He conocido a una mujer y voy a cortejarla.

Ahora fue su abuelo el que, habiendo tomado un sorbo del té, lo escupió sonoramente al escuchar sus palabras.

Hunter se levantó de inmediato y se puso junto a su abuelo para darle pequeños toques en la espalda.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado cuando vio el tono casi morado que había adquirido la tez del duque.

Cuando este pudo hablar sin sentir que se ahogaba, miró a su nieto y vio la franca preocupación en sus ojos.

—Estoy bien, estoy bien, pero si no quieres que hable de morirme antes de lo esperado, no me des noticias como esta sin prepararme antes.

Hunter sonrió aún con la preocupación de ver a su abuelo todavía con falta de aire.

—No pretendía que te ahogaras con el té. Sabías que iba a acudir a los eventos sociales y precisamente con la intención de conocer a una posible futura lady Sathfolk.

Hunter supo que estaba haciendo lo correcto cuando los ojos de su abuelo brillaron de felicidad.

—¿Y quién es la joven? —preguntó el duque—. No voy a poner objeciones sea cual sea tu elección, eso debe quedar claro, pero quiero saber quién ha hecho que mi nieto, reacio al compromiso, en tan poco tiempo quiera cortejarla. Ha tenido que causar una gran impresión en ti.

Ante la expresión que puso su nieto, la curiosidad del duque se acrecentó.

—Lady Jane Valen, hija del vizconde de Trivein. Estuvo prometida hace unos años, pero rompió el compromiso semanas antes de la boda. Te lo digo porque puede que alguien bienintencionado te venga con el cotilleo y prefiero que lo sepas por mí.

—¿Te importa eso? —preguntó el duque, que recordaba al vizconde de Trivein. No lo había tratado tanto como para tener una amistad pero sí que sabía que había sido un hombre noble y sensato.

—Desde luego que no.

Su abuelo lo observó durante unos segundos, serio, fijamente, hasta que vio algo en la expresión de Hunter que le convenció de sus palabras. Esgrimió una sonrisa antes de proseguir:

—Háblame de ella.

Y eso hizo Hunter durante la siguiente media hora. Le relató cómo se conocieron, fiel a la historia que había acordado con Jane. Le contó cómo era ella, y la parte de él que se revolvió contra esa mentira fue acallada por el brillo que vio en los ojos de su abuelo cuando le habló sobre el fuerte carácter de Jane. Las carcajadas del duque se escucharon por toda la casa cuando le contó lo del pisotón. Omitió la conversación que había mantenido con ella, por supuesto, y solo le contó que aquel arrebato por parte de Jane había sido producto de cuestionar el buen humor de la joven no tomándosele esta con demasiada elegancia.

Hunter apretó los dientes cuando vio el gesto cansado y la respiración algo agitada de su abuelo. Iba siendo hora de que se fuera y le dejara descansar.

—Debo irme, pero prometo venir a verte pronto y contarte cómo me va con lady Jane Valen. Lo mismo cuando le diga que quiero cortejarla me lanza un florero a la cabeza.

Su abuelo volvió a reír.

—Otra cosa —dijo Hunter al acordarse de algo importante que quería comentarle—. En el baile de lady Brough conocí a una antigua amistad tuya. Me dio recuerdos y me dijo que yo le recordaba mucho a ti.

El gesto de su abuelo, intrigado por sus palabras, alivió en parte las marcas que el cansancio había generado en sus facciones.

—Lady Hunsword.

Fue decir ese nombre y los ojos del anciano caballero se abrieron con vigor. El destello de dolor, añoranza y sorpresa que los atravesó sorprendió a Hunter.

—Me dijo que enviudó hace unos años, pero que solo ahora se había permitido volver a Londres para retomar algunas de sus viejas amistades. Es una mujer asombrosa.

El duque carraspeó como si de repente le costara tragar.

—Sí que lo es. Extraordinaria.

Hunter miró a su abuelo fijamente y este no esquivó la mirada de su nieto. No le quedaba tiempo para subterfugios.

—Fue el amor de mi vida.

Aquellas palabras golpearon a Hunter, no por su significado si no por la agonía con la que habían sido pronunciadas.

—Juro que te lo contaré todo más adelante, pero ahora no puedo. Solo dime, ¿ella está bien? ¿Te habló sin resentimiento de nuestra amistad?

Hunter dedujo mucho más de aquella última pregunta que de todo lo demás.

—Está perfectamente. Tuvo que ser una mujer muy bella, porque sigue siéndolo. Y en todo momento habló con afecto de su amistad contigo.

Vio el brillo en los ojos de su abuelo y una sospechosa humedad se apoderó de ellos. No

quería que se alterara, y su promesa de contarle más adelante lo que quisiera de esa historia fue más que suficiente. Cuando estuviese listo, él lo escucharía.

CAPÍTULO VI

A la semana siguiente, Hunter le envió una nota a su futura prometida. Iría a visitarla el miércoles por la tarde con intención de conocer a su tía y comunicarle, como único familiar que le quedaba a Jane, su intención de cortejarla. En el baile ya le dijo que quería empezar con el cortejo lo antes posible para no retrasar en demasía el anuncio de su compromiso, sin embargo, tras solo dos encuentros, a Jane le parecía algo apresurado. Era cierto que había habido quien se había comprometido sin ni siquiera conocerse, por interés entre las familias, y quienes habían cortejado a una mujer solo con haberla visto en la distancia. Sin embargo, el que la conociera bien sabía que ella no era una mujer que fuese dada al romanticismo ni a las prisas. De hecho, a pesar de su amor por la literatura y los libros antiguos, no le gustaba cuando su tía Amy, a quien le encantaban los relatos por entregas de historias dramáticas y de amores imposibles, le leía fragmentos de esas historias suspirando agónicamente. Jane ponía los ojos en blanco sin entender cómo alguien podía leer y emocionarse con aquello.

Ella no era impulsiva, sino de las que meditaban bien sus decisiones. De hecho, su compromiso con Marlew fue después de un año de cortejo. Cuando, pocas semanas después del anuncio oficial, Alec murió desangrado en un callejón de Londres, según la policía víctima de un robo, Jane se hundió. En aquel momento, ciega por el dolor, no fue consciente de que la distancia que Marlew impuso en su relación no fue por respeto a su duelo sino a la naturaleza voluble de los sentimientos de su prometido. Gracias a Dave, que estuvo siempre a su lado a pesar de su propio dolor, ya que Alec era su mejor amigo y también un hermano para él, fue que obtuvo las fuerzas necesarias para salir adelante. Acabado el periodo destinado al luto, Marlew, que durante todo ese tiempo había mantenido cierta distancia —aunque siguió estando lo bastante presente como para salvar las apariencias—, retomó su anterior devoción y apremió a Jane a que celebraran la boda lo antes posible; sin embargo, ella se negó, convencida de esperar unos meses más. Su corazón, después de la pérdida de Alec y a pesar del tiempo transcurrido por el luto, no estaba preparado para abordar aquella boda con la ilusión que se suponía debía tener. Simplemente no tenía fuerzas suficientes. Jamás pensó en aquel entonces que aquella decisión la salvaría de cometer el peor error de su vida.

Así que, con la nota de lord Sathfolk en la mano y siendo realista al extremo, sabía lo que muchos en la sociedad iban a pensar de aquel compromiso. Sabía que él tenía razón al querer que su relación de cara a los demás fuese fruto indiscutible de un profundo enamoramiento, porque si era sincera consigo misma, con el título, el dinero y el aspecto de Sathfolk, todas las madres de Londres con hijas en edad casadera lo desearían como futuro yerno. ¿Entonces por qué elegirla a ella cuando no era la más adecuada debido a su edad y al pequeño escándalo que supuso la ruptura de su anterior compromiso? ¿Y qué decir de su consabida falta de dote? Si no fuese por Herdford y por el apoyo de la marquesa de Danword y otras damas amigas de la misma, lo más probable era que ella no hubiese sido capaz de aparecer de nuevo en sociedad después de aquello. Transcurridos tres años desde entonces, reconocía que le había costado recuperar con esfuerzo el lugar que Marlew, con unos pocos comentarios ambiguos y maliciosos, había

destruido. Aunque no se engañaba, consciente de que sin el apoyo de los que estaban a su lado las cosas no hubiesen resultado igual.

Así que no iba a flaquear ahora. Ella era una mujer fuerte, decidida, y había aprendido de sus errores a obviar a esa sociedad que la había cuestionado cuando no le convenía. Sabía que en el mundo en el que vivía, las apariencias eran más importantes que la verdad. Se curó las heridas y miró hacia delante. Este acuerdo le daría la tranquilidad necesaria para poder vivir según sus propias directrices, y liberar a Herdford de la pesada carga que este había decidido asumir. Sabía que si Dave la escuchaba hablar en esos términos se enfurecería, pero le quería y le debía tanto, significaba tanto para ella, que deseaba liberarle de esa obligación que él se había autoimpuesto tras la muerte de Alec.

Después de pensarlo detenidamente, contestó la nota de lord Sathfolk y, aunque le decía estar conforme con esa visita y con su decisión, le instó en ella a ser moderado en sus declaraciones. Un enamoramiento ciertamente comedido al principio. Cuando no recibió una nota en correspondencia a la suya, imaginó que lord Sathfolk estaría conforme con lo expuesto. Debía haber sabido que aquel hombre no atendería a razones. Lo vio venir desde que Mary anunció su llegada a las cuatro en punto. Aunque había preparado a su tía sobre su visita, los ojos de la misma se abrieron enormemente cuando vio a lord Sathfolk llegar. «Oh, por el amor de Dios», se dijo mentalmente Jane cuando su tía aferró contra su pecho el relato de *La dama en apuros*, una nueva historia por entregas, dramática y romántica en la que la protagonista femenina estaba enamorada de un hombre al margen de la ley, un capitán de barco sumamente atractivo, con una cicatriz en la mejilla y una actitud cruel ante la vida. Supo el momento exacto en el que la cabeza de su tía asoció a ese capitán de barco con lord Sathfolk por la expresión de su rostro y sus mejillas arreboladas, comprendiendo que aquello iba a ser un desastre. Sathfolk, que no había abierto todavía la boca, ya tenía conquistada a Amy. Jane se dijo que debía ser fuerte y despiadada, estaba en desventaja. Iban a ser dos contra uno.

—Lady Aberdon, lady Jane Valen —dijo Hunter con voz grave y una mirada intensa que hizo que la tía Amy suspirara con demasiado énfasis.

Jane volteó los ojos y Hunter frunció un poco el entrecejo. Después arqueó una ceja mirándola de forma interrogativa.

—Por favor, lord Sathfolk, siéntese. Es un placer inesperado su visita de hoy —dijo lady Aberdon con un brillo pícaro en los ojos.

Entonces sí que Hunter miró fijamente a Jane. Él le había mandado la nota varios días atrás para que Jane preparase a su tía, avisándole de su visita.

Jane respondió a su mirada haciendo un casi imperceptible movimiento con la cabeza en señal de asentimiento. Su tía sabía perfectamente que iban a recibir una visita esa tarde, pero su vena dramática se apoderaba de ella en los momentos más inoportunos. Simplemente era superior a sus fuerzas.

—Perdón, creí que había avisado a su sobrina de que vendría a verlas hoy. Sin duda pensé en hacerlo y claramente me olvidé de enviar la nota después.

Jane sonrió. «Bien hecho, Sathfolk» dijo para sí misma. Su tía esbozó una enorme sonrisa cuando quedó al parecer satisfecha con la caballerosidad de Sathfolk. Los tres allí sabían que esa nota había sido mandada y recibida, de hecho Jane la había contestado. Así que la tía de Jane aplaudió que Sathfolk guardase silencio con respecto a ello, que no le llevara la contraria y que le siguiese el juego, asumiendo la culpa de un descuido inexistente y salvaguardando a Jane por un olvido que no era tal. Jane pensó que aquello era de locos.

Amy miró a su sobrina con una sonrisa que ella conocía demasiado bien. «Oh, Dios mío. Allá vamos», pensó Jane.

Lady Aberdon miró a continuación a Sathfolk y revoloteó las pestañas no una, ni dos, ni tres, sino cuatro veces. Jane supo que Sathfolk se había mareado con tanto movimiento por cómo este cerró los ojos durante unos segundos.

—Es placer es todo mío, créame. Si desea que venga otro día al no esperar mi visita esta tarde, estaré más que complacido de acatar sus deseos —dijo Sathfolk cuando los ojos de lady Aberdon parecieron recuperar la normalidad. Por un momento había temido por su integridad pensando que se quedaría bizca.

«Pero, ¿qué...?», pensó Jane cuando vio a su tía abanicarse con ímpetu tras las palabras de Sathfolk. Si seguía así estaba segura de que al terminar aquella visita, su tía sería la que rogaría a lord Sathfolk que la raptase para llevarla a Gretnan Green y hacerla su esposa.

—Querida, no me habías dicho que lord Sathfolk era tan caballeroso y amable —dijo lady Aberdon.

Jane soltó un sonido que pareció más un gruñido que una afirmación. Hunter no pudo evitar reír por lo bajo cuando lo escuchó.

—¿Le gusta la escritora Erica Hart? —preguntó Hunter al fijarse en la novela por entregas que tenía lady Aberdon en la mano y con la que se estaba abanicando.

Hunter creyó escuchar un «mátame lentamente» de labios de Jane antes de que lady Aberdon lo mirase con absoluta adoración.

—¿Ha leído *La dama en apuros*? —preguntó lady Aberdon aguantando la respiración.

Hunter no lo había leído, pero como si lo hubiese hecho. Desde su llegada a Londres se quedaba en la casa que su abuelo materno le dejó entre otras posesiones junto al título de conde, en Mayfair, cerca de la residencia de su abuelo paterno, el duque de Argoll. Había invitado a Connolly a quedarse también allí, y así lo hizo su socio, a regañadientes, hasta que encontrara casa propia. La señora Rodman, el ama de llaves que había permanecido con la familia de su madre durante casi toda su vida, siguió al frente de esa casa cuando Hunter estuvo ausente. La administración de sus propiedades la llevaba Withman, pero al frente del personal y las cuestiones domésticas Hunter mantuvo todos esos años a la señora Rodman.

Desde que habían vuelto a Londres, había visto a la señora Rodman en más de una ocasión con ese mismo folleto. Un día cometió la equivocación de preguntarle qué era y fue la hora más larga de su vida. Al terminar, conocía al capitán de barco Teodosius y a su amada Caterina como si hubiesen sido amigos de toda la vida.

—Teodosius y Caterina —dijo Hunter a la tía de Jane con voz grave y aterciopelada.

Jane cerró los ojos cuando le escuchó, prefiriendo la tortura a lo que sabía iba a venir.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —exclamó lady Aberdon mientras hacía aspavientos con los brazos. Hunter miró disimuladamente a Jane por si su tía tenía alguna clase de medicación para esos casos. La mirada de quererlo muerto que recibió de Jane solo hizo que arqueara una de sus cejas.

—¿De veras? —le preguntó Jane entre dientes.

—¡Eso es magnífico! Sabía que si usted se había fijado en mi Jane era porque sin duda alguna, es un hombre sin igual. Un romántico como yo —dijo lady Aberdon con excesiva energía.

Jane se puso colorada antes de dirigirse a su tía.

—Tía Amy, lord Sathfolk no ha dicho nada que nos lleve a tal suposición.

Hunter tuvo que reprimir una sonrisa.

—No debe rectificar a su tía porque tiene toda la razón —dijo Hunter con seriedad mirando a Jane fijamente.

Jane hundió los hombros cuando vio la mirada de protagonista de novela romántica que le lanzó Sathfolk y que su tía Amy vio con claridad. Después de eso tendría que meter la cabeza en la palangana y rezar para que hubiese suficiente agua en ella como para ahogarse.

—Lo sabía —dijo su tía con una voz que hubiese envidiado la mejor actriz del Drury Lane en una representación de Romeo y Julieta. Lo dijo con convicción, con fuerza, con sentimiento, mirando al frente totalmente metida en su papel y con una de sus manos apoyadas en el pecho. Espectacular.

Hunter no desvió la mirada de Jane. La cantidad de expresiones que habían cruzado su rostro en los últimos minutos no tenían parangón, y lo tenían absolutamente fascinado.

—De hecho esta visita responde precisamente al interés que su sobrina despierta en mí. Como único familiar que le queda a lady Jane Valen, he venido con el propósito de solicitar su permiso para cortejar a su sobrina. Sé que nos conocemos desde hace muy poco, pero creo que sabrá mejor que yo que es una mujer extraordinaria, ante la que es inevitable caer rendido.

Jane miró a Sathfolk. Esas palabras habían sido pronunciadas con un tono tan firme y seguro que de no ser porque ella sabía de sobra que aquello era una escenificación y que su compromiso era solo parte de un acuerdo, hubiese jurado que habían sido dichas con absoluta seriedad y convicción.

Su tía la miró con ojos soñadores, con un suspiro que le robó el aire hasta a ella, y supo que si no asentía en ese preciso instante, dando su conformidad, su tía no se lo perdonaría en la vida. Jane asintió y la tía Amy esbozó una sonrisa maravillosa.

—Le doy mi consentimiento para que corteje a mi sobrina, lord Sathfolk, pero con una condición.

Hunter tomó una mano de lady Aberdon con su permiso y con un gesto sumamente caballeroso hizo el gesto de besarla.

—Me acaba de hacer el hombre más feliz de todo Londres, lady Aberdon. La condición que imponga me parecerá perfecta.

Lady Aberdon miró de reojo a su sobrina. Esa mirada decía claramente que si no se comprometía con aquel hombre ella misma lo haría.

—Que venga a verme de vez en cuando. No es fácil encontrar personas que disfruten de la pluma de Erica Hart tanto como nosotros.

Hunter asintió antes de contestar sin ninguna duda:

—Estaré encantado de aceptar su invitación.

Lady Aberdon esbozó una sonrisa enorme y Jane pensó que ya iba siendo hora de que Sathfolk se fuese. Ya había conseguido su objetivo y si seguía escuchándole a él y a su tía, con ese diálogo empalagoso y rimbombante, vomitaría sobre la alfombra Abusson que estaban pisando ahora mismo sus pies, y era una alfombra demasiado hermosa como para desperdiciarla de aquella manera.

—Imagino que tendrá prisa y no queremos entretenerle más —dijo Jane intentando que la sonrisa que tenía atascada en la boca pareciese real.

Hunter no estiró más la cuerda, sabía que Jane estaba al límite por su expresión, y por ahora aquello era más que suficiente. Oficialmente la estaba cortejando y si todo salía como había planeado, en un par de semanas sería su prometida. Se despidió cortésmente de lady Aberdon y aunque no era lo usual, Jane, con el beneplácito de su tía, le acompañó personalmente hasta la

puerta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jane entre dientes cuando estaban ya cerca de la salida y nadie podía escucharles.

—¿El qué? yo creo que ha ido todo muy bien —dijo Hunter divertido solo de ver el fuego que desprendían los ojos de Jane.

—No sé si lo ha hecho a propósito o le ha salido de forma natural, pero ha habido un momento ahí dentro, mientras estaba hablando con mi tía, en el que pensé seriamente que iban los dos a escupir pétalos de rosa por la boca mientras unos violinistas tocaban música triste y agónica.

Hunter soltó una carcajada, no pudo evitarlo.

—Nada de eso. Ha sido distinto a como lo había imaginado. Su tía es diferente —dijo Hunter con una sonrisa.

Jane frunció el entrecejo. Una cosa es que ella pensase que su tía era una romántica, demasiado aficionada al drama en determinadas ocasiones, y otra distinta que alguien la denostara en alguna medida. Iba a decírselo a Hunter cuando sus siguientes palabras la detuvieron.

—Es maravillosa. Ojalá todo el mundo fuese así de espontáneo y transparente. Me cae muy bien, y si no te importa me gustaría cumplir con mi palabra y visitarla otro día.

Jane asintió sin saber qué decir. Los ojos de Hunter no mentían y parecía que todo lo que había dicho había sido en serio.

—No he podido evitar fijarme en que la enfermedad de la que adolece tu tía tiene que ver con los huesos. Al tomarle la mano me di cuenta. Tiene que ser dolorosa.

Jane tosió antes de hablar. Además de ser muy observador, la delicadeza con la que había hecho alusión a la enfermedad de su tía la desorientó un poco, y le gustó. Jane desdibujó inmediatamente de sus labios la sonrisa que había acudido, traidora, hasta ella.

—Sí, a veces lo es. Hay días en los que no puede levantarse de la cama.

Hunter asintió, y Jane vio en su mirada que la comprendía demasiado bien. Recordó en ese instante lo que él le contó sobre la enfermedad de su abuelo.

Ambos se quedaron mirándose fijamente, en silencio, y aquello puso nerviosa a Jane de una forma inquietante. Vio la mirada de Sathfolk desplazarse a los labios de ella y tragó saliva. Ajena a todo excepto a la cercanía del conde y a su mirada intensa, sintió que se le erizaba el vello de la nuca y una serie de estremecimientos pinzaron su estómago con fuerza.

Y entonces Mary salió por el pasillo lateral y Jane pareció despertar de repente, desviando la mirada de los ojos de Sathfolk y apoyando su mano en la puerta. Mary, la cocinera, ama de llaves y cuidadora de su tía cuando ella no estaba, tomó el sombrero de lord Sathfolk y se lo tendió.

—La semana que viene tenía pensado ir a la exposición de la Royal Academy con Connolly. Creo que sería una buena oportunidad para hacer oficial el cortejo de cara a la sociedad. Podíamos ir juntos, con Connolly y lord Herdford. Si él es como un hermano para ti sería bueno que lo fuese tratando. Sería raro que no tuviésemos ninguna relación. Y Connolly es mi socio y mi mejor amigo. Quiero que te conozca también. Piénsalo, ¿de acuerdo?

Jane asintió. Hunter la miró, sonriendo una vez más, y salió tras la puerta. Mary cerró y le informó de que la cena estaría en una hora. Al principio no la entendió hasta que se obligó a centrarse en lo que la rodeaba. Su mente seguía aún perdida en la mirada de Sathfolk sobre sus labios. ¿Qué le estaba haciendo aquel hombre?

CAPÍTULO VII

Los cuatro llegaron temprano a los pequeños apartamentos que albergaban la Royal Academy y sus exposiciones, en el Stand. Jane, al bajar del carruaje de Sathfolk en el que habían pasado a recogerla a ella y a Herdford, sintió que le sudaban las manos. Levantó la vista y la fijó en el edificio que había frente a la Royal Academy. Le gustaba la arquitectura de Somerset House, construido en el siglo anterior por Sir William Chambers sobre un palacio del periodo Tudor, y la distrajo unos segundos del incómodo silencio que había reinado en el interior del cubículo durante el tiempo que había durado el trayecto hasta allí.

Sathfolk le había ayudado a bajar del carruaje bajo la atenta mirada de Herdford que, con una sonrisa irónica, estaba ahora a su lado listo para entrar. Sathfolk le ofreció el brazo a Jane para que enlazara su mano en él y así lo hizo, pasando ellos delante y dejando a Dave con el señor Connolly detrás.

Jane pensó en lo diferentes que eran Sathfolk y su socio. Mientras que el conde era sociable y extrovertido, Connolly era más bien taciturno y parco en palabras. Quizás estuviese errada en su juicio ya que solo lo había visto una vez con anterioridad y solo cruzaron unas pocas frases tras la presentación de rigor, pero algo le decía que Connolly no era un hombre de fácil trato. Había que reconocer que el socio de su futuro prometido era un hombre apuesto. Jane calculaba que Connolly tendría la misma edad que Dave, unos veintisiete años. Era casi igual de alto que Sathfolk, pero más ancho de hombros; delgado, pero con los músculos desarrollados por cómo se ceñía su chaqueta a los fuertes brazos y a su espalda. Tenía el pelo negro, ligeramente rizado. Sus ojos de color miel estaban enmarcados por unas pestañas tan largas y rizadas que dotaban a su mirada de una intensidad que impresionaba. Una nariz recta y unos labios finos, en una mandíbula marcada y unos pómulos prominentes sobre una tez algo bronceada hacían de Connolly un hombre difícil de olvidar. Se había dado cuenta de las miradas apreciativas que algunas de las damas habían dirigido tanto a Sathfolk como a Connolly en el baile de lady Brough. Fue deleznable ver esa clase de mirada en los ojos de algunas de esas damas sobre Connolly cuando momentos antes las mismas habían criticado su presencia en el evento. Las palabras «escoria» y «sucio irlandés» fueron dichas en susurros mientras sus ojos deseaban otra cosa.

Jane pisó con sus botines el interior de una de las salas. El vestido de día que había elegido esa mañana, de color azul claro, era elegante y sobrio. Durante un rato estuvieron en silencio viendo los cuadros de varias salas. En cierto momento se detuvieron, esperando a Connolly que se había quedado rezagado observando con auténtico interés un cuadro de Drake Winter. Herdford, que había ido a saludar a varios conocidos, había vuelto, posicionándose al otro lado de Jane y mirando con indolente despreocupación el arte que les rodeaba.

Jane pasó una de sus manos sobre la falda para alisarla cuando sintió la pregunta de Sathfolk.

—Perdona que no te preguntara antes de invitarte a la exposición, pero por tu mirada creo que acierto si digo que te gusta el arte, ¿verdad? —preguntó Hunter con una sonrisa que hizo que Jane se olvidara durante unos segundos del cuadro de Turner que estaba admirando.

—Me encanta —dijo Jane con total sinceridad—. Además tenía especial interés en acudir para

poder ver los cuadros de Turner y de Drake Winter.

—¿Le gusta la pintura de Winter?

La pregunta salida de los labios de Connolly sorprendió a Jane. Al estar hablando con Sathfolk prestándole toda su atención no fue consciente de que Connolly se había acercado a ellos hasta que le escuchó. Era la primera vez en aquella tarde que el socio de Sathfolk se dirigía a ella de forma particular sin que su voz sonara tan impersonal como lo había escuchado con anterioridad. La forma en que la miraba le decía claramente que estaba interesado en su respuesta y que no había sido hecha por pura formalidad.

—Me gusta mucho. Creo que sus paisajes son maravillosos, distintos a como los reflejan otros pintores. Su trazo en ellos tiene más fuerza, son más imprecisos pero a la vez tan tremendamente certeros y evocadores que te trasladan al instante al lugar que representan. Y sus retratos son únicos. Por lo que veo a usted también le gusta su pintura, he observado cómo ha mirado ese cuadro.

Connolly dirigió su mirada de nuevo hasta el cuadro que popularmente se llamaba *La niña bajo la lluvia*. Asintió antes de hablar.

—Es increíble —dijo Connolly con algo parecido a la admiración reflejada en sus ojos.

Un gesto casi imperceptible por parte de Herdford hizo que Connolly se dirigiese a él. Podía haberlo dejado pasar, seguir ignorando su petulante y arrogante presencia como lo había hecho hasta entonces, pero algo en su interior le impidió hacerlo. Esa impulsividad que dejaba salir solo cuando él quería, esta vez tomó la iniciativa, dejando su autocontrol a un lado. Su mirada se endureció visiblemente y su tono de voz distó mucho del que había utilizado con Jane momentos antes.

—¿A usted no le gustan los cuadros de Winter o es que no aprecia la pintura en general?

Herdford relajó su postura y en su rostro apareció una expresión neutral carente de cualquier emoción e intención, como si la pregunta fuese de lo más inoportuna y no fuese merecedora de su interés.

—Reconozco que soy de los que aprecian más el teatro y la música que la pintura. Cuando llevo observando las obras un rato me parece todo igual, y Winter no despierta un interés especial en mí. Sus representaciones son algo ordinarias —dijo Herdford acompañando sus palabras con un gesto de su mano, restando importancia a uno de los pintores del momento.

Connolly apretó la mandíbula antes de contestar.

—Sí, imagino que para alguien de su posición y de su origen aristocrático los retratos de Winter reflejando esa parte de la sociedad que los más afortunados desean obviar debe resultar ordinario e incómodo.

Connolly vio tensarse a Jane y a Hunter mirarle fijamente.

Herdford sonrió de medio lado.

—No lo había dicho en ese sentido, pero la verdad es que escuchándole creo que le da mayor relevancia y profundidad a los retratos de Winter de los que en realidad tienen. Yo no percibo lo mismo que usted al mirarlos. Francamente, solo son retratos.

Connolly intensificó su mirada y Hunter supo que en ese momento se estaba conteniendo para no saltarle al cuello a Herdford.

—¿Cómo puede decir que es solo un retrato? Mire *La niña bajo la lluvia* —dijo en un tono de voz que aunque bajo y templado llevaba aparejado un tinte imperativo que hizo que Herdford mirase el retrato al que Connolly hacía alusión.

En el cuadro, una niña de unos seis o siete años, vestida con ropas desgastadas y zurcidas en

varias partes, con el pelo recogido atrás y alguno de sus mechones rubios pegados a su preciosa cara en forma de corazón, sujetaba con manos menudas y manchadas de suciedad una pequeña cesta. Su mejilla derecha estaba manchada con un tizne negro y en sus ojos se podía ver el cansancio, el hambre y una tristeza que rompía el alma, sobre todo por la extrema juventud de su portadora, y sin embargo, debajo de todo eso, Winter había captado la inocencia, la esperanza de una juventud todavía no doblegada por la realidad de la vida en la que una pequeña sonrisa dibujada en unos labios quemados por el frío, golpeaba el corazón y las entrañas.

—¿Y qué debería ver en él, señor Connolly? —preguntó Herdford mirando fijamente a Liam como si le estuviese retando a que le ilustrara.

Hunter sabía que aquel cuadro representaba más para Connolly de lo que lo hacía para la mayoría de espectadores. Sabía que a Liam le recordaba un pasado no muy distinto al de esa niña y un dolor que, a pesar de los años, seguía macerando en el interior de su amigo.

—Lo que esta sociedad hace a los más desfavorecidos, y entre ellos a los más afectados: los niños. Más de la mitad de ellos en los barrios del East End de Londres perecen a la edad de esa niña por culpa del hambre y la miseria. Y los que sobreviven tienen que trabajar en unas condiciones que apenas difieren de la esclavitud. No tienen más remedio que aceptarlas si quieren tener alguna oportunidad de sobrevivir.

Herdford parecía imperturbable ante las palabras de Connolly. Liam había retratado a una parte de la sociedad que luchaba, se ahogaba y moría a diario en los barrios pobres de Londres.

—Debe de ser más perceptivo que yo si ve todo eso reflejado en ese cuadro —dijo Herdford, serio, con una mirada intensa y cargada de algo que tanto Hunter como Connolly, solo por unos segundos, no supieron descifrar pero que llevaba aparejado algo tan complejo que los dejó a los dos intrigados y sin nada que decir. Esos segundos pasaron y les pareció solo un espejismo cuando una expresión de desinterés extremo volvió a las facciones del amigo de Jane.

—Recuérdeme que no discuta con usted sobre arte. Es muy vehemente en sus pasiones, por lo que veo —dijo Herdford con una sonrisa de medio lado que Connolly deseó borrarle de un puñetazo.

—Creo que deberíamos seguir, todavía nos quedan por ver más cuadros. ¿Me acompaña, señor Connolly? Me gustaría poder comentar con usted las obras de Winter, ya que parece que tenemos gustos similares —dijo Jane con un tono de voz tenso.

Connolly miró a la futura prometida de su socio y en ese instante la respetó por lo que acababa de hacer. Vislumbrar el peligro al que estaba expuesto su amigo y salvar su aristocrático cuello.

Asintió y le ofreció su brazo para que Jane enlazara su mano en él y pudiesen dirigirse hacia la siguiente sala.

Hunter no le quitó la vista a Herdford desde que había visto esa mirada en él. Era como si por un instante hubiese observado a un hombre totalmente diferente del que le presentaron una semana atrás. A él le gustaban las personas directas, sinceras, aunque fuesen dolorosamente viscerales en sus actos y palabras. Jane era así, Connolly desde luego era así, pero Herdford lo tenía totalmente desorientado. Se había hecho una idea de cómo era por los escasos momentos en los que le había observado en el baile de lady Brough, por las compañías de las que se rodeaba y su frívola y desinteresada actitud hacia todo.

Y a pesar de la evidencia, de lo que veía y de lo que decían los informes de Withman —mujeriego, vividor, desinteresado, arrogante, superficial—, había algo que no le cuadraba en él. No sabía cómo un hombre así podía ser tan importante para Jane. ¿Cómo era posible? Por lo poco que la conocía, sabía que tenía demasiados principios y que Herdford, tal y como se presentaba,

carecía de muchos. Y esa mirada de antes, esos escasos segundos..., maldita sea, habían revelado algo que se le escapaba y no llegaba a entender. Pero, ¿el qué? El adjetivo «complejo» volvía a su mente una y otra vez. Jane iba a ser su prometida y había dejado más que claro lo importante que era Herdford para ella. Y Hunter no dudaba de lo que Jane significaba para Herdford. Lo había visto en el baile y ahora allí. Su mirada, que parecía estar llena de hastío, estaba siempre pendiente de Jane, y esta adquiría un matiz muy diferente cuando la observaba. Cuando hablaba con ella, la miraba e incluso cuando le sonreía, las facciones de Herdford se suavizaban y tomaban un cariz totalmente diferente que solo un buen observador podría vislumbrar. Así que en ese preciso instante tomó la resolución de no dejar aquel misterio sin resolver, porque aquello le atañía. Él iba a formar parte de la vida de Jane durante un año y Herdford, según las palabras de Jane, era su familia, así que tendría que empezar a trabajar en ello.

—Jane me ha dicho que es usted como un hermano para ella y sé que en virtud de esa fraternal relación le confía muchas cosas —dijo Hunter caminando al lado de Herdford mientras Jane iba varios metros delante de ellos junto a Connolly.

Hunter sintió la mirada de Herdford sobre él antes de que la desviara nuevamente al frente.

—¿Siempre pone todas las fichas sobre la mesa? —preguntó Herdford con un tono divertido en la voz.

Hunter sonrió a su vez.

—Solo por lo que merece la pena —contestó dotando a sus palabras de una fuerza inusitada.

Eso le valió otra mirada por parte de Herdford, esta vez más intensa, como si al decir aquello por fin hubiese captado su atención.

—Pensé que esto era solo un acuerdo —dijo el rubio, y debajo de esas palabras Hunter pudo escuchar una sutil advertencia.

—¿Le molestaría si no fuese así? —preguntó Hunter parando delante de un cuadro de Winter y observándolo. Connolly y Jane se habían detenido en otro que había a dos metros de ellos y quería tener esa conversación sin ningún espectador.

—¿No le han dicho nunca que no muestre todas sus cartas antes de tener la certeza de que va a ganar? —preguntó Herdford con una mirada sumamente seria—. Jane es mi hermana y mi mejor amiga. Ya ha sufrido suficiente. Hágala daño y se encontrará con el filo de mi florete ensartado en su estómago. Hasta ese extremo me molestaría.

Hunter miró fijamente a los ojos de Herdford. Ahí estaba nuevamente esa mirada. Esta vez cargada de determinación, confianza y convicción. Ahora Hunter estaba seguro de que Herdford era mucho más de lo que aparentaba, aunque el rubio fuese un maldito genio ocultándolo.

—Me parece justo. Quiero que quede clara una cosa: que esto sea un acuerdo no significa que no me importe Jane.

Herdford ladeó un poco la cabeza y una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

—Y por eso está hablando conmigo. ¿Teme que no interceda favorablemente por usted ante ella? ¿Tanta influencia cree que tengo sobre Jane? ¿Es eso lo que le molesta? —preguntó Herdford y la mirada de Hunter se oscureció.

—No creo que nadie tenga la suficiente influencia sobre Jane como para obligarla a hacer algo que no quiere, sin embargo la confianza que deposita en usted, el cariño que le profesa, más que patente, me hace pensar que tiene en alta estima su parecer. No pretendo ganarme su confianza para llegar a Jane, no me insulte pensando que voy a intentar ese tipo de manipulación, pero si Jane va a formar parte de mi vida durante un tiempo y usted es su familia, creo que sería bueno que nos lleváramos bien y dejáramos las cosas claras. Ya pedí el consentimiento de lady Aberdon

para cortejar a su sobrina, pero me gustaría pensar que también cuento con su respaldo.

Dave enarcó una ceja.

—¿Cambiaría algo si le dijese que no? —preguntó Herdford a bocajarro.

—No —dijo Hunter inmediatamente.

Herdford rio, y ese gesto, que pareció genuino, espontáneo, descolocó a Hunter.

—Refuerce sus bonitas palabras con hechos y tendrá todo mi apoyo. Si Jane es feliz, yo también —dijo Herdford, que volvió a moverse, haciendo que Hunter le siguiera. Cuando estuvo de nuevo a su altura, Hunter habló antes de que ambos alcanzasen a Jane y Connolly.

—Creo que a pesar de todo vamos a llevarnos bien.

Herdford ni siquiera le miró cuando le contestó.

—Hechos, lord Sathfolk. Hechos.

Jane caminaba al lado de Connolly hasta que pararon delante de otro cuadro de Winter. En él, una muchacha daba una puntada a un paño. Sus manos, plasmadas de manera magistral, eran delgadas y parecían demasiado frágiles hasta para sostener la aguja.

La yema de su dedo anular, el de la misma mano que sostenía la aguja y que parcialmente estaba hacia arriba en un momento en el que había relajado su postura, se veía rojo, producto de varios picotazos claramente forjados por puntadas no certeras que en vez de la tela habían encontrado su fin en la tierna carne de la yema. La joven estaba sentada en una silla y, a pesar del vestido de lana que llevaba puesto, su cara y su cuerpo demasiados delgados parecían ser presas del frío. Sus ojos, de color castaño oscuro, miraban al espectador con audacia y determinación, y a pesar del cansancio que reflejaban sus facciones, esa mirada retaba a cualquier contratiempo, teñidos de un tesón y una constancia dignos de admirar. Al fondo se veía un hogar donde no había leña ni fuego y un plato vacío sobre una mesa de madera débil donde la poca luz, proveniente de una ventana, era la única iluminación para unos ojos jóvenes que se estrechaban un poco, intentando agudizar su visión. Era sobrecogedor.

Jane deslizó su mirada por el cuadro con admiración y luego la desvió hasta Connolly. Vio en sus ojos un tanto de lo mismo. Juraría que además captó un destello de dolor en ellos antes de que se apagase como si nunca hubiese existido.

—Creo que Herdford tenía razón, hasta cierto punto —dijo Jane con una sonrisa cuando vio que Connolly la miraba como si estuviese delirando—. Ve mucho más en los cuadros de Winter que la mayoría de los presentes.

Connolly la siguió mirando como si intentase discernir en qué sentido le había dicho aquellas palabras.

—Hay quien mirará este cuadro y solo verá a una muchacha cosiendo.

Jane volvió la vista al cuadro.

—¿Y usted qué ve?

Connolly miró a Jane como si quisiese ver en su interior.

—¿De verdad le interesa?

Jane asintió y Connolly, al ver sinceridad en ella, continuó hablando. Y aunque pareció tomarse su tiempo, como si pensara si hacerla partícipe de sus pensamientos o no, cuando Jane escuchó sus siguientes palabras notó el cambio en su tono de voz, algo oscuro y orgulloso.

—Es casi una niña, esta delgada y tiene frío y sus manos están atezadas por que lleva horas y horas sin parar de coser. Su vestido le queda demasiado grande porque pasa hambre, el plato vacío encima de la mesa así lo indica. A pesar de su esfuerzo, de todo lo que cose, apenas sí tiene algo que llevarse a la boca porque trabaja hasta desfallecer por unas monedas que no cubren sus necesidades más básicas. Tiene frío, fíjese en su expresión y en su postura, como si temblara. Hay un hogar al fondo y créame cuando le digo que en esas casas no hay hogar para prender la leña, pero Winter lo pinta con una finalidad, y es la de la de hacer consciente al espectador de que esa muchacha tiene un enemigo igual de poderoso que el hambre. Y no tiene forma de combatir contra ninguno de los dos salvo por su obstinación, su coraje y su instinto de supervivencia.

Connolly miró a Jane. No sabía qué iba a ver en aquellos ojos, quizás incredulidad, diversión, incompreensión... Sin embargo lo que halló en ellos le golpearon en su bien amaestrado autocontrol. Jane le miraba con asombro y una sospechosa humedad se había adueñado de sus ojos azules, que parecían entender a pesar de que Connolly dudaba seriamente de ello.

—Por eso me gusta Winter. No solo es su pintura, su impecable técnica, es lo que cuenta con cada pincelada. Sus cuadros están vivos.

Jane parpadeó varias veces antes de poder hablar sin que la voz le temblara.

—Soy admiradora de Drake Winter desde que vi por primera vez su trabajo. Sabía que era excepcional, pero ahora que lo veo a través de sus ojos sé que es único. Gracias, señor Connolly.

La sonrisa que esbozó Jane y su mirada sincera y conmovida, hicieron que Connolly comenzase a pensar que quizás Hunter no había elegido tan mal a su futura prometida.

CAPÍTULO VIII

Dave miró a Jane que, nerviosa, deambulaba de un lado al otro del salón.

—Tendrías que haberla visto, Dave. No tiene más de quince años. ¿Cómo pudo... como pudo hacerle eso? —dijo Jane totalmente alterada.

Dave se acercó a ella y la cogió por los brazos.

—Ven aquí.

Herdford la abrazó y Jane apoyó su cabeza en el pecho de su mejor amigo, intentando calmarse lo suficiente.

—Sé que hemos visto esto antes pero no en una muchacha que es casi una niña. Y aunque lo hubiese visto cien veces, la rabia no desaparece, Dave, sino que aumenta.

Herdford puso una mano en el cuello de Jane y ejerció presión con sus dedos de forma suave y lenta. Cuando la sintió expulsar todo el aire que parecía estar reteniendo en sus pulmones, Dave la separó ligeramente de él para verle la cara.

—¿Quién ha sido? —preguntó con un tono que reflejaba bien la seriedad de su rostro.

Jane se separó del todo de Dave y volvió a andar por el salón. Algo en la actitud de su amiga le dijo que esta vez la identidad del individuo que había cometido aquel abuso, aquella monstruosidad, les era familiar.

—Jane, ¿quién ha sido? —preguntó Dave con un tono de voz apremiante.

Jane tomó aire antes de contestar.

—El vizconde de Warwick.

Jane vio cómo la mandíbula de Dave se tensaba al escuchar ese nombre. Lord Warwick era el mejor amigo del hermano de Herdford. Dave nunca lo había tolerado y Jane ahora entendía perfectamente por qué.

—¿Te ha dicho la chica si William tiene algo que ver? —preguntó Dave y la mirada que Jane vio en sus ojos destilaba veneno puro.

Negó con la cabeza antes de hablar. Su cara de asombro lo decía todo.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Crees que ...? No, Dave —dijo Jane negando con la cabeza varias veces, sin embargo no vio cambio ni duda en la mirada de Herdford, sino una furia templada, contenida y peligrosa vibrando en los ojos felinos de su amigo que en esta ocasión lucían una mirada afilada como la hoja de una espada.

—Cuando eran más jóvenes iban a todos lados juntos, compartían mujeres, pasatiempos, y una forma retorcida de encontrar placer. El miedo y el dolor eran los ejes centrales de sus orgías. Debe ser cosa de familia —dijo Herdford andando por la estancia hasta una mesa robusta de caoba que había en un lateral de salón para apoyarse después en ella. Se tocó la nariz con dos dedos y volvió a mirar a Jane—. No digo que estuviese allí, ahora ambos están casados e imagino que esta joven servía en casa de Warwick, ¿no? —continuó Dave, y Jane pudo ver en las facciones de su amigo un cansancio que minutos antes no estaba.

Jane asintió, tragando saliva.

—Sin embargo estoy seguro de que lo sabe.

Jane anduvo hasta situarse frente a Dave.

—Y no podemos hacer nada, ¿verdad? —preguntó Jane a sabiendas de la respuesta. Ann, la chica de quince años que había empezado a trabajar en casa de lord Warwick solo unos meses atrás había sido acosada por el vizconde hasta que cedió a sus demandas bajo la amenaza de echarla del trabajo con falsas acusaciones para que no pudiese encontrar jamás ningún otro empleo decente. Ann, cuyo pequeño sueldo era el sustento de una madre enferma y tres hermanos, no tuvo elección. El precio había sido demasiado grande. Había sido maltratada y el vizconde la había dejado embarazada. Cuando este se enteró, la echó igual a la calle. Desesperada, no sabía qué hubiese llegado a hacer si no hubiese sido por la señora Akerman, la ama de llaves de Warwick. Esta era muy amiga de la señora Everton, una de las criadas que trabajaba para lord Marlew, que a su vez era amiga de Mary, la mujer extraordinaria que llevaba toda una vida cuidando de su tía Amy. Cuando la señora Akerman descubrió lo que le pasaba a Ann habló con Everton y esta le dijo que cuidase de Ann hasta que ella pudiese hablar con alguien que quizás pudiese ayudarla. La razón de por qué la señora Everton acudió a Jane fue porque desde que aquella primera vez, tres años atrás, en la que tuvo el valor junto a Mary, de decirle a ella lo que su prometido Marlew le había hecho a una muchacha del servicio que había quedado embarazada y de la que Marlew quería deshacerse como hubiese lugar, Everton había acudido a ella en varias ocasiones más por casos similares y Jane, con la ayuda de Herdford, habían ayudado en la medida de sus posibilidades a esas chicas. Sacándolas de allí, ayudándolas a tener a sus hijos y buscándoles nuevos trabajos. En el caso de Sara, la muchacha que dejó embarazada Marlew, ayudándola a desaparecer y enviándola a Escocia, donde la esperaba un trabajo después de que diera a luz a su hijo. Jane sabía que la justicia no haría nada. Era la palabra de una criada contra la de un lord.

—Puedo retarlo y ensartarlo con mi florete, o pegarle un tiro entre los ojos —dijo Dave con un tono de voz duro.

Jane sabía que Herdford era capaz de hacer eso, de hecho Marlew llevaba en su mejilla la huella de la destreza de Dave con la espada.

—Me gustaría decirte que lo hicieras, pero eso no cambiaría las cosas y tú en cambio podrías ir a la cárcel.

Dave la miró con una sonrisa peligrosa en la boca.

—Pero valdría la pena —dijo estirando una mano y colocando un mechón de pelo de Jane que de forma rebelde se había escapado de su recogido—. Hablaré con Banner, quizás él pueda ayudarnos como la última vez —continuó Dave mirando a su amiga que frunció el ceño ante sus palabras.

A Jane no le gustaba que Dave quedara con Banner. Sabía que les unía una vieja amistad. Nadie en su sano juicio creería que un aristócrata y un exdelincuente fuesen amigos, pero así era. Jane sabía que Dave era un camaleón y que en el ambiente en el que se movía Banner, Herdford lograba encajar como si todo su porte aristocrático se esfumara por arte de magia, pero a pesar de ello y de la destreza de Dave a la hora de defenderse, era irrefutable que dichos ambientes y los enemigos que Banner se había forjado a lo largo de los últimos quince años hasta llegar hasta donde estaba ahora, no eran de despreciar, y Jane temía por Dave. Era lo único, junto a su tía Amy, que le quedaba en el mundo.

—No pongas esa cara, Jane. Banner es un buen hombre. Y lo sabes.

Jane soltó una exclamación.

—Creo que eres el único que piensa que un delincuente que controla varios de los barrios más

caóticos del East End de Londres es una buena persona —dijo Jane dado un paso atrás.

Dave la miró fijamente y en sus ojos había cierto reproche.

—Es un superviviente, Jane. No le culpo por las cosas que ha tenido que hacer para seguir vivo y proteger a quien ama. Y hace mucho por los más desfavorecidos, sobre todo por los niños.

—Lo sé —dijo Jane a regañadientes. Sabía que Dave tenía razón, pero no podía evitar sentirse aterrada cada vez que sabía que Herdford estaba en su compañía o andaba por los barrios más peligrosos de Londres. Nadie estaba a salvo de que le robaran y le apuñalaran como hicieron con Alec.

Dave vio la expresión de Jane y supo exactamente lo que estaba pensando.

—Nadie va a matarme. No si yo puedo decir algo. Creía que tenías más fe en mí. Mala hierba nunca muere —dijo Dave guiñándole un ojo.

Una sonrisa triste se escapó de los labios de Jane cuando escuchó las palabras de Dave y vio su gesto.

—Además, estoy deseando ver cómo se sigue desarrollando este falso compromiso tuyo con lord Sathfolk. No puedo perdmelo ahora. No cuando noté cierta tensión entre los dos el otro día. Si no te conociese tan bien, podría llegar a pensar que te gusta el conde —dijo Dave enarcando una ceja y dándole a su atractivo rostro un aspecto provocador.

La expresión de Jane cambió al instante al escuchar sus últimas palabras. Dave no pudo evitar soltar una carcajada cuando vio a su amiga reaccionar como si la hubiese insultado, tensándose tanto que por un instante temió que se quebrara. Las mejillas rojas de Jane, que nunca se sonrojaba por nada, adquirieron la tonalidad de las amapolas y Dave supo que había dado en el blanco. Se conocían tan bien que pocas cosas podían esconderse el uno al otro.

—Sterling Dave Theodore Herdford, retira ahora mismo lo que has dicho —dijo Jane con una expresión fiera y sus ojos echando chispas.

—¿En serio, Jane Josephine Elisabeth Valen? —preguntó Dave con una sonrisa maliciosa que hizo brillar sus verdes ojos.

—Aggggggh... Odio cuando haces eso, lo sabes, ¿verdad? —preguntó Jane con las manos en jarras sobre su cintura.

Dave, con esa sonrisa de estar disfrutando de la explosión de genio de Jane con una impasibilidad que sacaba de quicio a su amiga, levantó las manos en un gesto de tregua.

—Has empezado tú, Jane Josephine Elisa...

Dave no pudo seguir porque cuando vio cómo las orejas de Jane se tornaban tan rojas que parecían a punto de estallar, se calló. Era imposible seguir hablando cuando se estaba riendo tanto que las carcajadas se podían escuchar desde Hyde Park.

—¿Aún sigues buscando casa? Sabes que puedes quedarte aquí el tiempo que te haga falta —dijo Hunter frunciendo el ceño.

Connolly levantó la mirada del periódico *The Daily Writer* en el que había estado leyendo sobre los intentos de reforma y también sobre la nueva obra estrenada en el Drury Lane.

—Lo sé, y te lo agradezco, pero necesito tener una casa propia, algo mucho más pequeño que esto. En tu casa debería ser obligatorio llevar brújula para encontrar la salida cuando te pierdes,

que por otro lado sería lo normal con tanto pasillo.

Hunter se rio. Sabía que Connolly no estaba cómodo en una casa como aquella. Cuando vivían en Malta y en Nápoles, Liam siempre se había quedado en habitaciones o casas pequeñas.

—Deberías hablar con Withman. Él conoce mejor el sector que nosotros. Te evitarías perder tanto tiempo en encontrar algo que te acomode. Por cierto, había pensado en llevar a Jane al teatro. Si quieres acompañarnos sería para el ...

—No, no y no —dijo Connolly de forma rotunda—. Que conste que tu futura prometida no es el motivo de mi negativa. Me pareció una mujer muy interesante cuando hablé con ella.

Hunter, que estaba bebiendo café en ese instante, casi lo escupió al escuchar esas palabras. Liam, al verlo, enarcó una ceja.

—Vivir para ver. El inmutable, irónico y cabezota Liam Connolly diciendo algo bueno de alguien. No tendrás fiebre, ¿verdad?

Connolly puso los ojos en blanco.

—No sé por qué somos socios, y ya puestos... ¿por qué somos amigos? —preguntó el irlandés de forma irónica sin esperar realmente una respuesta.

—No haberme salvado la vida —dijo Hunter mirándolo fijamente—. Si me hubieses dejado ahogarme en aquel naufragio cuando caí inconsciente al agua no tendrías que hacerte tantas preguntas.

—Sí, la verdad es que tenía que haber dejado que te hundieras en aquellas frías aguas, pero tú diste la cara antes por mí frente al capitán del barco y yo siempre pago mis deudas.

—¿Lo ves? No puedes librarte de mí, así que...

—Así que nada. No voy a ir. Si tengo que volver a ver tan pronto la cara de ese arrogante de lord Herdford, tu prometida se queda sin amigo.

Hunter se apoyó en el respaldo mirando a Liam fijamente como si intentase adivinar algo.

—¿Por qué te cae tan mal Herdford? —preguntó con curiosidad.

—¿Aparte de lo evidente?

Hunter frunció el ceño.

—Si te refieres a su forma de actuar, no la veo muy diferente al del resto de los caballeros que has conocido hasta ahora y a ninguno les has querido arrancar la cabeza tan abiertamente como a Herdford.

Connolly movió el periódico a un lado y apoyó uno de sus brazos sobre la mesa. Sabía que Hunter tenía razón. A pesar de su impulsividad, esa que cuando solo tenía quince años le llevó a cometer muchas imprudencias, ahora, doce años más tarde y tras una década de férrea disciplina, su autocontrol era prácticamente inquebrantable. Le había costado mucho llegar hasta allí. Cuando le había preguntado a Hunter de forma retórica por qué eran amigos no había esperado respuesta porque la razón estaba clara. Hunter era uno de los pocos hombres que había conocido —y el único de su estatus social— con honor, integridad, y un sentido de la justicia objetivo y equilibrado. Era verdad que él le había salvado la vida en más de una ocasión, pero eso no había sido algo unilateral ya que Hunter le había devuelto el favor más veces de las que recordaba. Se habían guardado las espaldas mutuamente, y habían llegado a confiar el uno en el otro ciegamente. Cuando Liam se embarcó con quince años no sabía apenas leer. Ellos habían sido campesinos que cultivaban una porción de tierra de uno de los señores más influyentes del condado de Galway. La hambruna y la desmesurada y terrible influencia de un aristócrata inglés hicieron la vida de los suyos un infierno del que solo pudo sobrevivir él. Fue Hunter el que vio en él las ansias de superarse y le enseñó a leer. Desde entonces había devorado cualquier libro que había caído en

sus manos, y cuando Hunter descubrió que era prácticamente un genio con los números se desvivió para que puliese esa aptitud. No le importó su origen ni todo su resentimiento y le ofreció su amistad y ser su socio en un negocio que le había reportado más de lo que jamás hubiese podido imaginar. Confiaba en Hunter con su vida, pero en ese aristócrata con cara de ángel, no.

—No me fío de él. Oculta algo, y lo hace tan rematadamente bien que eso me lleva a pensar que no es trigo limpio —dijo Connolly después de lo que pareció un siglo.

Hunter le miró. Sabía que Liam no solía equivocarse con las personas, pero él también tenía un buen olfato y no creía que Herdford fuese un indeseable.

—Coincido contigo en que puede que Herdford oculte algo, pero no creo que sea nada impropio o que pueda ser objeto de reprobación. No creo que Jane fuese su amiga si ese fuera el caso.

Liam carraspeó antes de hablar.

—Hunter, apenas conoces a esa mujer como para depositar tanta fe en su criterio. No me malinterpretes, pero no creo que estés siendo muy objetivo respecto a lady Jane Valen.

Hunter soltó una pequeña exclamación que hizo que Connolly le mirara, reafirmando en sus palabras.

—¿Qué diablos significa eso? —preguntó a Liam, dejando la taza de café encima de la mesa antes de que tocara sus labios de nuevo.

Connolly soltó el aire de golpe antes de contestar.

—Significa que he visto cómo la miras y cómo le hablas. Nos conocemos demasiado bien como para que no me haya dado cuenta de que lady Jane Valen puede llegar a ser más que un mero acuerdo para ti.

Hunter le miró seriamente durante unos segundos antes de que su voz clara y sin dudas se escuchase en aquella sala cuyos ventanales habían empezado a arrojar dentro de la estancia los escasos rayos de sol que aquel día de abril les había decidido regalar.

—No voy a negar que Jane ha sido toda una sorpresa. Por ahora solo nos une un contrato que pienso firmar en cuanto Withman lo tenga preparado, pero no me cierro las puertas a nada. Siento que es diferente. Ella es diferente.

Liam también le miraba fijamente. Tomó el periódico que había dejado a un lado y se dispuso a ponerse en pie.

—Solo digo que tengas cuidado —dijo Connolly dirigiéndose hacia la salida.

—¡Liam! —exclamó Hunter antes de que su amigo y socio desapareciera por la puerta.

—No puedes huir continuamente. Algún día tendrás que dejar entrar a alguien. Yo también te conozco rematadamente bien, y a lo mejor esa persona está más cerca de lo que tú deseas —continuó Hunter a sabiendas que aquello era algo que Connolly no quería escuchar.

Liam ni siquiera se volvió. Estuvo unos segundos parado en el umbral de la puerta y cuando Hunter terminó de decirle lo que pensaba simplemente se fue, sin mirar atrás. Él no podía permitirse eso, su corazón había muerto hacía demasiado tiempo como para que quedara algo que salvar.

CAPÍTULO IX

Giovanni Elzio era el mejor maestro de esgrima de toda Inglaterra, y aunque eso era más que un hecho consumado, sus alumnos no eran los que se esperaba encontrar entre las paredes de aquella estancia habilitada en su casa para impartir sus enseñanzas. El motivo, su origen y sus antecedentes no resultaban lo suficientemente honorables para algunos. Hijo bastardo de un noble italiano, permaneció en el ejército durante años hasta que problemas con una dama de alcurnia, casada con un hombre con gran poder, hicieron que saliera de Italia para no acabar muerto. En Londres, era el club Desmond el lugar donde todos los nobles iban a aprender y a practicar esgrima. Se decía que el maestro Bouchard impartía sus clases con auténtica pericia, pero después de que Dave fuese testigo de su destreza en una exhibición, al compararla con Elzio no había lugar a dudas de que Giovanni era el mejor. Herdford siempre había sido bueno con la espada y su puntería con la pistola era magnífica, así que cuando se interesó en completar su instrucción, iniciada por maestros particulares que su padre había contratado para su hermano y para él desde la infancia, supo que el club Desmond no era donde quería llevarla a cabo. A él acudían su padre, su hermano y sus amigos. La casualidad hizo que uno de los conocidos de Alec comentara con tono burlón que había un maestro de esgrima que se dedicaba a enseñar en Londres a todo aquel que quisiese aprender y pudiese pagar sus honorarios, sin distinción. No importaba que fuera un noble, un burgués o cualquier deshecho que tuviera las ínfulas de querer aparentar lo que no era, intentado aprender una disciplina propia de caballeros. Así fue como Dave, escuchando aquellas palabras en boca de esos imbéciles, buscó a Giovanni Elzio. Con el tiempo, se convirtió en uno de sus mejores alumnos.

—Bueno, aquí es cuando el discípulo supera al maestro —dijo Giovanni dando por terminada la clase de aquel día.

Dave dejó su florete con la punta asegurada para la práctica y miró al genovés, quien a pesar de su edad ni siquiera parecía cansado después de una hora de disciplinado ejercicio.

—Giovanni, eso es imposible, pero te agradezco igualmente tus palabras.

Dave se secó el sudor de su rostro con un pequeño paño depositado en una de las sillas dispuestas en el extremo de la sala.

—Sé que lo dices porque lo piensas de veras, pero sabes que no soy dado a hacer cumplidos, y menos vanos —repuso el maestro—. Eres el mejor alumno que he tenido nunca. La esgrima no solo es destreza y habilidad. También es inteligencia. Como en el ajedrez, debes intentar prever los siguientes movimientos de tu oponente. Y tú lees en tu contrario como en un libro abierto. Sabes llevarlo al límite.

Una sonrisa torcida cruzó los labios de Giovanni. A sus casi cincuenta años parecía un hombre más joven. Solo su pelo entrecano, largo hasta los hombros y recogido atrás, y las pequeñas arrugas que perfilaban la orilla de su ojos cuando sonreía, junto con las marcadas líneas de expresión de su rostro, delataban su auténtica edad.

Dave sonrió abiertamente. Conocía a Giovanni desde hacía años y su relación había pasado hacía mucho tiempo de la de maestro y alumno a la de buenos amigos. El italiano tenía una forma de ver la vida y unas reglas por las que regía su proceder que Dave admiraba en cierta forma.

—Te estás haciendo mayor, Giovanni. Hace unos años me habrías dicho que soy todo presunción y arrogancia y nada de talento. No, espera, de hecho me lo dijiste —comentó Dave

arqueando una ceja.

Giovanni soltó una carcajada.

—No te conocía y no te parecías a ninguno de los alumnos que tenía por aquel entonces. Entraste en esta sala y me dijiste que eras bueno con la espada y que habías escuchado que yo era el mejor maestro de esgrima, así que tenías que comprobarlo en persona. Créeme que arrogante y presuntuoso fue lo más gentil que pude decirte.

Ahora fue Dave el que esbozó una sonrisa.

—Bueno, aquello no fue lo más brillante que ha salido de mi boca —respondió el joven, sintiendo ruido fuera de la estancia. El siguiente alumno de Giovanni ya había llegado y él sabía de sobra quién era.

—La verdad es que sí que fue brillante. Esa seguridad en tus habilidades, ese arrojo y el desafío en tus palabras, fue decisivo. Hiciste que quisiera bajarte los humos.

Dave torció el gesto. Todavía se acordaba de aquel día. Giovanni le demostró por qué era el maestro. Tocó tantas veces su florete contra el pecho de Dave que si el arma no hubiese estado asegurada con un tapón en la punta se hubiese podido ver a través de él al finalizar la lección, igual que si fuera un colador.

Branson, el ayudante de Giovanni, abrió la puerta.

—El señor Banner ya está aquí —anunció.

Giovanni asintió con la cabeza.

—Hazle pasar y dile que estaré con él en unos minutos. Voy a cambiarme.

Giovanni miró a Dave cuando Branson desapareció nuevamente tras la puerta.

—¿Te veo la semana que viene? —le preguntó Elzio.

Dave asintió.

—Aquí estaré.

Giovanni se volvió y salió por la otra puerta que daba a la estancia y que comunicaba con el resto de las habitaciones de la casa.

—Vaya, vaya, hoy Elzio te ha dejado hecho una mierda.

Dave sonrió ante esas palabras. Banner había entrado en el salón y se dirigía hacia él. Vestido con un pantalón de color beige claro y una chaqueta de color verde con la camisa blanca anudada al cuello con un nudo sencillo, Banner iba elegantemente vestido, pero sin destacar en demasía, sin esos colores tan llamativos que se llevaban en los últimos años y que los caballeros utilizaban con demasiada frecuencia a opinión de Herdford.

—Sí, me tiemblan hasta las piernas —contestó Dave.

—Bueno, si se ha desgastado contigo de esa manera, a mí me será más sencillo intentar alcanzarle aunque sea una vez —dijo Banner quitándose la chaqueta y dejándola en otra silla que había junto en la que Dave había dejado sus cosas—. Recibí tu nota ayer y puede que tenga algo. Es la casa de un comerciante de telas. Tiene varias tiendas y ha prosperado bastante. Está casado y tiene tres hijas pequeñas. Están buscando a alguien para que ayude con la casa y con las niñas. Esa chiquilla está embarazada, ¿no? —preguntó Banner con expresión seria.

Dave asintió. Banner nunca se andaba con rodeos y eso le gustaba. Nada de «buenos días, qué tal va todo» antes de abordar el tema. No, para qué perder más el tiempo: directo al grano.

—Les diré que se ha quedado viuda, que su marido trabajaba en las minas y que ha muerto dejándola sola y embarazada. Creo que no pondrán reparos. Podemos intentarlo, aunque no te aseguro nada —continuó Banner remangándose los puños de la camisa.

Dave se había acercado a donde estaban sus cosas antes de volver al lado de Banner.

—Gracias —dijo Herdford y Banner asintió—. Toma —continuó Dave extendiéndole un sobre. Banner lo cogió y cuando comprobó su grosor miró a Dave.

—Esto es mucho dinero —dijo Banner serio.

—Me ha ido bien últimamente —le contestó Dave con una sonrisa de medio lado.

Banner frunció el ceño.

—¿Estás seguro? Agradezco lo que haces, pero sabes que no podemos ayudar a todos ¿verdad? La iglesia del padre Paul no puede albergar a la ingente cantidad de personas que lo necesitan —dijo Banner con el gesto serio.

—Vamos, Banner ¿a quién intentas engañar? Tú contribuyes con más que eso. Así que coge el dinero y cállate —dijo Dave poniéndose su chaqueta.

—Ya, pero yo lo hago por Alice, piensa que mi alma todavía puede ser salvada. Aunque yo sé que por mucho que haga no creo que consiga jamás inclinar la balanza a mi favor.

Dave miró fijamente a Banner antes de hablar.

—Pues entonces nos pudriremos en el infierno. Ya sabes que yo ya estoy condenado —dijo Dave con una sonrisa sesgada—. Puede que sea más divertido —continuó el rubio cogiendo el bastón estoque que llevaba siempre con él.

Banner rio.

—Voy a una partida en el Bristol el miércoles por la noche. ¿Vendrás? —preguntó sabiendo de antemano la respuesta.

Dave asintió antes de contestar.

—De acuerdo, pero dile a Alice que no se enfade conmigo cuando le devuelva a su marido ebrio y sin dinero.

Banner rio mientras veía a David salir por la puerta.

Jane se sentó en el palco. Aquel miércoles catorce de mayo la obra que se representaba en el Drury Lane era *Enrique IV* y Hunter la había invitado a ir. Iba a ser su última salida antes de anunciar su compromiso. Sathfolk tenía la intención de que este saliese publicado en todos los periódicos de Londres un par de días después. Pero Jane no estaba nerviosa por eso, sino porque esa noche también iba a conocer formalmente al duque de Argoll, el abuelo de Sathfolk. Lo había visto en persona en varios eventos durante los años anteriores pero nunca habían sido presentados. Además un hecho acontecido esa misma mañana la había dejado abatida, impotente, con la urgente necesidad de hacer algo más por Ann, aquella mujer que era prácticamente una chiquilla.

Jane suspiró soltando el aire e intentando centrarse nuevamente en la velada de esa noche. Siempre había tenido una templanza envidiable, pero después de aquel día, tenía que reconocer que más que nunca le producía cierto respeto la presencia del duque y le preocupaba la opinión que este pudiese tener de ella. ¿La aceptaría o pensaría que iba detrás de su nieto por el dinero y la posición social? Era bien sabido que ella no tenía una dote sustanciosa y que su situación económica era delicada, aun cuando no se sabía hasta qué extremo. Jane estaba preparada para que la sociedad pensase eso, pero algo dentro de ella se retorció cuando imaginaba en que lo hiciese el abuelo de Hunter, que él la desaprobaba, porque sabía cuánto significaba aquel hombre para Sathfolk. Lo podía ver en la expresión de su futuro prometido cuando hablaba de él o en

cómo esos mismos rasgos se tensaban por la preocupación cuando se mencionaba algo sobre el estado de salud de su abuelo. Eran cambios ínfimos en su rostro, pero que Jane había aprendido a interpretar.

Lo peor de todo y el motivo principal de que su expresión en ese momento fuera seria y estuviese inusualmente tensa era que Sathfolk no le había dicho que iba a conocer al duque hasta el momento en que pasó a recogerla a ella y a lady Hunsword.

Cuando Jane supo que iban a ir al teatro y que serían solo los dos, ya que Connolly no asistiría y Herdford había quedado con Banner, tuvo que encontrar una acompañante para aquella noche. Su tía era una opción impensable a pesar de que le hubiese encantado, pero por su estado de salud hacía años que no salía de la casa y además llevaba varios días en cama aquejada con mayor malestar en sus huesos. No tenía doncella personal desde hacía años, solo podía pagar a Mary, que ya era parte de la familia, pero ella debía quedarse con su tía. Solicitar a Danword la compañía de una de sus doncellas quedaba descartado. Le unía una frágil amistad con la marquesa y aquello supondría muchas preguntas. El hecho de que Danword hubiese velado por ella ante el resto de la sociedad era más un motivo sentimental que otra cosa. Su hermano Alec había estado prometido a su hija antes de que lo matasen. La marquesa había adorado al hermano de Jane y sabía que eso y no otra cosa era lo que había motivado a lady Danword a apoyarla públicamente cuando su compromiso se rompió. Jane era su acompañante a veces en algunos eventos sociales y eso le proporcionaba, sino el silencio por parte de las malas lenguas, sí la aceptación y el respeto aparente de quien no quería contrariar a una marquesa del reino con bastante influencia. Así que pensó en Lady Hunsword, que esas semanas estaría en Londres. Apreciaba mucho a la condesa. Las temporadas que habían pasado en su casa de campo a las afueras de Londres cuando su hermano y ella eran unos niños, hicieron a sus padres entablar una buena relación con los vizcondes, cuya propiedad era colindante a la suya. Cada vez que iban a pasar una temporada allí, acudían a los pequeños eventos que se realizaban durante su estancia en el campo. Y si realmente apreciaba más a lady Hunsword era porque ella siempre le había tenido un cariño especial a Herdford. Recordaba que un día, siendo solo unos críos fueron a pescar al río. La barca volcó por un movimiento de su hermano Alec y los tres fueron de cabeza al agua. Empapados hasta los huesos y sin ningún pez en la bolsa tuvieron que volver. Los tres temían una reprimenda a su llegada y Herdford incluso tembló ante esa posibilidad. Con solo siete años no podía defenderse de lo que encontraría al volver a casa, algo que solo los tres conocían. Y así les pilló lady Hunsword, cruzando por su propiedad. Cuando los vio no les preguntó nada, ni siquiera les reprendió. Fue amable y cariñosa, los hizo pasar dentro de su casa, ayudó a que se secaran y aireó las ropas mojadas que terminarían por enfermarlos, preparándoles después un chocolate caliente, el mejor que habían probado en su vida, igual que el resto que les hizo en numerosas ocasiones más después de ese día. No sabía si era una receta única o si las tardes que se multiplicaron a partir de entonces merendando en compañía de lady Hunsword, contándoles historias sobre sus viajes y haciéndoles volar con la imaginación eran lo que lo hacía tan especial, pero la única verdad es que los recuerdos forjados en aquellos días volvían a ella frecuentemente con añoranza. Herdford pasó allí más tardes que ningún otro, cuando Alec y Jane no podían estar con él en los momentos en que Dave necesitó escaparse de su hogar. Por eso quería aún más a lady Hunsword, porque ella, en cierta medida, salvó una parte de Dave que nadie más hubiera podido salvar en aquel entonces. Una amistad y un afecto que habían perdurado a lo largo de los años. Jane sabía que Dave había estado siempre en contacto con Emma, por carta e incluso la había visitado en Escocia.

Así que, cuando se encontró en la tesitura de ir acompañada al teatro, pensó en ella y le mandó una nota. A la hora recibió la respuesta. Lady Hunsword estaría encantada de acompañarla a ella y a Sathfolk a la velada.

Ahora que estaban allí, sentadas en uno de los palcos laterales reservado a lord Argoll y desde el que se veía magníficamente el escenario, Jane sintió que tenía los nervios a flor de piel. Levantó la mirada y miró a lady Hunsword, que estaba sentada junto a ella, observando cómo la platea se iba llenando poco a poco a la espera del inicio de la representación. Lady Hunsword tuvo que sentir su mirada sobre ella, porque al punto se la devolvió con una sonrisa que transmitía tranquilidad. Sus ojos, que a pesar de la edad seguían brillando como si fuese una joven debutante, se veían esa noche con una luz especial y a pesar de su estado nervioso, Jane supo que lady Hunsword no estaba como siempre. La vio tensarse levemente cuando Sathfolk comentó que estarían con el duque esa noche. Sabía, por lo que habían hablado en el coche de lord Sathfolk, que el duque y ella habían sido amigos en su juventud. Sin embargo, al mirarla detenidamente, por la forma en la que Emma se estiraba y ojeaba la entrada del palco cada vez que escuchaban un pequeño ruido, le hizo pensar que no era solo ella la que estaba nerviosa por ese encuentro.

—Querida, ¿estás bien? —preguntó lady Hunsword mirándola esta vez con un gesto de preocupación.

Jane asintió con seguridad para luego a continuación negar con vigor.

Hunsword siguió sus movimientos con la cabeza, copiándolos con menos brío en un acto reflejo.

—Te comprendo —dijo Emma mirándola con seriedad.

Por la confianza que había compartido con ella cuando era una niña, le contestó sin filtro.

—Lady Hunsword, es imposible que lo entienda porque no me entiendo ni yo —dijo Jane con total convicción.

La sonrisa que se dibujó en los labios de lady Hunsword fue amplia y suavizó sus facciones.

—Perdona, Emma —se corrigió Jane cogiendo una de las manos de la dama y dándole el tratamiento que ella le exigió que le diera cuando se vieron al inicio de la noche. Lady Hunsword le dijo que se conocían desde hacía demasiado tiempo como para andar con esas formalidades, más cuando de niña le había llamado Emma en infinidad de ocasiones—. Siento haberte metido en este lío.

Lady Hunsword hizo un gesto que decía a las claras que no se preocupase por ello.

—Me ha hecho ilusión que pensaras en mí para que te acompañase. Esto es lo más emocionante que me ha pasado en días, créeme, me has hecho un favor. Y además, ha sido una grata sorpresa. Había visto ciertas miradas de lord Sathfolk dirigidas hacia ti en el baile de lady Brough y me alegro enormemente de no haberme equivocado. Se ve que el conde siente algo por ti. El hecho de que te vaya a presentar a su abuelo es indicativo de que quiere un compromiso serio contigo.

Jane sintió que el estómago se le contraía en un nudo.

—Lo sé, y lo que me preocupa es lo que piense el duque de eso —dijo Jane.

Sus palabras fueron ciertas. En eso no engañó a lady Hunsword. En cierto modo, todo aquello debería darle igual. Era solo un contrato, su compromiso no iba a ser real y los sentimientos de los que Emma hablaba tampoco. Hunter hacía su papel a la perfección, al igual que ella trataría también de simular un enamoramiento y un afecto que solo era un medio para que todos creyesen en su compromiso, sobre todo el duque. Y ahí radicaba la fuente del nerviosismo de Jane. ¿Serían ambos capaces de hacer creer a lord Argoll que lo suyo era una unión por amor? No sabía si iba a

ser tan buena actriz. Y aunque no conociera al abuelo de Hunter, el hecho de que fuese tan importante para él, de que todo esto fuese por ver cumplido el último deseo del duque, eso la llenaba de una responsabilidad que, sin ser necesaria, llevaba a Jane a querer ser lo que lord Argoll deseaba para su nieto. La mujer que le hubiese gustado ver a su lado si todo aquello hubiese sido real.

—Jane, si el duque sigue siendo el mismo hombre al que yo conocí, créeme que le encantará que formes parte de la vida de lord Sathfolk. Nadie que te conozca de verdad puede dejar de quererte. Así que disfruta de la velada, sé cómo tú eres y deslúmbrales. —dijo lady Hunsword desviando su mirada para ojear el resto del teatro, que ya tenía casi completo su aforo. Jane siguió entonces la mirada de Emma y se dio cuenta por primera vez en la noche de que muchos ojos estaban fijos en ella. El hecho de que estuviese sentada en el palco del duque de Argoll era, como poco, significativo. Aunque el compromiso se hiciese oficial días después, aquella noche era como una publicación no escrita.

Hunter, que había ido a esperar a su abuelo por si este lo necesitaba después de haberlas dejado a las dos en el palco, entró en ese momento acompañando al duque. Lo primero que Jane notó fue la bajada considerada de peso en Argoll, y sus facciones más afiladas. Sin embargo, debajo de todo eso todavía estaba el hombre de porte impresionante y elegante que recordaba de las pocas veces que le había visto durante esos años atrás.

Jane fue a levantarse cuando el duque, gentilmente, con el gesto de la mano y después de palabra, le dijo que no lo hiciese. Se acercó hasta ella y le cogió la mano haciendo el gesto de besar la misma. Un murmullo se escuchó en toda la sala del Drury Lane y Jane sintió que se ruborizaba como no lo había hecho es su vida.

—Es un placer conocerla, lady Jane Valen.

Jane, de forma espontánea, apretó la mano del duque entre las suyas y le miró fijamente.

—El placer es mío.

Argoll sonrió y los murmullos alcanzaron más volumen.

Hunter carraspeó antes de coger la mano de Jane y separarla de la de su abuelo.

—Se supone que la estoy cortejando yo, no tú, abuelo. Así que haz el favor de mantener la adecuada distancia —dijo Hunter, y tanto el duque como Jane sonrieron.

Ese fue el momento en que un movimiento tras el duque llamó la atención de este a la vez que Hunter seguía con las presentaciones.

—Abuelo, creo que ya conoces a lady Hunsword. Ha sido tan amable de acompañarnos esta noche.

Hunter fue testigo del momento exacto en que su abuelo se percató de la presencia de lady Hunsword. Le vio abrir más los ojos y mirarla fijamente mientras tragaba repetidamente como si tuviese un nudo en la garganta. Cuando se tambaleó levemente, Hunter le tomó por el codo.

—Abuelo...

—Estoy bien —dijo el duque retirando lentamente el brazo de la sujeción de su nieto.

Lady Hunsword se levantó en cuanto temió por la estabilidad del duque y, con cara preocupada, le miró cuando solo les separaban unos pocos centímetros.

—Ha sido la impresión. Han pasado muchos años —dijo Argoll no pudiendo despegar sus ojos de los de lady Hunsword, que parecía igual de afectada que él.

Emma se relajó un poco cuando vio que Argoll estaba bien. Ahora que lo tenía delante, después de tantos años y a pesar de las huellas que había dejado el tiempo en él, comprobó que Henry seguía siendo el hombre más apuesto, interesante y vital que había visto en su vida. Ella

había amado mucho a su marido, Angus. Él fue un hombre generoso, paciente, le había mostrado el mundo. No habían tenido hijos pero hasta su último aliento, Angus la amó más a que a nada en esta vida. No se arrepentía de sus decisiones, y menos de haberse casado con él y haberlo amado. Sin embargo, y a pesar de todo, su primer amor, ese que le destrozó el corazón con diecisiete años... ese no pudo olvidarlo jamás.

Emma esbozó una sonrisa que hizo que la falta de aire en los pulmones del duque fuese más pronunciada.

—Es una alegría volver a verte, Henry —dijo Emma, llamándole por su nombre y no con la formalidad requerida. Argoll sintió que el pecho se le contraía cuando la escuchó llamarlo así. Era como si los últimos cincuenta años no hubiesen existido, como si estuviese de nuevo en aquel salón donde la vio por primera vez, tan hermosa, tan rebelde, tan deslumbrante como lo estaba en ese preciso instante.

Argoll tomó su mano a riesgo de que las fuerzas le fallaran por la emoción que le embargó cuando sintió su tacto, y a continuación hizo el gesto de besársela igual que había hecho con Jane.

En ese instante, el anuncio del comienzo de la representación los devolvió a la realidad.

—Creo que será mejor que nos sentemos —dijo Hunter con una sonrisa en los labios que su abuelo conocía demasiado bien. La ceja alzada de su nieto y su mirada directa le hicieron chasquear disimuladamente la lengua.

Las damas estaban sentadas en los extremos y los dos caballeros al lado de cada una de ellas.

—¿Has visto eso? —preguntó Hunter, inclinándose un poco hacia Jane y dirigiendo su mirada hacia su abuelo y lady Hunsword—. No creo que tengas que preocuparte porque mi abuelo te preste mucha atención esta noche —continuó hablando en un susurro.

Jane le miró y frunció el ceño.

—No sabía que eras de los que gustan de entrometerse en los asuntos de los demás —dijo Jane tan bajo que Hunter dudó si había escuchado bien.

—Y no lo soy. Es mi abuelo, y le he visto feliz. Todas las ilusiones a las que se aferre para estar un día más conmigo me parecen un regalo, y lady Hunsword me acaba de otorgar uno bien grande.

Algo se removió dentro de Jane al escuchar esas palabras. Tragó saliva y miró a Hunter. La intensidad que vio en sus ojos fue demoledora. Ese hombre era intenso en todos los aspectos y la naturalidad, la sinceridad con la que expresaba algunas veces sus sentimientos era abrumadora. Jane no controló las emociones que esa revelación provocó en ella, no pudo hacer nada para que esas palabras y esa mirada no calaran hondo en su interior. Con todo lo que estaba aprendiendo de Hunter esos días, algo le decía que no era un hombre de los que hacían las cosas a medias. Cuando quería a alguien hacía lo que fuera necesario por esa persona, y por un instante, por un segundo de locura, ella deseó ser la destinataria de su afecto, la destinataria de sus anhelos, que su preocupación no fuese solo fruto de un acuerdo sino de un sentimiento real y sincero. Y todo eso azotó el interior de Jane como si fuese una ola de diez metros. Con fuerza, arrasándolo todo, haciendo que su corazón latiese más deprisa y su estómago se pinzara igual que si lo atenazara el puño de un guerrero.

Cuando fue consciente de eso, sus manos temblaron ligeramente y desvió su mirada al escenario. No quería que Hunter percibiera en ella el origen de su turbación, esa que la había dejado medio ausente porque todos sus sentidos estaban paralizados por la simple idea de que lo impensable, lo que le había insinuado Dave días atrás, fuese cierto. ¿Y si de verdad había empezado a sentir algo por Sathfolk? No, no podía. Se negó a creerlo.

El ceño fruncido de Hunter antes de que ella rompiera la mirada que ambos se sostenían le dijo a Jane que él era consciente de que algo la turbaba, porque cuando los actores empezaron a declamar su texto y todo el mundo tenía su mirada fija sobre ellos, atentos a cada una de sus palabras, Jane solo pudo sentir el contacto de la mano de Hunter, que había tomado la de ella, enlazando sus dedos. Jane miró disimuladamente sus manos unidas. La suya prácticamente desaparecía en la de Hunter que, con su calor y su tacto, había conseguido parar el temblor que se había adueñado de su interior, dejándola sumida en un mar de dudas.

CAPÍTULO X

El Bristol era una taberna y salón de juego en el que se reunían la burguesía y la clase trabajadora. Allí uno podía encontrar todo tipo de personas y de distintos estratos sociales, salvo los pertenecientes a la nobleza.

Connolly entró siguiendo al capitán Andrew MacLean. MacLean era el capitán del *Estrella Polar*, el primer barco que Hunter y él adquirieron cuando crearon la naviera. MacLean había sido el segundo al mando en el barco *Titan*, donde Connolly estuvo enrolado y donde Hunter viajó por unos meses hasta que una tormenta los hizo naufragar frente a la costa noruega. MacLean era un marinero excepcional, los hombres le respetaban y le seguían, y sin duda era un hombre honesto y de fiar. Su única debilidad eran las mujeres y el juego. Así que cuando crearon la compañía naviera y adquirieron el primer barco, ambos pensaron en MacLean para el puesto de capitán. El curtido hombre no se lo pensó y aceptó en cuanto se lo propusieron. Desde entonces habían pasado ocho años. Connolly se llevaba muy bien con el escocés y habían salido más de una vez a divertirse juntos a algún salón de juego o taberna. Cuando MacLean llegó después de una travesía de varias semanas con la carga de las Indias y le entregó a Connolly los papeles haciéndole un informe detallado del viaje, Liam sonrió al escucharle decir que esa misma noche iba a jugar, beber todo el *whisky* de Londres y a disfrutar de la compañía de una mujer hermosa durante horas.

Eso hizo que Connolly pensara cuánto había pasado desde la última vez que él había hecho lo mismo. Desde que estaba en Londres no había salido. Tanto Hunter como él habían estado sumergidos en el proyecto de asentamiento de la compañía en la ciudad. Las cifras eran mejores que nunca y Liam tenía mucho que ver en ello. Había pasado horas trabajando, pensando en cómo optimizar las condiciones en el transporte y la entrega de mercancía, aparte de discutir con Hunter posibles inversiones de capital. Todo ello lo había mantenido centrado en el trabajo y las veces que había salido habían estado dirigidas a la búsqueda de una vivienda adecuada, aparte del baile de lady Brough y de la exposición de la Royal Academy. Así que cuando Andrew le preguntó si le acompañaba para una partida de cartas, Connolly no tuvo que dejarse convencer. A MacLean le gustaba jugar con él como pareja de *whist*. Con su manejo en los números, las cartas se le daban excepcionalmente bien, y por lo que el capitán le comentó, en el Bristol había mesas en donde se jugaban sumas considerables de dinero.

—¿Qué te parece? No está mal, ¿eh? —preguntó MacLean mirando alrededor mientras el capitán se dirigía a un salón contiguo al principal.

Connolly miró alrededor. Había bastante gente esa noche. Al atravesar esa primera sala, que era muy amplia, se fijó en las diferentes mesas difuminadas por la estancia en las que había gente jugando a los dados y a diferentes juegos de cartas. La bebida era abundante y pudo distinguir a algunas mujeres con llamativos vestidos acompañando a diversos caballeros, mientras otras alternaban por la sala con una sonrisa en los labios.

Antes de llegar a la sala a la que Connolly se dirigía, un hombre con un traje sobrio y elegante se acercó a MacLean con una sonrisa en la boca, la cual dejó ver la falta de uno de sus dientes. Sus ojos, vivos, de un matiz verdoso, se entrecerraron al fijarse en él.

—MacLean, qué placer volverte a ver por aquí.

El capitán se acercó y estrechó con fuerza su mano.

—Vanek, el placer es mío, créeme —dijo el escocés.

—Hacia mucho que no te dejabas caer por este salón. Por lo que puedo observar estás bien, y si no me equivoco con ganas de divertirme y de jugar, ¿es así? Y traes compañía —dijo Vanek haciendo que un mechón de pelo entrecano cayera cerca de su ceja izquierda con el movimiento—. Los amigos de MacLean son bienvenidos aquí, señor...

Liam miró fijamente a aquel hombre. Se veía que estaba acostumbrado a tratar a la clientela. Cuando entraron no pudo sino observar, al igual que otros presentes, como Vanek manejó una situación que aunque violenta, era frecuente en aquellos establecimientos. Con ayuda de dos hombres que parecían trabajar bajo su dirección, echó a uno de los caballeros que, borracho, violentó a otros clientes que bebían ginebra y jugaban a las cartas de manera tranquila. Vanek y los suyos usaron la fuerza como medida disuasoria, sin ningún tipo de duda.

—Connolly —dijo Liam sin más, con voz dura.

—Es socio en la naviera *Trifolium* —matizó MacLean, y en cuanto Vanek comprendió que tenía como cliente a un hombre que podía incrementar sus arcas perdiendo dinero en sus mesas, su sonrisa se ensanchó mostrando aún más el hueco entre sus dientes.

—Bienvenido. Espero que le guste nuestro pequeño salón de juego y que disfrute de su velada. Si me permiten, esta noche hay varias partidas interesantes. En una de las mesas de *whist* ha fallado una de las parejas, y me preguntaba si les interesaría. El señor Banner estará en ella.

Connolly no sabía quién era Banner, pero por la cara que puso MacLean supo que al capitán le interesaba lo que el otro le proponía.

—Les dejo que lo piensen, ahora mismo vuelvo —dijo Vanek dirigiéndose hacia un grupo de hombres que entraron después.

—¿Quién es Banner? —preguntó Liam en cuanto se quedaron solos.

MacLean le miró con una sonrisa irónica en los labios.

—Banner maneja varios de los barrios del East End. Dicen que se crió en ellos, y que salió de la pobreza a base de hacer de todo menos cosas legales. Es un tipo peligroso, se ha hecho con una fortuna, y desde hace bastante tiempo quiere reformar su imagen. Parece que invirtió en una imprenta y ahora maneja uno de los periódicos con mayor difusión de Londres, pero las malas lenguas comentan que es solo una tapadera para seguir con sus negocios de contrabando y otros menesteres —dijo MacLean haciendo un gesto con la cara que expresaba lo poco que eso le interesaba—. He jugado contra él en varias ocasiones. Es muy bueno y tenaz, y apuesta sumas interesantes.

Connolly sonrió abiertamente. Ese Banner no era diferente a la gente con la que había tratado toda su vida. Lo que le contaba no era nada que no hubiese visto e incluso hecho él mismo.

—Si te interesa, por mí está bien. Si es tan bueno, sería gratificante por una vez tener un contrincante que represente alguna dificultad.

—Y si hacemos que todo su dinero vaya a parar a nuestros bolsillos, mejor —dijo el capitán con convicción.

Liam rio abiertamente.

Vanek apareció de nuevo y cuando MacLean le dijo que estarían interesados en jugar dicha partida, los acompañó al salón contiguo. Más íntimo, con menos mesas y apenas ocupado, Connolly se dio cuenta que aquella sala estaba reservada a clientes más selectos y partidas con mayor montante económico.

Cuando llegaron a la mesa más alejada, prácticamente aislada del resto, en la que se podía jugar con mayor tranquilidad sin por ello renunciar a ver el resto del salón, un hombre elegantemente vestido miró a Vanek y asintió. El encargado se acercó a él y después de decirle algo al oído se volvió de nuevo hacia ellos.

—Señores —dijo Vanek con un gesto de su mano para que pasaran y tomaran asiento.

Cuando el encargado de aquel salón se hubo ido Banner habló con un tono de voz grave y un leve acento *cockney*.

—Capitán MacLean, hace mucho tiempo que no le veía por aquí, pero me alegro de que haya acudido esta noche. Me gusta apostar contra jugadores a mi altura.

—Se hace lo que se puede —dijo con una sonrisa torcida MacLean, que vio el duelo de miradas que Banner y Connolly estaban manteniendo.

Algo debió de ver Banner en su escrutinio, porque MacLean se quedó atónito cuando este se levantó y le tendió la mano a Connolly.

—Banner Trenton —dijo con un brillo peligroso en los ojos.

Connolly miró su mano extendida y con excesiva tranquilidad alargó la suya para estrecharla.

—Liam Connolly —dijo con un tono de voz que hasta a MacLean le puso en guardia.

La risa de Banner relajó la tensión y Liam sonrió fugazmente.

—Me ha dicho Vanek que eres uno de los socios de la naviera *Trifolium* —dijo Banner mirando de forma más relajada a Liam

Connolly asintió a su vez que tomaba el vaso que le tendió una de las mujeres que claramente trabajaba para Vanek y se había acercado con celeridad para proveerles de una bebida.

—He pedido *whisky*, espero que les guste —dijo Banner y se rio ante la tos del capitán, que se atragantó al instante de probarlo.

—Es bueno —dijo Connolly mientras lo saboreaba.

La mujer, que por cómo se dirigió a ella Banner al parecer respondía al nombre de Molly, se fue dejando un cuarto vaso delante de la silla vacía.

—Una naviera muy próspera por lo que he podido oír. Me gustaría que mi periódico, el *New London*, escribiera algo sobre ustedes. ¿Les importaría? —preguntó Banner escrutando la reacción de Connolly.

Este sonrió de forma sesgada antes de contestar.

—A veces la publicidad no es la mejor aliada. De todas formas se lo comentaré a mi socio y, si no tiene inconveniente, creo que podría arreglarse.

Banner escrutó la reacción de Connolly ante sus siguientes palabras.

—Irlandés, ¿verdad? —preguntó sin apartar los ojos de los suyos.

—*Cockney*, ¿cierto? —le preguntó a su vez Connolly.

Banner le dirigió una mirada apreciativa. Aquel irlandés le caía bien. Desde el principio había reconocido en él a un igual, alguien que había pasado también por su propio infierno para sobrevivir. Quizás para muchos fuese imperceptible, pero para Banner siempre había sido fácil ver en otros las huellas que dejaba impresa la desesperación.

—Sí, y orgulloso de serlo —dijo Banner inclinándose hacia delante un poco para dejar el vaso medio vacío sobre la mesa.

Liam en cambio se inclinó hacia atrás, apoyando la espalda totalmente en la silla mientras daba cuenta de un trago de aquel *whisky*.

—De Cong, condado de Galway —contestó Connolly refiriéndose a la pregunta formulada con anterioridad por Banner, dejando el vaso encima de la madera pulida.

Banner asintió antes de hablar.

—Deben perdonar la impuntualidad de mi compañero de *whist*. Sterl nunca llega tarde, pero me mandó una nota al principio de la noche diciendo que se retrasaría unos minutos. No creo que se demore en llegar. Hablando de él... —dijo Banner mientras miraba hacia la entrada.

Connolly dirigió su mirada hacia donde se había desviado la de Banner, y cuando lo vio sintió como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Maldijo para sí y apretó la mandíbula, sin todavía poder creer que lo que le decían sus ojos fuese cierto. ¿Qué coño hacía Herdford allí, en aquel salón, en una taberna? ¿Un aristócrata juntándose con la clase trabajadora? Y más aún, ¿Cómo es que conocía Herdford a Banner? Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Era imposible que hubiese algún escenario donde ambos fuesen ni siquiera conocidos. Si lo que le había dicho MacLean era cierto, posibilidad hasta ese momento respaldada por todo lo que él había visto, Banner era un hombre duro, curtido y peligroso, alguien que se había forjado a sí mismo haciendo lo que fuese necesario para vivir un día más y llegar hasta allí. Él entendía a Banner mejor de lo que este podía imaginarse. ¿Y Herdford? Él era un aristócrata arrogante, superficial que seguramente pensaba que aquello era una extravagancia más a engrosar en su haber, sin saber que andar con individuos como Banner podía mandarlo al otro barrio antes de que se hubiese dado cuenta. ¡Mierda! Si le ocurría algo, ¿cómo iba a explicárselo después a la prometida de Hunter?

Dave se dirigió hacia donde estaba Banner. Vio sentados junto a él a dos hombres por lo que solo quedaba él para completar la mesa y poder comenzar la partida. Estuvo a punto de mandarle una nota a Banner unas horas atrás y anular su encuentro cuando Ann, la chica de quince años a la que este le había conseguido el empleo y un nuevo futuro esa misma mañana había tenido una hemorragia y había perdido al bebé que esperaba, sin embargo se encontró al final del día mandando unas líneas a Banner explicándole escuetamente lo ocurrido además de asegurarle que, aunque con retraso, acudiría. Gracias a Dios, Ann estaba bien, aun cuando en un principio temieron lo peor. La joven estaba en casa de la señora Akerman cuando comenzó a encontrarse mal. Al recibir Jane la nota, Herdford, que estaba con ella, de inmediato fue a por el doctor Rodwood, un médico eminente, de los mejores de Londres y amigo de la familia de Jane desde que eran unos críos, para que atendiera a Ann. Después de una larga espera, Rodwood les dijo que la joven había sufrido un aborto y que ahora todo estaba controlado. Que debería guardar cama durante unos días y que él pasaría a verla en sucesivas ocasiones hasta que estuviera seguro de que ninguna contingencia complicase la salud de la joven. La señora Akerman decidió, con el beneplácito de Ann, que se quedara en su casa hasta que estuviese recuperada. Herdford, después de hablar con la señora Akerman y tranquilizar a Ann, se ocupó de que la madre y los hermanos de la joven estuviesen bien hasta que ella pudiese volver con ellos. Después de eso, acompañó a Jane de vuelta a su casa y estuvo con ella un rato mientras la veía fingir infructuosamente que estaba bien cuando ambos sabían que no era así. Se fue cuando le sacó una sonrisa y la promesa de intentar disfrutar esa noche en el teatro junto a la señora Hunsword y Sathfolk. Y así fue como, después de pasar por su casa, darse un baño y cambiarse, había llegado hasta allí, con ganas de evadirse durante un rato y disfrutar de una buena partida de cartas.

Cuando llegó a la mesa y vio el vaso de *whisky* frente a la silla vacía, lo cogió y se lo tomó de golpe. Estuvo a punto de escupirlo cuando al bajar la vista vio con claridad al resto de sus acompañantes. Uno era el capitán de barco cuyo nombre, si no recordaba mal de varias partidas anteriores, era MacLean, y el otro, ese que le miraba ahora como si fuese el mismísimo diablo salido del infierno era el señor Connolly.

Connolly alzó una ceja cuando él se atragantó con el alcohol. Herdford vio el gesto y con fuerza de voluntad no dejó que una sola gota saliese de sus labios. Tragó y dejó el vaso sobre la mesa esbozando una sonrisa.

—¿Mala noche, Sterl? —preguntó Banner mirándole con el ceño fruncido. Sabía que Dave no solía beber de esa forma apresurada sin un motivo.

—Tenía sed —dijo Dave con un tono banal y superficial que a Banner le pareció extraño, lo que hizo que le mirase con una sonrisa sesgada.

Al igual que Jane era la única que le llamaba Dave, Banner decidió años atrás llamarle Sterl. Herdford hacía tiempo que dejó de intentar que aquel cabezota le llamase por su nombre completo.

—Creo que ya conoces al capitán MacLean —dijo Banner señalando al escocés.

MacLean asintió y Dave le saludó mientras dejaba su bastón y los guantes en una silla que había junto a la pared.

—Y este caballero es el señor... —Banner no pudo acabar la frase porque Connolly, que por primera vez desde que Dave había aparecido apartó la vista del rubio, respondió con un tono que podría haber sido perfectamente el utilizado por un magistrado a la hora de dictar sentencias de muerte.

—Sterling y yo ya nos conocemos —comenzó a decir el irlandés mirando de nuevo a Dave con una pregunta implícita en sus ojos—. Tenemos amigos en común —continuó Connolly llenando su copa con la botella que la muchacha había dejado y haciendo lo mismo con la de Dave.

Banner empezó a sospechar que allí había una historia de la que no sabía nada y su curiosidad innata tomó las riendas. Antes de que acabara esa noche intentaría sonsacarle a Sterl, aunque sabía que sería difícil. Cuando Herdford se cerraba a cal y canto era imposible sonsacarle algo.

—Sí, es cierto, pero al señor Connolly le encantaría olvidar ese detalle —dijo Dave sentándose y sonriendo cuando escuchó un pequeño gruñido proveniente de Connolly.

El capitán MacLean miraba confuso a Connolly. Conocía lo suficiente al irlandés como para saber que al rubiales ese le quedaba poco tiempo si sacaba a Liam de sus casillas.

—Te entiendo —dijo Banner mirando a Connolly—, a mí algunas veces también me gustaría olvidar que lo conozco, pero no puedo. Mi esposa lo adora y le destrozaría el corazón si lo hiciera —continuó alzando una ceja y mirando a Dave.

Herdford sonrió abiertamente mientras daba un trago al vaso que había vuelto a llenar Connolly un instante antes.

—Todavía no me explico cómo pudo enamorarse de ti —contestó Dave.

—Porque soy encantador cuando quiero —dijo Banner frunciendo el ceño.

—En eso tienes razón —dijo Dave asintiendo y Banner soltó una carcajada.

—Bueno, ¿empezamos, señores? —dijo Dave mirando a los demás, y tomando la baraja francesa sin abrir, tendiéndosela a Connolly y MacLean para que la examinaran.

Abrieron la baraja y estipularon cuánto apostarían comenzando después a jugar. A Connolly le quedó más que claro al finalizar la noche que era muy difícil ganar a Banner y Herdford, aunque la balanza de ganancias se inclinó al final del lado de MacLean y él mismo.

Otra cosa que le quedó clara era que, a pesar de su impresión inicial, a Banner y Herdford les unía una amistad y no una asociación pasajera por las ganas de Herdford de hacer algo peligroso en pos de su aburrimiento. Aquello avivó su curiosidad, y mucho.

—Vaya, señor Connolly, es usted un adversario duro de roer —dijo Banner cuando dieron por terminada la partida y MacLean, con una sonrisa, retiraba las ganancias de encima de la mesa.

Liam miró a Banner y juraría que escuchó a Herdford decir «no lo sabes tú bien» por lo bajo.

—Igualmente —dijo Connolly mirando a Dave. Este alzó una ceja y miró a su vez a Banner que hizo intención de levantarse cuando miró su reloj.

Banner se dio cuenta que habían pasado más de tres horas desde que empezaron y Alice estaría despierta esperándole. No le gustaba que su esposa estuviera a esas horas fuera de la cama. A pesar de que con el tiempo se había recuperado, su salud todavía preocupaba a Banner hasta llegar a veces a la obsesión, pero no podía evitarlo. Había estado a punto de perderla y si no hubiese sido por... Sus ojos se fijaron en Sterl que, levantándose, recogió sus cosas para irse con él.

—Ha sido un placer que espero que podamos repetir —dijo Dave mirando al capitán y al irlandés.

La mirada de Connolly de «ni muerto» le hizo sonreír, y cuando miró a Banner vio una expresión divertida en sus ojos.

—Yo también me despido —dijo Connolly, lo que le valió la mirada reprobatoria del capitán MacLean.

—Pensé que el haber ganado te animaría a quedarte un rato más. Podrías gastarlo en alguna que otra tentación —dijo el escocés haciendo un gesto con las cejas muy significativo hacia la dos mujeres que en ese momento estaban al fondo y les miraban con curiosidad.

Connolly esbozó una pequeña sonrisa, tan fugaz que Dave, que en ese momento le estaba mirando, juraría que había sido producto de su imaginación. No sabía que el irlandés supiese ni siquiera que ese gesto existiera.

—Otro día —dijo Connolly y el capitán vio decisión en sus ojos.

—Está bien. Más para mí —dijo MacLean levantándose de la silla también.

Dave y Banner salieron a la calle directamente y Connolly se quedó unos minutos dentro del Bristol terminando de comentar algo con el escocés.

La noche era fría para aquellas fechas y Banner se ajustó mejor su chaqueta.

—Entonces, ¿la chica está bien? —preguntó este a tenor de lo poco que Dave le había contado en la nota que le envió.

—Sí, tardará unos días en recuperarse pero se pondrá bien. Todavía necesita ese empleo. He visto las condiciones en las que están su madre y sus hermanos y no son buenas. La madre está enferma y los hermanos son demasiado pequeños. Uno de ellos ha empezado a trabajar como deshollinador, y ya sabes cómo acaba eso. Si su hermana puede llevar de nuevo dinero a casa, y pronto, el chico podría hacer otra cosa —dijo Dave serio.

—Sí, sé lo que pasa. Vi morir a demasiados haciendo lo mismo. Morían quedando atrapados en las chimeneas, quemados o asfixiados, o si tenían suerte abandonaban este mundo unos años después por el aire viciado en sus pulmones —dijo Banner con los dientes apretados. Él mismo había trabajado de deshollinador varias veces hasta que después pudo sobrevivir siendo *mudlark*, hurgando en el barro cercano a las orillas del Támesis. Era también peligroso, pero por lo menos sabía que no moriría aprisionado entre ladrillos—. Pero no son tu responsabilidad, ni la mía tampoco —continuó Banner mirando a Dave a los ojos. —La muerte temprana es su destino más certero.

—Lo sé perfectamente —dijo Dave devolviéndole la mirada, dura sin dejar entrever ningún sentimiento en ella, y los recuerdos dolorosos del pasado se instalaron entre los dos.

En ese instante, Connolly salió del salón de juego y se sorprendió al ver todavía allí a Banner y a Herdford dialogando.

Banner desvió su mirada y vio a Connolly.

—Espero que se haya divertido, señor Connolly. La próxima vez seré yo quien me lleve su dinero —dijo Banner con una sonrisa sesgada.

—Siempre es bueno tener ilusiones —respondió el irlandés con una seguridad aplastante que hizo que Banner riera por lo bajo, antes de mirar a Dave de nuevo, diciéndole algo en voz baja que Connolly no llegó a escuchar. Después de eso se fue caminando calle arriba.

Herdford se dio la vuelta para ir en sentido contrario, no sin antes mirar fijamente a Connolly. Esta vez, Liam no vio en sus ojos el franco desinterés generalizado que parecía tener hogar propio en aquella mirada.

—No hagas caso a Banner, estaba siendo educado. En verdad no espera volver a verte pronto —dijo Dave en un tono irónico dando un pequeño toque con su bastón en los gastados adoquines de la calle.

Liam no pudo reprimir la sonrisa irónica que acudió a sus labios. Herdford le había hecho gracia muy a su pesar. El hecho de que el rubio hubiese dejado de lado su postura indolente y su mirada hubiese adquirido una intensidad que no había visto en sus anteriores encuentros, con un tinte de desafío en ella, instigó la curiosidad de Liam. Con la intención de dejarle claro a ese aristócrata que podía tener engañados a cuantos quisiese pero no a él, se acercó lo suficiente para que pudiese ver en sus ojos que le importaba una mierda todo lo que saliera de su boca. Le dirigió esa mirada que Hunter definía como nacida en el infierno. Y Herdford, en su inconsciencia o en un alarde de seguridad y agallas que no le había visto desplegar hasta entonces, ni se inmutó. El sonido de unos pasos rápidos sobre los adoquines rompió el duelo de miradas que ambos se dirigían. Los dos hombres que venían corriendo gritaron que estaban atacando a alguien varias calles más arriba y que iban a matarlo.

Connolly vio cambiar las facciones de Herdford en solo un segundo, antes de que echara a correr en la dirección que indicaban aquellos hombres. Su rostro se había contraído por lo que parecía genuina preocupación a la vez que sus ojos se habían investido de un tinte peligroso difícil de ignorar.

Connolly maldijo entre dientes antes de salir tras los pasos de Herdford. Aquel imbécil iba a conseguir convertirse en cadáver antes de que terminase la noche.

Tres calles más arriba, en un callejón poco iluminado, Banner intentaba defenderse del ataque de cinco individuos. Dos le tenían cogido por los brazos y aunque Banner se debatía con fuerza, tenía el rostro ensangrentado y le costaba mantenerse en pie. El filo de un cuchillo se vislumbró a pesar de las sombras en la mano de uno de sus atacantes, que se acercaba a él en ese instante con el evidente propósito de terminar con la diversión.

Liam vio a Herdford correr aún más rápido y tirar su bastón al suelo, sacando de él lo que parecía un estoque, a la vez que dos de los atacantes, el que llevaba el cuchillo y otro con una cicatriz que le atravesaba la mandíbula, fueron a por él. Connolly se paró de golpe cuando vio moverse a Herdford. Los dos hombres no duraron ni tres segundos ante el ataque del rubio que, como una fiera y con una elegancia que parecía incompatible con la destreza y la velocidad de la que estaba haciendo gala, en unos pocos movimientos hirió a uno de ellos en el hombro y la cara, desarmando después al del cuchillo incrustando su estoque en el muslo del bandido y haciendo que este aullara como un perro.

Connolly tragó saliva, centrado por completo en Herdford, en sus elegantes movimientos, letales y certeros, hasta que vio cómo los dos hombres que sujetaban a Banner dejaban a este en el suelo yendo a por el aristócrata. El quinto asaltante se quedó junto a Banner, propinándole una

patada en las costillas que hizo que el *cockney* soltara un gemido.

Salvo por el que Dave había herido en el muslo y que intentaba sin mucho resultado mantenerse en pie, el que había herido Herdford en el hombro y los otros dos le rodearon, dos de ellos con cuchillos. Connolly no lo pensó y sacó el suyo, el que llevaba atado a la altura de su gemelo derecho debajo de su pantalón, con mango de marfil, y se dirigió hacia ellos. Mientras Herdford desarmaba a uno con su estoque dándole un corte en el antebrazo el otro consiguió darle un golpe que hizo que Dave se girara, pero no lo suficientemente rápido como para contener su ataque y proteger a su vez su retaguardia en la que se encontraba otro de los atacantes con intención de asestarle una cuchillada. La velocidad del irlandés y su puño en la cara y el cuello de ese hombre lo mandaron al suelo prácticamente sin conocimiento, mientras con el cuchillo y su chaqueta enrollada en su brazo contrario paró el ataque del más bajo de los asaltantes que con un gruñido intentó insertarle la hoja del arma en el estómago. Connolly lo desarmó a continuación, hiriéndolo con velocidad y certeza en los tendones de su brazo, y después mandándolo al suelo con un puñetazo que rompió la nariz de su oponente.

La mirada de Herdford se cruzó un instante con la del irlandés, quien probablemente le había salvado la vida.

Al instante, Connolly corrió hacia Banner mientras Herdford se deshacía del último de ellos que permanecía en pie. Cuando el irlandés llegó a donde estaba Banner miró hacia los lados. Sabía que uno de los asaltantes había estado allí junto a Banner. El grito de Herdford lo puso en alerta girándose a tiempo de ver a ese hombre, al quinto de los atacantes con una pistola en la mano apuntando en su dirección. Todo pasó demasiado deprisa. Se escuchó una detonación al mismo tiempo que Herdford se ponía delante del irlandés en la trayectoria del disparo. Connolly sintió que se le congelaban las entrañas al ver la escena, impotente. La acuciante necesidad de quitar a Herdford del camino de esa bala le golpeó haciendo que todo su cuerpo se tensase tanto que pareció a punto de quebrarse. Sin embargo, cuando el cuerpo que cayó al suelo no fue el de Herdford sino el del asaltante, fue cuando se dio cuenta de que Banner, desde el suelo, bastante magullado, sostenía una pequeña pistola en su mano derecha con la que había abatido al quinto atacante antes de que este consiguiera disparar la suya.

Los demás bandidos, heridos y viendo a su compañero muerto, salieron de allí como alma que lleva el diablo.

Connolly miró a Herdford y la intensidad que vio en los ojos del rubio, que le miraba a su vez en ese instante, la tormenta que parecía contenida en ellos, le desconcertó, sintiendo que había algo importante que no llegaba a entender en ella. Antes de que pudiese averiguar algo más, Herdford desvió la mirada y se arrodilló al lado de Banner quien se sentó en el suelo con dificultad, apoyando la espalda en la pared.

—Me atacaron por la espalda como sucios cobardes —dijo Banner escupiendo en el suelo la sangre proveniente de su labio partido.

Herdford examinó la cara de Banner. Tendría un ojo morado y el labio hecho polvo a parte de un sinfín de hematomas no visibles.

—¿Te han herido en alguna parte? —preguntó Dave mirando a Banner y abriéndole la chaqueta para cerciorarse de ello.

Connolly escuchó las palabras de Dave, teñidas por la preocupación.

—Estoy bien. Solo tengo el orgullo magullado.

—¿Sabes por qué te atacaron? —preguntó Connolly.

Las mutuas miradas que compartieron los dos hombres le indicaron al irlandés que sabían, o

por o por lo menos sospechaban, quiénes eran los hombres que habían agredido a Banner.

—Husting Perkins. He reconocido a uno de los hombres y trabaja para él. Esto ha sido una advertencia —dijo Banner arrastrando las palabras con un tono de voz que indicaba que aquel hombre era escoria para él.

Herdford se levantó y tendió la mano a Banner. Este se levantó con su apoyo, no sin que un gruñido de dolor saliera de sus labios.

—Perkins es uno de los mayores delincuentes de la ciudad. Maneja una red de contrabando en parte de los barrios del East End de Londres —dijo Dave a Connolly.

Liam siguió con la vista fija en ambos hombres a la espera de más información. Banner soltó el aire que parecía haber contenido en sus pulmones cuando se levantó. Todos sus músculos doloridos a causa de la paliza se rebelaron sin piedad.

Connolly enarcó una ceja. ¿Cómo coño sabía Dave eso y por qué? Liam se prometió averiguar aquello más adelante.

—Digamos que nunca nos llevamos bien. El East End es grande, pero Perkins siempre ha sido un perro avaricioso y sin escrúpulos que nunca tiene bastante, sobre todo cuando se siente amenazado. Desde que estoy legalizando mis negocios y abandonando otros, se ha convertido en mi enemigo. No quiere que eso sea un precedente —dijo Banner y Connolly sabía que le había contado más de lo que hubiese querido solo por el hecho de haberles ayudado.

—Gracias, no tenías por qué haber intervenido. Apenas nos conoces —continuó Banner mirando a Connolly. Luego desvió su mirada a Dave con intención de decirle algo.

—Ni una palabra —dijo Dave con el ceño fruncido, cortando a Banner y haciendo que este sonriera.

—Dios, cuando me vea Alice se va a asustar... —continuó Banner.

—¿En serio? —preguntó Dave con una ceja alzada—. Esa mujer es más fuerte que tú y yo juntos. Lo que tienes es miedo de la reprimenda que te va a caer y de que te mande a dormir a otra habitación durante una semana.

Banner asintió, ensanchando su sonrisa y haciendo una mueca cuando la herida del labio quemó con el gesto.

—Creo que es mejor que cojas un coche de punto, y yo voy a acompañarte —dijo Herdford con un tono de voz que no admitía discusión.

—Maldita sea, Sterl, no necesito niñera —dijo Banner con el entrecejo fruncido y un tono de voz duro.

Connolly vio en la expresión de Banner por qué decían que era peligroso. El tono y la mirada que le lanzó a Herdford fueron fulminantes. Pero eso no fue lo que divirtió a Connolly, sino cómo le miró Herdford. Esa mirada tampoco la había visto antes. Lacerante, inamovible y obstinada.

—Tú no eres el único al que le va a cortar los huevos Alice si te pasa algo.

Connolly vio el cambio de expresión en Banner en cuanto Herdford terminó de decir esas palabras. Escuchar esa expresión de los nobles y aristocráticos labios del rubio hizo que Liam casi se atragantara con su propia saliva.

—Tienes razón, maldita sea — dijo Banner asintiendo y dirigiéndose junto a Herdford y Connolly a la calle principal.

Pararon un coche de punto y Dave ayudó a subir a Banner.

—¿Necesitas que vaya con vosotros? —preguntó Connolly mirando a Dave antes de que este montara en el coche junto a su amigo.

—No hace falta. Solo quiero saber que llega bien a su casa, después me iré a la mía en el

mismo coche de punto.

Connolly asintió, girándose para irse. Una mano lo tomó del brazo evitando que diera un paso más. Liam miró a Herdford, que de nuevo le devolvía la mirada de una manera enigmática e intensa.

—Gracias —dijo el rubio antes de dar un paso atrás y subirse en el coche.

Connolly se quedó mirando cómo el vehículo desaparecía, con la mandíbula apretada y un sinfín de preguntas que no tenían respuestas. Liam se tocó la parte de la manga donde la mano de Herdford pareció quemar cuando le retuvo. Ese indolente y despreocupado vividor que había conocido semanas atrás había mostrado esa noche una cara diferente, como si fuera otra persona. Cuanto más tiempo pasaba con él, cuanto más le observaba, más aristas encontraba en él y eso despertaba ansiosamente su curiosidad, alimentaba su interés en obtener respuestas como nada lo había hecho antes, sobre todo después de que el mismo hombre al que aparentemente no le importaba nada, y menos un irlandés al que apenas conocía, se había puesto delante del cañón de una pistola para interceptar una bala por él.

CAPÍTULO XI

Jane miró a su alrededor. La casa del duque de Argoll en Mayfair, sobria y elegante por fuera, era en realidad un espectáculo para los sentidos en su interior. Las alfombras Abusson, los distintos muebles de estilos diversos aunque predominantemente Chippendale con el empleo de la caoba, y la combinación perfecta entre el rococó francés, motivos orientales y del gótico, ofrecían un resultado elegante y equilibrado. Grandes espejos dispuestos en las paredes, daban la sensación de más amplitud a una casa majestuosa de por sí que sus metros cuadrados de extensión. Cortinas con telas estampadas en colores claros y drapeadas, caían con lo que parecían metros de tejido que enmarcaban señorialmente los grandes ventanales a través de los cuales se filtraba la escasa luz que normalmente había en Londres.

—Espero que le guste lo que ve —dijo el duque de Argoll mientras los acompañaba hasta un pequeño salón.

—Es preciosa —dijo Jane y el duque de Argoll asintió con una sonrisa, muy complacido con la apreciación de su futura nieta.

El compromiso se había publicado el día anterior en todos los periódicos de Londres con el beneplácito del duque.

La noche en que acudió al teatro, esa misma tarde, su nieto le había hecho una visita rápida y le había comunicado su intención de hacer público su compromiso con lady Jane Valen lo antes posible. Argoll sabía que esa muchacha había calado profundo en Hunter a tenor de la impresión que había causado en él y de la que le había hecho partícipe días atrás. El hecho de que su nieto quisiese comprometerse tan rápido y sin ningún atisbo de duda impresionó a Henry, que de pronto sintió la necesidad de conocer a la joven antes del anuncio, acuciado por la curiosidad. Deseaba saber qué clase de mujer había hecho que Hunter pensase por fin en sentar la cabeza, y además de forma tan abrupta.

Lo que vio aquella noche en el teatro le convenció, y más después de haberse reencontrado con Emma. Casi le fallaron las fuerzas de la impresión al verla. Solo tuvo que posar sus ojos sobre los de ella y sentir que los años no había pasado, y menos en su corazón gastado y cansado, pero exultante por un sentimiento que, a pesar de todo, había permanecido inquebrantable en su interior. Recordó cómo se enamoró de Emma la primera vez que la vio, la primera vez que ella le miró. Cómo, cuando la invitó a bailar, ella alzó la barbilla ligeramente y con un gesto airado rehusó su invitación. Le bastó solo aquello para saber que su vida no volvería a ser igual nunca más. Así que, cuando vio cómo su nieto miraba a lady Jane Valen y cómo en un gesto no medido y espontáneo Hunter cogía la mano de la joven para calmar su nerviosismo, Henry comprendió que su nieto había caído preso del mismo sentimiento que lo encadenó a él cincuenta años atrás.

Estaba feliz por él, y ansioso por ver cumplido un deseo que pensó abocado a desdibujarse en sus últimos días, y que sin embargo ahora, si su salud se lo permitía, vería realizado. Con esa premisa y con la intención de conocer más a su futura nieta y a las personas importantes para ella, les invitó cenar en su residencia en la ciudad.

—Lamento que su tía no haya podido venir, pero sé por experiencia que los achaques propios de nuestra edad no son compañeros comprensivos. Hunter me explicó que su dolencia le impide una buena movilidad —dijo Argoll entrando al salón. Ya estaba preparado todo para que pudiesen sentarse y disfrutar de un pequeño refrigerio antes de la cena.

—Gracias, lord Argoll. Mi tía Amy, de todas formas, me expresó su intención de mandarle una nota personalmente para agradecerle su invitación. Estaba muy desilusionada por no poder asistir. Lady Hunsword ha sido muy amable al acompañarme hoy de nuevo junto a lord Herdford.

Argoll miró a Emma, que venía más rezagada del brazo de lord Herdford. Por lo que Hunter le había contado, Herdford era como un hermano para Jane, por eso lo que le sorprendió, lo que no esperó, fue ver en la mirada de Emma el afecto que también parecía profesarle. Habrían pasado muchos años, pero todavía era capaz de ver en Emma los sentimientos que desprendía sin acotar de sus ojos. Una de las razones por las que se enamoró de ella había sido esa: su capacidad de hablar con sus ojos tanto como con las palabras. Le bastaron dos miradas de complicidad y la forma en que ella se tomó del brazo de Herdford para comprender que Emma le tenía un afecto especial sobre los demás. Argoll frunció el ceño casi de manera imperceptible. Conocía al padre de Herdford, el conde de Bankeville. No habían sido buenos amigos, solo meros conocidos y no por falta de interés por parte de Bankeville, sin embargo, amistades en común e informes de su hombre de confianza le confirmaron hacía muchos años que el conde no era alguien con quien quisiera tener ningún trato. Era un hombre sin honor. Por lo que había llegado a sus oídos, su heredero, el vizconde de Whitbourg parecía seguir la estela de su progenitor.

De Herdford solo sabía lo que andaba en boca de los más chismosos. Vividor, mujeriego, sin ningún interés más allá de una vida disipada. Sin embargo, él nunca daba por cierta ninguna información hasta que no la contrastaba por sí mismo, y por lo poco que había observado del joven, en las escasas ocasiones en que lo había visto en reuniones durante los años anteriores, cuando su enfermedad no le impedía tener una vida social más prolífera, no parecía encajar del todo en esa definición.

Detrás de Emma y Herdford venía su nieto Hunter junto al señor Connolly. Le había gustado cómo el socio de su nieto le había estrechado la mano a la entrada y le había mirado a los ojos. Con una seguridad apabullante.

Argoll los instó a que tomaran asiento y probaran algunas delicias que su cocinera, Herminia, había preparado para la ocasión.

Vio a Connolly dirigir su mirada al cuadro que había encima de la chimenea y observó su expresión embelesada antes de dirigirse hacia donde este estaba para admirarlo más de cerca. Una sonrisa ensanchó los labios del duque. Se acordó de lo que Hunter le había comentado en alguna ocasión, que Connolly era un verdadero enamorado de las pinturas de Drake.

—Veo que compartimos algo en común —dijo Argoll acercándose hasta donde estaba Connolly mientras los demás se sentaban cómodamente en los sillones que había al otro extremo de la estancia—. Imagino que le será familiar el paisaje —continuó el duque, mirando la marina que tenía toda la atención del socio de su nieto centrada en cada pincelada.

—Son los acantilados de Moher —dijo Connolly marcando más las palabras, de forma suave y ronca.

Argoll asintió, mirando atentamente al irlandés. Casi podría jurar, a pesar de no conocerle, que un matiz de tristeza y añoranza había velado sus ojos al reconocer el lugar.

—¿Hace mucho que no visita su tierra natal? —preguntó Argoll, conocedor de que aquella pregunta quizás no era un tema de conversación deseado por el socio de su nieto.

Connolly miró al duque con una sonrisa torcida en la boca.

—¿Tanto se me nota? —preguntó Liam, y Argoll asintió en señal de reconocimiento.

—El anhelo por lo que se ama y se tiene lejos siempre es difícil de disimular —dijo el duque, desviando su mirada por unos segundos al lugar donde estaban los demás sentados, hablando

animadamente, mientras les esperaban. Su vista barrió a todos los presentes pero solo tenía una clara destinataria que en ese instante, como si hubiese sentido sus ojos sobre ella, giró el rostro y le miró.

Connolly vio la mirada entre el abuelo de Hunter y la señora Hunsword y, sin necesidad de decir nada, supo con absoluta seguridad lo que el duque añoraba y amaba con intensidad a pesar de los años. La mirada entre ellos se rompió cuando la señora Hunsword tuvo que atender una pregunta de parte de Jane, y Argoll, como saliendo de un hermoso letargo, volvió a centrar su atención en Connolly.

—No he vuelto a pisar Irlanda desde que la dejé, con quince años. Esa costa fue lo último que vi de ella desde la cubierta de un barco.

—Eso debe de ser duro —dijo Argoll.

Connolly miró de nuevo el cuadro antes de responder.

—Dígame usted —dijo, dirigiendo su mirada a la señora Hunsword. Lord Argoll, que lo vio, sonrió abiertamente con asombro.

—*Touché*. Es usted muy observador. Espero que me guarde el secreto.

Connolly se acercó un poco más al duque, como si fuese a contarle una confidencia.

—No creo que sea el único que se ha dado cuenta de ello. Es bastante evidente.

Liam no había querido conocer antes al abuelo de Hunter a pesar de las continuas invitaciones por parte de su amigo. Si había barones, vizcondes y demás aristócratas que desaprobaban su presencia, un duque, cercano a la realeza, era difícil que aceptara con facilidad su amistad y sociedad con su propio nieto. Reacio, había aceptado conocerlo ese día por el compromiso de Hunter con lady Jane Valen y porque Hunter se lo había pedido diciéndole que aquella reunión era para la familia, y que él era su familia. Eso le había desarmado y le había dejado sin argumentos. Lo que no imaginó cuando aceptó acompañarle era que el duque le cayese bien, ni que su trato hacia él fuese tan distendido y cordial.

—Lo tendré en cuenta. Sin duda, mis facultades para disimular se han diezmado debido a la seguridad de mi cercana muerte. Uno ve las cosas de manera muy diferente cuando tiene a la parca esperando tras la próxima esquina. Perder el tiempo ya no es una opción, y las oportunidades que te ofrece cada día debes abordarlas sin ninguna contemplación —dijo Argoll con una expresión resignada aunque sin signos de derrota, aún no—. No sé si tendré la oportunidad de hablar de esto con usted en otro momento, así que, si me permite, debido a mis circunstancias excepcionales, le rogaría que disculpara mi falta de tacto o de formalidad —continuó el duque cuando vio que Connolly quería decir algo, deteniéndole antes de que una palabra saliera de su boca con un gesto disimulado de su mano—. Déjeme terminar, por favor. Conozco a mi nieto y sé que tiene un don natural para ver realmente cómo son las personas en su interior. Y también sé que a usted le tiene en la más alta de las estimas. Espero que ese parecer sea recíproco, porque cuando yo no esté, necesitaré de sus amigos y sé que Hunter, en ese sentido, solo confía en usted. No me mire así —dijo Argoll cuando vio la mirada intensa de Liam—, sé cómo es mi nieto. Es un hombre fuerte, duro, con un marcado sentido de la justicia y noble. Pero orgulloso, y no querrá apoyarse en nadie. Necesito saber que alguien estará ahí por si él lo necesita aunque no lo diga. Ese muchacho es lo que más quiero en este mundo.

—Cuente conmigo —dijo Connolly, y sus palabras y su determinación al pronunciarlas fueron igual que un juramento.

El irlandés vio relajarse la expresión del duque, como si se hubiese quitado un peso de encima.

—Gracias, señor Connolly.

La voz de Hunter desde los sillones les hizo girar la cabeza a ambos.

—¿Podéis dejar de admirar ambos el arte de Drake por un segundo?

Argoll rio por lo bajo y, apoyando una mano en el hombro de Connolly, le instó a unirse a los demás.

Media hora más tarde, todo estaba preparado en el comedor para la cena. El salón era amplio y una mesa grande, elegantemente adornada, era el reclamo principal de la estancia. La vajilla era exquisita y los arreglos en varios puntos de la mesa, con pequeños adornos florales, daban una nota de color al conjunto. El duque de Argoll se sentó, presidiendo la misma. Lady Jane Valen hizo lo mismo a su lado, y junto a esta se situó su nieto Hunter, seguido por el señor Connolly. A la izquierda del duque se sentaban lady Hunsword y lord Herdford.

La cena estuvo compuesta de primero por dos sopas, una de ellas de marisco, y ensaladas. De segundo sirvieron un asado de varias carnes: vaca, cordero, pollo y pato, todo ello con una guarnición de patatas asadas y verduras hervidas de temporada. El vino de Burdeos y de Borgoña acompañó a los platos principales. De postre se sirvió una delicia típica a base de harina, mantequilla, azúcar y frutas varias como manzanas, peras, fresas y cerezas, servida caliente y acompañada de natillas. Los platos fueron sucediéndose, imbuidos los asistentes en una amena y fluida conversación que por solo unos instantes hizo sentir a Argoll como si estuviese rodeado de una verdadera familia.

Cuando fue el turno de tomar la copa y el cigarro, se dirigieron todos hasta una sala contigua. Normalmente eran los caballeros los que se retiraban a disfrutar de estos placeres, pero en esta ocasión dejaron de lado esta división más acusada en reuniones más formales para disfrutar todos juntos del final de la velada. Cuando estaban a punto de llegar a la estancia, Argoll miró a su nieto y Hunter pudo observar en los ojos de su abuelo esa vena pícara y astuta que, a pesar de los años, el duque seguía guardando bajo la manga y que esgrimía cuando menos lo esperaba. Cuando su abuelo le sugirió que, sabiendo que su prometida era una amante de los libros, le enseñara su biblioteca, repleta de libros antiguos, siendo su colección una de las más extensas y completas de todo Londres, Hunter lo vio claro. La mirada de Jane abriendo los ojos con genuina espontaneidad, llenos de asombro y perplejidad, valió la pena. La vio abrir varias veces la boca para cerrarla nuevamente sin que ni una palabra al final saliese de sus labios, apretando estos con fuerza como si se estuviese conteniendo para no explotar. Hunter arqueó una ceja, lady Hunsword solo esbozó una leve sonrisa que calentó el corazón de Argoll cuando reparó en ella y Connolly apenas si hizo algún gesto. Herdford dibujó una sonrisa sesgada.

—No me miréis así. Ya estáis prometidos, os vais a casar y esta es mi casa. Todas las puertas están abiertas y nadie va a pensar nada indecoroso. Así que complaced a este pobre viejo y no seáis tan formales. En esta vida a veces hay que tomarse ciertas licencias y atajos —dijo Argoll dirigiéndose a la sala no sin antes ofrecerle su brazo a lady Hunsword, que posó su mano en él sin hacerle esperar con un brillo especial en sus ojos, con aprobación. Connolly y Herdford fueron detrás. Jane dirigió una mirada de frustración a Herdford y su amigo le guiñó un ojo antes retirarse.

—Jamás he visto a nadie con la cara tan roja como la tuya. Es como si esas pequeñas pecas que tienes en las mejillas fuesen a arder en cualquier momento —dijo Hunter con un tono de voz

divertido cuando tanto Jane como él entraron en la biblioteca de su abuelo, quedando completamente solos.

Jane se giró hacia él con los ojos echando chispas cargados de una furia que parecía que se iba desbordar en cualquier momento.

—¿Tú crees? —preguntó Jane entre dientes.

Hunter intentaba suprimir una sonrisa que, a pesar de sus empeños, en vez de disminuir, aumentó sin ningún signo de vergüenza.

—Dios, te pones preciosa cuando te enfadas —dijo Hunter mirándola fijamente y con un tono de voz que hizo erizar el vello de la nuca a Jane.

Jane soltó un gruñido poco femenino para deshacerse de la extraña sensación que se había adueñado de ella al escuchar esas palabras, y eso hizo que Hunter alzara una ceja con un brillo divertido en sus ojos.

—No digas sandeces, por favor, ya tengo suficiente con lo que ha pasado hace unos minutos. Estaba realmente nerviosa esta noche pensando que tu abuelo se iba a dar cuenta de que esto —dijo Jane haciendo un gesto con la mano señalando a ambos— era un gran mentira, o peor, que iba a reconsiderar su postura y proclamar que no le parezco la prometida adecuada para ti. Y me encuentro con que el duque me lanza a tus brazos de forma nada sutil. Le ha faltado sacar al cura del salón y decir: «¡sorpresa!».

Hunter soltó una carcajada.

Jane, que estaba dando con la punta del zapato unos toques inquietos y furiosos en el suelo, paró en el mismo instante en que Hunter tuvo que apoyarse en una de las mesas por la risa ronca que se había adueñado de él y que le hizo prácticamente doblarse en dos.

—No lo puedo creer, ¿te parece gracioso? ¡Lo que me faltaba por ver! —exclamó Jane, y Hunter pudo ver en su mirada que, si hubiese podido, habría pedido su cabeza en ese instante. Sus ojos eran como dos bolas de fuego. Hermosas, brillantes y llenas de ira.

Hunter la miró todavía, con una acentuada sonrisa y la reminiscencia en sus labios de la carcajada anterior.

—A mi abuelo le gustas, créeme, de lo contrario jamás hubiese insinuado que te enseñara la biblioteca —dijo Hunter diciendo la última palabra con tono divertido cuando vio endurecerse aún más las hermosas facciones de Jane.

—No me va a servir hablar de esto contigo, ¿verdad? Tenemos un problema, y es que tu abuelo quiere acelerar la boda, y tú te ríes.

Hunter compuso una expresión más seria que no engañó a Jane. Los ojos de Sathfolk brillaban como resultado de lo que estaba disfrutando al parecer con su azoramiento y su enfado.

Sin embargo, cuando Hunter contestó a Jane, en su tono de voz no había ningún rastro de diversión.

—Mi abuelo lo único que quiere es hacernos felices. Cuando uno experimenta la sensación de tener la muerte próxima, las formalidades, las trivialidades, lo cotidiano y banal se desdibuja. Y en ese instante lo que cuenta, lo que invade tu mente con lacerante insistencia es lo que dejaste por hacer, lo que no te atreviste a decir. Eres más consciente que nunca de lo que se desea y de los errores que no volverías a cometer si tuvieras una oportunidad más. No te da miedo la muerte en sí, sino analizar lo que has hecho de tu vida hasta ese instante. Si en verdad ha merecido la pena o has malgastado tu existencia por pura cobardía, comodidad o dejadez. Quizás el proceder de mi abuelo sea extraño, pero no es inadecuado. No para mí, que conozco su verdadera esencia. Lo único que él deseaba con ese gesto era regalarnos un momento a solas, en la seguridad de su casa

y rodeado de personas que no nos van a juzgar porque son nuestros amigos y familiares. Así que no te preocupes, él jamás impondría, manipularía o forzaría una boda por cumplir uno de sus deseos. Puede ser muchas cosas, pero no es egoísta con aquellos a los que ama.

Jane había ido perdiendo parte de su furia según iba escuchando las palabras de Hunter, cada una de ellas dicha con una precisión y una intensidad tal que parecían gajos arrancados y expuestos de su propio ser, desgranados ante ella con una sencillez que la dejó sin argumentos para seguir alimentando su enfado contra lo que a todas luces le pareció por parte del duque una clara manipulación de la situación.

Sin embargo, todo lo que había dicho Hunter había ido despejando esa nube de furia contenida que Jane se imaginaba sobre su cabeza cuando algo la sacaba de quicio, y lo había ido sustituyendo por sorpresa, incertidumbre, por un deseo imperioso de corroborar que lo que le había dicho Hunter lo había expresado por experiencia propia.

—¿Cuándo tuviste que hacerte todas esas preguntas? ¿Por qué? —preguntó Jane, que vio en la mirada de Hunter un atisbo de apreciación. La sonrisa triste y algo sesgada que apareció en su boca aseguró a Jane que el recuerdo era doloroso por lo menos.

—¿Cómo hemos pasado de intentar apaciguar tu ira por estar los dos a solas a hablar de mi pasado? —preguntó Hunter con un tono que pretendía evitar la seriedad del momento.

Pero Jane no se dejó engañar. Hunter no lo sabía, pero ella tenía experiencia en sonsacar información a alguien tremendamente hermético y difícil de desgranar. Esa mirada ya la había visto en otros ojos, demasiadas veces. Otros ojos que sabían camuflar el dolor y la traición igual o mejor que Hunter.

—¿Por qué no contestas?

Jane vio a su prometido esbozar una sonrisa antes de hablar.

—No paras de asombrarme, Jane, y eso me hace desear más. Y lo peor es que veo en tus ojos que desconoces completamente lo irresistible que eso te vuelve, lo única y fascinante que eres.

Jane tragó saliva ante esas palabras. Hunter era bueno, sí, mucho. Había subestimado su capacidad de respuesta y reacción porque estaba jugando sucio. Intentaba desviar el tema para no responder a sus preguntas y lo estaba haciendo francamente bien.

—Estás intentando evadir mis preguntas creando una distracción —dijo Jane levantando el mentón, dándole a entender que había descubierto su juego y que con ella no iba a funcionar un truco tan barato.

—¿Tú crees, Jane? —dijo Hunter y Jane sintió un escalofrío recorrer su cuerpo cuando escuchó el tono de voz más grave, bajo y envolvente que utilizó él para pronunciar sus palabras. La mirada de Hunter se volvió intensa y un atisbo de deseo impregnó las pupilas del conde, que dio unos pasos hacia ella, de forma lenta y premeditada, como si fuese un depredador acechando a su presa.

—No... no te acerques tanto —dijo Jane, que se mordió el labio cuando escuchó su débil protesta. Se maldijo mentalmente por que las fuerzas le fallaran justo en ese momento. Y tenía razón, porque una sonrisa de conocimiento se instaló en los labios de aquel presuntuoso que, como siguiese avanzando, iba a comprobar de primera mano quién era Jane Josephine Elisabeth Valen. Sí, porque aunque odiara que la llamaran por todos sus nombres, en momentos como aquel era imperativo hacer uso de todos ellos.

Jane no se dio cuenta de que había empezado a dar pequeños pasos hacia atrás a la vez que Hunter avanzaba lentamente hacia ella hasta que sintió su espalda chocar contra algo. Miró hacia atrás y vio que era uno de los muebles de la biblioteca que albergaba una numerosa cantidad de

libros. Cuando miró hacia delante se dio cuenta de su error. Esa distracción de solo unos segundos le valió a Hunter para estar justo delante de ella. Cuando iba a decirle cuatro cosas, él levantó sus dos manos y las apoyó en el mueble que había tras Jane, dejándola entre sus brazos que, a la altura de su cabeza, acotaban su espacio de forma alarmante. Hunter la miraba sin apartar los ojos de los suyos, penetrantes, inquisitivos, endiabladamente hermosos, y Jane volvió a tragar saliva. Le vio acercar su cabeza unos centímetros y podría jurar que, desde esa distancia, era capaz de contar las pequeñas motas oscuras que adornaban el gris de sus ojos, creando un efecto devastador para su salud mental. Porque Jane se descubrió a sí misma perdiéndose en ellos para después bajar su mirada hasta los labios de Hunter, que en ese preciso instante sonrió ligeramente, conocedor de a dónde se habían dirigido los pensamientos de Jane. Ese fue el detonante que la hizo salir de su letargo, de la telaraña que aquel hombre estaba tejiendo alrededor de ambos, y hacerla consciente de que debía tomar el control y hacer algo. Porque si no reaccionaba en ese preciso instante, intuía que los labios de Hunter caerían sobre los suyos y la besaría. Ese fue el momento en que Jane soltó un quejido al verse a sí misma imaginando cómo sería el beso que le daría Sathfolk. ¿Sería tierno y cálido, apasionado y visceral, duro y arrollador? Dios, debía dejar de escuchar a su tía Amy cuando le leía las aventuras de ese capitán de barco y su amada. Ahora era ella la que estaba perdiendo el norte. Así que haría lo que tenía que hacer: darle un pisotón a Hunter con toda la fuerza de la que era capaz, con saña y premeditación. Pero cuando tomó impulso para ello Hunter desvió su mirada tras ella, movió su mano y con una pequeña sonrisa en los labios se echó hacia atrás, liberándola del confinamiento creado por sus brazos. Con una astuta mirada y una sonrisa sesgada le mostró a Jane lo que había tomado de la librería contra la que la había acorralado: un libro antiguo y exquisitamente ilustrado. Se veía que era una edición lujosa y detallista. «Don Quijote», leyó Jane, pasando los dedos por encima de las letras.

—Edición de mil setecientos treinta y ocho—dijo Hunter cuando vio la intensidad y viva apreciación en los ojos de Jane al sostener el libro—. Alonso Quijano, el hidalgo Don Quijote que luchaba contra molinos de viento pensando que eran gigantes—dijo Hunter guiñándole el ojo.

Jane no pudo aguantarlo. La seguridad, la mirada canalla, el brillo divertido en sus ojos y la sonrisa sesgada y satisfactoria de saberse vencedor en su pequeño duelo de voluntades, dándole la vuelta a una situación que ella tenía dominada para al final dejarla desarmada y perdida en un mar de preguntas y dudas, la hizo perder la razón. Esa fue la única explicación que encontró después para su atrevimiento. Eso y que tenía muy mal perder.

Hunter había podido leer claramente en ella desde el mismo momento en que entraron en la habitación. Su furia, su intuición y su empatía cuando él le abrió una pequeña puerta hacia su pasado, su sorpresa y asombro ante su avance, su deseo velado y por último la intención de asestarle un golpe que bien merecía cuando prolongó demasiado aquella situación. No lo había hecho para que se callara o para descolocarla como ella podía imaginar. Lo había hecho porque cuando vio la preocupación en sus ojos dirigida hacia él, hacia sus recuerdos, algo se removió en su interior de una forma sinuosa y templada que por un instante despertó un deseo en él que no era solo físico.

Le tomó por sorpresa y lo hizo reaccionar. Se acercó a ella, queriendo escarbar más en ese sentimiento, en esa necesidad desconocida para él hasta entonces, queriendo entender a qué se debía y por qué había surgido en ese preciso instante. La cantidad de expresiones, de miradas, que Jane ejecutó en solo unos segundos nubló todos sus sentidos, que se centraron en alimentarse de cada gesto, de cada suave cambio en sus facciones como si con ello pudiese dar con una respuesta

satisfactoria. Hasta que los ojos de Jane se posaron en sus labios y su cuerpo reaccionó a esa mirada con un deseo visceral, casi animal, que le hizo acabar con aquella situación antes de que fuera superior a su voluntad y tomara a Jane entre sus brazos para devorar esos labios que lo estaban volviendo loco. La determinación que vio en los ojos de Jane mientras él pensaba todo eso, la misma que podría corresponder a un general de campo a punto de entrar en batalla, le hicieron ponerse en alerta. No se equivocó, porque si en ese instante se hubiese acercado más a ella estaba seguro que lady Jane Valen le hubiese asestado un golpe con intención de dejarlo mutilado de por vida. Aquello casi le hizo perder la compostura y echarse a reír. Así que cogió el libro del Quijote, aquella edición lujosa y maravillosamente ilustrada que sabía que llamaría la atención a Jane. Cuando estuvieron en la Royal Academy y hablaron de sus gustos, pudo comprobar que su prometida era una amante de los libros, algo que tenía en común con su propio abuelo, al que le contó el interés común que compartía con Jane. Solo iba a enseñárselo pero sin poder evitarlo, queriendo ver ese genio de nuevo, esa chispa en sus ojos le dio a entender con su frase sobre Don Quijote que ella luchaba también contra gigantes, contra su propia imaginación. Sin embargo, Jane no reaccionó como él esperaba y no la vio venir.

Cuando los ojos de Jane se desviaron de la cubierta del libro, la mirada que vio Hunter en ellos le hizo fruncir el ceño antes de que el huracán Jane le cogiese por la nuca, instándolo a bajar la cabeza, y le besase como si no hubiese un mañana. Le besó con una fiereza y una pasión desbordada aun cuando eran solo sus labios los ejecutantes de ese arrebato. Hunter iba a tomarla entre sus brazos cuando Jane le mordió el labio inferior para después chuparlo entre los suyos con un gemido abrasador.

Tal y como empezó, terminó, y antes de que Hunter pudiese decir nada, Jane se había separado lo suficiente de él como para que no pudiese alcanzarla con el solo movimiento de sus brazos. La sonrisa sesgada que vio en los labios de ella le hizo sonreír como hacía años que nada lo hacía. No pudo sino admirarla cuando sus ojos, llenos de satisfacción, le retaban a que aceptase la única verdad: ella había ganado.

—¿Gigantes? ¿De veras, Hunter? —dijo Jane cuando se movió camino a la salida de la estancia y dejando el libro sobre la pequeña mesa que había junto a la puerta.

Hunter se permitió entonces soltar una pequeña carcajada. En un movimiento instintivo pasó la lengua por su labio, el mismo que Jane había mordido, y sintió el sabor de su prometida todavía en ellos. Un calor abrasador asaltó su hombría, necesitado, desesperado por esa mujer, solo por esa.

—Me vuelves loco —dijo Hunter para sí, con el deseo bailando en sus ojos y una sonrisa en los labios antes de salir tras los pasos de su prometida.

CAPÍTULO XII

—No veo censura en tus ojos, así que imagino que por tu parte no obtendré ninguna represalia, ¿verdad? —preguntó Argoll a lady Hunsword cuando se dirigían a la estancia en la que tomarían una copa y charlarían un rato antes de que se diese por concluida la velada.

—¿Quién soy yo para reprenderte, y menos en tu propia casa? —dijo lady Hunsword mirando hacia el frente.

A Argoll no deberían haberle dolido aquellas palabras. Conocía lo suficiente a Emma para saber que no las había dicho con intención de reprochar nada. En su voz no se podía distinguir una fina ironía ni un tono burlón o despectivo, y sin embargo dolían. ¿Qué quién era ella? Esa pregunta se le había clavado en las entrañas como si fueran cuchillos. Ella debía saberlo, ¿o no? Emma tenía derecho a todo porque era el amor de su vida, siempre lo había sido. Podía soportar que su cobardía le hubiese arrebatado su afecto, sus sonrisas, su tacto, pero no la certeza de que para él solo había existido ella.

Ella tenía todo el derecho, no porque él se lo otorgara sino porque era inevitable, como el respirar mismo. Llevaba a Emma en su sangre, debajo de su piel, desde la primera vez que la vio, y le dejó su corazón el día que le dio la espalda al confesarle que no podría casarse con ella. Ahora Emma no podía preguntarle que quién era ella con esa despreocupación, como si esa pregunta no hiciese añicos la felicidad que estaba dispuesto a arañar al poco tiempo que le quedase.

—Tú lo eres todo, así que no vuelvas a decir algo así —respondió Argoll con una voz seria y grave que hizo que Emma ralentizara su paso hasta llegar a detenerse. El duque vio la sorpresa y un ramalazo de dolor cruzar los ojos de Emma, que le miraban intensamente. —Además, ¿cuándo te ha frenado a ti eso, mi rebelde pelirroja? —preguntó Henry, y en su voz hubo un tenue quiebro que instaló en los ojos de lady Hunsword un brillo sospechoso.

La vio tomar aire mientras miraba al frente y veía a Connolly y Herdford, que los habían adelantado, entrar en el pequeño salón.

Cuando volvió sus ojos de nuevo hacia Argoll, Emma parecía completamente repuesta de su turbación si no fuera porque Henry la conocía como si fuese él mismo, además del pequeño temblor que sentía en los dedos, que todavía estaban apoyados en su codo y que delataban su nerviosismo.

—Eso es verdad, nunca tuve reparos en decirte las cosas a la cara —dijo Emma con determinación.

—Pues no te detengas ahora —dijo Henry, desbordando por sus ojos el vértigo, el miedo de que una palabra de ella, una sola, pudiese acabar con cualquier atisbo de esperanza, rogando para que Emma lo hubiese perdonado, rogando para que toda la infelicidad que había sufrido a lo largo de su vida fuese un precio suficiente a pagar por haber traicionado su amor cuando ella lo arriesgó todo.

—Creo que has hecho bien en dejarlos a solas, solo Dios sabe que no tendrán esas oportunidades en muchas más ocasiones. El revuelo que ha causado en la sociedad la publicación

de su compromiso los ha colocado en el punto de mira allá donde vayan. Todos quieren que la pareja de moda esté en sus fiestas y acepte sus invitaciones. No van a tener un momento de paz — dijo lady Hunsword y la tristeza que vio, la amarga derrota que se instaló en los ojos de Argoll, le rasgó el alma y no pudo por más tiempo ignorar cuanto él le había confesado—. He esperado mucho tiempo para oírte decir de nuevo esas palabras, Henry. Escuchar de tus labios que lo era todo para ti —continuó Emma, impregnando su tono de voz con el sentimiento que, enterrado durante tantos años, pugnaba por apoderarse de cada parte de su ser. El brillo que despertó en la mirada del duque, la penetrante mirada que capturó la de ella como si tuviese poder para dejarla anclada a la de él de por vida, hizo que Emma sintiese que su corazón daba un vuelco en el pecho—. Creo que deberías invitarme a tomar el té algún día y discutir más detenidamente tus palabras. Quizás yo también tenga cosas que decir, mi arrogante marqués. Ahora entremos, tienes invitados a los que atender.

Argoll al escucharla sintió que su cansancio remitía en parte, que sus pulmones, a los que a veces les costaba saciarse de aire, tenían de nuevo la capacidad para hacerle respirar sin esa losa continuamente instalada en el pecho, que su corazón latía con un vigor hacía tiempo olvidado. El duque, en definitiva, sintió que tenía una nueva posibilidad, una esperanza. Una sonrisa que hubiese derretido un iceberg se dibujó, cálida, en los labios del duque antes de hablar

—Esperaré ansioso ese día —dijo Argoll y con una mirada que fue breve pero intensa, el duque vertió en ella el alud de emociones que le embargaban. Vio a Emma sonrojarse y, sin más, acortar junto a él los metros que le llevarían con el resto de los invitados.

—Me alegré mucho al saber que asistiría esta noche a la cena —dijo lady Hunsword a Connolly.

Ambos estaban sentados en cómodos sillones que invitaban a relajarse en ellos. Herdford estaba a unos metros, junto al duque, con intención de ayudarlo a la hora de servir una copa para ellos y un oportito para lady Hunsword.

—Lamenté el otro día no verle en el teatro. Lord Sathfolk me comentó que no podía asistir —continuó Emma observando la expresión neutra de Connolly. Sus ojos color miel estaban ahora fijos en ella.

—Tenía un compromiso previo que no pude eludir —dijo Liam y cuando vio la expresión pillada de lady Hunsword a la vez que enarcaba una ceja en señal de interrogación sonrió a su pesar.

—La verdad es que no me hubiese sentido cómodo. No creo que mi presencia fuese fundamental para el desarrollo de los acontecimientos —dijo Connolly sin apartar la vista de Emma.

Lady Hunsword hizo una pequeña mueca de disconformidad.

—No entiendo por qué dice eso. Hubiese estado entre amigos y no creo ir desencaminada si pienso que la representación hubiese sido de su agrado. Parece que lord Herdford y usted se pusieron de acuerdo en abandonarnos esa noche.

A Emma no le pasó desapercibido el gesto de desagrado que se adueñó de las facciones de Connolly cuando mencionó a Dave.

—Lamento de antemano si lo que voy a decirle le incomoda o le resulta fuera de lugar, pero no he podido evitar observar que lord Herdford no es objeto de su simpatía. ¿Podría preguntar por

qué?

Connolly apretó los dientes antes de responder

—Y yo no he podido tampoco evitar darme cuenta que usted, en cambio, siente una gran estima por él —dijo con un tono de voz más duro del que había pretendido utilizar. Se maldijo interiormente en cuanto esas palabras salieron de su boca. Le caía muy bien aquella mujer y no había pretendido en ningún momento contestarle de aquella forma, como si estuviese a la defensiva, sin embargo pensaba que el hecho de que Herdford fuese de su agrado o no, no le incumbía a nadie.

—Lamento haber hablado de ese modo, no ha sido mi intención adoptar ese tono —dijo Connolly, pero la sonrisa de lady Hunsword le desarmó.

—No lo lamente, me lo merecía. Apenas nos conocemos y le he hecho una pregunta inoportuna. Está en su derecho de pensar lo que desee sobre determinadas personas sin que yo tenga que cuestionar sus razones, y menos exigir saber cuáles son.

Connolly, que raramente cuestionaba o se arrepentía de sus acciones, en ese preciso instante sintió un leve malestar por haber sido tan brusco.

—Sin embargo, señor Connolly, yo sí voy a decirle lo que me parece su afirmación, porque quiero que sepa que su percepción sobre mi afecto por lord Herdford es correcta. Quiero mucho a ese muchacho. No he tenido hijos pero sin duda, si hay alguien que se acerca en mi corazón a ocupar ese lugar, es él. Lo conozco desde que era un niño. La casa de campo de su padre, el conde de Bankeville, colindaba con la nuestra y la de los vizcondes de Trivain, los padres de Jane y Alec. Esos chicos han pasado muchas tardes en mi casa. Las trastadas que llegaron hacer... —Una sonrisa nostálgica inundó los labios de lady Hunsword, que pareció por unos segundos perderse en sus recuerdos—. Sé que solo nos hemos visto dos veces pero desde el principio se ganó usted mi simpatía. Su sinceridad, sin subterfugios ni palabras vacías o edulcoradas, me gustó de inmediato. Sus ojos no mienten, señor Connolly, una rara cualidad hoy en día. Quizás no le importe, pero le tengo en alta consideración. Creo que es un hombre inteligente y honesto. No crea que no me he dado cuenta de la mirada de apreciación del duque cuando, durante la cena, le oyó hablar sobre posibles inversiones para el capital de la naviera y sus cálculos para este año. Por eso me entristece que alguien como usted tenga en baja estima a lord Herdford.

Connolly podía jurar una y otra vez que no había conocido jamás a nadie como aquella mujer. Era como mirar un cuadro de Winter. El corazón rebosando por sus ojos y su alma expuesta, de forma directa, sincera y desgarradoramente visceral. Y tenía que reconocer que, aunque solo fueran dos veces las que habían coincidido, igual que la primera vez que habló con ella, el recuerdo de su madre era tan vívido en su compañía, la veía tanto en aquella mujer, que su simpatía y afecto a floraba de forma natural sin poder evitarlo. Su defensa sobre Herdford había sido comedida pero no por ello menos ferviente. Se podía comprobar bajo cada una de sus palabras lo que significaba lord Herdford para ella. Y una pregunta vino a aguijonear su mente con incisiva tortura. ¿Por qué tanto Jane como lady Hunsword adoraban a ese maldito aristócrata de perfectas facciones? La sensación de que aquello no concordaba con la imagen que lord Herdford desplegaba en cada aparición pública pujaba cada vez con más fuerza. Y a pesar de que aquello debería darle igual, se encontró sintiendo una inusitada curiosidad, casi una necesidad por averiguar el porqué del origen de esa dicotomía.

—Hay mucho más en Herdford de lo que se ve, es solo la punta del iceberg —dijo Emma como si le leyera la mente, mirando hacia donde estaban el duque y Herdford, que parecían ahora enfrascados en una animada conversación cerca del tablero de ajedrez que había al lado del

pequeño velador donde estaban las bebidas.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —preguntó Connolly con el ceño fruncido.

Emma sonrió de medio lado, una tenue sonrisa para una mirada inquisitiva, que parecía buscar respuestas en los ojos del propio Connolly.

—Creo que podría llegar a caerle bien, y sería beneficioso para todos. Usted es el mejor amigo de Sathfolk, y Herdford de Jane. Ahora que están prometidos, ustedes deberán verse con más asiduidad. Para Hunter y para Jane no creo que sea un plato de buen gusto que sus amigos se lleven como el perro y el gato.

Connolly sonrió. Aquella mujer tenía agallas, y eso lo respetaba.

—No espere un milagro.

Lady Hunsword rio por lo bajo.

—No osaría exigir tanto.

—¿Coñac? —preguntó Argoll a Herdford, que estaba junto a él para ayudarle con las copas.

—Sí, por favor — contestó Dave sin dudar.

—¿Cree que el señor Connolly querrá también lo mismo? —preguntó lord Argoll a Herdford con una ceja alzada en señal de interrogación.

—No lo sé. Arriesguémonos —contestó Dave con un brillo divertido y osado en la mirada.

Argoll no pudo por más que reír ante su respuesta.

El duque se dispuso a prepararla y también una pequeña copa de oporto para Emma.

—Mi nieto me ha comentado que está usted muy unido a la familia de lady Jane Valen. Que en realidad es un hermano para ella. He podido constatar ese hecho esta noche por la forma en que está pendiente siempre de la futura esposa de Hunter y lo protector que es con ella.

Dave miró al duque fijamente cuando escuchó sus últimas palabras.

—¿Quiere preguntar algo directamente, lord Argoll? Había escuchado que no es de los que se andan por las ramas —dijo Dave con un tono de voz desafiante—. Pero si se refiere a si mi preocupación por Jane es puramente fraternal o está implicado algún otro sentimiento, tengo que decirle que ya hablé con su nieto sobre ello.

Argoll tuvo que reconocer que el arrojo de aquel hombre le gustaba. Y ahora más que nunca tenía curiosidad por dicha conversación.

—¿Y aliviaría la curiosidad de este viejo contándole qué fue lo que le dijo a Hunter?

Dave sonrió y un brillo peligroso resplandeció en sus ojos cuando contestó al duque.

—Le dije que Jane es mi hermana y mi mejor amiga. Que ya ha sufrido suficiente y que si le hace daño se encontraría con el filo de mi estoque ensartado en su estómago.

La expresión de Argoll cambió al escuchar sus palabras. Su mirada se endureció, mirando fijamente a Herdford.

—Duras palabras y peligrosas, lord Herdford. ¿Puede decirme que le contestó mi nieto?

Dave no desvió la vista de la del duque en ningún momento.

—Me dijo que lo entendía y que él jamás osaría hacerle daño a Jane. Entonces le dije que si reforzaba sus palabras con hechos tendría todo mi apoyo.

Argoll asintió, como si estuviese sopesando todo lo que le había contado Dave.

—Sabe que mi nieto es diestro en el manejo de la espada y de la pistola, ¿verdad? No creo que

haya rival para él con ninguna de ellas.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Dave.

—Créame, lo tendría.

Argoll volvió a sopesar esa afirmación hecha con una seguridad aplastante.

—¿Cómo cree que debo tomar esa amenaza? —dijo Argoll—. Se lo pregunto también por mera curiosidad. Sé que mi nieto sería incapaz de dañar a lady Jane Valen de forma intencional y por supuesto sé que sería muy difícil que en un enfrentamiento Hunter saliera perdedor, pero de todas formas me gustaría que contestara a mi pregunta.

Dave mantuvo la mirada de Argoll y el duque pudo ver en ella la respuesta antes de que sus labios dejaran salir las palabras.

—Creo que debería tomárselas por lo que son. Una solemne promesa.

Argoll asintió de nuevo antes de hablar.

—Y con esa respuesta espera que le crea cuando dice que lo que siente por lady Jane Valen es solo amor fraternal cuando usted no es su hermano.

Argoll estudió a Herdford, quien durante unos segundos se mantuvo callado. No le vio titubear ni cambiar su expresión, sin embargo, cuando habló lo hizo con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas de que cada palabra estaba dicha con si fuese una sentencia.

—Jane es la mujer de mi vida, pero no en el sentido en el que usted piensa. No hay nada romántico en mis sentimientos hacia ella, pero sí hay amor, y mucho. Un amor forjado por los años, la complicidad, el dolor y la pérdida. Confío en ella como no lo hago ni lo he hecho nunca en otro ser humano. Ese es el lazo que me une a Jane y es más fuerte que lo que pudiese sentir si estuviese enamorado de ella. Así que la protejo y la protegeré toda mi vida. Y eso incluye amenazar a su futuro esposo si le hace daño, y contárselo a su curioso abuelo si me lo pregunta. Y, ya que estoy siendo completamente sincero, tengo que informarle de que siento un afecto muy especial por lady Hunsword. También soy muy protector con ella. Me tomaría como una ofensa personal el que Emma sufriera por algún motivo. Dicho esto, espero que todo haya quedado claro, que su curiosidad haya quedado satisfecha y que podamos por fin tomarnos esa copa que, si no me equivoco, es del mejor coñac francés.

Argoll se quedó totalmente desarmado. No creía recordar cuántos años habían pasado sin que alguien le dejase sin palabras pero definitivamente lord Herdford lo había conseguido. Y entonces una genuina carcajada se agolpó en el pecho del duque y brotó de sus labios, espontánea, llamando la atención de Emma y del señor Connolly, que estaban sentados al otro lado de la estancia. Argoll levantó una mano en señal de disculpa por su estruendo.

Antes de poder hablar, el duque carraspeó un poco. El estallido de risa le había dejado sin aire.

—Va a ser un auténtico placer tenerlo en la familia, lord Herdford.

David se inclinó un poco hacia delante como si fuera hacerle una confidencia al duque.

—Aventuradas palabras, y peligrosas.

Argoll tuvo que hacer un esfuerzo para no reír nuevamente, aquel muchacho le había devuelto su misma réplica. Cuando miró a Herdford observó que este tenía la mirada fija en el ajedrez, dispuesto con una partida en juego, en la mesa contigua a donde ellos estaban.

—¿Le gusta el ajedrez?

Herdford asintió sin desviar la mirada de las piezas, totalmente concentrado.

—Llevo varias semanas con esa partida. Mi nieto me tiene a su merced.

—Usted juega con las blancas, ¿verdad? —preguntó Dave

Argoll arqueó una ceja

—¿Tanto se nota? —preguntó el duque, que siempre había sido un avezado jugador de ajedrez pero al que su nieto ganaba más de lo que sería deseable.

—¿Quiere ganar? —preguntó Dave mirando de nuevo a Argoll con un brillo peligroso en los ojos y una sonrisa que no presagiaba nada bueno para Hunter.

El anciano lo miró con suspicacia. Era prácticamente imposible que viese una jugada ganadora en el estado en el que estaba la partida.

—Por supuesto —dijo Argoll con rotundidad y una expresión que decía a las claras que no pensaba que fuera capaz de decirle cómo hacerlo.

—Torre a H3, reina por peón H6, rey negro a G8, y por último, reina blanca por torre H8. Jaque mate.

A Argoll se le borró la sonrisa de golpe y se acercó al tablero. Siguió el razonamiento de lord Herdford dos veces, y en ambas el resultado era el mismo. Aquella fue la segunda vez en la misma noche que Dave dejó al duque sin palabras.

CAPÍTULO XIII

Una semana más tarde, todos estaban de camino a la casa de campo de los marqueses de Amberbike. A dos horas y media de Londres, esta se encontraba en el condado de Bedfordshire.

La residencia de los marqueses, más un palacio que una casa de campo, era imponente y majestuosa. De arquitectura georgiana y de estilo paladiano con grandes columnas y tres plantas, estaba distribuida en tres bloques. En el edificio central se encontraban las habitaciones principales, en las que los invitados se quedarían por unos días. La piedra de color gris humo dotaba a la misma de elegancia y sobriedad en contraste al lujo que revestían sus entrañas.

Tanto Hunter como Jane habían recibido a última hora la invitación para asistir a lo que sin duda, era la reunión campestre más importante del año. De hecho, en plena temporada, era muy difícil sacar a lo más granado de la sociedad del hervidero de actividad que era Londres para conducirlos durante casi una semana al campo, pero eso era exactamente lo que hacía la invitación de los marqueses de Amberbike, considerada por todos una oportunidad única que no se debía declinar. Si recibías la invitación, era prácticamente una obligación asistir.

Ni la presión social ni la influencia de los anfitriones fue lo que decidió a Hunter a aceptar la invitación. En toda su vida no se había dejado doblegar por el sentido de la obligación impuesto por los demás. Una de las razones por las que abandonó Inglaterra fue esa. Demasiadas etiquetas morales, demasiada falsedad en su propio entorno, demasiada tiranía y cuota personal a pagar, impuesta por los que decían velar por su futuro como para hipotecar su vida sin haberla vivido.

Sin embargo, durante los últimos diez años había madurado lo suficiente para saber que la sutileza y la diplomacia eran en muchas ocasiones mejores consejeras que la impulsividad y la confrontación, sin dejar de utilizar estas cuando verdaderamente eran requeridas. Los marqueses de Amberbike siempre habían mantenido una buena relación con su abuelo, sin perder de vista que aquella era una buena oportunidad para afianzar su compromiso con Jane. Prácticamente medio Londres estaría allí esos días. Cuando Jane estuvo de acuerdo con él, ambos aceptaron la invitación y comenzaron con los preparativos para su partida.

La invitación era extensible a la familia de ambos, así que Jane pidió a lady Hunsword y a Dave que fuesen con ella. Mientras, Hunter convenció a un tozudo Connolly de que asistiera, no sin antes discutir durante horas hasta que aceptó a regañadientes.

Los marqueses, afables y entusiastas, recibieron durante horas al grueso de sus invitados, que salvo alguna que otra excepción llegarían a lo largo de ese día y como mucho durante el siguiente. Jane fue acomodada en una habitación preciosa. Amplia y con un gran ventanal que aportaba luz natural a la estancia. Las cortinas drapeadas en color lavanda y los muebles estilo Reina Ana, sin molduras, lisos y con tiradores dorados, dotaban a la habitación del equilibrio necesario para una estampa visual elegante y sin recargos. La cama con dosel, flanqueada por columnas y con un pesado cortinaje de una tela un tono más claro que el de las cortinas, lo hacía único. El canapé de roble y las patas y travesaños esculpidos con motivos florales eran evocadores. Jane pasó la mano por uno de ellos, recreándose en el maravilloso trabajo e intentando distraerse del nudo que tenía en el estómago desde que decidieran aceptar la invitación que la obligaría a pasar aquellos días en compañía de Hunter. Sabía que tendría que volver a verlo después de la locura que cometió en la cena en casa del duque, porque si miraba hacia atrás, esa era la única palabra que encajaba para poder explicar sus acciones. Eso y que no le gustaba perder, nunca. Hunter se llevó su

merecido, pero ¿a qué precio? Cuando tres días después se presentó en su casa para hablar con ella y con su tía Amy, pensó que se moriría de vergüenza. No pudo mirarle directamente a los ojos durante toda la visita, y eso la irritó tanto que al despedirse de él le dio las buenas noches entre dientes como si quisiese asesinarlo. La risa que escuchó por lo bajo escaparse de los labios de Hunter incrementó su mal humor hasta tal punto que deseó matarlo de verdad, con saña a ser posible.

Ahora que estaban allí, ya no había escapatoria posible y tendrían que hablar del tema. Le diría que aquel beso no significó nada, que fue su forma de darle una lección. Que esa era la verdad. No le contaría nada de lo que sintió después, de cómo le temblaron las piernas cuando salió de aquella habitación tras el dichoso beso, ni cómo el roce de sus labios le había quemado los suyos, haciendo que durante toda esa semana su recuerdo abordara su mente una y otra vez, haciéndola rememorar cada maldito segundo.

Sin duda aquello era un desastre. No solo porque tenía que pasar seis días en compañía de Hunter, sino porque también tendría que hacer frente a Dave, a su amigo, quien la conocía tan bien que le resultaría imposible ocultárselo. La fortuna había jugado a su favor hasta entonces, retrasando su encuentro con Herdford, que había tenido que ausentarse de Londres durante una semana, regresando el día anterior para confirmar que la acompañaría a la casa de campo. Sabía que Dave había notado perfectamente que había pasado algo con Hunter cuando los dos volvieron de la biblioteca la noche de la cena en casa de Argoll. La ceja alzada de su amigo junto a su mirada así se lo confirmó. Ambos se conocían demasiado bien como para dudar de ello.

Además, para qué mentirse a sí misma, ¿qué sentido tenía retrasarlo? Siempre se lo contaban todo, los secretos no tenían una vida duradera entre ellos, aunque si era sincera no estaba deseando confesarle que había besado a Hunter.

Ambos tenían formas diferentes de sonsacarse información y decirle al otro lo que pensaba de sus actos. Mientras ella acorralaba y acosaba a Dave con una pregunta tras otra hasta que lograba que su amigo confesase, reprendiéndole después con todo un arsenal de objeciones acompañadas con exclamaciones de todo tipo, el rubio, en cambio, simplemente la miraba. Una mirada que parecía capaz de atravesarle el alma. Solo tenía que arquear una ceja y decir su nombre y Jane ya estaba cantando. Y entonces Dave la escuchaba sin emitir un solo sonido, sin interrumpir, solo siendo testigo del pozo de culpabilidad y autoflagelación en el que ella se hundía para luego rematarla hablándole de forma calmada, juiciosa y llena de seguridad.

Unos golpes en la puerta hicieron que volviese a la realidad, sacándola de sus pensamientos.

Una doncella más o menos de su edad entró en la habitación. Con una sonrisa que le marcaba unos pequeños hoyuelos en sus mejillas y unos ojos azules vivaces y alegres, se dirigió a ella, presentándose.

—Mi nombre es Sarah, trabajo de doncella para los marqueses y durante su estancia estaré a su disposición por si necesita algo. ¿Quiere que deshaga su equipaje? —dijo la muchacha, buscando con la mirada las pertenencias de Jane.

—Tranquila, no hace falta, ya lo he hecho yo. Y, por favor, llámame Jane. Lady Jane Valen es demasiado formal si vamos a vernos a menudo—dijo Jane devolviéndole la sonrisa.

—Oh, pero no puedo...

—Por favor, te lo agradecería.

La cara de sorpresa de Sarah cambió en un instante acudiendo a sus labios otra pequeña sonrisa que iluminó su mirada.

—Gracias.

Jane asintió antes de ver a Sarah dirigirse al pequeño armario donde ella misma había guardado sus cosas a su llegada.

—¿Quiere que le estire alguno de sus vestidos para la cena? ¿Quizás este azul? Es muy bonito, sería perfecto para esta noche. —La doncella tomó entre sus manos el vestido de seda con una cenefa bordada en el escote.

—Si lo desea también podría retocarle un poco el peinado —continuó Sarah mirándole la cabeza con el ceño fruncido.

Jane se llevó instintivamente una mano al cabello.

—¿Eres buena peinando? —preguntó, a sabiendas que cualquier cosa que le hiciera la muchacha en el pelo sería mucho mejor que lo que ella se hacía. Era una negada para dar a su cabello un aire elegante y que a la vez fuese favorecedor a sus facciones.

La sonrisa deslumbrante de Sarah casi cegó a Jane.

—Soy muy buena, de hecho peino en ocasiones a la marquesa.

Jane hizo un mohín con los labios, muy interesada en esas palabras.

—Pues entonces me pongo en tus manos —dijo al fin con decisión.

Sarah asintió satisfecha antes de hablar.

—La cena será dentro de una hora. ¿Quiere que la ayude a prepararse o prefiere que me pase un poco más tarde?

—Si no te importa, preferiría que me peinaras ahora. Así solo tengo que cambiarme después —dijo Jane, a quien nunca le gustaba ir con prisas.

Sarah cumplió con su palabra y le hizo un recogido que armonizó con su semblante e incluso le dio otro aire diferente a su vestido.

Un poco antes de la hora, Jane bajó al recibidor, donde unas puertas grandes, abiertas de par en par, daban paso a un amplio salón en el que había reunida buena parte de los invitados, a la espera de la tan ansiada cena.

Miró alrededor y vio a lady Hunsword sentada en un extremo de la estancia, hablando con el señor Connolly.

—Estás preciosa.

Jane dio un respingo, poniendo la mano sobre su pecho cuando su corazón se puso a galopar ante la inesperada voz cerca de su oído. Dios, la había asustado. Ese hombre era demasiado sigiloso.

—No vuelvas a darme un susto así o te quedarás sin prometida antes de tiempo —dijo Jane mirando a Hunter cuando este se puso delante de ella, desviando no obstante sus ojos al conectarse sus miradas.

Estaba muy elegante, con unos pantalones gris oscuro, la camisa blanca con un nudo sencillo y la chaqueta de un tono más claro que el de los pantalones, que hacían juego y resaltaban aún más sus ojos gris humo. A sus veintinueve años, tres más que ella, Hunter era un hombre con una curtida experiencia. Había viajado, creado su propia naviera, tenía una fortuna, era conde, y pronto, si nadie lo impedía, se convertiría en duque. Por todo ello era normal que muchas de las mujeres presentes tuviesen su atención centrada en él, sin embargo era su atractivo indiscutible, esa cicatriz cruzando su mejilla que le otorgaba un aire peligroso, su mirada inquisitiva y su actitud lo que hacían que esa atracción se acentuase aún más.

—¿Por qué no me miras a los ojos? —preguntó Hunter inclinándose un poco hacia ella para que la confianza adquiriera un tono aún más íntimo.

Hunter la escuchó tomar aire con fuerza, como si se estuviese preparando para una batalla y

eso hizo que le fuese muy difícil no sonreír.

—No sé de qué estás hablando —contestó Jane entre dientes para sonreír después de forma deslumbrante cuando pasaron por su lado los condes de Prouzh.

Hunter también los saludó con una leve inclinación de cabeza antes de volver toda su atención a su prometida.

—Hablo de que has estado evitándome —dijo Hunter enarcando una ceja cuando vio la cara de asombro que puso Jane—. El otro día, cuando os visité a ti y a tu tía, apenas me miraste. No había que ser muy observador para saber que algo te pasaba a tenor de tu mirada huidiza y tu tez pálida. Así que o algo se te había indigestado o es que no eras capaz de mirarme a los ojos. —Vio la mueca de disgusto que se dibujó en los labios de Jane al escucharle—. Hoy sigues igual, y yo me pregunto: ¿a qué será debido?, ¿qué ha podido pasar para poner en este estado a una mujer con tu carácter, cuando el otro día en la biblioteca pareció que no tenías problemas en exponer tu punto de vista? En aquel momento no noté ninguna timidez por tu parte —dijo Hunter saboreando las últimas palabras.

Jane tuvo que morderse la lengua para no decirle cuatro cosas, sin embargo no pudo evitar que una exclamación sonora escapara de sus labios.

La risa baja de Hunter fue la gota que colmó el vaso.

—Si fueras un caballero de verdad no sacarías ese tema a relucir, y menos en este momento —dijo Jane mirándole por fin a los ojos con toda la furia que ardía en su interior.

Hunter se llevó una mano al pecho antes de contestar.

—Agh... eso ha dolido.

—No lo suficiente —contestó Jane, mordaz, controlando el dedo de su mano que se había lanzado con autonomía propia a señalar el pecho de Sathfolk.

La mirada de Hunter se suavizó, tornándose cálida de una forma que antes no había visto en él.

—Creo que no me has entendido, fierecilla. No estoy hablando del beso, ese que por cierto tú me diste a mí con la intención de quedar por encima, sino de esa determinación y ese genio que hace que tus pecas ardan en tus mejillas y que tus ojos sean dos brasas encendidas. Esa mujer no parece la misma que rehusaría mirarme a los ojos de forma consciente. La echo de menos —dijo Hunter con un tono de voz donde el matiz divertido había dado paso a uno mucho más serio e intenso.

Jane se puso roja de repente y la temperatura de la habitación pareció subir varios grados.

—Podríamos olvidar lo que pasó, pero sería una pena. Me gusta mucho esa vena rebelde tuya. Y además, si soy sincero, tengo que admitir que me lo merecía —continuó Hunter, y Jane no pudo evitar sentir que se encontraba sobre arenas movedizas más que pisando suelo firme.

Cuando levantó la vista y la clavó en los ojos de Hunter de nuevo, volvió a ruborizarse. No sabía qué era lo que la estaba poseyendo, pero ya que él había sido sincero y le había pedido disculpas, ella no podía quedarse atrás.

—No me gusta perder, ni que jueguen conmigo. El otro día creí que eso era lo que estabas haciendo y me enfadé. Reconozco que a veces tengo un carácter difícil, pero eso no es excusa para lo que hice. Te pido perdón —dijo Jane, y las últimas palabras casi se le atragantaron.

—Mentirosa —dijo Hunter bajito y con un brillo divertido en los ojos.

—Oh, está bien —admitió Jane poniendo los ojos en blanco—. Todo lo que te he dicho antes es verdad salvo lo de las disculpas. Te he mentado, no lo lamento, fue muy satisfactorio ver la cara que se te quedó —añadió, como si aquella confesión le hubiese supuesto un esfuerzo titánico.

—Ya —dijo Hunter achicando un poco los ojos—. Lo disfrutaste, ¿verdad?

Jane soltó el aire de golpe antes de contestar.

—No sabes cuánto —confesó suspirando con satisfacción, como el gato que se relame las patas después de zamparse a su presa.

—Bien —dijo Hunter con una sonrisa sesgada, y la calidez que había observado Jane en sus ojos se esfumó dando paso a un brillo peligroso que la hizo fruncir el entrecejo de forma suspicaz. Estaba tramando algo, podía intuirlo.

—¿Bien? ¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que vas a decir? —espetó ella, interrogándole con la mirada e intentando escudriñar en aquellas facciones, que ahora parecían enigmáticas, alguna pista sobre lo que estaba pensando Hunter.

—Por ahora sí —contestó este sin dejar de mirarla con intensidad.

Jane le sostuvo la mirada. Ese hombre era capaz de llevarla al límite de su buena educación y autocontrol. ¿Por qué nunca hacía lo que esperaba de él? Un falso prometido que hasta ese instante nunca había tenido problemas en hablar por los codos y compartir con ella todo lo que le pasaba por la cabeza, de repente decidía ponerse misterioso.

—¿Y eso qué significa? Y si me contestas con otra respuesta evasiva o con un monosílabo, te juro que no respondo de mí —le siseó Jane entre dientes mientras inclinaba levemente la cabeza para saludar a los condes de Arhord, que correspondieron su saludo con efusividad.

Hunter enarcó una ceja en respuesta a sus palabras. Jane comprobó que no tenía reparos en mostrarle lo mucho que estaba recreándose con su conversación y su azoramiento, el muy zopenco.

—Que disfrutaré mucho pensando en cómo devolverte el favor —dijo Hunter, y sus palabras salieron de sus labios con intensidad.

Jane sintió sus piernas flaquear y un nudo en la garganta. Tragó saliva y cuando vio que lady Hunsword y el señor Connolly se acercaban a ellos, sabiendo que se le acababa el tiempo para poner las cosas claras, le dijo unas palabras a Hunter impregnadas de seguridad y determinación.

—Inténtalo hasta que te aburras. No vas a conseguir nada —dijo Jane arqueando también una de sus cejas.

A Hunter aquellas palabras le sonaron a desafío y eso le gustó, le gustó mucho. El brillo apreciativo que Jane vio en su mirada durante unos segundos, cercano a la admiración, hizo que ella sintiese una sensación extraña en el pecho, un calor que se extendió por él y que la hizo sentirse viva.

—Estás preciosa, Jane —dijo lady Hunsword cuando llegó hasta ellos del brazo de Liam.

—Gracias, Emma, tú estás maravillosa —respondió Jane admirando la elegancia que siempre desplegaba lady Hunsword e intentando dejar a un lado el cruce de palabras que había mantenido segundos antes con Hunter.

—*Álainn* —dijo Connolly en irlandés.

—Es cierto. Está bella y deslumbrante esta noche —corroboró Hunter dirigiéndose a lady Hunsword, dedicándole una sonrisa a la mujer que tenía totalmente embobado a su abuelo. El día anterior, cuando había ido a despedirse de él hasta la vuelta, cada vez que había salido a relucir el nombre de lady Hunsword, Hunter había tenido que observar cómo el duque, un hombre al que había visto toda su vida como una roca, parecía un chiquillo enamorado que temblaba de emoción por solo pronunciar el nombre de Emma. Y él había disfrutado de cada uno de esos instantes, y adoraba a aquella mujer por aparecer de nuevo en la vida de su abuelo, por regalarle aquellos momentos y darle una esperanza. Argoll le confesó a su nieto que, después de que todos estuvieran cenando en su casa y de haber cruzado unas palabras con Emma, había recobrado una esperanza que nunca creyó tener derecho a recuperar. Le hizo jurar a Hunter que cuidaría de ella durante su

estancia en la casa de campo, ya que él no podría hacerlo personalmente. Su maldita enfermedad no le permitía realizar el esfuerzo que supondría el viaje y los seis días de continuos eventos y actividades.

—Al final van a conseguir sonrojarme, aunque siempre es un placer escuchar esas palabras dirigidas a los oídos de una dama de mi edad —dijo Emma apretando un poco el brazo de Connolly. Hunter miró con asombro a Liam, que de forma espontánea ante el gesto de lady Hunsword apretó su mano con la suya, dando un pequeño toque en señal de afecto. Si no lo hubiese visto, tacharía de mentiroso a quien se lo hubiese contado. Cuando Liam cruzó la mirada con él, puso los ojos en blanco al ver el brillo divertido en los ojos de Hunter.

—¿No ha bajado todavía Herdford? Es extraño que... —Las palabras de lady Hunsword murieron en su boca cuando su mirada se detuvo en el otro extremo de la habitación, en la entrada, donde el vizconde de Warwick y su esposa Florence, acompañados de la vizcondesa de Whitbourg y de su marido, el hermano de Dave, entraron en la estancia.

Connolly sintió tensarse un poco a lady Hunsword y la mirada de Jane se endureció de tal forma que hasta el menos observador se hubiese dado cuenta de la animadversión que sentían ambas por aquel hombre.

—¿Pasa algo, Jane? —preguntó Hunter, repentinamente más serio.

Jane negó con la cabeza, sabiendo que debía disimular, sin embargo le estaba siendo muy difícil hacerlo y más después de saber lo que ese animal le había hecho a Ann y lo que esta había sufrido desde entonces. Sin embargo, eso solo era una ínfima parte del origen del odio que ese hombre y el vizconde de Whitbourg despertaban en ella.

Fue una tarea titánica parecer lo suficientemente convincente al contestar.

—No, claro que no. Solo que parece que hace un poco de calor en esta habitación —adujo con una sonrisa que no se extendió hasta sus ojos.

La furtiva mirada llena de significado que intercambiaron Jane y lady Hunsword les dijo a Connolly y a Hunter que desde luego allí sí pasaba algo, algo que no querían compartir con ellos.

La aparición de Herdford en la puerta atrajo la mirada de los cuatro. No iba solo, un paso más atrás el vizconde de Whitbourg le seguía con premura para ponerse a su altura. Cuando entró el vizconde tras Dave, su gesto serio, agrio e iracundo no parecía tener contención hasta que se dio cuenta de la gente que le rodeaba, y entonces moderó en un segundo su semblante, preocupado sin duda de lo que pudiese revelar con él y lo que los demás pudiesen pensar. Cuando tomó el brazo de Herdford, deteniéndolo, Dave, cuyo rostro era una máscara de inexpresividad, se dio la vuelta con la flema y la despreocupación que siempre le acompañaban.

Todos fueron testigos del intercambio de palabras que sostuvieron y que parecieron enrarecer el ambiente entre los hermanos. Después de una mirada intensa y penetrante por parte de Dave sobre la mano de su hermano, que todavía le tomaba del brazo, este le soltó, apretando los dientes, y Dave se alejó. Finalmente, Whitbourg se reunió con su esposa y los vizcondes de Warwick. A Connolly no le pasó desapercibida la mirada de odio que el vizconde de Warwick le profesó a Herdford desde la distancia. La verdad era que a Liam no le extrañaba que aquel narcisista superficial tuviera más de un enemigo, él mismo no soportaba su compañía, pero eso no impidió que, de forma inconsciente, apretara un puño al ver aquella mirada de desprecio e ira sobre el rubio.

—Siento llegar tarde —dijo Herdford con una sonrisa sesgada cuando se acercó a ellos.

Hunter vio el momento exacto en el que Jane se relajó cuando Herdford la miró y entre ellos pareció tener lugar toda una conversación. Fueron solo dos segundos, pero fue más que suficiente.

Hunter se obligó a sí mismo a silenciar un sentimiento que le pilló desprevenido y que atizó su interior con impúdica libertad. Celos. Maldita sea, él no era celoso, pero la comunicación que veía entre Jane y Herdford cada vez que estaban juntos, la comunión perfecta entre ambos, a veces le hacía reconsiderar la decisión de unirse a Connolly en sus ganas de estrangular a Herdford. Y eso que tenía que reconocer que Sterling le caía bien. Él nunca había sido celoso, jamás, sin embargo con Jane estaba descubriendo una faceta suya tan marcada como desconocida.

—Están preciosas las dos —dijo Dave a lady Hunsword y a Jane.

—Llegas tarde, querido. Connolly y Hunter se te han adelantado en los cumplidos.

Connolly sonrió a su pesar cuando vio la mueca que hizo Herdford como si aquello le hubiese dolido, antes de guiñar un ojo a lady Hunsword. La expresión de Emma y sus ojos, velados por un instante a causa de un profundo cariño hicieron que Liam le otorgara solo por esa noche una tregua a Herdford. Intentaría no matarlo hasta el día siguiente, a pesar de lo que pudiera salir por su boca. Y todo lo haría por lady Hunsword, la cual se había granjeado su afecto en el escaso tiempo que se conocían.

CAPÍTULO XIV

El pasillo estaba en penumbra, pero Dave podía ver perfectamente la puerta cerrada a cal y canto como si estuviese tapiada. Eso le desgarró el pecho. Sabía que no quedaba tiempo y quería verla, necesitaba verla antes de que abandonara este mundo para siempre. Ella era la única persona que le amaba, que le comprendía y que sin palabras era capaz de alumbrar sus sombras, unas que estaban llenas de demonios y miedos.

El ronco gemido de dolor que rasgó el silencio de la noche salió de sus labios, hartos de gritar a William que le soltara y le dejase entrar. Los pesados brazos de su hermano, mayor y mucho más fuerte, lo tenían sujeto como si fuesen cadenas de hierro.

—No vas a despedirte de esa puta que quiso ocupar el puesto de mi madre cuando se casó con padre. Además, sabes que nuestro padre ha dado una orden y no puedo desobedecer.

—¡Suéltame, suéltame, por favor, William! —suplicó Dave, importándole bien poco lo que tuviese que hacer o decir para que le dejaran entrar en aquella habitación y dar un beso a su madre, decirle que la quería antes de que muriese, ya demasiado débil y enferma y con la sola compañía de un hombre que la había tratado peor que a uno de sus perros.

—Deja de luchar si no quieres que te haga daño —dijo William entre dientes, intentando que aquel chico de siete años dejase de debatirse.

La puerta se abrió y William no aflojó su agarre aunque Dave había dejado de forcejear y se había quedado inmóvil y tenso.

La cara de lord Bankeville era de pura rabia cuando se dirigió hacia ellos.

El primer golpe en la cara de Dave pilló desprevenido incluso a William, que por la fuerza del impacto trastabilló hacia atrás y terminó por soltar a su hermano, que cayó al suelo con el labio partido y una marca roja extendiéndose por su mejilla.

—Maldito niño malcriado, ¿quién te crees que eres para gritar así en mi casa? —dijo Bankeville cogiendo por los pelos a Dave con una fuerza inusitada y arrastrándole por el suelo.

Dave, atontado por el golpe y el dolor en su cabeza a causa del agarre brutal de su padre, vio a William quedarse atrás y apartar la vista como hacía siempre, como si aquello no fuese con él.

Sabía lo que le esperaba, pero poco le importaba. En ese instante lo único que quería era ver a su madre, por Dios, que le dejara verla.

—Madre... —suplicó Dave con apenas fuerzas entre los labios.

Su padre lo tomó del cuello de la camisa, poniéndolo en pie cuando abrió la puerta del cuarto que era el habitáculo recurrente de sus pesadillas.

De un empujón, lo tiró al suelo antes de cerrar y remangarse las mangas de la camisa.

—Tu madre está muerta, así que deja de gimotear y de llorar. No la verás antes de que la entierren ni se volverá hablar de ella, ese será tu castigo por tener tan poco control —dijo Bankeville con una mueca de asco en su boca, cogiendo una fusta de la silla que había al fondo.

Aquella era una habitación pequeña, con una ventana minúscula que antiguamente servía de despensa. Por entonces se hallaba desprovista de ningún mueble ni objeto, salvo una silla que su padre tenía reservada para él.

El primer golpe que sintió con fuerza sobre su cuerpo hizo que un gemido de dolor escapara de sus labios.

—Esto es por ser débil y patético.

La fusta silbó en el aire una y otra vez, descargando toda la furia sobre la espalda, los brazos y las piernas de Dave, que apenas tenía aire ni siquiera para sollozar. El dolor era tan intenso que sabía que terminaría por desmayarse. Siempre era así.

—Tu madre está muerta. Es lo mejor para todos. Estaba haciendo de ti una maldita niña.

Bankeville empezó a descargar sus golpes con más rabia, más rápido, en la carne tierna e infantil con una ira cercana a la locura. Lo único que el conde deseaba era que aquel engendro delicado y sensible al que ni siquiera podía tolerar como hijo se convirtiese en un hombre. Su madre, esa maldita ramera desobediente, le había enseñado a sus espaldas música, dibujo y literatura, haciendo de Sterling un maldito afeminado. Pero él le arrancaría todo aquello del cuerpo y del alma, aun cuando tuviese que matarlo.

Los golpes siguieron durante demasiado tiempo como para que Dave pudiese soportarlo. Cuando por fin Bankeville paró, el cuerpo del niño estaba hecho un ovillo, con la ropa desgarrada y la espalda totalmente destrozada por la violencia y la fuerza de sus azotes. La sangre y la carne abierta en las heridas eran una visión grotesca que a Bankeville pareció saciar por el momento. Le pegó una patada al cuerpo del niño para cerciorarse de que Sterling había perdido el conocimiento antes de escupirle y cerrar la puerta.

Cuando Dave abrió los ojos, supo que había pasado horas desmayado, tirado sobre el frío suelo, porque la luz apenas entraba por la ventana. Era casi de noche. Intentó moverse, pero el dolor lacerante, casi insoportable, sobre su espalda y el resto del cuerpo le hizo soltar un gemido que le desgarró la garganta y le hizo ver puntos negros delante de sus ojos. Un sollozo se escapó de entre sus labios.

Sabía que nadie iría a verle. Como otras tantas veces, seguramente su padre había dado la orden de que nadie lo visitase, que nadie curara sus heridas y que no le llevaran comida en una semana. El sudor frío que recorrió su cuerpo empapó su pelo hasta dejarlo pegado a la sien. Sabía que la fiebre acudiría antes o después y que los temblores serían horribles. El médico amigo de su padre que le había atendido en ocasiones anteriores había avisado a Bankeville de que si se excedía de esa forma lo mataría en una de esas ocasiones. Si no de la paliza, sí de la deshidratación o la falta de alimento, como la vez que lo mantuvo durante un mes sin apenas comida y agua, encerrado allí, sin siquiera un recipiente donde hacer sus necesidades.

Deseó morir en ese preciso instante, ya nada le importaba. Había perdido a su madre y no había podido despedirse de ella. El dolor en el interior de su pecho era demasiado grande como para que lo albergara el cuerpo de un niño de siete años. Era demasiado afilado, demasiado lacerante, demasiado demencial para intentar contenerlo. Quería cerrar los ojos y que la muerte lo reclamase para estar junto a ella y olvidarse del infierno que vivía día a día en aquella casa. Cuando un nuevo sollozo escapó de su garganta, el dolor en las costillas le dejó sin aire y, con un rugido de rabia, arañó el suelo con las uñas, lleno de una impotencia que le desangraba por dentro. El ruido de la puerta le hizo volver los ojos hacia ella de forma instintiva viendo la silueta de su padre cubrir la entrada. Sus ojos eran fríos y carentes de compasión.

—Veo que has recobrado la consciencia, así que creo que es hora de que siga con el castigo.

Dave se despertó de golpe bañado en sudor frío. Hacía mucho tiempo que no tenía esa

pesadilla. Los recuerdos parecían no querer desaparecer, a pesar de los años y la distancia.

Apartó las niveas sábanas a un lado y se sentó en la cama. Le temblaban ligeramente las manos, de modo que las apretó y volvió abrir repetidamente en un ejercicio por controlar de nuevo su pulso, su respiración y la templanza que lo caracterizaban.

Se levantó y se acercó al aguamanil. Metió las manos en el agua fresca y se lavó la cara con ella. El frío siempre ayudaba a calmarlo. Apoyó las manos en la superficie de la pequeña mesa y levantó la cabeza para mirarse en el espejo. El reflejo que le devolvió la mirada aún se veía atormentado por las reminiscencias de unos recuerdos que siempre le torturaban cuando, vívidos como en sus pesadillas, volvían con el mismo realismo, el mismo dolor de entonces. Desvió sus ojos hasta el gran ventanal junto a la cama. Se acercó a él y lo abrió. La luz del alba se alzaba tímida en el horizonte y el aire fresco de la noche que se retiraba, perezosa, acarició los cabellos y el rostro de Dave. La extensión de tierra y de bosque que se desplegaba ante sus ojos, propiedad de los marqueses de Amberbike, era impresionante. Observar el paisaje lo relajó lo suficiente.

Las palabras que había intercambiado con William la noche anterior antes de la cena seguían dando vueltas en su cabeza. Cuando Jane le pidió que la acompañara durante esos seis días, sabía que era altamente probable encontrarse con Warwick y con su hermano allí. No era nada nuevo. Desde que abandonó su casa a los dieciséis años, había coincidido con ellos en multitud de ocasiones, eventos y bailes. Se habían ignorado mutuamente, pero siempre había habido momentos como los de la noche anterior donde la necesidad de decir algo por alguna de las partes ponía de relieve la mala relación y el resentimiento existente entre ambos. Tanto William como Warwick eran dos hombres peligrosos, violentos y despreciables. El hecho de que corriera por sus venas la misma sangre que la de William era algo meramente anecdótico, hasta ahí su similitud. Su hermano era el legítimo heredero de su padre en todos los sentidos, y tanto su progenitor como William y Warwick le revolvían las tripas de igual modo.

La noche anterior, cuando coincidieron en la antesala que conducía al salón donde estaban reunidos los invitados a la espera de la cena, William se había sorprendido de su presencia allí, lo había visto en sus ojos, e incluso Warwick había tenido la desfachatez de dirigirse a él con esa incontinencia verbal que le caracterizaba. Cuando William pidió a su amigo y a su esposa, así como a Sophie, que fuesen entrando para después quedarse a solas con él, Dave solo esperó. No tenía nada que escuchar de labios de William y menos algo que decirle, pero los invitados que, rezagados, llegaban con cuentagotas, pasando cerca de ellos, los observaban con curiosidad antes de entrar. Sobre todo a William, que se había puesto delante de él decidido a hablar. Dave prefirió no provocar una escena el mismo día de su llegada, así que simplemente esperó a que William soltase lo que estaba conteniendo, dirigiéndole una mirada que era de todo menos cordial.

—Sinceramente, no esperaba verte aquí. No creo que los marqueses te hayan invitado específicamente, así que no sé cómo tienes la desvergüenza de venir, sabiendo que era muy probable que yo asistiera. Lo mejor es que te largues de nuevo a Londres.

Dave miró a los ojos a su hermano. Unos ojos azules, idénticos a los de su padre, y que en ese momento le escrutaban con repulsión.

—¿Lo mejor para quién? Para mí desde luego que no —dijo Dave sin apartar la vista. La calma, la flema que desplegaba Dave cada vez que hablaban, sacaba de quicio a William y él lo sabía—. Dejemos claro esto de una vez. Lo que tú, tu amigo y nuestro padre penséis, digáis o creáis me es totalmente indiferente. No tengo nada que decir ni que discutir contigo, haré con mi vida lo que me plazca.

El vizconde apretó los dientes antes de contestar con un siseo.

—Y una mierda —espetó, y la sonrisa que esbozó Dave lo enfureció.

—Ese lenguaje... —le recriminó Dave, como si William fuese un niño pequeño que hubiese cometido una falta grave. El sarcasmo en las palabras de Sterling hizo que su hermano bufara de rabia.

—Escúchame bien —contraatacó William con un puño cerrado y tenso como una cuerda—: Eres una desgracia para nuestra familia, un hijo de puta que debería haber muerto hace años. Papá tenía que haber acabado contigo cuando tuvo la oportunidad. Aún no es tarde para que tengas lo que te mereces.

Dave dio un paso hacia delante, quedando más cerca del vizconde de Whitbourg.

—¿Me estás amenazando? Porque si es así, pierdes el tiempo. No me iré a ninguna parte. He sido invitado y me quedaré aquí hasta el final, y no tienes nada que decir al respecto. ¿Quién te crees que eres? —dijo Dave con un tono de voz duro y peligroso—. No eres nadie. Una pobre imitación de nuestro padre. ¿Y yo soy un hijo de puta? ¿Te has mirado bien al espejo? ¿Y a Warwick? Eres igual que el conde de Bankeville, un perturbado que se excita con el dolor ajeno y si lo infliges con saña, mejor. Eres un loco, igual que él. Y tu amigo Warwick es un despreciable bastardo. Deberías ponerle una correa. Dile que la próxima vez que deje embarazada a una joven de quince años abusando de ella, encontrará mi estoque clavado entre sus ojos. Es una promesa —dijo Dave, dotando a su voz de una cadencia que haría estremecer a los mismísimos habitantes del infierno. Sin ni siquiera esperar respuesta por parte de William, pasó por su lado y entró en el salón.

Cuando segundos después sintió la mano de su hermano retenerle tomándolo del brazo, pensó que si seguía así le daría esa noche la excusa perfecta para partírle la cara. Sin embargo, las apariencias lo eran todo y vio cómo William se dio cuenta de que su actitud había captado ciertas miradas curiosas, así que de inmediato su hermano rebajó su ímpetu y cambió su expresión por una más neutral y sosegada.

—Esto no quedará así —terminó William hablando casi en un susurro.

La sonrisa sesgada de Dave y su mirada desafiante fueron suficiente para que el vizconde de Whitbourg maldijera por lo bajo antes de retirar la mano del brazo de su hermano. Sus ojos rebosaban odio y asco.

Un pequeño relámpago zigzagueó en el cielo, devolviendo a Dave al presente.

Deslizó la mano por su cabello y echó varios mechones hacia atrás, despojándose de sus pensamientos, de los recuerdos de la noche anterior, de las palabras que cruzó con su hermano y de la mirada de William cuando vio con quién había venido él. Siempre supo el odio que sentía por Jane y lady Hunsword. Debía estar atento por si las molestaba. Una sola palabra, una sola mirada en su dirección, y William tendría que volverse a Londres en lamentables condiciones.

Se fijó de nuevo en el horizonte y vio al sol desperezarse totalmente de su sueño. En poco tiempo los invitados empezarían a bajar para el desayuno y él había quedado con Jane para hablar antes de la actividad que había fijada esa mañana: pasear en barca en el lago cercano a la mansión. Sabía que a Jane le pasaba algo y que ese algo era lord Sathfolk. Una sonrisa se extendió por sus labios cuando recordó las miradas de ambos en la cena de la noche anterior. ¿Un compromiso falso? ¿Nada de sentimientos de por medio? Sí, claro, y los cerdos volaban por Bedfordshire todos los días.

Dave iba andando junto a Jane mientras Hunter y Connolly terminaban de hablar con el marqués. Este, justo cuando salían de camino al lago, se interesó por la naviera de ambos, haciéndoles varias preguntas.

—Creo que deberíamos esperarlos aquí, si nos alejamos más no nos verán —dijo Jane desviando la vista.

—Ya —dijo Dave con una sonrisa sesgada mirándola fijamente.

—Hace buen tiempo, ¿verdad? Quién lo iba a decir —dijo Jane frunciendo el ceño y cerrando los ojos en cuanto las palabras salieron de su boca. Había sentido el intenso escrutinio de su amigo durante toda la cena la noche anterior y, desde que se habían visto esa misma mañana, sabía que no iba a poder retrasar por mucho más tiempo sus preguntas. Se había puesto nerviosa y había dicho la primera idiotez que se le había ocurrido.

—Sí, tu misma acabas de cavar tu propia tumba —ratificó Dave—. ¿El tiempo? ¿En serio? —prosiguió, viendo que Sathfolk y Connolly seguían enfrascados en la conversación con el marqués. Jane soltó el aire de golpe.

—Sí, ya sé que ha sido lastimoso, pero es que esa mirada tuya de «no puedes ocultarme nada, sé que pasa algo» no me deja muchas posibilidades de escapar, ¿verdad?

—Desembucha —dijo Dave divertido—. Sabes que quieres decírmelo —siguió el rubio cuando vio la indecisión en la cara de su amiga—. Jane Josephine...

—Está bien, está bien —dijo Jane entre dientes—. Besé a Hunter.

Dave enarcó una ceja.

—¿Me estás diciendo que Sathfolk te besó y que a ti te gustó y se lo devolviste? No veo el problema —dijo Dave mirando fijamente a Jane, que se puso como la grana en un momento.

—No —dijo Jane desviando la vista hacia el horizonte, antes de tragar saliva y volver a mirar a Dave—. Yo besé a Hunter —dijo Jane deprisa.

—Vale. ¿Y?

—¿Cómo que «y»? —preguntó Jane casi en un susurro—. Por el amor de Dios, le cogí de la nuca, le acerqué a la fuerza, le besé, y...

Cuando Jane se ruborizó aún más, Dave alzó las dos cejas.

—Le mordí uno de los labios.

La risa baja y profunda de Dave hizo que Jane le mirase, señalándole con un dedo.

—No tiene gracia. No puedo ni mirarle a la cara.

Dave tenía una amplia sonrisa en la boca cuando vio la expresión azorada y mortificada de Jane.

—¿Lo disfrutaste? —preguntó el rubio con un brillo divertido en los ojos.

—¿Pero qué pregunta es esa, por favor? —dijo Jane con una mueca de disgusto en la cara—. Pues... pues sí, de acuerdo, lo disfruté —continuó tapándose los ojos con una mano—. Te odio cuando haces eso.

—¿El qué? ¿Preocuparme por ti? ¿O decirte que tienes derecho a disfrutar de la vida? No pasa nada por sacar a pasear a la fierecilla que llevas dentro.

La cara escandalizada de Jane con los ojos bien abiertos hizo que Dave sonriera nuevamente.

—¿Y él cómo reaccionó? —preguntó a continuación más serio—. ¿Tendré que ir a por mi

estoque?

Jane le relató entonces brevemente lo ocurrido en la biblioteca y por qué ella le había besado, para después contarle la charla que había mantenido con Hunter la noche anterior en el salón, antes de la cena.

—Definitivamente no puedo retarlo a duelo por estar loco por ti —concluyó Dave cuando su amiga terminó de explicárselo todo.

—Creo que no has escuchado lo mismo que yo te he contado —exclamó Jane exasperada.

—Lo del compromiso falso, ¿cómo va? Porque yo sinceramente veo algunas lagunas en él. No sé, Jane, pero a mí me da que se os ha ido de las manos a los dos.

Jane le miró muy seria, como si acabasen de darle una mala noticia.

—El sarcasmo, Dave, no es lo apropiado para este momento. Entre Hunter y yo no hay nada de nada.

—A ver, cómo te lo digo, Jane...

—No lo digas —dijo Jane poniendo la mano en la boca de Dave.

El rubio hizo un gesto con los ojos que Jane entendió a la perfección.

—Te he dicho que no lo dijeras —siseó Jane con evidente frustración.

Dave se rio.

—Es lo malo de que nos conozcamos tan bien, que no hacen falta palabras, y tú sabes que es verdad. Sientes algo por él y el negártelo no va hacer que desaparezca.

—Me enfurece que tengas razón, pero...

Las palabras de Jane se apagaron cuando vieron que Connolly y Hunter estaban prácticamente encima de ellos. Jane no pudo mirar a Hunter porque al hecho de que ella le besara, ahora tenía que sumarle el que empezase a sentir algo por él. Algo que podía llegar a ser lo suficientemente fuerte como para que su corazón sufriese de nuevo.

Hunter se estaba riendo a carcajada limpia y Connolly, a pesar de intentarlo, no pudo evitar reírse también al ver a Dave mojado de pies a cabeza y a una Jane falsamente compungida por ser la responsable de tal hazaña.

Habían ido al lago y habían subido a las barcas. Cuando se bajaron de ellas, siendo el último en hacerlo Herdford, un movimiento de Jane tambaleó la embarcación de forma sospechosa.

Dave, que salió del agua con los mechones de pelo pegados a la cara y la ropa empapada, miró a Jane con cara de circunstancia para luego mirar a Hunter y Connolly.

—No os preocupéis por mí, podéis reiros abiertamente, no os contengáis —dijo Dave de forma irónica.

Ante esas palabras, ni siquiera Connolly pudo aguantar la carcajada.

Cuando Liam se dio cuenta de que, al escucharle reír, Dave se le había quedado mirando fijamente con una expresión extraña, cálida en sus ojos, paró de golpear.

—No ha sido mi intención. Ha sido un accidente —dijo Jane llevándose una mano al pecho.

El rubio retiró la mirada de Connolly y la centró de nuevo en su amiga.

—Madre mía, si te viera ahora mismo tu tía Amy estaría orgullosa de ti —le dijo acusándola con los ojos.

Hunter miró divertido a Jane. Tenía que reconocer que Herdford tenía toda la razón. Él había

sido testigo de la caída del rubio y Jane había sido la responsable. No sabía lo que había hecho Herdford para que Jane lo tirase al agua disimuladamente cuando estaban bajando, pero era indudable que su pequeña rebelde se la había devuelto con creces al rubio.

—Ohhhh. ¿Cómo puedes insinuar que yo te he tirado aposta? Ha sido sin querer

—Sin querer queriendo —dijo Dave divertido al ver que Jane le hacía una señal con los ojos para que no la dejara en evidencia.

Era verdad que le había tirado al agua. Dave le había estado lanzando miradas durante todo el rato que estuvieron los cuatro juntos, dejándole claro que era más que evidente que entre Hunter y ella había algo. Desde que eran pequeños, ella había tenido mal perder y Dave lo sabía, así que la muchacha no había podido evitar darle su merecido por mortificarla durante la última hora. Sin embargo, eso no le daba derecho a acusarla delante de Hunter y Connolly.

—Sterling Dave Theodore Herdford, retira eso

Jane supo que había dicho lo incorrecto en cuanto las palabras salieron de su boca.

—¡Ni te atrevas! —exclamó Jane viendo la intención de Dave y su brillo malicioso en los ojos.

—Jane Josephine Elisabeth Valen... —dijo Dave saboreando cada una de las palabras.

Jane lo quería, por lo más sagrado que lo quería a rabiarse, pero en ese momento lo hubiese matado.

Dos pares de ojos se volvieron hacia ella divertidos. Hunter y Connolly se lo estaban pasando a lo grande con aquel duelo, y ella estalló de forma poco femenina.

—¡Te odio cuando haces eso! —exclamó furiosa.

Dave dibujó esa sonrisa sesgada que hacía que su rostro fuese aún más hermoso si eso era posible. Sus impresionantes ojos verdes brillaron divertidos, privando de aliento a cualquiera que posase su mirada en ellos.

—Pues ponte a la cola, justo detrás de Connolly —dijo Dave señalando al irlandés.

Liam dejó de sonreír de golpe y Hunter no pudo aguantar otra carcajada.

Jane, que se percató del charco de agua que se estaba formando bajo los pies de Dave, sintió de repente que el escarmiento se le había ido de las manos. Ya no eran unos chiquillos y se había pasado.

Dave observó la expresión de Jane, que se había ensombrecido, y supo exactamente lo que estaba pensando. La Jane de ese día, la de la cena en casa del duque de Argoll, esa era la Jane que recordaba: feliz, impulsiva, rebelde, la Jane de su infancia, antes de que la pérdida de su hermano y la humillación de Marlew le robaran su espontaneidad y su capacidad de sonreír sin que pareciese que traicionaba algo. Había disfrutado de verla feliz de nuevo y si él tenía algo que decir, juró en ese instante que no iba a dejar que volviese atrás.

—Eh, ha sido divertido. Estoy bien —dijo Dave a Jane guiñándole un ojo, y vio cómo su amiga relajaba la expresión.

—Si sirve de algo, yo me apunto mañana a ver cómo te caes de nuevo —dijo Hunter mirándoles a ambos.

Dave vio en los ojos del conde que este se había percatado de lo que le pasaba a Jane. Aquel hombre le caía bien y, si era sincero, tenía que reconocer que el cambio en Jane, ese que había observado en los últimos días, se había producido gradualmente desde que el conde de Sathfolk apareció en su vida.

—Tampoco hay que emocionarse, Sathfolk, que no ha sido tan gracioso —dijo Dave y vio la sonrisa de Jane agrandarse.

—Yo también me apunto —dijo Connolly serio.

—Mira que me extraña —contestó Dave antes de señalar hacia la mansión y andar hacia ella. Si no se cambiaba pronto iba a pasar el resto de los días en cama con un enfriamiento.

Las risas que escuchó a sus espaldas le hicieron esbozar una amplia sonrisa, una que, aunque él no se diese cuenta, calentó su pecho como hacía mucho tiempo que nada lo hacía.

CAPÍTULO XV

Era por la tarde, el sol ya estaba iniciando su descenso y Jane, sentada junto a lady Hunsword, le contaba relajada lo que había pasado esa misma mañana en el lago.

—Como cuando erais unos chiquillos —comentó risueña Emma, perdiéndose por unos segundos en los recuerdos.

—Lo malo es que ya no lo somos, y no estuvo bien. Tenías que haberle visto, empapado de pies a cabeza —dijo Jane mirando al horizonte.

Después de comer y mientras muchos de los invitados se retiraban a descansar o a hacer otras actividades ideadas por los anfitriones, como la lectura, el juego de adivinanzas o el tiro con arco, dispuesto en la gran extensión de terreno que había en la parte posterior de la propiedad, Jane y lady Hunsword decidieron dar un paseo.

Connolly se retiró a su cuarto y Dave, que estornudó varias veces durante la comida, también subió a su habitación.

Hunter les prometió reunirse con ellas en cuanto acabara de hablar con el conde de Enderhond. Era un buen amigo de su abuelo, y cuando le abordó antes de comer pidiéndole unos minutos para preguntarle por el duque, no se negó.

—No creo que Dave se molestara por ello —dijo Emma mirando al lago que se veía a lo lejos, justo delante de unos árboles, frondosos y en plenitud, que delineaban el inicio de un pequeño bosque.

Después de andar un rato, el tobillo de Emma se resintió de una vieja torcedura y se sentaron en uno de los bancos de piedra que había dispuestos cerca de la propiedad.

—Y no lo hizo. Ya sabes cómo es —dijo Jane con un tono que denotaba todo el afecto que sentía por él.

—Sí, lo sé —dijo lady Hunsword, y algo en su voz llamó la atención de Jane.

—¿Qué pasa, Emma? —preguntó curiosa.

Vio a lady Hunsword unir sus manos en el regazo, alisando unas arrugas imaginarias de su vestido claro, alargando su respuesta en lo que a Jane le pareció una eternidad.

—Estoy preocupada, Jane. Nada bueno sale cuando su familia está cerca de él. ¿No viste con qué odio le miró William? ¿Y Warwick? No me fío de ninguno de los dos. No es justo, Jane. Bankeville debería haber estado encerrado hace años por lo que le hizo durante toda su vida hasta que pudo escapar de él. ¿Cuántas veces estuvo a punto de matarlo? Demasiadas. Eso no es un padre, es un monstruo. Y William no es mejor que su padre. Es más sibilino, más mezquino y traicionero.

Las facciones de Jane se tornaron extremadamente serias según iba escuchando las palabras de lady Hunsword. Ella sabía mejor que nadie todo lo que Emma le estaba contando y recordarlo le hacía tener ganas de vomitar. Lady Hunsword la miró y vio la preocupación extrema en los ojos de la joven.

—Emma, ellos ya no pueden hacerle nada —dijo Jane intentando convencerse más a sí misma que a Emma.

Lady Hunsword asintió antes de hablar.

—Lo sé, y siento haberte perturbado con mis palabras. Soy una vieja sentimental que a veces ve fantasmas donde no los hay. Perdóname. Sé que Dave es la persona más fuerte que he conocido jamás, y sé en la clase de hombre que se ha convertido. No creo que haya en Londres muchos otros que tengan la destreza y la inteligencia que él tiene. Pocos manejan la espada como él, y sé que es extraño que cometa errores. Pero es que a veces, cuando le miro, sigo viendo en él a aquel chiquillo hermoso, indefenso, que tenía que soportar un infierno como el que ningún ser humano debería aguantar. Me acuerdo de un día que vino a casa. Vosotros estabais en Londres, y Angus en Bath por un asunto familiar —dijo Emma mirando a Jane con una sonrisa triste en el rostro—. Era un día lluvioso, me acuerdo porque cuando lo vi parado en el jardín trasero totalmente empapado supe que algo había ocurrido. Él no me dijo nada, solo entró conmigo a casa y me pidió si le podía hacer un chocolate caliente. No le atosigué a preguntas. Sabía que si él quería contarme algo, lo haría. Creo que tenía siete u ocho años, pero su mirada era la de alguien mucho más mayor. Le dije que se quitara la chaqueta y le puse una manta por encima. Entonces lo vi, observé un moratón enorme en la base de su cuello que se perdía por el interior de su camisa. Disimulé, pero cuando él me miró y vio mi expresión, lo supo. Supo que yo me había dado cuenta de que aquel bastardo le había pegado de nuevo. Aquello hacía que una furia descontrolada se asentara en mi estómago, pero lo que me desgarró el alma fue cuando él me miró con sus enormes ojos y me aseguró que estaba bien, que no había sido nada, que por favor no me preocupara. Aun siendo un niño, aun habiendo sido maltratado de forma cruel, intentaba protegerme porque no quería que sufriese por él. Le he visto hacer lo mismo una y otra vez desde entonces con cada persona a la que quiere. Nos protege a todos, pero ¿quién lo protege a él?

Lady Hunsword miró al horizonte dejando esa pregunta entre las dos.

Emma tomó aire antes de responder.

—Dave es mi hermano, mi amigo y mi familia, y también es la tuya. Esa es la forma en que le protegemos. Estamos a su lado pase lo que pase, siempre. Un vínculo indestructible. Él lo sabe y eso es lo que cuenta.

—Sí —dijo lady Hunsword, y la forma de decirlo y su expresión, dejaron a Jane pensando en todo lo que había debajo de ese monosílabo—. Hay muchas clases de amor, Jane, pero todos necesitamos uno en especial, aunque no lo sepamos, aunque nos resignemos a vivir sin él —dijo Emma y sus ojos volvieron a brillar—. Déjame a mí, querida —añadió finalmente con una sonrisa en los labios.

—¿Dejarte el qué, Emma? —preguntó Jane, que conocía esa expresión demasiado bien. Era la misma mirada que ponía lady Hunsword cuando eran unos niños e intentaban ocultarle algo. Ella lo sabía y entonces, de manera sutil, inteligente y elegante, conseguía que al final terminaran confesando.

—Dejemos el pasado atrás y cambiemos de tema. ¿Qué tal te va con Hunter? Ayer no pude evitar darme cuenta de que estabais algo molestos el uno con el otro. Lo mejor de las peleas es la reconciliación —dijo Emma con tono más bajo que el que había utilizado con anterioridad.

Jane se sonrojó y eso hizo que Emma sonriera abiertamente. Era evidente que lady Hunsword no iba a contestar a su pregunta, la conocía demasiado bien para dudarle. Así que se centró en la nueva conversación. Más tarde pensaría con detenimiento en las palabras de Emma.

—Va todo bien, es solo que a veces...

—¿Sí? —preguntó lady Hunsword cuando vio la indecisión de Jane.

—A veces Hunter es imprevisible.

Emma asintió con un brillo especial en los ojos.

—En ese sentido es igual que su abuelo. Al principio es un poco desconcertante, pero después, eso que ahora te parece un incordio, a la larga se convertirá en un encanto especial.

Jane hizo una mueca que mostraba su disconformidad.

—Confío en ti, Emma, pero yo no llego a verlo tan claro.

Emma soltó una risilla por lo bajo.

—Créeme. La primera vez que vi a Henry fue en un baile. Yo tenía diecisiete años y él veinticinco. Era muy atractivo y lo sabía. Todas las damas suspiraban por él, así que, cuando se acercó a mí y me pidió bailar una contradanza, le dije que no.

—¿Por qué? —preguntó Jane.

Emma la miró y los recuerdos impregnaron sus ojos con nostalgia.

—Yo no estaba dispuesta a ser una más de sus conquistas. Me pidió que le reservara otro. Entonces yo le enseñé mi carné de baile y cuando lo vio en blanco, sin ninguna anotación, se le agrandaron los ojos. Creo que aquello le sorprendió. Entonces le dejé claro que mi negativa no respondía a la falta de hueco en mi cartilla. Él arqueó una ceja cuando le contesté que si era lo suficientemente inteligente como para entender lo que le estaba diciendo, que no malgastara más su tiempo y el mío.

—Noooo... —dijo Jane con cara de asombro—. ¿Y qué te respondió él? —preguntó, ansiosa por conocer la respuesta.

—Que era inteligente y persistente. Entonces, sin más, me sonrió y se dio media vuelta. Vino a solicitar de nuevo un baile al final de la velada y accedí.

—¿Accediste? ¿Por qué, después de haberte negado la primera vez?

Emma soltó una pequeña carcajada ante la cara que había puesto Jane.

—Aunque mis amigas me dijeron que era una maravillosa pareja de baile y que bailaba siempre con la mayoría de las damas en los eventos, aquella noche no lo hizo con nadie. Fue la primera velada en la que no se lo pidió a nadie, solo a mí.

La mirada de Emma, con el corazón en sus ojos, emocionó tanto a Jane que tragó suavemente antes de contestar.

—Entiendo —dijo sabiendo perfectamente lo que le estaba queriendo decir Emma.

—Lo imprevisible hizo que me enamorase de él —concluyó lady Hunsword con un brillo cómplice en sus ojos.

Jane sonrió ampliamente.

El sonido de un carruaje por el camino que daba a la entrada principal distrajo la atención de ambas. Aquello no les extrañó, ya que durante ese día algún que otro invitado rezagado había llegado a la casa de campo de los marqueses. Cuando Jane vio bajar a sus ocupantes, su expresión relajada y tranquila se tornó seria y dura. Marlew y su prometida junto a los padres de ella acababan de llegar para pasar allí unos días. Sin duda, su presencia era un problema. A pesar del tiempo que había pasado, había cosas que no había podido olvidar. Recuerdos que no podía perdonar.

—Os he estado buscando un buen rato —dijo Hunter al llegar junto a ellas, dirigiendo su mirada hacia donde Jane y Emma la tenían enfocada.

Cuando Hunter vio el cambio en la expresión de su prometida, supo que no iba a dejar que Jane volviera a esquivar sus preguntas.

Hunter encontró su oportunidad para hablar a solas con Jane la noche siguiente. Durante todo ese día habían estado acompañados por alguno de sus amigos o de los invitados.

Esa noche después de la cena, se habían dispuesto mesas para jugar al *whist*, se había habilitado uno de los salones para escuchar la música que alguna de las invitadas interpretara al piano y al arpa, e incluso se tocaron un número aceptable de piezas que invitaron a bailar a los más inquietos. Hunter aprovechó la oportunidad de que Connolly y Dave estuvieran en una partida de cartas junto a lady Hunsword y la condesa de Mainfeld, amiga de Emma, para llevarse a Jane a través de las puertas que daban al exterior. Había algunos invitados dispersos por allí, pero lo suficientemente lejos para no escuchar su conversación. Hunter mantuvo a Jane cerca de la puerta, donde eran perfectamente visibles desde el interior.

—¿Por qué hemos salido? —preguntó Jane frunciendo ligeramente el ceño.

Hunter se apoyó en la balaustrada que había antes de unas escaleras que daban acceso al jardín.

—Porque quería hablar contigo y necesitaba que fuera a solas —dijo Hunter mirando a Jane y viendo como la expresión de esta se volvía seria.

—Ayer te cambió la expresión cuando viste a Marlew. En la cena apenas probaste bocado y te pones tensa cada vez que está cerca. La incomodidad, la indiferencia, el recelo e incluso el rencor por algo del pasado y la ruptura de vuestro compromiso me parecen respuestas más que razonables para explicar que su presencia te afecte de forma tan visible, pero te conozco lo suficiente como para saber que tu reacción encierra mucho más, y quiero saber qué es. No eres dada a la exageración así que dime qué te hizo para que estés así a pesar del tiempo transcurrido.

Jane se puso tensa. No quería hablar con Hunter de ello. La verdad de todo lo que ocurrió con Marlew solo lo sabían tres personas y prefería que aquello siguiese así. No quería y no podía revivir de nuevo aquello.

—¿He hecho algo que ponga en peligro nuestro contrato? —preguntó Jane mirando a Hunter a los ojos. Un gesto que le costó un mundo.

Vio cómo Sathfolk fruncía el ceño. Esa pregunta lo había desconcertado.

—No, ¿qué tiene eso que ver? —preguntó Hunter sin perderse ninguno de los gestos de su prometida.

—Porque eso fue lo que estipulamos cuando firmé el contrato antes de venir. Hablaríamos cualquier cuestión que pusiese en peligro la continuidad o la seguridad del contrato, y que yo sepa mi pasado no amenaza a ninguna de ellas.

—Por supuesto que lo hace —contestó Hunter mirándola seriamente. —Si te comportas de forma extraña y no sé por qué, no puedo actuar en consecuencia. ¿Tengo que partirle la cara a ese hombre o tu comportamiento es debido a que aún albergas algún sentimiento hacia él?

La expresión de rechazo que puso Jane al escuchar sus últimas palabras hizo que Hunter supiese que, desde luego, pasase lo que pasase entre ellos años atrás, aquello estaba más que muerto. Sin embargo lo que lo inquietó no fue eso, sino el pequeño ramalazo de miedo que vio cruzar los ojos de su prometida.

—¿Qué te hizo? —preguntó Hunter y su tono de voz fue una mezcla de exigencia y preocupación.

Jane abrió aún más los ojos ante la pregunta, antes de apartar la mirada.

—No hizo nada, simplemente nos dimos cuenta de que ese matrimonio no era idóneo para ninguno de los dos. El año que estuve de luto por mi hermano nos hizo tomar conciencia de ello.

Cuando pasas por una situación dolorosa, eso te une más a la persona que amas o te distancia definitivamente si ese sentimiento no es lo suficientemente fuerte. El nuestro no lo era.

Hunter sabía que no le estaba contando toda la verdad. Había algo que no cuadraba en aquella historia. Ese atisbo de miedo que vio en la mirada de Jane momentos antes no lo había imaginado, así como el hecho de que Marlew esquivara la presencia de Herdford y le mirase con algo cercano al odio. Ese sentimiento no venía de una ruptura deseada por ambos. Y luego estaban los rumores que habían circulado sobre Jane, sobre la posible causa de que Marlew la dejase, algo que sin duda había sido cosecha de ese bastardo sin escrúpulos.

Jane pudo ver en los ojos de Hunter que dudaba de su sinceridad con él y de la veracidad de su versión de los hechos.

—Este compromiso no es real, no tenemos por qué saberlo todo el uno del otro. Es mi vida, Hunter, mi pasado. Algo que solo me pertenece a mí. Puedo asegurarte que nada de esa historia, ya más que concluida y enterrada para mí, puede perjudicar nuestro contrato. Confía en mí — concluyó Jane, y Hunter la miró a los ojos cuando esas últimas palabras hicieron eco en sus oídos.

Deseó besarla en ese preciso instante, perderse en esos labios que le pedían confianza, en la necesidad que había sentido bajo esas palabras de que respetara su decisión, y lo deseó de forma abrumadora, porque él, maldita sea, confiaba en ella desde el mismo momento en que Jane, el primer día que se conocieron, con una franqueza y una fuerza inusitada, le dijo sin medida alguna todo lo que pensaba de él. Con esas pecas hirviendo en sus mejillas y un brillo enloquecedor en los ojos.

Connolly se lo había echado en cara más de una vez, el hecho de que confiara en Jane sin apenas conocerla, pero para él no había habido otra opción. La sinceridad en su voz, la verdad en sus ojos, la naturalidad de sus reacciones y esa rebeldía que encubría con un pasmoso autocontrol pero que dejaba libre cada vez que estaba con él lo habían convencido desde el principio.

El problema no era que no confiase en ella, el problema era que quería conocerlo todo de ella. Deseaba saber qué era lo que le había pasado con Marlew porque la mirada que vio en los ojos de Jane al ver a su exprometido el día anterior le hizo desear meter a aquel mequetrefe de nuevo en el coche y mandarlo de vuelta a Londres. Esa mirada de Jane le produjo un efecto que no había esperado. Se sintió necesitado de borrar de sus ojos aquella tristeza, aquella desazón, y devolverle a sus mejillas su rubor habitual.

—Confío en ti —dijo Hunter y vio como los ojos de Jane adquirieron un brillo especial y su boca esbozó una pequeña sonrisa—. Pero quiero que me prometas una cosa.

La expresión de Jane se tornó seria de nuevo.

—¿Qué cosa? —preguntó algo recelosa.

Hunter extendió una de sus manos y tomó un mechón de pelo que se le había soltado del recogido y que de forma adorable rozaba su mejilla.

Sintió temblar a la muchacha cuando sus dedos rozaron su piel de forma suave, con un roce casi inexistente, pero lo suficientemente perceptible como para encender el deseo visceral y primario en Hunter. Apretó los dientes y colocó el mechón detrás de la oreja de ella, rozando su cuello en el camino.

Jane contuvo el aire por lo que aquella caricia le hizo sentir. Le temblaban las rodillas y el corazón le había empezado a latir de forma vertiginosa. Jamás en su vida, ni en los decepcionantes besos que alguna vez le robase Marlew, había sentido nada parecido, y ahora por el solo roce de los dedos de Hunter creyó que podría morir.

Ese hombre era peligroso para su salud mental.

—Que tú también confiarás en mí. Independientemente de la veracidad de nuestro compromiso no voy a permitir que nadie te haga daño, ni Marlew ni ningún otro.

Jane estuvo a punto de contestarle que su bienestar no era asunto suyo, que no tenía que preocuparse por ello, pero la intensidad en la mirada de Hunter, la determinación y la rotundidad con la que había pronunciado esas palabras la hicieron desear refugiarse en ellas, y tuvo ganas por una vez de cerrar los ojos y abandonarse en sus brazos. A veces estaba cansada de ser fuerte.

—Ya lo hago —dijo Jane como si le hubiese costado pronunciar esas palabras—. Si no fuera así no habría seguido adelante con este acuerdo. No hubiese accedido a cualquier precio —continuó con la voz algo cansada y Hunter, por primera vez, vio vulnerabilidad en sus ojos—. Aunque me hubieses ofrecido una fortuna jamás hubiese aceptado si no confiara en ti. Por eso necesito que esa confianza sea recíproca, y que respetes mi pasado, mi necesidad de guardar silencio respecto a determinados recuerdos.

Jane vio la expresión seria de Hunter mientras la escuchaba atentamente. ¿Era preocupación lo que veía en su mirada? Sintió una sensación cálida en su pecho cuando pensó que aquel hombre que la desafiaba a cada instante pudiese estar realmente preocupado por ella, interesado no solo en lo que podía aportar a su pequeña farsa.

Le vio apretar la mandíbula como si estuviese reprimiendo un impulso y vio en sus ojos un pequeño debate interno sobre si insistir en sus preguntas o dejarlo correr.

—De acuerdo. Vas a ser mi perdición —dijo Hunter con una pequeña sonrisa.

Jane no pudo evitarlo y sonrió también.

Hunter se quedó momentáneamente hipnotizado por la expresión de Jane en aquel instante. Esa sonrisa no había sido igual a ninguna de las que le había dirigido con anterioridad. Llena de complicidad, espontánea, cálida y maravillosa. «¿Qué estás haciendo conmigo, Jane?», fue la pregunta que asaltó su interior con inusitada fuerza.

Unas voces provenientes del interior rompieron el silencio que se había instalado entre los dos, uno que lejos de ser incómodo había sido natural, compartido, cómplice. De dos miradas que distaban, y mucho, de ser las mismas que intercambiaron al conocerse.

—Deberíamos volver y comprobar que Connolly y Herdford no se hayan matado mutuamente. No envidio a Emma, sentada con ellos dos en la misma mesa de *whist*.

Hunter rio. Jane tenía razón. La mirada asesina que le envió Connolly cuando lady Hunsword le pidió que fuese su pareja de *whist* en una partida contra Herdford y su amiga, la condesa de Mainfeld, todavía le escocía. Era verdad que él lo azuzó cuando le dijo por lo bajo de forma irónica que esperaba que se divirtiera mucho, pero había merecido la pena. La forma en que Connolly trataba a lady Hunsword, casi con cariño, y cómo medía sus palabras y dominaba su carácter en presencia de Emma para no desilusionarla, no dejaba de sorprenderle. Solo había visto esa expresión y esa mirada cálida la única vez que había logrado que le hablase de su hermana y su madre. Y eso fue una de las pocas veces en las que le había visto completamente bajo los efectos del alcohol.

Llevaba tiempo posponiendo una conversación con él. Era su mejor amigo y le conocía demasiado bien como para saber que había algo más detrás de esa aversión desproporcionada que le tenía al rubio. Sabía el desprecio que sentía por los aristócratas en general y no le culpaba por ello, pero lo de Herdford... Eso era harina de otro costal.

—Quedaría poco apropiado, la verdad. No creo que a los marqueses les gustase demasiado que mancharan sus ilustres alfombras persas cosidas con hilo de oro con la sangre de esos dos —dijo Hunter, y aunque parecía serio en su mirada había un brillo divertido.

—Sería grosero y desconsiderado. Qué desperdicio de alfombras, por Dios —exclamó Jane, fingiendo auténtico pesar.

Hunter contuvo una sonrisa. Todavía le dolía la cabeza por la disertación de media hora que la marquesa les había dado a Jane y a él sobre esas alfombras cuando, de forma casual, Jane comentó que eran preciosas

—Debería estar penalizado, sin duda —dijo Hunter alzando una ceja y con una sonrisa en los labios.

Jane asintió lentamente.

—Sí, con la peor de las torturas. Una charla sobre las distintas clases de alfombras y la majestuosidad de revestir los suelos de las casas de campo, todo ello magistralmente impartido por lady Amberbike.

Ahora sí que Hunter soltó una carcajada y Jane sonrió como hacía tiempo que no lo hacía.

Connolly enfiló el sendero que llevaba a la parte de atrás de la casa, hacia las grandes puertas de cristal que albergaban esa noche la reunión de todos los invitados y a través de las cuales podía escuchar, incluso desde esa distancia, las notas del piano interpretando una contradanza.

Hacia media hora que se había escabullido del interior y había salido fuera a respirar un poco de aire fresco en busca de algo de silencio y de soledad. Casi al inicio de la velada, Hunter y Jane habían desaparecido. Entonces él fue arrastrado por lady Hunsword a una partida de *whist* en donde Emma sería su pareja. Herdford y lady Mainfeld, una amiga de lady Hunsword, completaban la mesa. No podía decir que no se hubiera divertido. Emma era una gran jugadora y habían congeniado a la perfección en el juego, sin embargo, la pareja de Herdford era pésima en esas lides. Distráida, hablaba por los codos y no prestaba atención a la partida, así que ver las caras de Herdford, que debía reconocer se portó con ella de forma exquisita a pesar de que lo estaba volviendo loco, le hizo esbozar más de una sonrisa a su pesar. Una de esas veces, Liam se dio cuenta de que Emma le observaba con una mirada extraña, como si estuviese intentando llegar a algún tipo de resolución y eso llamó su atención. Apreciaba a lady Hunsword, y mucho. Emma se había colado sin permiso en su bien dispuesta coraza, pero a veces era peligrosa. Demasiado intuitiva para su bien.

Así que cuando la partida terminó y se acercaron varias damas para hablar con Emma y lady Mainfeld, aprovechando el momento en que Herdford se fue a por una copa, Connolly se excusó y salió a dar un paseo.

Miró el cielo. Una luna llena en todo su esplendor pareció saludarle y la ligera brisa que acariciaba las copas de los árboles le recibió con los brazos abiertos.

Después de ese pequeño paseo por los alrededores de la casa que le ayudó a despejar la mente del bullicio del interior, aún se preguntaba qué coño hacía allí. ¿Por qué diablos se había dejado convencer por Hunter para que los acompañase? Su autocontrol estaba siendo puesto a prueba a pasos agigantados durante los tres días que llevaban allí. Esa misma mañana, tomando un refrigerio con los invitados, dispuesto en el exterior de la mansión mientras se realizaban algunas actividades, el conde de Arhod comentó lo difícil que era en aquellos tiempos encontrar un servicio adecuado. Relató con total naturalidad que él había tenido que disciplinar a su servicio y

educarlo, vanagloriándose de haber enderezado a esa panda de vagos, que procedía de la chusma de Londres y de la escoria procedente de Irlanda. Y luego pasó a relatar la mejor forma para que los deshollinadores hicieran una buena limpieza de las chimeneas y no vaguearan intentando robar el dinero de sus señores, escaqueándose de su trabajo. Relató entre carcajadas lo que hicieron con el último de ellos que fue a limpiar la de su casa, un niño de cinco años que quedó paralizado por el miedo dentro del conducto y que salió de prisa cuando prendieron un pequeño fuego con paja en la chimenea. Se arrancó la piel a tiras para poder sobrevivir.

Connolly estuvo a punto de perder la poca cordura que le quedaba y matarlo allí mismo, y lo habría hecho si no fuese porque Hunter, mortalmente serio, intervino, parándole los pies al conde. Connolly vio a su socio acercarse a Arhod y decirle algo, para acto seguido verle palidecer y callarse por el resto del día.

Liam volvió a apretar el puño en un acto reflejo involuntario al recordar las palabras del conde. En todos esos años había aprendido a ocultar muy bien sus reacciones y a controlar su genio y su carácter, sin embargo cosas como aquella le ponían a prueba haciéndole sentir a veces que quizás el muchacho lleno de odio y roto de dolor que salió de Irlanda no estaba tan lejos del hombre que era hoy en día.

Subió las escaleras que daban acceso a las grandes puertas de cristal abiertas donde la reunión, la diversión y las actividades programadas para esa noche por los marqueses estaban todavía en pleno auge. Cuando terminaba de subir los últimos peldaños, unas voces procedentes del lateral de la casa, en el exterior, llamaron su atención por su tono furioso y amenazador. Subió los pocos escalones que le quedaban con el mayor sigilo posible y miró en dirección al sonido. Allí, a unos metros, había dos hombres. Reconoció a uno de ellos. La luz de la luna incidió en los cabellos rubios de Herdford.

Liam se acercó hasta la pared de piedra y la siguió hasta donde un recoveco en la misma le ocultaba de miradas ajenas, quedando solo a escasos metros de los dos interlocutores. Se apoyó en la piedra y se asomó levemente. Desde esa posición veía y escuchaba perfectamente a Herdford y al otro hombre, que no era otro que lord Warwick. En ese instante recordó la mirada velada de ira que este le profesara a Herdford la misma noche del día en que llegaron.

—No sé quién coño te has creído que eres. Si vuelves a decirle algo de mí a tu hermano, te mato.

Cuando escuchó la amenaza de Warwick sobre el rubio, Connolly apretó los dientes, conteniéndose para no dar un paso hacia delante y delatar allí su presencia. Sin embargo se mantuvo quieto, fijo en la expresión de Herdford cuando este acertó la distancia con el vizconde y le miró con una furia devastadora, arrasando con cualquier atisbo de calidez que habitase en sus ojos.

—¿Vas a matarme? ¿Tú? Permíteme que lo dude —dijo Dave con un tono de voz que podría helar el infierno, pero con una templanza y una elegancia que Connolly saboreó con satisfacción—. Eres un cobarde. Solo te atreves con los que son más débiles que tú. Pero escúchame bien, porque no lo voy a volver a repetir. Si vuelves a hacer daño a alguien más y me entero, no te quepa duda de que el filo de mi estoque encontrará entre tus ojos un destino perfecto. Es una promesa. Y yo siempre las cumplo —continuó Dave y su voz al final sonó grave y afilada como el acero que prometía blandir en su contra.

—Hijo de puta —siseó con fuerza Warwick llevado por la furia. Su cara había adquirido un tono rojo y las venas de su cuello parecían cuerdas tensas a punto de quebrarse, sin embargo Connolly olió su miedo desde allí. Ese hombre era peligroso. Los cobardes como el vizconde eran

de los que no atacaban de frente, sino asestando una puñalada por la espalda.

Un sonido de pasos provenientes de la parte de atrás de la casa acompañado de risas hizo que Warwick reaccionara dando unos pasos hacia atrás. Siseó por lo bajo amenazando a Herdford con que aquello no quedaría así antes de darse la vuelta y desaparecer por el lateral de la casa.

Liam miró al rubio durante unos segundos mientras Herdford permanecía quieto, mirando el punto exacto por el que Warwick había desaparecido, para después apartarse de la cara con sus largos dedos el mechón de pelo que con osada rebeldía siempre volvía a su frente.

Connolly observó ese gesto mientras sopesaba si desaparecer de allí como si nunca hubiese sido testigo de esa escena o, por el contrario, dar un paso adelante y darse a ver. Antes de que su mente pudiese barajar cualquiera de ambas ya había tomado la decisión dando unos pasos al frente. La luz de la luna y la que se filtraba por los grandes ventanales procedentes del interior le iluminó lo suficiente para que cualquiera se percatase de su presencia.

Herdford miró en su dirección al instante, casi antes de que fuese totalmente visible, como si de alguna forma le hubiese percibido antes de verle. En sus ojos brilló una chispa de sorpresa antes de soltar el aire audiblemente de entre sus labios. Fue un gesto de cansancio que a Liam, no sabía por qué, no le gustó ver en él.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó Dave enarcando una ceja y mirándole a los ojos mientras Liam acortaba la distancia entre ambos hasta estar a solo unos metros.

El irlandés pensó que la postura de Herdford podría haberlo engañado unas semanas atrás, cuando apenas le conocía, pero ahora era diferente. Connolly podía ver otras cosas bajo esa fachada de despreocupación y esa sonrisa indolente. Su mirada, la misma que en otras ocasiones había estado desprovista de cualquier emoción, esos enormes ojos verdes que brillaban a pesar de su falta de interés o su desgana, esos que jamás había visto desviar de la mirada de otros, esos ojos hablaban ahora de otra cosa bien distinta.

—¿Sinceramente? —preguntó Connolly manteniendo la vista fija en sus pupilas—. Acabo de descubrir que no es tan divertido cuando no soy yo quien te amenaza.

Una sonrisa espontánea, natural, genuina recorrió los labios de Dave cuando escuchó esas palabras.

—Bueno —comenzó el rubio —Te pediría que esperaras a otro día para hacerlo, pero si ves que no puedes contenerte, adelante, no te calles —continuó Dave con un brillo divertido en sus ojos a pesar de su tono serio—. Dicen que guardarse las cosas es perjudicial a la larga, que es mejor hablarlas.

Connolly asintió antes de contestar.

—Pues entonces moriré pronto —dijo Liam alzando una ceja.

Dave rio y Connolly se sorprendió a sí mismo esbozando también una sonrisa.

Liam no supo qué lo llevó a hacer la siguiente pregunta. Jamás se mezclaba en los asuntos ajenos, y su curiosidad solía tener un recorrido demasiado corto si no estaba relacionada con su propio beneficio.

—¿Por qué te amenazaba Warwick? —preguntó a bocajarro.

Dave miró a Liam fijamente a los ojos, con una seriedad que pocas veces se había visto en el rostro del aristócrata. Pareció dudar unos segundos antes de hablar.

—¿Importa acaso? —preguntó con un tono de voz que distaba mucho del aire superficial que Connolly estaba acostumbrado a escuchar de él.

Los dos se miraron fijamente durante un instante, como si el silencio entre ambos fuese el preludio de una respuesta importante.

—No —dijo Liam claro, rotundo y duro—. Era simple curiosidad.

Por un momento Connolly creyó ver un atisbo de decepción en los ojos de Herdford, y eso le generó un regusto amargo en la boca.

Dave esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Warwick no necesita un motivo específico. Él es así, y más cuando ha bebido en demasía — aclaró el rubio, haciendo un gesto con la mano para restar importancia a lo sucedido.

Connolly frunció el ceño y apretó un puño. Esa respuesta era evasiva, y ambos lo sabían. El tono y el rostro de Herdford habían adquirido de nuevo parte de su habitual indiferencia y eso lo enfureció. Maldito fuera si sabía por qué, pero le quemó como el fuego del infierno.

Herdford no perdió detalle del cambio que se produjo en el semblante de Connolly. No pudo sino percatarse de la tensión que atenazó su cuerpo y de la dureza que adquirieron sus facciones tras escuchar sus palabras, como si estas le hubieran molestado. Había pocas cosas que le sorprendían en esta vida, pero aquella reacción lo hizo, actuando como un imán para sus sentidos que se volcaron en observar al irlandés con la acuciante necesidad de saber el porqué de aquel cambio en su humor. Dave siempre había leído con relativa facilidad a las personas, sus reacciones, su carácter, sin embargo, Connolly era como un muro de piedra contra el que chocaba una y otra vez.

Liam frunció el entrecejo cuando se dio cuenta del escrutinio al que le estaba sometiendo Herdford. Vio una curiosidad en sus ojos que no quería que saciara.

—Vigila tu espalda. Warwick no parece de los que van de frente —dijo Connolly antes de darse la vuelta para dirigirse hacia el interior de la casa, relajando su postura y permitiéndose ser otra vez él mismo.

A Dave no le pasó desapercibido el tono exigente que impregnó la voz del irlandés al prevenirle sobre el vizconde.

—Liam —exclamó cuando Connolly ya había andado unos pasos.

Este se detuvo cuando escuchó su nombre de labios de Herdford. Era la primera vez que le llamaba así, y la forma en que lo había pronunciado, como si hubiera una súplica implícita, le dejó clavado en el sitio.

El rubio acortó la distancia que les separaba hasta que estuvo cerca de él.

—Lo de Warwick es una contienda que viene de lejos. No es nada nuevo, pero recientemente pasó algo que ha empeorado aún más nuestra aversión mutua —dijo Dave con seriedad—. No intentaba evadir tu pregunta, respeto demasiado tu inteligencia para hacerlo.

Connolly tragó saliva cuando la mirada sincera, limpia e intensa de los ojos de Herdford, tan similares a los de un felino, le hizo tensarse una vez más.

—Te he dicho que el motivo no me importaba —insistió Connolly enarcando una ceja.

Herdford asintió antes de hablar.

—Lo sé. Aun así, quería que lo supieras —dijo esbozando una de sus sonrisas sesgadas—. Y ahora volvamos dentro antes de que recuerdes que no me soportas —bromeó Dave echando a andar hacia la casa.

Connolly se quedó un momento quieto antes de seguir sus pasos, maldiciendo en su interior a Herdford. Una más de entre todas la que lo había maldecido desde que se conocieron. Una nueva arista en un entramado complejo.

CAPÍTULO XVI

Jane bajó esa mañana temprano. Desayunó con lady Hunsword, que ese día estaba algo cansada de la velada anterior, la cual se había alargado hasta altas horas de la madrugada.

—Íbamos a ir a dar un paseo a caballo por los alrededores. Los marqueses dijeron que hay unas vistas maravillosas, pero con esta amenaza de lluvia tendremos que dejarlo para mañana —dijo Jane algo decepcionada.

Después de la noche pasada, esa mañana se había levantado necesitando aire fresco, hacer algo de ejercicio y no tener que interactuar con la gran mayoría de los presentes que, dadas las inclemencias del tiempo y la imposibilidad de salir al exterior, se sentían más que nunca inclinados a confraternizar con todos los invitados.

—Bueno, querida, míralo por este lado, así harás nuevas amistades —dijo lady Hunsword con una sonrisa irónica que hizo sonreír también a Jane—. Allí viene Henrietta, ayer me contó cuántos carruajes tiene su hija mayor, que está casada con el conde de Berthanon, la cantidad de salas que tiene su casa de campo y el número de perros que posee, así como el linaje de todos ellos. Creo que hoy vuelve a la carga y estoy aterrada de solo pensar qué nuevos temas pueda abarcar. Huye, tú que puedes —continuó Emma dándole un toquecito en la mano en señal de aprecio.

—No podría hacerte eso, no puedo dejarte sola con ella —dijo Jane, que vio como lady Crosswood se había detenido un momento a hablar con la marquesa mientras saludaba con la mano a Emma, mostrando una franca intención de ir hasta ellas después.

—No te preocupes, Jane, no me perdonaría arrastrarte conmigo a esta tortura sin fin. No hace falta que nos sacrifiquemos las dos, así que hazme caso, que para eso soy mayor, y sal corriendo. Con elegancia, pero sin vacilación.

A Jane se le escapó una sonrisa cuando vio a lady Hunsword mirarla como si fuese un general dirigiéndose hacia sus tropas antes de entrar en batalla.

—No pierdas tiempo, que ahora no está mirando. Y recuerda, no mires atrás. Escuches lo que escuches, tú sigue. Venga —azuzó Emma, y Jane se puso de pie dirigiéndose con paso rápido hasta la puerta.

Salió al gran rellano diáfano que había, rodeado de columnas con mármol italiano, y donde varias estatuas maravillosamente esculpidas parecían mirarla desde todos los rincones. Varias plantas exóticas y frondosas colocadas estratégicamente daban un toque cálido a aquella belleza de mármol y piedra.

La intención de Jane era ir a una pequeña biblioteca en la que la marquesa les hizo saber que las damas podían retirarse a leer con tranquilidad cualquiera de los volúmenes que sus grandes estanterías contenían.

Iba a dirigirse hasta allí cuando una mano fuerte la tomó del brazo arrastrándola hasta detrás de una de esas grandes plantas, quedando ocultos de miradas ajenas, encontrando tras ella un pequeño pasillo que parecía ciego y con una sola puerta.

Sintió un nudo en la garganta cuando vio de quién se trataba.

—¿Estás loco? —preguntó Jane intentando zafarse de la mano de aquel miserable—. Suéltame

o grito.

—No vas a hacer eso si no quieres provocar un escándalo del que saldrás tú peor parada que yo. Deberías haber escarmentado ya —dijo Marlew probando el picaporte de la única puerta, sonriendo cuando esta cedió y tirando de Jane hacia el interior, cerrándola de golpe cuando ambos estuvieron dentro.

Era un pequeño despacho, seguramente perteneciente al administrador.

—No te alteres, solo quiero hablar contigo —dijo Marlew y sus ojos se entrecerraron en un gesto amenazador.

Jane tiró de su brazo haciendo que Marlew la soltara de golpe, trastabillando unos pasos hacia atrás hasta que sus caderas chocaron con la pequeña mesa de madera que había frente a la única ventana de la estancia.

—No tengo nada que hablar contigo. Creía que te había quedado bien claro.

Marlew sonrió de medio lado y una mueca de asco se instaló en su mirada, haciendo que un escalofrío recorriese a Jane cuando el que fuera su prometido se tocó la cicatriz que cruzaba su mejilla.

—Herdford hizo el trabajo sucio. No creas que he olvidado que me marcó de por vida.

Jane endureció su expresión y levantó la barbilla antes de hablar, con la furia recorriendo sus venas.

—Da gracias a que no te mató, que es lo que hubieses merecido.

Jane mantuvo la compostura aún cuando Marlew soltó un pequeño gruñido de ira y se acercó a ella. Cuando estaba a menos de un metro pareció contenerse, cerrando un puño y apretando su mandíbula.

—No vuelvas a acercarte a Esther ni a hablar con ella —exclamó Marlew con tono amenazador, señalándola con un dedo.

Jane frunció el entrecejo intentando saber a qué se refería, hasta que se acordó. El día anterior, durante la velada, la prometida de Marlew junto con otra de sus amistades cruzaron algunas palabras con Jane. La marquesa las instó a que se acercasen a donde se encontraba ella hablando con otras invitadas, entre las cuales se encontraba Jane.

—¿Es porque ayer me viste con ella? Créeme que no tengo intención de hablar nada con tu prometida, fue una casualidad que la marquesa nos incluyera en el mismo círculo durante unos minutos. Estábamos rodeadas de gente, por el amor de Dios —respondió Jane con incredulidad.

—Me da igual. No te quiero cerca de ella, ¿me entiendes? —siseó Marlew con una vena latiendo visiblemente en su frente.

—¿Qué temes? ¿Que le cuente la clase de hombre que es su prometido? ¿Cómo dejó embarazada a una muchacha de dieciséis años y después le pegó una paliza para hacerle perder el bebé? ¿O temes que le diga cómo te dejé cuando me enteré de ello y tú intentaste forzarme?

—¡Calla! —gritó Marlew acercándose hacia ella, cogiéndola de los brazos y zarandeándola para después aprisionarla contra la pared que había a la derecha y que estaba libre de muebles.

—Calla, maldita sea, porque tú sabes que si dices una sola palabra haré de tu vida un infierno. ¿O ya no te acuerdas de cuando difundí el rumor de que quizás no fueras tan virtuosa como hacías creer a todo el mundo? Vamos, Jane, sé sincera, ninguna mujer está tan unida a un hombre como tú lo estás a Herdford si no se ha abierto de piernas para él en alguna ocasión. Pero a mí bien que me lo negaste, ¿verdad? Y luego, cuando encontré satisfacción en otro lugar, mandaste a tu amante para que se vengase. Te has estado manteniendo todos estos años gracias a tu amistad con la marquesa de Danword, pero ella no estará ahí siempre. De hecho, no ha venido, está muy ocupada

con la boda de su hija. No me extrañaría que te diese la espalda cuando te deje tu prometido, el futuro duque, si yo le cuento unas cuantas cosas. Aún no sé lo que ha podido ver en ti. ¿O es que a él también le has dado lo que no me diste a mí? —dijo Marlew antes de aplastar sus labios contra los de Jane, que se debatió con fuerza.

«Otra vez no, otra vez no», pensó aterrada mientras sentía cómo la lengua de Marlew intentaba abrirse paso al interior de su boca.

Jane sintió unas náuseas terribles que la hubiesen doblado en dos si no fuese por la fuerza con la que la sostenía Marlew. Temblaba tanto que no sabía si podría seguir sosteniéndose y entonces, en esa bruma de confusión y absoluto pánico, recordó lo que Dave le había dicho más de una vez. Entreabriendo sus labios, Jane dejó que Marlew entrara en su boca, escuchando su gruñido de satisfacción seguido de un quejido de dolor cuando Jane le mordió con fuerza el labio para inmediatamente después, en cuanto Marlew aflojó su agarre, levantar su rodilla y darle con fuerza donde se encontraban sus atributos masculinos.

Marlew gruñó como un animal herido, y cayó al suelo con el rostro contorsionado por el dolor, sin poder articular palabra.

Jane no titubeó y temblando, sintiendo que se asfixiaba, se dirigió hasta la puerta, la abrió y corrió hasta llegar a una de las salidas principales de la casa.

No escuchó su nombre pronunciado varias veces llamándola a gritos desde la distancia, ni se dio cuenta de hacia dónde se dirigía. Solo necesitaba aire, necesitaba seguir corriendo, huir hasta que la presión que le estrujaba el pecho y las náuseas que sentía en su estómago desaparecieran.

Hunter había terminado de repasar junto a Connolly las cifras de los últimos meses de la naviera. Era increíble lo que Liam era capaz de hacer con los números y las mejoras que entre ambos habían aprobado hacía medio año estaban empezando a dar sus frutos. El marqués gentilmente les había permitido utilizar uno de sus despachos para tal fin.

La necesidad de realizar dicha estimación durante su estancia allí había venido dictada por el escaso tiempo que tenían para determinar la cantidad de dinero de la que disponían sin poner en riesgo la continuidad de la naviera, para asociarse con Braghmon en la fábrica de acero que este pretendía abrir en breve.

Braghmon, conocido de ambos durante su estancia en el extranjero, era un hombre de negocios altamente fiable, que prefería asociarse con ellos antes que hacerlo con extraños. El terreno que necesitaba para levantar la fábrica y de cuyo capital no disponía en su totalidad requería de una asociación y debía ser antes del martes próximo si no quería perderlo a manos de otro postor. La comunicación de ese contratamiento la realizó Braghmon el día anterior a la partida de ambos a la casa de campo de los marqueses, por lo que si esperaban a su vuelta el lunes para hacer la estimación, podían perder su oportunidad.

Convencidos y satisfechos con las cifras que habían arrojado los cálculos de Connolly, recogieron los papeles e informes. Liam los subió a su habitación mientras Hunter se dirigía en busca de Jane y Emma, a las que vio por última vez en una de las salas principales con el grueso de los invitados.

Así que cuando llegó al *hall* intermedio a la estancia hacia la que se dirigía y la vio pasar

corriendo y salir al exterior sin parar ni responder a sus llamadas, fue tras ella, sabiendo que algo no iba bien.

Cuando la alcanzó, tomándola por el brazo, Hunter se alarmó al escuchar el grito que Jane profirió, como si su contacto la hubiese asustado. Cuando vio sus ojos y el miedo que habitaban en ellos, aferrados a su mirada que parecía desenfocada, Hunter la atrajo hasta sus brazos refugiándola en ellos, intentando mantener la calma para descubrir qué diablos había ocurrido.

La sintió debatirse contra él mientras intentaba llegar a ella, hablándole sin cesar, intentando calmarla.

—Jane, tranquila, tranquila. Soy yo, Hunter. Estás a salvo, estás bien. Tranquila.

Tuvo que repetirlo varias veces para que Jane, que no paraba de temblar entre sus brazos, pareciera entender que era él y que no debía temer nada.

—Hun... Hunter —dijo Jane, y su voz temblorosa y asustada oprimió el pecho de Hunter haciéndole apretar los dientes para no soltar un improperio por verla en ese estado.

—Sí, soy yo, preciosa. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ocurre? —preguntó reacio a soltarla; sin embargo, aflojó su abrazo y con una de sus manos levantó la barbilla de Jane con suavidad para que lo mirase. Necesitaba ver su rostro y confirmar que estaba bien.

Las lágrimas que corrieron por las mejillas de Jane le partieron el alma. Sabía que era una mujer fuerte, rebelde y orgullosa. Lo que fuera que la había llevado a ese estado debía de haber sido grave.

Jane cerró los ojos y sollozó con auténtico pesar, desbordando en cada exhalación de aire todo el dolor que sentía. Hunter la acercó de nuevo a él, poniendo una mano sobre su nuca, estrechándola entre sus brazos. Jane se dejó acunar por ellos, apoyando la mejilla sobre su pecho, duro y fuerte, que pareció un puerto seguro donde permitirse llorar como no lo había hecho en años.

El llanto desgarrador de Jane le hizo soltar una maldición. Se sentía impotente, con la necesidad imperiosa de entender que era lo que le ocurría.

—Dime qué ha pasado Jane —dijo Hunter cuando la sintió calmarse lo suficiente.

—No... no puedo —contestó Jane de forma entrecortada.

Hunter volvió a levantar su barbilla de forma suave para que le mirase a los ojos.

—Claro que puedes, y vas a hacerlo. No voy a dejarte marchar hasta que me lo cuentes. Dijiste que confiabas en mí.

La vio negar con la cabeza mientras se soltaba de él y daba un paso atrás, llevándose las manos a la cara donde limpió las lágrimas que aún quedaban, humedeciendo sus mejillas.

—Hunter... —y esa voz mitad súplica y mitad agonía pudo con él.

—Maldita sea, Jane, cuéntamelo o te juro que voy invitado por invitado hasta que descubra qué es lo que ha pasado —dijo Hunter endureciendo sus facciones, y acercándose a ella de nuevo—. Dímelo, Jane.

Jane no podía pensar. Le costaba respirar con normalidad, solo deseaba huir de todo y de todos. Sin embargo, una parte de sí quería abandonarse de nuevo a los brazos de Hunter y contárselo todo. Empezó a respirar con dificultad, sentía que su pecho subía y bajaba pero que el aire no era suficiente.

—Jane mírame, mírame —exclamó Hunter cuando la vio tragar con dificultad—. No dejaré que te pase nada, mataré a cualquiera que intente hacerte daño, pero debes decirme qué es lo que te pasa.

Cuando sus miradas se cruzaron, vio el pánico en los ojos de Jane ante sus últimas palabras y

una idea tomó forma en su cabeza. De forma apresurada, se fijó en su rostro, tocando sus mejillas, revisando su vestido, por si veía alguna herida o contusión, o si sus ropas mostraban algún signo de lucha.

Endureció su mandíbula cuando vio un pequeño desgarrón en su manga izquierda, como si alguien la hubiese sostenido con una fuerza desmedida.

Jane vio la furia arder en los ojos de Hunter y la determinación en su mirada justo antes de que esta se endureciera con una clara intención.

—No, por favor —dijo Jane cuando le vio dar un paso con dirección a la casa, poniéndose delante de él y apoyando sus manos sobre su pecho para frenarlo—. Hunter, dijiste que confiabas en mí.

—El problema, Jane, no es que no confíe en ti, es que tú no lo haces en mí —dijo Hunter con dureza mirándola a los ojos.

Jane tragó saliva antes de contestar porque lo que iba a admitir era difícil.

—Una parte de mí desea contártelo todo, pero otra se siente avergonzada —dijo Jane apartando la mirada de Sathfolk.

Un gesto de incredulidad cruzó el rostro de Hunter.

—¿Avergonzada de qué? —preguntó intentando contener la rabia que bullía en su interior.

Jane quitó las manos que aún tenía apoyadas en el torso de Hunter y dio un paso atrás. Necesitaba algo de distancia entre ambos para poder decirle lo que él deseaba saber. Pareció que habían pasado siglos antes de que Jane comenzase a hablar.

—Avergonzada de haber estado prometida a un hombre como Marlew.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Hunter, bajo cuya mirada se percibió un brillo peligroso.

Jane se removió inquieta, respirando agitadamente, como si en esos segundos se estuviese debatiendo en su interior algo demasiado vital e importante. Hunter supo que había tomado una decisión cuando la escuchó soltar el aire de forma temblorosa y le miró a los ojos fijamente.

—Cuando conocí a Marlew era mucho más joven e ingenua de lo que soy ahora. Al principio todo fue bien. Era cariñoso, respetuoso y parecía que teníamos muchas cosas en común. Ahora, cuando miro atrás, me doy cuenta de que eso era solo un espejismo. Mi error fue ser joven e ingenua y creer que él era un buen hombre. El suyo fue subestimar mi inteligencia y pensar que podría manejarme a su antojo. Cuando murió mi hermano, con el periodo de luto y el estado de tristeza y desolación en que quedé sumida tras su pérdida, nuestros planes de boda quedaron parados. Ese hubiese sido el momento en el que un hombre que dice amarte hubiese estado a tu lado, apoyándote, intentando simplemente con su presencia mitigar en lo posible tu agonía, pero Marlew no hizo eso. Me presionó en el momento en el que más vulnerable me sentía, instigándome a que nos casáramos de inmediato. Decía que no me quedaba familia y que le necesitaba, que era un absurdo postergar la boda. Cuando yo quise esperar porque no podía pensar en nada que no fuese ese vacío enorme que me engullía cada día, él poco a poco se distanció. Me dijo que necesitaba pensar porque yo era una egoísta que solo velaba por mí y mi dolor. —Jane apretó en un puño un trozo de tela de su vestido, como si necesitase aferrarse a algo mientras cada palabra brotaba de sus labios con dificultad—. A Dave nunca le cayó bien, siempre percibió en él esa parte oscura que disimulaba con tanta pericia, sobre todo cuando estaba conmigo. Al contarle a Herdford lo que me había dicho Marlew, me bastó una sola de sus miradas para saber lo que pensaba de él, y comprendí que Dave tenía razón. A pesar de ello disculpé a Marlew porque no quería reconocer que todo ese tiempo había estado engañada —continuó Jane desviando su mirada

del horizonte y mirando fijamente a Hunter a los ojos—. Ese año sobreviví gracias a Dave. Desde pequeños habíamos sido inseparables, confidentes, pero ese periodo en el que cada bocanada de aire dolía, fue él quien me sostuvo, el que me dio las fuerzas que a mí me faltaban. Siempre a mi lado, siempre con una sonrisa y un hombro en el que llorar. Cuando el luto acabó, Marlew quiso retomar inmediatamente los preparativos para la boda, y le dije que no, que esperaríamos unos meses. El motivo oficial era que necesitaba tiempo. La verdad... yo ya no estaba segura de querer casarme con él. Se enfadó, pero aceptó, y esa fue la mejor decisión de mi vida.

Hunter observó la palidez que el rostro de Jane había adquirido de repente y el enrojecimiento que las lágrimas estaban provocando en sus párpados, y sintió como si un puño le apretara el pecho con fuerza.

—Un día la señora Everton vino a mi casa, acompañada de una muchacha que no tenía más de dieciséis años, y que había entrado a trabajar para Marlew unos meses atrás. Everton llevaba muchos años trabajando para la familia de Archibald y es muy amiga de Mary, nuestra ama de llaves.

Hunter vio temblar a Jane y tragar varias veces como si esa parte de la historia fuese la más difícil.

—Las hice pasar y Mary se sentó a mi lado, tomando mi mano. Aquello me pareció muy extraño hasta que supe el motivo de la visita. La muchacha estaba embarazada y el hijo era de Marlew. Al principio no podía creerlo y menos cuando me dijo lo que él le había hecho al enterarse. Cuando me enseñó los moratones por todo su cuerpo, producto de una brutal paliza para que perdiese el niño, apenas si pude articular palabra. Si aquello era verdad, ¿cómo podía estar yo prometida a un hombre capaz de pegar una paliza a una mujer, que además estaba embarazada y que llevaba a su hijo en su vientre con la esperanza de que lo perdiese? Everton me dijo que su amistad con Mary, de quien sabía que me quería como a una hija, fue el motivo por el que se atrevieron a contármelo, para que supiese cómo era en verdad Marlew. No pude dejar de pensar en esa pobre muchacha y en todo lo que había sufrido y me sentí mal, me sentí morir, no solo por ella sino también por no haber sido capaz de haber visto cómo era Marlew. ¿Podría haber hecho yo algo para evitar aquello? Creí que me volvería loca. No pude enfrentarme a él hasta dos semanas después, cuando volvió a Londres. Había estado llevando asuntos de su padre en la propiedad que tienen en Herdfordshire. Así que cuando Marlew me visitó tras su vuelta le dije que lo sabía todo. Al principio lo negó y se enfureció, pero cuando vio que no podía engañarme, su silencio fue revelador. Le dije que nuestro compromiso estaba roto y que no quería volver a verlo en mi vida.

Las lágrimas empezaron a desbordar los ojos de Jane, que parecía perdida en los recuerdos, y Hunter apretó los puños para poder controlar su furia, una que le estaba costando todo su autocontrol mantener a raya.

—Y entonces se volvió loco. Me acorraló contra el sofá y me tapó la boca.

Los temblores de Jane estaban desgarrando a Hunter por dentro. No pudo controlar un gruñido de rabia cuando escuchó sus palabras.

—Y me dijo susurrando al oído que no había estado esperando todo aquel tiempo para que ahora me hiciese la digna y la ofendida por cosas que pasaban todos los días y a las que yo no debería haber prestado oído. Que así era la vida y que tenía que aprender a callar y ser una buena esposa. Que él me enseñaría cómo y que empezaría por doblegar esa vena rebelde que no podía tolerar. Me... me besó y empezó a tocarme. Yo intenté luchar, pero él era mucho más fuerte. Sentí náuseas y en lo único en que podía pensar era en que mi tía estaba en la planta de arriba y que

Mary estaba a solo unos metros de distancia en la cocina, y sin embargo nada iba a impedir que él me... me...

Hunter vio cómo Jane se llevaba una mano al pecho como si le costase respirar. Dio un paso para acercarse a ella y abrazarla, tenía que hacer algo para aliviar el sufrimiento que estaba viendo en sus ojos, el dolor que desprendía por cada uno de sus poros o el que perdería el poco control que le quedaba en ese instante sería él.

—No te acerques. Quédate ahí o no podré terminar, y necesito terminar —dijo Jane con un sollozo.

Hunter apretó los dientes. La impotencia lo estaba matando, pero en ese momento lo único que importaba era Jane y lo que ella necesitaba, así que se mantuvo a distancia.

—Creí que nada podría evitarlo hasta que sentí que me lo quitaban de encima. Caí de rodillas y no fui consciente de lo que ocurría a mí alrededor hasta que el ruido incesante de los golpes y los gritos de Mary me hicieron volver a la realidad.

Jane se quedó callada un instante, como si intentase reunir fuerzas para seguir hablando. La vio soltar la tela de su falda que durante todo el rato había apretado en su puño.

—¿Quién? —preguntó Hunter de forma contundente.

Jane le miró y una pequeña sonrisa se instaló en sus labios pálidos igual que su tez. Se la veía tan frágil y a la vez era tan fuerte que Hunter deseó abrazarla y no soltarla jamás.

—Herdford fue el que impidió que Marlew consiguiera lo que perseguía. Dave había ido a verme ese día, tenía algo importante que decirme y fue él quien que nos encontró, el que separó a Marlew de mí y el que lo golpeó hasta casi matarlo. Grité cuando fui consciente de lo que estaba pasando y le pedí que parase, se lo supliqué. Algo de lo que le dije tuvo que filtrarse a través de su furia porque lo hizo. Me miró, se acercó a mí y me abrazó. Estuvimos así durante mucho rato. Él no me soltó durante lo que parecieron horas, hasta que Marlew volvió en sí y se incorporó con dificultad para enfrentarse a él. Fue cuando Dave le retó a duelo.

Jane tomó aire. Las lágrimas volvieron a humedecer sus ojos.

—Sabía que Dave lo mataría si proseguía con su idea del duelo, y no podía permitirlo. No por Marlew, sino por Dave. Los duelos son ilegales. Dave podría acabar en la cárcel o muerto si algo salía mal. Así que le supliqué que no fuese. No hubiese podido soportarlo. Me dijo que no me preocupase, prometiéndome no matarlo, y cumplió su promesa. No le mató, pero lo hirió y lo marcó —dijo Jane señalándose la mejilla y Hunter entendió entonces el origen de la cicatriz que había visto en el rostro de Marlew y la mirada que había visto dirigirle al rubio, llena de odio, tocándose la mejilla la primera vez que lo vio.

—No había vuelto a hablar con él desde entonces.

—¿Y qué es lo que ha pasado hoy, Jane? —preguntó Hunter con un tono de voz duro, intentando mantener la calma por ella aun sabiendo que en el instante en que Jane le confirmara sus sospechas mataría a ese bastardo.

—Marlew me ha dicho que no quiere que me acerque a Esther, su prometida. Nos vio intercambiar unas palabras ayer cuando la marquesa nos incluyó en la misma conversación.

—¿Te ha amenazado? Es él el que te ha hecho ese pequeño desgarrón en el vestido, ¿verdad?

La mirada asustada que le dirigió Jane fue todo lo que necesitó Hunter antes de gruñir por lo bajo y salir andando para la casa.

—Hunter, detente, no ha pasado nada —dijo Jane con voz desesperada. No quería que lo que pasó la última vez volviera a suceder.

—¿Nada? —preguntó Hunter y la mirada que le prodigó decía que no la creía en absoluto.

— Hunter, no tienes ningún derecho —exclamó Jane tomándole del brazo.

Hunter detuvo el paso y se volvió hacia ella.

—Te he contado mi historia con él y lo que ha pasado hoy, pero eso no te da derecho a defender mi honor —dijo Jane con autoridad. Estaba temblando de miedo y eso le hizo ser brusca.

Jane vio la mirada de Hunter endurecerse hasta límites insospechados al escuchar sus palabras. Le sostuvo la mirada unos segundos antes de apretar los dientes y reanudar el paso.

—Hunter, ¿acaso has escuchado lo que te digo? ¡Para! —exclamó Jane desencajada.

Hunter se volvió con rapidez y Jane sintió la furia ahora más visible que nunca en sus ojos gris humo. Incluso su cicatriz, esa que le surcaba la mejilla, había adquirido una palidez extrema.

—¿Qué temes, Jane? ¿Que le pase algo a Marlew? —Y la voz de Hunter, siempre templada, sonó afilada como la hoja de un cuchillo. Su tono se había elevado en un claro estado de ira.

Aquella pregunta hizo que los ojos de Jane se agrandaran y contestara sin medir sus palabras, estallando después de todo la tensión que estaba sufriendo ese día.

—¡No! No, maldita sea, ¡temo lo que pueda pasarte a ti! ¿Es que acaso no has escuchado lo que sentí cuando Dave retó a Marlew a duelo? ¿No entiendes que si te tomas la justicia por tu mano podría traerte graves consecuencias? No podría soportarlo —acabó Jane con la voz rota y llevándose una mano al estómago, como si se sintiera mal de repente.

Cuando alzó la vista hasta Hunter vio el cambio en su expresión. Tenía los puños apretados y su respiración era agitada, pero sus ojos... Dios, esos ojos la estaban mirando como si no hubiese nada más en este mundo. Con una intensidad, una necesidad y un deseo que barrió todo a su alrededor y la dejó paralizada. Jamás nadie la había mirado así y el temblor que sacudió su cuerpo en ese instante no tenía que ver con el miedo sino con una reacción visceral a la mirada de Hunter, que la tenía cautiva como si la hubiese anclado a él. Le vio desviar un momento la mirada como si intentase controlar algo, para después posarla en ella de nuevo con ternura, calidez, y asombro, sumándose a todas las demás emociones que no habían abandonado los ojos de Hunter desde que Jane había dicho sus últimas palabras.

Hunter acortó el escaso espacio que había entre los dos y posó una de sus manos en la mejilla de Jane, dándole tiempo para que ella se apartara si así lo deseaba. Lentamente, bajó rostro al de ella y cuando sintió el pequeño suspiro que escapó de sus labios, no pudo soportarlo más y los cubrió. Eran suaves, tiernos, apasionados, y lo estaban volviendo loco. Hunter fue despacio, lentamente, saboreando los labios y la boca de Jane como si tuviesen todo el tiempo del mundo. Deleitándose con sus respuestas, con cada suspiro, cada pequeño gemido; en la forma natural, tímida y a la vez vehemente con la que se estaba entregando a aquel beso. Saboreó el interior de su boca de forma voraz, hambrienta, y ella le siguió. El beso se volvió necesitado, demasiado exigente para la salud mental de Jane y para el deseo ardiente de Hunter. Fue él quien rompió su unión antes de que no pudiese detenerse. Jamás había perdido el control de aquella manera.

Los dos jadeantes, con el corazón tronando en sus pechos, necesitaron unos segundos para recuperar el aliento. Fue Hunter quien habló primero, abrazando a Jane contra él.

—Te prometo que no haré nada por lo que puedas preocuparte. No lo mataré, aunque sea eso lo que merezca, pero no puedes evitar que lo busque y le deje claro que mirarte, hablarte o respirar en tu misma dirección tendrá a partir de ahora como precio su vida —dijo Hunter con fervor—. Confía en mí —continuó antes de separarse lo suficiente para que ella le mirase a los ojos.

—Lo has prometido —dijo Jane y Hunter vio en sus ojos todo lo que le había costado a Jane decir esas palabras y confiar en él.

Anduvieron juntos hasta la casa y cuando llegaron allí, lady Hunsword, que los estaba

buscando, se quedó blanca cuando vio el rostro de Jane.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Emma cuando llegó hasta ellos después de excusarse con lady Dandrew, con la que había estado conversando un buen rato, siguiendo esta su camino hasta la sala contigua donde había otras damas.

—Emma, ¿puedes quedarte con ella? —le preguntó Hunter mirando directamente a lady Hunsword a los ojos.

Emma vio la furia contenida en la mirada de Hunter y el rostro pálido de Jane y supo que algo grave había ocurrido.

—Por supuesto —contestó Emma, que vio como Hunter rozaba la mejilla de Jane con suma delicadeza antes de darse la vuelta y desaparecer.

—¿Qué ha pasado? —preguntó nuevamente Emma llevándose a Jane a un lugar más retirado e íntimo. No quería que nadie la viese en ese estado. Tenía los ojos rojos e hinchados y la tez pálida. No quería cotilleos a su costa.

No habían dado mas que unos pasos cuando Dave las vio. Se dio cuenta hacia donde se dirigían y la forma en que Emma sujetaba a Jane como si esta necesitara apoyarse y apresuró el paso hasta alcanzarlas cuando estas entraban en una pequeña sala de música que en ese momento estaba vacía.

—Jane —dijo Dave cerrando la puerta tras de sí y sorprendiendo a las dos hasta tal punto que ambas dieron un pequeño respingo.

Jane no le miró, y eso fue suficiente para que Dave acortara la distancia y, con delicadeza, cogiera la barbilla de su amiga haciendo que le mirase a la cara. Cuando vio su rostro, el semblante de Dave cambió, sus facciones se endurecieron y su mirada se tornó gélida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a Jane y a Emma.

Emma le miró negando con la cabeza antes de hablar.

—No lo sé. Hunter me ha dicho que me quede con ella y ha salido con prisa.

—Estoy bien —dijo Jane apresuradamente—. Por favor, Dave, prométeme que no harás una locura. Que buscarás a Hunter y que no dejarás que él tampoco la haga —dijo Jane, y tanto Emma como Dave notaron la desesperación con la que pronunció cada una de esas palabras.

Dave no había dejado de mirarla, y vio en sus ojos todo lo que necesitaba saber.

—Marlew —afirmó más que preguntó Dave, con un tono de voz grave y que podría congelar el mismísimo infierno.

—No me ha hecho nada, pero me acorraló en el pasillo, me metió en una habitación y me dijo que no me acercara a su prometida.

—Jane... —dijo Dave dubitativo, interrogante porque sabía que había más. Jane no se hubiese puesto así solo por eso.

—Me besó a la fuerza y me apretó contra la pared. Le di un rodillazo como me enseñaste y me escapé.

Dave dio un paso hacia atrás y miró a Emma, antes de volverse y salir por la puerta a toda prisa. Tanto Emma como Jane sabían que aquel bastardo tenía las horas contadas.

CAPÍTULO XVII

Hunter lo encontró en una de las salas charlando con otros caballeros. Su expresión era risueña, como si el maldito bastardo no hubiese hecho nada. Con paso apresurado, se acercó a ellos y, sin ningún tipo de ceremonia, los interrumpió.

—Debo hablar algo importante con lord Marlew, así que, si nos excusan... —dijo Hunter mirando a los otros dos hombres con una determinación y frialdad que hizo que ambos se despidiesen de Marlew hasta más tarde.

—¿Pero que se cree que...? —comenzó a decir Marlew aunque calló de golpe cuando Hunter lo cogió del brazo y lo miró. Marlew abrió los ojos cuando vio la furia apenas contenida en los de Hunter.

—Vamos a salir fuera ahora mismo a tener una pequeña charla —dijo Hunter y las palabras sonaron gélidas como el mismo hielo.

Marlew se recompuso, pero no opuso ninguna resistencia. Se soltó de mala manera de Hunter y delante de él enfiló el camino para salir de la casa. Hacía rato que había dejado de llover, pero el aire era húmedo y de vez en cuando unas gotas casi inexistentes acariciaban el aire antes de perderse en él.

Cuando salieron al exterior, Hunter, con un gesto de cabeza, le señaló que siguiera andando hasta que llegaron a la altura de unos árboles que podían verse desde el ala izquierda de la casa donde no estaban alojados los invitados, sino que estaba reservado al servicio.

Marlew paró cuando llegaron hasta allí y se enfrentó a Hunter con la cara llena de indignación.

—No sé quién se ha creído que es o lo que Jane le ha cont...

El primer golpe ni lo vio venir. Hunter le dio un puñetazo que lo mandó al suelo con un ronco gemido.

—¿Está loco? Maldito hijo de...

El segundo se lo dio tras agarrarlo de la chaqueta para ponerlo en pie. Solo entonces volvió a impactar su puño contra su rostro, volviendo a tirarlo al suelo.

Marlew se arrastró hacia atrás hasta que su espalda chocó con el tronco de un árbol, con una expresión de incredulidad en su cara y miedo en sus ojos. Su labio estaba partido y sangraba al igual que su ceja derecha. Intentó revolverse cuando Hunter lo volvió a tomar por la chaqueta y lo levantó, dándole un tercer golpe en la espalda que le hizo gruñir cuando lo aprisionó contra el árbol y le puso su antebrazo bajo el cuello, haciendo que Marlew casi tuviese que boquear en busca de aire.

Unos pasos apresurados hicieron que Hunter volviera la cabeza sin disminuir la fuerza con la que sujetaba a Marlew.

La expresión que tenía Herdford en el rostro cuando llegó hasta ellos le dijo a Hunter que sabía lo que había pasado con Marlew. Seguramente había visto a Jane y esta le había contado algo, porque estaba seguro por los ojos del rubio que la intención que traía era la de hacer sufrir al bastardo del exprometido de Jane hasta matarlo. Pues que se pusiera a la cola, porque él iba a dejar bien poco de aquel malnacido.

—Herdford... se ha vuelto loco —dijo Marlew entre dientes mirando a Dave y refiriéndose a Hunter.

Dave le lanzó una mirada a Marlew que podía haberlo matado antes de mirar a Sathfolk, que a

su vez alzó una ceja antes de dirigirse a él.

—¿Quieres decir algo?

—No —dijo Dave cruzándose de brazos y apoyándose en otro árbol—. Por lo que puedo observar, por ahora lo llevas muy bien. Esperaré hasta que termines.

Hunter volvió de nuevo la atención sobre Marlew, que se estaba poniendo algo azul por la falta de aire. Aflojó lo suficiente su agarre para que este pudiese contestarle.

—Jane me ha dicho que la has amenazado.

—Miente —dijo Marlew demasiado rápido.

Hunter le dio un puñetazo en el estómago que hubiese hecho doblarse en dos al bastardo de no haber estado él sujetándolo.

—Di algo como eso nuevamente y será lo último que hagas —dijo Hunter entre dientes.

—Yo... yo... le he dicho que no quiero que hable con mi prometida, nada más.

Hunter le miró a los ojos, sintiendo que la promesa que le había hecho a Jane le iba a costar la vida misma cumplirla.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Hunter entre dientes.

—Sí —dijo Marlew.

Un sonido de disconformidad proveniente de los labios de Herdford llamó la atención de Hunter.

—Jane me ha confesado que la besó a la fuerza y la aprisionó contra la pared. Si no le hubiese pegado un rodillazo en los huevos y se hubiese escapado, quizás ahora tendríamos que lamentar algo más —dijo Dave lentamente y Hunter lo vio todo rojo cuando las palabras de Herdford calaron en su interior.

—No... no, lo juro... no tenía intención de hacerle daño, solo quería asustarla pero yo jamás... —intentó decir el vizconde antes de sentir que se le iba la vida.

Hunter apretó el cuello de Marlew con fuerza, y vio el miedo acerado en los ojos de aquel despreciable. Un poco más y podría quebrarlo.

Lo soltó de repente cuando Marlew estaba a punto de perder el conocimiento. La tos sobrevino al vizconde, que se tocaba el cuello intentando recuperar el aire que le faltaba a sus pulmones, pero eso no le impidió que fuese hacia Hunter, intentando chocar con él para tirarlo al suelo. El resultado fue que el conde utilizó ese movimiento y la fuerza que llevaba Marlew para, cuando él se apartó, cogerlo por detrás y estamparlo contra otro árbol. El sonido que se escuchó cuando la cabeza del vizconde impactó hubiese hecho encoger a cualquiera que sintiese algo de piedad por él.

Marlew cayó al suelo con la boca llena de sangre, dejando ver su dentadura antes perfecta y donde ahora dos piezas se habían partido. El dolor era palpable en las facciones del vizconde.

Hunter se acercó a él. Marlew se quejaba de su hombro derecho, el cual seguramente se le había dislocado con el golpe.

—No quiero verte jamás cerca de Jane. No hablarás con ella ni la mirarás, y si alguna vez te acercas lo suficiente para respirar el mismo aire, no habrá lugar en la tierra donde puedas esconderte en el que no te dé caza y después te mate lentamente, ¿me entiendes? —preguntó Hunter y no contento con la rapidez en la respuesta del vizconde, Sathfolk le hundió los dedos en el hombro haciendo que Marlew soltase un alarido de dolor—. Y eso no será lo último que haga, porque antes hundiré a tu familia, social y económicamente.

Marlew, que respiraba con dificultad entre dientes, asintió esta vez rápido.

Hunter lo cogió y lo puso en pie, apoyándolo con la espalda contra el árbol para que pudiese

sostenerse.

—Me da igual la excusa que pongas, pero quiero que te vayas de aquí en cuanto recojas tus cosas.

—No puedo irme ahora así... he venido con mi prometida y sus padres.

Hunter se acercó nuevamente y Marlew se hizo un ovillo.

—De acuerdo, de acuerdo... me iré, ¡me iré! —exclamó desesperado Marlew cuando vio la intención de Hunter. —Me iré esta misma noche, malditos... —dijo el vizconde con puro odio en la mirada—. Desde luego se merecen el uno al otro. Jane no podía caer más bajo relacionándose con un hombre que a pesar de su título no es un caballero y cuyo socio es un sucio irlandés.

A Hunter no le dio tiempo a reaccionar antes de ver el puño de Herdford, que con un movimiento rápido, impactó en el rostro de Marlew partiéndole la nariz. Cuando el vizconde cayó al suelo retorciéndose de dolor y sangrando profusamente, Dave se agachó sobre sus talones para dirigirse a él.

—Tendría que haberte matado cuando tuve ocasión. Si vuelves a acercarte a Jane y me entero, juro que si no te mata Sathfolk lo haré yo. Y no te atrevas jamás a dirigirte a Connolly como acabas de hacerlo. No eres digno ni de decir su nombre —dijo Dave con un tono que hizo que Marlew, a pesar de estar retorciéndose de dolor, se encogiera hacia atrás para apartarse más de él.

Cuando Dave se levantó y Hunter cruzó su mirada con él, empezó a entender, por primera vez desde que le conoció, por qué era tan especial para Jane, por qué tenía el amor incondicional de lady Hunsword, y empezó a encajar unas piezas a las que hasta entonces no les había encontrado sentido.

Esa misma tarde, unas horas antes de la cena, Marlew, su prometida y los padres de esta abandonaron la casa de campo de los marqueses de Amberbike. La marquesa esa misma noche le comentaría a lady Hunsword que Marlew había sufrido un desafortunado accidente cayéndose por las escaleras exteriores de la propiedad y que estaba bastante herido, con lo que habían decidido adelantar su marcha a Londres ese mismo día.

Cuando Sathfolk y Herdford regresaron, Jane, mucho más tranquila, se abrazó a Hunter ante la mirada de lady Hunsword, que se puso de pie y la de Dave, que entró en la pequeña sala de música tras Hunter y cerró la puerta, para evitar miradas indiscretas.

Hunter contuvo el aire cuando la tuvo entre sus brazos. El hecho de que ella hubiese reaccionado así significaba mucho para él. Fue totalmente inesperado, un gesto que le emocionó más de lo que hubiese imaginado. La abrazó, sintiendo que el mundo era un lugar mucho mejor de lo que era solo unos segundos antes, que valía la pena cualquier cosa que hiciese por ella.

Un movimiento al lado de la puerta llamó su atención. Era Herdford, que se despedía discretamente de Emma. Unas pocas palabras dichas casi en un susurro de las que Hunter no pudo entender nada.

La mirada de Emma destiló preocupación y algo más que no pudo descifrar. Entonces Herdford le miró durante unos segundos. La fuerza del sentimiento que vio en los ojos del rubio, esa sonrisa sesgada teñida de cierta añoranza, casi melancolía, quedó totalmente relegada por la esperanza

que desprendieron sus pupilas al fijar su mirada en la pareja que hacían Jane y Hunter. La leve inclinación que hizo Herdford con la cabeza a Hunter, acentuando levemente su sonrisa antes de salir silenciosamente de la habitación como si no quisiese perturbar el momento, conformándose con ser el testigo de ese instante, y retirándose para darles la privacidad de disfrutar de ese lazo de complicidad, de confianza que se había forjado entre él y Jane hizo que Hunter lo respetara más de lo que nunca lo había hecho antes.

—¿Vas a contarme ahora qué es lo que ha pasado? —preguntó Connolly a Hunter con cara de no admitir un no por respuesta.

La cena había acabado hacía horas. Jane y lady Hunsword se habían retirado y Herdford, al que había visto hablar con Jane durante un buen rato antes de que su prometida se retirase, no sabía exactamente dónde estaba. El rubio no los había acompañado a la sala donde algunos caballeros habían acudido a fumar y beber una copa de un excelente coñac de reserva que el marqués había insistido en ofrecerles.

Ahora él se encontraba con Connolly, ambos sentados en unos cómodos sillones, distantes de los otros pequeños grupos que se habían formado y que hablaban animadamente.

Hunter había hablado con Jane y le había pedido permiso para contarle a Connolly lo que había ocurrido. Cuando Liam los vio al salir de la sala de música, era imposible no darse cuenta por la expresión del propio Hunter y la cara de lady Hunsword y Jane de que algo había pasado. La marcha apresurada de Marlew y los nudillos ensangrentados de Hunter hicieron el resto. Jane le dijo que si él confiaba en Liam, ella confiaría en él. Ese fue otro gesto que lo sorprendió y que agradeció profundamente a su prometida.

Y ya que ella le había dado su consentimiento, Hunter pasó a relatarle a Liam todo lo que había acontecido con Marlew y la historia de Jane con él. Mientras exponía los hechos la expresión de su socio fue endureciéndose, y su semblante adquirió una furia velada que Hunter conocía bien.

Cuando terminó, Hunter bebió un poco de coñac y Connolly guardó silencio unos segundos, con la mandíbula apretada y la ira concentrada en sus pupilas. Sabía que la historia de Jane podía haber devuelto a su amigo unos recuerdos amargos que llevaba más de una década queriendo olvidar.

—Le hice una promesa a Jane, pero me costó la vida misma mantenerla. Le hubiese matado en ese preciso momento —dijo Hunter apretando el vaso en su mano. El haberle relatado a Liam lo acontecido hizo que toda la rabia que había sentido correr por sus venas volviese con fuerza a su fuero interno.

—Hay cosas peores que la muerte. Ese bastardo va a tener que aprenderlo por las malas —contestó Liam y a Hunter le gustó su razonamiento.

—Una de las razones por las que Jane no me lo quería contar es porque dice que estaba avergonzada de haber estado comprometida con Marlew.

Connolly vio un pequeño destello de dolor en los ojos de Hunter al confesarle aquello.

—Dolió escucharla decir esas palabras. Verla sufrir por algo de lo que ella no es culpable... Ese cabrón la ha lastimado hasta la saciedad y es ella la que se siente avergonzada. Le hubiese sacado el corazón por la garganta a Marlew nada más que por eso.

Liam asintió sin dejar de mirar a su socio.

—Te entiendo. Cuando quieras y como quieras —dijo Connolly con gesto amenazador y Hunter sonrió a su pesar. Después sacudió la cabeza y volvió a sonreír.

—¿Qué pasa? —pregunto Liam

Hunter tomó otro trago antes de contestar.

—Ese cabrón de Marlew tiene suerte de que tanto Herdford como yo le hiciésemos una promesa a Jane. Por la mirada de Herdford cuando llegó, no creo que esta vez se hubiese conformado solo con marcarlo —dijo Hunter con una mirada misteriosa que hizo a Liam fruncir el entrecejo—. La primera vez que los vi juntos, la compenetración que tenían, como si pudiesen comunicarse solo con la mirada... —continuó Sathfolk y Liam comprendió que se estaba refiriendo a Jane y Herdford—. Tengo que reconocer que me inquietó. Quería pensar que lo que me dijo Jane, que eran como hermanos, era cierto y que esa conexión era puramente fraternal, pero la idea de que ellos realmente no compartían lazos de sangre siempre volvía a mi mente. La protección de Herdford hacia Jane, ejercida con una sutileza exquisita pero presente en todo momento me hizo pensar que quizá por parte de alguno de ellos dos existiera algo más que unos fuertes sentimientos fraternales. Y eso me hizo en cierto momento ser mezquino. Porque mi instinto me decía que bajo la apariencia superficial y cínica de Herdford, había un hombre al que en cualquier otra situación le hubiese dado una oportunidad. Sin embargo y a pesar de ello, de caerme bien, empecé a sentir celos. Jamás me vi en una situación semejante porque nunca había sido un hombre con tales impulsos irracionales. Pero ahí estaban y eran inconfundibles. Eso me hizo darme cuenta de que los sentimientos que había empezado a albergar por Jane no eran pequeños brotes imberbes, sino un entramado complejo de raíces que se habían aferrado bien a cada ámbito de mi vida.

Connolly alzo una ceja.

—Vamos, que estás enamorado de Jane como un imbécil y que Herdford te cae bien pero lo que en verdad te apetece es darle una paliza porque piensas que puede que sienta algo por Jane, o lo que es peor, que ella sienta algo por él —dijo Liam tomando un sorbo de coñac. Hasta ese momento no lo había probado, pero tras las últimas palabras de Hunter no sabía por qué, había sentido la necesidad de beberse la copa entera.

—Como siempre, un resumen perfecto —dijo Hunter asintiendo con la cabeza y una pequeña sonrisa de satisfacción cruzó por sus labios cuando vio a Connolly beber algo alterado.

—Hace tiempo que sé que Jane no siente ese tipo de afecto por él. Sé que lo quiere muchísimo, sé que incluso daría su vida por él, pero no está enamorada de él —dijo Hunter y vio a Liam endurecer la mandíbula.

—¿Entonces piensas que él está enamorado de ella? ¿Temes que cuando comprenda que tus sentimientos son serios, y que no es para ti un simple acuerdo, se interponga? —preguntó Connolly con el tono de voz más duro del que pretendía utilizar.

Hunter miró a Liam fijamente. Quería ver su reacción después de lo que iba a decir.

—No, no lo creo. Ahora no. Creo que Herdford siente algo por alguien, pero esa persona no es Jane.

Liam, que estaba a punto de dejar su copa en una pequeña mesa, paró el movimiento de golpe y giró la cabeza rápidamente, fijando sus ojos en los de Hunter.

—¿Entonces quién es? —preguntó Liam y Hunter escrutó los ojos de su socio.

Le conocía demasiado bien. Ambos lo hacían. Llevaban juntos desde hacía diez años y habían pasado por muchas cosas, como burlar a la muerte más de una vez, salvándose mutuamente.

Habían compartido esa clase de experiencias que crean un vínculo y una camaradería imposible de borrar ni con el tiempo ni con la distancia. Era una de esas amistades que duraría toda una vida. Sabía que Connolly era como un muro, insondable y duro. Visceral hasta decir basta, mantenía a raya su genio y su carácter endiabladamente volátil con un autocontrol envidiable. Se había hecho a sí mismo con una tenacidad y una valentía que admiraba profundamente, sobre unas heridas abiertas que sangraban todavía a pesar de la lejanía.

No tenían secretos. A lo largo de aquellos años habían salido a divertirse infinidad de veces juntos y Hunter conocía las relaciones esporádicas de Liam. Siempre había obtenido la atención de las mujeres allí donde iban sin esfuerzo alguno, y a pesar de gozar de esa intimidad, nunca le había visto enamorarse ni forjar algún lazo más profundo que una simple noche de placer. Sabía que alguna vez, Liam había buscado esos momentos en otros brazos que no habían sido los femeninos. Hunter nunca tuvo problema alguno con ello. Creía firmemente que lo que dos personas adultas hicieran en su intimidad era solo cosa de ellas dos. Y así se lo hizo saber a Liam una vez que por accidente acabó por enterarse.

—Tengo mis dudas, pero sé que no es Jane —dijo Hunter quitándole importancia.

Connolly frunció el ceño por la repuesta de Hunter.

—¿No puedes decírmelo? —preguntó Liam, y Hunter apreció un tono exigente en las palabras de su socio y amigo.

—¿Te interesa saberlo? —preguntó Hunter como si nada—. Pensé que lo que Herdford hiciese o dejase de hacer te era indiferente. Claramente lo odias, ¿no es así?

La mirada de Connolly se endureció y una frialdad extrema se instaló en sus pupilas.

—A veces lo que ves es lo que hay, Hunter, y ese maldito aristócrata es un niño malcriado arrogante, superficial y engreído, que no ha tenido que luchar por nada en esta vida y que no sabe lo que es sufrir. Efectivamente, me importa una mierda, y si lo soporto es porque para tu prometida es importante.

Hunter le vio tomarse lo que le quedaba de coñac y levantarse.

—Voy a retirarme, si no te importa. Creo que deberías hacer lo mismo. Hoy ha sido un día largo y hemos quedado temprano para ir a caballo a recorrer los alrededores. Recuerda que estoy haciendo esto porque me lo pediste. Si por mi fuese, ya habría prendido fuego a esta maldita casa de campo.

Hunter vio a Liam irse con paso firme y la mirada desafiante.

Una sonrisa volvió a extenderse por los labios. No iba a ser fácil, quizás imposible, pero su instinto nunca le había fallado y esperaba que no lo hiciese ahora.

Liam anduvo el largo pasillo y cruzó varias salas hasta llegar al *hall* donde estaban las escaleras para subir a las habitaciones. El sonido de unas notas de piano llegó hasta él y le hizo detenerse y buscar con la mirada su origen.

No conocía esa pieza, nunca la había escuchado. La ejecución era buena, la interpretación sublime. Cada nota hacía que su interior vibrara con un sentimiento abrumador. Siguió su sonido hasta que llegó a una sala cuya puerta entreabierta dejaba el hueco necesario para poder ver su interior. Un piano al fondo captó toda su atención. Una figura estaba sentada frente al instrumento musical y tocaba sus teclas como si las mimase, como si las acariciara, desnudando su alma en un fragmento particularmente melancólico.

Liam sintió cada nota como si se le clavara en el pecho, como si ese dolor de alguna forma fuese suyo. Y entonces le reconoció. Sin chaqueta, con la camisa remangada casi hasta los codos y el nudo desbaratado. Sus manos ágiles se deslizaban sobre las teclas del piano arrancando de él un lamento que le hizo tragar saliva sin poder apartar la mirada de él.

Herdford tenía los ojos cerrados y cada poro de su piel, cada pizca de conciencia, cada sentimiento, cada hálito de aire, estaba puesto en la interpretación de aquella melodía.

Liam no pudo moverse, sin atreverse a respirar, durante demasiado tiempo, hasta que apretó uno de sus puños, endureció su expresión y se volvió directo a las escaleras, lejos de esa melodía y lejos de aquel hombre.

CAPÍTULO XVIII

Las caballerizas de la casa de campo estaban formadas por un recinto grande y espacioso donde se cobijaba el gran número de caballos que los marqueses poseían, entre ellos algunos purasangres.

Después del desayuno, Jane, Hunter, Connolly y Herdford se dirigieron hacia allí. Los marqueses habían puesto a disposición de sus invitados sus caballos para que los que no hubiesen llevado montura propia pudiesen disfrutar de un paseo por los alrededores cuando les apeteciera. Hunter y Herdford se habían acercado al amanecer y habían elegido, junto al encargado de los establos, el caballo idóneo para cada uno de ellos, comunicándole la hora a la que debían estar listos.

En su camino hacia los establos, el grupo se cruzó con varios invitados que volvían de un agradable paseo y otros que salían de las caballerizas. Entre ellos, Hunter distinguió a Whitbourg, el hermano de Herdford, el cual inclinó levemente la cabeza como saludo cuando pasó por su lado.

Jane entró junto a Hunter. Ese día llevaba un traje de amazona en tonos verdes que resaltaba sus ojos. Connolly y Herdford entraron detrás y pronto el encargado de las caballerizas llevó hasta ellos los caballos que habían elegido esa misma mañana Hunter y Dave. El encargado alabó el buen ojo y gusto de los dos cuando se decidieron por esos purasangres. Una hermosa yegua para Jane, blanca con una marca en la frente que parecía un diamante, más dócil y tranquila, llamó la atención de todos. Era una auténtica preciosidad. La que eligió Hunter para Connolly también era menos briosa. Sin embargo, Hunter y Herdford, excelentes jinetes, optaron por monturas más enérgicas y fuertes. Dentro del establo también se encontraban en ese instante el marqués y el barón de Monlite. Cuando les vieron llegar, ambos se mostraron interesados en acompañarlos y así Amberbike, como anfitrión, tendría la oportunidad de enseñarles parajes que, de no ser mostrados por alguien que conociera la propiedad, podrían pasar inadvertidos.

Llevaban media hora cabalgando, deteniéndose en los lugares que el marqués les indicaba, explicándoles cuando la ocasión lo requería el origen o la transformación y mejora de los parajes que iban divisando, cuando en una explanada amplia y extensa se pusieron al galope. El caballo que montaba Herdford y que había estado intranquilo durante gran parte del recorrido, haciendo que el propio marqués se extrañara por ello, siguió intranquilo y Dave redujo la velocidad quedando a la altura de Jane. El marqués y el barón iban muy por delante, sacándoles bastante ventaja.

Y en un instante, la locura se desató. Tritón, el caballo que montaba Dave, hizo un extraño, como si se revolviere. Dave intentó controlarlo cuando otro menos habilidoso no hubiese tenido opción. El animal levantó las patas delanteras varias veces, quedándose solo apoyado en las traseras, con furia, como si estuviese sufriendo. El caballo de Jane, que estaba a su lado, ante tal gesto, se puso nervioso y se desbocó, volviéndose incontrolable. Dave, percatándose del peligro intentó alejarse lo máximo posible de Jane pero el caballo de su amiga ya había salido sin control en una carrera ingobernable y Hunter, con un gruñido y la cara distorsionada por la preocupación,

salió tras ella como alma que llevaba el diablo.

Los segundos en los que Dave estuvo pendiente de Jane fueron decisivos para que perdiese la concentración y el precario equilibrio que mantenía sobre Tritón, que encabritándose con furia una vez más, tiró a Herdford del caballo.

Connolly iba en último lugar, unos metros por detrás de todos los demás. Sabía montar a caballo pero no era algo de lo que disfrutara especialmente. Prefería ir más despacio, al trote, antes que hacer locuras en una actividad que no controlaba como lo hacían Hunter o Herdford. Por eso, cuando todo el caos estalló, pudo verlo con claridad desde su posición. Se quedó paralizado cuando vio cómo Herdford intentaba mantenerse encima de su montura, a pesar de las endiabladas sacudidas que el caballo ejecutó. Sintió el peligro en sus huesos cuando le vio intentar dominar al animal y el vértigo le atenazó cuando le vio alejarse de Jane, aun cuando no fue suficiente para evitar que el caballo de la prometida de su socio saliese desbocado y Hunter detrás, intentando evitar un desastre. Sin embargo lo que le hizo sentir como si la sangre hubiese abandonado todo su cuerpo, y un dolor sordo apuñalara sus entrañas fue ver a Herdford caer, rodar unos metros y quedarse inerte en el suelo. No supo lo que le dominó en ese instante pero con un gruñido que rasgó su garganta y que escapó con autonomía propia de sus labios, instó a su caballo a devorar los pocos metros que le separaban del rubio, saltando de la montura sin perder un segundo cuando estaba cerca del cuerpo de Herdford.

Detuvo sus manos temblorosas a solo unos centímetros de la cabeza de Dave, observando el rostro de este así como sus ojos cerrados, fijándose en su pecho y conteniendo el aliento hasta ver que Herdford respiraba. Apretó la mandíbula y deslizó sus dedos entre el pelo de color bronce. Quería comprobar si tenía algún golpe o lesión. Cuando sintió humedad en una de sus manos y la retiró cubierta de sangre, su urgencia se convirtió en necesidad. Una necesidad dolorosa y angustiada por verle abrir los ojos, por saber que estaba bien. Limpió su mano en la hierba y volvió a colocarla sobre su cabeza con cuidado, girándola, viendo por fin en el lateral un corte que, aunque no excesivamente profundo, sangraba de forma abundante. La causante era una piedra de pequeño tamaño que estaba a su lado, con un canto afilado como un cuchillo y que sin lugar a dudas era lo que había provocado la herida. Sus dedos se deslizaron por su nuca en busca de alguna otra lesión, para después, al no hallar nada más, acabar en el rostro de Dave. Comprobó que las manos aún le temblaban y aunque le fuese la vida en ello no podía hacer que parase.

—Herdford, maldita sea, abre los ojos —dijo Liam y apenas reconoció su voz. Estaba teñida por la preocupación y la angustia.

Cuando no vio ninguna reacción por parte del rubio tragó saliva fuerte, como si así pudiese aliviar el nudo que sentía en el pecho.

—¡Herdford! ¡Herdford! —gritó notando que su voz, aunque más fuerte, más sólida todavía estaba teñida por la más absoluta preocupación—. Dave, maldita sea, abre los ojos y mírame —dijo Liam como si fuese una orden y una súplica a la vez—. Despierta o te juro que te mato —gruñó entre dientes.

Cuando un suave aleteo de los párpados de Herdford dejó paso a su mirada, a esos enormes y hermosos ojos verdes que intentaron enfocarlo, Connolly pudo volver a respirar, sintiendo que el aire que había estado conteniendo salía de sus pulmones con una osadía que rayaba la imprudencia.

La mirada de Herdford, que momentos antes parecía confusa, se volvió nítida en un instante y se clavó en la suya, haciéndole tragar saliva como si de repente estuviese sediento. Cuando sus ojos adquirieron una oscuridad, una intensidad que le caló hasta los huesos, Liam se percató de lo

que estaba haciendo con sus manos. Se habían movido con autonomía propia mientras miraba a Herdford, una de ellas enredada en su cabello trigueño, sujetándolo con fuerza, como si ese fuese su lugar, y la otra tocándole la mejilla, rozándosele levemente, con un gesto tan tierno, tan íntimo, que en cuanto fue consciente de ello las retiró como si le hubiese quemado su contacto. En ese preciso instante Herdford cerró los ojos con una mueca de dolor y Liam no supo si fue por la herida o por la pérdida de su contacto. No había podido evitar ver cómo la luz de sus ojos se apagaba levemente cuando sus manos se alejaron de él.

Se maldijo interiormente por su comportamiento. Había sido imprudente, desproporcionado, y podía dar lugar a equívocos.

Dave abrió los ojos de nuevo cuando el sonido de cascos de caballos y los gritos de Jane se abrieron paso a través del dolor que sentía por todo su cuerpo y, sobre todo, en su cabeza. El lateral le palpitaba como si el corazón se le fuese a salir por él. Se intentó incorporar y no hubiera sido posible sin la ayuda de Connolly, que seguía a su lado. Sintió la mano del irlandés en su espalda, sujetándolo, acompañando su movimiento para sentarse, y dejándola ahí durante unos segundos.

El contacto de Liam, allí donde su palma y sus dedos permanecían pegados a su espalda, a pesar de la distancia que imponía la tela de su chaqueta y su camisa, sentía que le quemaba, y no pudo evitar mirarlo nuevamente, queriendo cerciorarse de que lo que había visto en los ojos de Connolly cuando se encontró con los suyos al despertar, lo que había sentido con el roce de sus dedos sobre su mejilla, la forma en que había retenido en su mano sus cabellos, no había sido solo imaginación suya. Que el miedo y la angustia que había atisbado en los ojos color miel de Connolly eran producto de su preocupación por él, y no un espejismo.

Así que cuando desvió su mirada nuevamente hacia él, cuyo perfil se centraba en la llegada apresurada de Jane y Hunter, vio al mismo Connolly de siempre, con esa imperturbable seriedad, como si nada lo afectase.

«Mentiroso...», se dijo a sí mismo Dave, que vio sus pestañas rizadas de color azabache casi rozar sus mejillas cuando bajó la vista de nuevo hacia él, retirando la mano que tenía apoyada en su espalda. Esa mirada seguía ahí, por mucho que intentara enterrarla bajo una capa de indiferencia.

—Por Dios, Dave, ¿estás bien? Dime que estás bien —dijo Jane llegando a la carrera y arrodillándose ante Herdford, acomodándose entre sus piernas y tomando su cara entre las manos.

La sonrisa sesgada de Dave la tranquilizó lo suficiente como para que la humedad que bailaba en los ojos de Jane se difuminase en unos segundos.

—Estoy bien, no te preocupes. Tranquila, ¿de acuerdo? —dijo Dave, haciendo una mueca de dolor cuando Jane gritó de forma poco apropiada para una dama al ver que su amigo tenía el pelo manchado de sangre.

—¿Cómo que estás bien? ¡Estás sangrando! —exclamó angustiada y exaltada a la vez.

Dave tomó las manos de Jane para que dejara de gritar y le escuchara. Habló suavemente, intentando que su amiga dejara de angustiarse. Le dolía ver a Jane así de preocupada. No soportaba que aquellos a los que amaba sufrieran o lo pasaran mal por él.

—Jane, escúchame, estoy bien. Es solo una pequeña herida. No pasa nada —contestó Dave que, aunque no podía ver el corte, se había tocado lo suficiente para saber que no era profundo.

Levantó la mirada y la cruzó con la de Hunter de forma significativa. Vio a Sathfolk alzar una ceja de forma interrogativa antes de comprender.

—Jane, ven aquí por favor, déjale que se levante. Solo es un pequeño rasguño. No te duele

nada más, ¿verdad? —continuo Hunter dirigiéndose a Herdford con una sonrisa traviesa a pesar de la inquietud que había teñido sus ojos unos segundos antes.

Dave intentó levantarse y de nuevo sintió las manos de Liam ayudándole. Este llevaba callado los últimos minutos.

En cuanto estuvo de pie, Jane le abrazó haciendo que se tambaleara un poco.

—Estoy bien, preciosa. Mala hierba nunca muere, y lo sabes —le dijo Dave al oído.

La sintió temblar y separarse de él cuando el marqués y el barón llegaron hasta ellos. Se habían dado la vuelta en cuanto los perdieron de vista.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien, Herdford? —preguntó Amberbike con el ceño fruncido.

Dave volvió a esbozar su sonrisa sesgada.

—Sí, solo ha sido una caída tonta. Mi torpeza es inexcusable.

El marqués rio socarronamente antes de hablar.

—Bueno, hoy estamos todos un poco perjudicados después de la velada de ayer.

—Mereció la pena —dijo el barón alzando una ceja en señal de complicidad con Amberbike.

—De todas formas deberían de verle esa herida y curársela. Volvamos a la casa, ya va siendo hora, y más con este cielo que presagia lluvia en breve —dijo el marqués y todos estuvieron de acuerdo.

Dave vio a Hunter tomar a Jane del brazo y decirle algo que pareció reconfortarla. Y eso le gustó, mucho. Aquel hombre estaba haciendo algo que ninguna otra persona que rodeaba a Jane había conseguido antes y era devolverle la ilusión.

La chispa que veía en los ojos de su amiga cada vez que miraba a Sathfolk, el sentimiento que la embargó el día anterior cuando ambos llegaron de haber enfrentado a Marlew y corrió a sus brazos, le había dado la certeza a Dave de lo que ya intuía, y es que Jane se había enamorado de lord Sathfolk.

Hunter ayudó a montar a Jane y después tomó las riendas del caballo de Herdford.

Dave se acercó y vio el ceño fruncido de Hunter, que estaba revisando al purasangre.

— Estaba demasiado inquieto. No es normal lo que ha hecho antes —dijo el conde cuando Herdford llegó hasta él.

Dave sabía que el comportamiento del caballo, por muy brioso e indomable que fuera, no había sido normal.

Tocó el lomo del animal que no se retiró de su contacto y que ahora parecía tranquilo. Miró el flanco derecho del caballo mientras que Hunter estaba al otro lado. Sintió removerse un poco a Tritón cuando su mano pasó cerca de la montura y entonces vio un hilo de sangre proveniente de allí. Debajo de la silla, Tritón tenía una herida pequeña pero profunda. Pasó la mano por debajo de la misma y no sintió nada pero en su recorrido, sus ojos se desplazaron por la hierba y allí, entre las briznas, un pequeño clavo manchado de sangre descansaba bajo las patas del animal. Se agachó y lo tomó en la mano para después cerrarla cuando Hunter se dirigió a él.

—¿Has visto algo?

Dave hizo un gesto despreocupado.

—Tiene una pequeña herida, quizás fue eso lo que lo puso nervioso.

Hunter le miró frunciendo el ceño y Dave vio que se quedaba con ganas de decir algo, pero entonces la llamada de Amberbike señalando el cielo, donde algunos nubarrones parecían acercarse con rapidez les hizo ponerse en marcha.

—¿Podrás montar? —preguntó Connolly sacando a Dave de sus pensamientos con una voz dura y desprovista de cualquier emoción.

—Claro —dijo Herdford, subiendo con algo más de dificultad pero demostrando que no había nada de lo que preocuparse.

El camino de vuelta fue una tortura para sus magullados músculos y cuando por fin llegaron, intentaron apresurarse para que la lluvia que ya parecía inminente no les cogiera por sorpresa.

Salieron todos menos Dave, que se quedó atrás hablando con el encargado de las caballerizas.

Cuando terminó, vio a Connolly esperándole fuera. Los demás, a lo lejos, ya estaban cerca de entrar en la casa.

Liam observó la sorpresa en la cara de Herdford cuando le encontró a él allí. Fue solo un segundo y de forma casi imperceptible, pero pudo verlo en sus ojos, en los que, sin saber cómo o desde cuándo, estaba aprendiendo a leer.

—Jane quería quedarse hasta que salieras pero va a llover. Hunter la convenció para que se fuese a casa con él y te esperase allí —dijo Liam.

Dave alzó una ceja.

—¿Y te han dejado justo a ti para que me lo digas? —preguntó Dave con una chispa de suspicacia e incredulidad en los ojos.

—Me he presentado voluntario —contestó Connolly, y tuvo que esforzarse por no sonreír cuando Dave le miró con claro escepticismo. No podía reprochárselo. Si se había quedado era solo por una razón y no tenía nada que ver con ser cordial o amable con él.

Ambos echaron a andar hacia la casa. Había unos doscientos metros hasta ella, y cuando habían andado un poco menos de la mitad, Liam miró al cielo. Todavía había tiempo antes de que cayese la tormenta y tuviesen que resguardarse. Cuando pasaron cerca de unos árboles, Connolly paró de repente. Dave también lo hizo y le miró extrañado.

—Quiero hablar contigo un momento, en privado —dijo Liam encaminándose hacia uno de los más frondosos.

Dave le siguió, parándose ante él cuando ambos estuvieron resguardados de miradas ajenas que podían proceder de la casa o de las caballerizas.

—Aquí no hay nadie que pueda escucharnos y vernos, así que quiero la verdad. ¿Qué ha pasado antes? Y no me mientas. Te he oído decir que el caballo tenía una pequeña herida y que por eso se ha puesto nervioso, pero también te he visto coger algo disimuladamente del suelo. ¿Qué era? —preguntó Liam con una mirada incisiva.

—¿Has parado para preguntarme eso? ¿De veras? Pensé que el que se había dado un golpe en la cabeza era yo —dijo Dave con su sonrisa sesgada.

Liam endureció su mirada.

—Déjate de idioteces. Ambos sabemos que estás ocultando algo. No me hagas sacártelo a la fuerza —dijo Connolly con tono amenazador.

La mirada de Dave, como si le estuviese atravesando el alma, intensa, fija en él, le hizo apretar un puño.

Pareció que habían pasado minutos cuando en realidad fueron solo segundos los que transcurrieron hasta que Herdford habló.

—No es asunto tuyo, Liam

Aquellas palabras causaron el mismo efecto en él que si le asestasen un puñetazo en el estómago, y con un gruñido bajo, se acercó a Dave, acortando la distancia entre ambos.

—Y una mierda no es asunto mío —contestó entre dientes—. La seguridad de Hunter, la mía propia, incluso la de Jane, me importan. ¿Cómo sabes que lo que le hicieron a ese caballo no era para que el accidente lo tuviésemos alguno de nosotros?

Dave tomó aire antes de contestar.

—Me acerqué esta mañana con Hunter a elegir los caballos que montaríamos hoy. El encargado sabía perfectamente cuál era el que había escogido para mí, estuvimos hablando un rato de ello, no había posibilidad de confusión. Así que, si lo que te importa es la seguridad de Hunter o la tuya, puedes estar tranquilo.

—Jane podía haber salido herida también. Deberías tener en cuenta eso —dijo Connolly con vehemencia.

Liam vio un destello de furia correr por los ojos de Herdford. Sabía que se estaba conteniendo, podía verlo en la tensión que había en su rostro.

—No vayas por ahí, Connolly. Daría mi vida una y mil veces por esa mujer, jamás haría algo que pudiese ponerla en peligro.

—Pues entonces dime qué recogiste del suelo —ordenó Connolly, y sus palabras sonaron como si le estuviese dando un ultimátum.

Dave endureció su mirada y dio un paso adelante.

—Cuando me digas por qué te interesa tanto saberlo. Si quieres que seamos completamente sinceros, comienza tú.

Connolly achicó los ojos ante la mirada penetrante de Dave y dio un paso atrás.

—¿De qué coño estás hablando?

—Vamos, Liam. Ambos sabemos que eres demasiado inteligente como para fingir que ignoras de lo que estoy hablando. Estás huyendo, tienes miedo, lo vi en tus ojos antes. Llevas haciéndolo desde que nos conocimos —dijo Dave y sus ojos verdes centellearon con una inusitada fuerza—. Te escudas detrás de tus prejuicios, de tu sólido muro de contención. Es más fácil no sentir que enfrentarse a ello. Necesitas controlarlo todo. Pues para tu información, hay cosas que no se pueden controlar. Hay veces que lo que pasa entre dos personas no se puede controlar —insistió Dave dotando a su voz de una fuerza y precisión que Connolly sintió en su piel como la incisión de un cuchillo, punzante y certero.

—No sabes de qué estás hablando. No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo.

—¿Seguro? —preguntó Dave mirándole a los ojos, clavados los suyos en las pupilas de Liam—. Tú eres el que quería sinceridad, así que dime que lo que he visto en tu mirada hoy, lo que he visto en ella otras veces cuando me miras no te tiene aterrado, y entonces yo te diré qué es lo que quieres saber. Seamos sinceros los dos. Dime que me equivoco y no volveré a hablar de esto. Sé que has sufrido, pero...

—¡Calla! —gritó Liam, y el puñetazo que le lanzó y que impactó en la mandíbula de Dave partiéndole en labio los cogió a ambos por sorpresa.

Connolly soltó casi un rugido antes de dar dos pasos atrás, intentando contener una furia que sentía desatada en su interior.

—Pero, ¿qué coño sabes tú del sufrimiento? Tú que lo has tenido todo. ¿Sabes lo que es que violen a tu madre por intentar que sus hijos no se mueran de hambre? ¿Sabes lo que es que tu padre, por intentar defenderla, sea condenado y muera entre barrotes porque el hijo de puta que la lastimó era un aristócrata con tierras y suficiente poder como para retorcer la ley y los hechos a su conveniencia? ¿Tú sabes lo que es sostener a tu madre entre tus brazos, enferma de dolor, y ver cómo muere, incapaz de seguir viviendo? ¿Lo sabes, maldita sea? —gritó Connolly con furia—. ¡No! Qué demonios vas a saber tú de lo que es morir por dentro cuando te ves impotente para salvar a ninguno de tus seres queridos, ni siquiera a tu hermana de cuatro años cuando el cólera se la lleva sin que un maldito médico quiera atenderla. ¡Me das asco! No sé qué es lo que tu

retorcida cabeza se ha imaginado, pero me das náuseas. ¿Y cómo te atreves a decir que sabes que he sufrido? Tú, que con tu egocentrismo, tu indiferencia, tu superficialidad, tu egoísmo no has hecho nada por otro ser humano en toda tu vida. Representas lo que más odio en este mundo — terminó Connolly con todo su autocontrol hecho añicos. Sintió las gotas de lluvia caer de forma suave sobre sus mejillas mientras dejaba que toda la ira contenida siguiera saliendo a raudales por cada uno de sus poros.

Herdford no le devolvió el golpe, y eso lo enfureció aún más. Tenía la certeza de que sabía defenderse con los puños, había visto su agilidad, su maestría con el estoque y con sus manos. Así que ¿por qué diablos no respondía? ¿Por qué no hacía nada? Sus ojos eran como dos pozos, profundos e insondables, y lo miraban con intensidad. En ellos había una fuerza inusitada y también dolor. Un dolor que habría sentido en su propia carne como suyo si no hubiese estado tan cegado por la furia.

Le vio llevarse lentamente la mano al labio y mirarse los dedos llenos de sangre. En el fondo de su mente, Liam podía sentir una voz que le decía que había cometido un error, pero la acalló, la aplastó como si fuera algo insignificante.

—Es cierto —dijo Dave mirándolo nuevamente. Sus ojos verdes adquirieron una tonalidad más oscura y sus facciones se endurecieron como si fuesen de granito—. No tengo ni idea de lo que es sostener en tus brazos a tu madre mientras agoniza y despedirte de ella. No sé lo que es que te humillen, te despojen de tu orgullo, tu dignidad e incluso de tu propio ser. No sé lo que es pasar hambre o vivir en condiciones infrahumanas. No sé lo que es luchar por sobrevivir y menos aún lo que es amar.

La sonrisa sesgada de Dave hizo que sus ojos se velaran, despojándolos de toda calidez, encerrando su mirada bajo una fachada de insensible quietud. Nada parecía habitar ahora en esas grandes gemas verdes.

—Tenías razón en todo —terminó Dave con dureza antes de que la lluvia empezase a caer con violencia. Ambos siguieron mirándose a los ojos durante lo que parecieron horas hasta que Dave se apartó y comenzó a andar hacia la casa sin mirar atrás.

Emma estaba cansada, había sido un día largo y se encontraba inquieta. Se excusó con las damas con las que estaba hablando y miró hacia el otro extremo, donde Jane seguía hablando con la marquesa en lo que parecía una animada conversación. No había podido conversar con ella esa misma mañana cuando Jane tras montar a caballo regresó junto a Hunter pálida y alterada. Cuando le contó lo de la caída de Dave, sintió que las piernas le flaqueaban. No dijo nada, se mantuvo fuerte, pero hasta que Hunter no le aclaró que salvo un corte feo en la cabeza, Herdford estaba bien, no pudo volver a respirar con normalidad. Cuando después le vio llegar, supo por la expresión de sus ojos, una que intentó ocultar a toda costa, que había pasado algo más grave que su caída. Jane estaba tan ocupada en reunir lo necesario para hacerle una cura que no se fijó, pero ella sí, y le conocía tan bien, después de tantos años, que su corazón se encogió cuando vio esa mirada. Después de la cura, Herdford subió a su habitación para descansar tras el golpe y no bajó hasta la cena. No había podido cruzar palabra con él y cuando quiso darse cuenta le vio irse de la estancia en la que estaban los invitados hablando y jugando a las cartas. Así que fue tras él y allí estaba, en mitad de un pasillo, intentando adivinar donde se encontraba. Siguió su instinto, y su

lógica. No podía haber ido lejos sin que lo hubiese visto al salir y eso solo significaba que tenía que estar en alguna de las estancias cercanas. Siguió andando y miró en dos de ellas. En una ni siquiera llegó a entrar al escuchar los sonidos y susurros que provenían de su interior. El sonido de la música le llamó la atención y se dirigió hacia el extremo contrario.

Era una pequeña sala, con una librería grande, un piano al fondo y varios sillones cómodos. Cuando entró le vio, vuelto de espaldas de cara al instrumento, tocando. Emma cerró la puerta tras de sí acercándose solo unos pasos. Supo que Dave había notado su presencia cuando detuvo sus dedos de forma abrupta.

Dave se volvió lentamente y dibujó una sonrisa cuando la vio allí de pie.

—Me tienes preocupada —dijo Emma andando hacia él y sentándose en uno de los sillones.

Herdford se levantó y fue hasta donde estaba la mujer, sentándose en frente.

—No tienes por qué —dijo Dave mirándola a los ojos—. Estoy bien, ha sido solo una pequeña herida —continuó tocándose levemente el lateral de la cabeza.

Emma inspiró el aire y lo soltó lentamente antes de hablar.

—Me acuerdo de un día cuando tenías ocho años, creo. Jane y Alec no estaban, todavía no habían llegado de Londres y tú apareciste en casa porque habíamos quedado en que te pasarías para que te diera un poco de bizcocho del que hacía la señora Helment, nuestra cocinera. Te encantaba ese pastel. Angus no estaba, llevaba unos días fuera, así que me encontraba sola. Llegaste, te sentaste todo recto, con tu sonrisa sesgada, porque sí, en aquel entonces ya tenías esa sonrisa que con los años ha vuelto loca a la mitad de las damas de la sociedad, y comenzaste a hablar durante veinte minutos. Fue extraordinario presenciar cómo un niño tan pequeño podía ser tan intuitivo. Sabías que estaba mal a pesar de que disimulé como nunca. Solo dos días atrás me habían informado de la muerte de una querida amiga, y tú pareciste entender mi sufrimiento solo con verme. Te hiciste con la situación. Me miraste, te vi fruncir un poco el entrecejo y sentarte más cerca de mí. Me contaste lo que habías hecho durante los últimos días y juro por Dios que nunca te he visto hablar tanto como lo hiciste en aquel momento. Y entonces pusiste tu pequeña mano sobre la mía, apretaste suavemente y la dejaste ahí. Te quise en ese instante como el hijo que nunca he tenido y sigo haciéndolo desde entonces porque puedo verte, Dave. Yo puedo verte, y sé cuando hay algo que te hace sufrir, como tú puedes verlo en mí desde ese día, aunque engañemos al resto. Temo que tanto Jane como yo te conocemos demasiado bien. Y esta mañana, cuando volviste, lo que me preocupó no fue la herida en tu cabeza, sino lo que vi en tus ojos.

Dave se inclinó ligeramente hacia delante sin apartar la mirada de Emma. Calló durante unos segundos antes de hablar, como si estuviese decidiendo como empezar.

—Connolly me estaba esperando a la salida de las caballerizas esta mañana. Quería saber qué era lo que en realidad había pasado con mi caída. Él no creyó que había sido un accidente.

Emma frunció el ceño y un matiz de preocupación tiñó su rostro.

—¿Y no lo fue? —preguntó y en su voz se podía escuchar su ansiedad por conocer la respuesta.

—No, no lo fue —dijo Dave que al ver la inquietud en la expresión de Emma, siguió con su explicación—. Habían puesto un clavo bajo la silla de montar. Eso fue lo que hizo que en un momento dado el caballo se revolviere y me tirase al suelo. Por eso a la vuelta me quedé rezagado hablando con el encargado. Quería saber si alguien a parte de él pudo manipular mi montura. Me dijo que nadie tenía acceso salvo los que trabajaban para el marqués, pero después recordó que alguien en particular se había interesado por saber qué caballo había elegido yo cuando el muchacho que se hacía cargo de tenerlos preparados para nosotros lo comentó con el

encargado en su presencia.

—¿Quién? —preguntó Emma, inclinándose también hacia delante, sentándose al filo del sillón para quedar más cerca de Dave.

—William —dijo Dave mirándola.

Emma sintió el regusto amargo en la boca que le provocó el nombre de ese desgraciado.

—Tranquila, no quería matarme, solo que me lastimara lo suficiente como para que tuviese que volver a Londres. Si el imbécil se hubiese tomado la molestia de preguntar antes hubiese sabido que nosotros nos volvemos mañana —continuó Dave—. Cuando dije que subía a la habitación a descansar, lo busqué y hablé con él. No lo negó, no tenía por qué, sabe que no puedo probar nada —terminó Dave contestando todas las preguntas que sabía que Emma tenía en la punta de la lengua y que bailaban en sus ojos.

El marqués un día antes había extendido la invitación por unos días más a sus invitados, sin embargo ellos decidieron volver a Londres en la fecha que tenían fijada. Asuntos en la naviera requerían a Connolly y Hunter en la ciudad.

A Emma se le quebró la respiración, que se había vuelto inestable con las palabras de Dave.

—Sé que te preocupas, pero no debes hacerlo. No pudieron conmigo hace años y no lo van a hacer ahora —continuó el rubio guiñándole un ojo.

Emma le miró fijamente a los ojos y apretó más la mano de Dave.

—Pero eso no fue lo único que pasó, ¿verdad? —le preguntó, viendo como la expresión de Dave se ensombrecía a pesar de su intento por no preocuparla—. Lo que vi en tus ojos no lo provocó tu hermano, lo provocó otra cosa —continuó Emma lentamente, y entonces recordó lo que le había dicho Dave cuando comenzó a hablar. Que Connolly pensaba que su caída no había sido un accidente, y entonces lo comprendió. Algo había pasado entre Liam y Dave—. ¿Qué le contéste a Connolly cuando te preguntó si había sido intencionado?

Dave esbozó una sonrisa y sacudió un poco la cabeza. Emma le conocía demasiado bien.

—¿Tan obvio es? —preguntó, y a Emma no le pasó desapercibido el tono apagado con el que pronunció esas palabras.

Emma sabía de las preferencias de Dave, al igual que Jane. Dave nunca tuvo secretos para ellas. Para toda la sociedad era un mujeriego, un seductor. La verdad era que amaba a las mujeres, pero no en el sentido tradicional de la palabra. Las admiraba, encontraba belleza en cada una de ellas, las escuchaba con atención, sus deseos, sus anhelos, sus sueños. Siempre atento, siempre presente. Había gozado de la compañía de mujeres sin compromisos, como la viuda del marqués de Amblase, inteligente, experimentada y tan selecta con sus amantes que la inmensa mayoría de los hombres solo podían soñar con poder gozar de su compañía. Era prácticamente inalcanzable. Sin embargo, eligió a Dave, porque había que estar ciega para no caer rendida bajo el atractivo de aquel hombre. Fue una relación breve la que parecieron compartir para el resto de la sociedad, discreta y efímera, pero de ella nació una amistad de esas que duran para toda la vida. La viuda de Amblase era íntima amiga de Dave, y siempre hablaba de él como del hombre perfecto. Esa reputación le había ayudado en una sociedad enmarcada en un tiempo donde sus auténticas inclinaciones eran condenadas, e incluso penalizadas con la cárcel. Una sociedad hipócrita en la que hombres respetables, con una posición social elevada, casados y con hijos, visitaban burdeles cuya atracción principal no eran las mujeres. Para Emma, que había viajado, vivido y visto tanto, el amor era amor en cualquier forma que se presentase, independientemente del sexo, raza o religión de aquellos que lo sentían.

—Para mí sí. Te conozco bien, ¿te acuerdas? —dijo Emma endulzando su mirada—. Sé que

sientes algo por él —continuó, callándose de golpe cuando la mirada intensa de Dave se ancló en sus ojos, desnudando sus sentimientos y dejando a Emma aturdida al verlo.

—Oh, Dios, Dave —dijo Emma apretando la mano del rubio—. ¿Te has enamorado de él?

Los labios de Dave dibujaron esa sonrisa sesgada que esta vez no llegó a sus ojos.

—Tanto que duele —contestó y su voz sonó a veneración y a lamento.

Emma tragó saliva.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

Dave tocó la mano de Emma, acariciándola suavemente, con la vista fija en los dedos delgados y frágiles de una mujer que podía entenderle mejor que nadie.

—Nada —dijo volviendo a mirarla fijamente.

Emma le miró de forma incisiva.

—¿Cómo que no vas a hacer nada? ¿Qué no me estas contando? ¿Qué ha pasado? —preguntó Emma preocupada.

—Malinterpreté sus sentimientos, me pegó un puñetazo y dejamos las cosas claras —dijo Dave con firmeza.

Emma negó con la cabeza.

—No creo que eso sea verdad. He visto cómo te mira. Puede que tenga miedo —dijo Emma buscando una explicación.

—No creo que tenga miedo a sentirse atraído por un hombre. Si fuese así, ese puñetazo hubiese llegado antes. Creo que tiene miedo a sentir algo más que una mera atracción —dijo Dave dejando escapar el aire entre sus labios antes de seguir—. Pero ese no es el problema, Emma. Él ha sufrido demasiado ya. Lo intuía desde hace tiempo, pero no sabía cuánto. Y hoy, cuando le dije que fuese sincero, la negación, el dolor y la rabia que vi en sus ojos me destrozaron el alma. Y yo no puedo verle así, no puedo vivir sabiendo que soy el que le inflige ese dolor con mis palabras o mis acciones. Lo que más deseo es que sea feliz y créeme que lo que yo le provoqué esta mañana fue un sufrimiento que no puedo permitir que vuelva a sentir por mi culpa.

Emma tuvo que esforzarse por hablar. Las palabras estaban anudadas en su garganta.

—Siempre antepones a los que amas sobre ti mismo. No puedes protegernos de todo —dijo Emma con dolor en el corazón al ver cómo el hombre maravilloso que tenía delante de sí, se desangraría si fuese necesario por proteger a aquellos a los que quería.

—A él sí, Emma. Haré lo que sea necesario, igual que lo haría por Jane o por ti —dijo Dave con vehemencia—. No sé amar de otra manera, Emma.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de la mujer. Se sentía orgullosa de querer a aquel hombre como si fuese su propio hijo.

—De acuerdo. Y, ¿qué harás con tu propio corazón? —preguntó limpiándose esa lágrima con un gesto al escuchar sus palabras.

—Dímelo tú. ¿Cómo lo hiciste? —preguntó Dave con una débil sonrisa y el brillo en sus ojos hizo esbozar una también en los labios de Emma—. La vida te ha dado una segunda oportunidad. ¿Vas a aprovecharla?

Ambos sabían que se estaba refiriendo al duque de Argoll. Él había sido el amor de su vida, y ella no había podido olvidarlo a pesar del transcurso del tiempo.

—Quiero estar con él en la medida en la que pueda —dijo Emma mirando a Dave y desnudando también su alma.

Dave sonrió más ampliamente.

—Nada te lo impide —dijo con convicción el rubio.

—Tengo miedo —contestó Emma como si estuviese confesando un delito.

Dave la tomó por la barbilla con delicadeza y le hizo levantar el rostro hacia él.

—¿De qué? —preguntó Dave y Emma vio en sus ojos preocupación, su vena protectora, esa que no podía evitar.

—Está enfermo, Dave. Y eso no me importa, al revés, solo deseo estar con él el tiempo que nos quede, pero ¿qué pasará después? Ya lo perdí una vez y casi no pude soportarlo ¿Cómo voy a poder seguir viviendo? —preguntó Emma y su voz se quebró.

Dave le limpió las lágrimas que comenzaron a brotar a raudales, silenciosas, desgarradoras.

—Yo te sostendré. Estaré contigo en todo momento —dijo Dave y Emma supo que esas palabras habían sido pronunciadas con el peso de un juramento.

—¿Lo harás? —preguntó la mujer necesitando escuchar su respuesta.

—Siempre, Emma. Siempre.

CAPÍTULO XIX

La vuelta a Londres al día siguiente había estado plagada de silencios y conversaciones triviales. Dave había descansado su cabeza sobre uno de los respaldos del coche y no había vuelto a abrir los ojos hasta que llegaron a la ciudad. Esta vez no hicieron ninguna parada. Connolly tampoco habló, y a Hunter no le pasó inadvertido el estado de mal humor de su socio, uno que persistía en él desde el día anterior y que no parecía querer abandonarlo. En ese estado, no fue extraño que Liam no abriera la boca en todo el trayecto así que Jane, Emma y él se pasaron todo el viaje hablando sobre cómo lo habían pasado en Bedfordshire e intercambiando impresiones sobre los invitados.

Desde aquello había pasado ya una semana, en la que después de que dejaran a Emma y Jane en sus respectivos hogares, había tenido poco tiempo para poder pensar con detenimiento en el porqué de ciertos comportamientos. En esos días habían realizado la asociación con Braghmon, adquirido el terreno y preparado los contratos. Eso les llevó días de arduo trabajo hasta altas horas de la noche, y cuando ese tema estuvo resuelto y los dos barcos procedentes de Egipto y de la India habían llegado a tiempo y sin percances, se presentó un problema. El agente de policía Amberton se acercó hasta la naviera para hablar personalmente con ellos.

—Agente Amberton, este es mi socio Liam Connolly y yo soy lord Sathfolk. Me han dicho que quería vernos por un asunto oficial —dijo Hunter tendiéndole la mano al agente de policía, quien se la estrechó algo sorprendido. Connolly y Hunter tomaron asiento, indicándole a Amberton que hiciese lo mismo.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó Hunter mirando fijamente al policía.

—No, gracias. Tengo poco tiempo —contestó el hombre tirando de su chaqueta color azul marino, que se le había enganchado en la silla al sentarse.

—Díganos pues. Tengo que confesar que no logro imaginar el motivo de su visita —dijo Hunter mirando atentamente a Amberton.

El agente de policía carraspeó un poco antes de hablar.

—Verá, el otro día arrestamos a varios individuos que pertenecen a un grupo de delincuentes que organiza el juego y también realiza otros trabajos en la zona más delicada del East End de Londres. Uno de ellos, a quien interrogamos y que ya había sido arrestado en otras ocasiones sin pruebas más importantes en su contra, esta vez, viéndose con la soga al cuello, intentó que su condena se viese reducida delatando a alguno de sus compañeros y revelando detalles de su organización. Entre la información que nos dio, una es relevante para su naviera.

Hunter frunció el ceño ante ese comentario.

—¿Podría explicarnos por qué? —preguntó Connolly hablando por primera vez desde que Amberton entró en el pequeño despacho.

—Verán, este grupo se dedica también al contrabando. Alcohol, opio, objetos de valor...

Hunter asintió, animando al policía a que llegara al meollo de la cuestión.

—Parece ser que una parte de la mercancía con la que comercia este grupo de delincuentes se introduce en Londres de forma ilegal a través de uno de sus barcos.

—¡¿Qué?! —exclamaron Connolly y Hunter a la vez.

—Eso es imposible. Nosotros elegimos personalmente a cada uno de nuestros capitanes. ¿Está seguro de esa información? —preguntó Hunter inclinado hacia delante y con una expresión dura en

su rostro.

—Sí, señor. Estoy completamente seguro.

Hunter miró a Connolly y vio en su rostro la misma incredulidad que debía haber en el suyo propio.

—¿Y tiene alguna información más? ¿Sabe cuál es el barco o quién es la persona o personas con las que trabajan? —preguntó Hunter apretando la mandíbula.

—No sabemos nada más. Este hombre tenía información valiosa para la policía en cuanto a una serie de robos importantes que se han producido en los últimos meses, así como la actividad de determinadas casas de juego. El hecho de que hablara sobre el contrabando vino derivado de ello. Su información al respecto es escasa, pero bastante fiable si tenemos en cuenta que todo lo que nos ha dicho hasta ahora ha sido cierto. Solo quería que lo supieran —dijo Amberton con intención de levantarse para irse.

—Espere —dijo Hunter levantándose también. Connolly hizo otro tanto—. Si el contrabando no es lo relevante para ustedes, ¿por qué molestarse en venir hasta aquí y hacernos partícipes de esa información? —preguntó Hunter receloso.

Amberton miró al irlandés antes de contestar.

—Por el señor Connolly —dijo con firmeza.

—¿Por mí? —preguntó Liam y sus ojos miraron al policía con claro desafío—. ¿De qué demonios está hablando?

Amberton volvió a carraspear antes de hablar.

—Mi esposa es prima de la mujer del señor Banner. Sé que usted le ayudó recientemente y que le salvó la vida. Quería que supiera que se lo agradecemos.

Con una pequeña inclinación de cabeza, el agente salió del despacho.

Connolly sintió la mirada de Hunter en él y cuando le miró a su vez, el hecho de que le estuviese perforando con los ojos terminó de amargarle el día. Con la semana que llevaba, poco importaba.

—¿Quieres explicarme quién es Banner y qué significa eso de que le salvaste la vida? —preguntó Hunter alzando una ceja y con la expresión seria.

—¿No crees que sería más importante centrarnos en lo que acaba de decirnos ese agente de policía? Me cuesta pensar que uno de nuestros capitanes y miembros de su tripulación hayan sido capaces de traicionarnos de esa forma —dijo Connolly con claro enojo.

Hunter se acercó más a Connolly.

—Ya llegaremos a eso, pero primero quiero saber lo que te he preguntado. Creo que es bastante relevante, dado que el señor Amberton ha venido a darnos esa información gracias a ese tal Banner, a quien al parecer tú conoces bien. ¡Demonios, Liam! si le salvaste la vida es porque te metiste en alguna situación peligrosa ¿Desde cuándo nos ocultamos algo así de importante? —preguntó Hunter entre dientes.

Connolly soltó el aire de forma audible.

—No te lo oculté de forma premeditada. Hemos estado muy ocupados últimamente. Pasó el día que fuiste al teatro con Jane y tu abuelo. Salí con MacLean esa noche. Me llevó a una casa de juego.

Hunter asintió.

—Sí, me acuerdo perfectamente. Te negaste en redondo a venir con nosotros.

Connolly se apoyó en la mesa, sentándose en el filo.

—Cuando llegamos, el encargado del lugar, que sabía quien era MacLean por no ser la primera

vez que iba allí, nos preguntó si queríamos jugar una partida de *whist* en una de las salas reservadas, ocupando el lugar de otra pareja de jugadores que había fallado no presentándose esa noche. Nosotros aceptamos. Cuando nos llevaron hasta la mesa había un hombre sentado en ella, uno de los integrantes de la pareja de *whist* con la que íbamos a jugar. Era el señor Banner. Lo conocí aquella noche, pero MacLean ya tenía trato con él de antes, habían jugado juntos otras veces. Banner es actualmente el dueño de una imprenta y un periódico, pero digamos que sus antecedentes son bastante dudosos.

—¿Cómo de dudosos? —preguntó Hunter.

—Bastante —respondió Connolly de forma contundente—. Por lo que me dijo MacLean controlaba parte del East End de Londres, y sus transacciones eran de todo menos legales. Poco a poco ha ido dejando eso atrás, reformando su imagen y adquiriendo otro tipo de negocios mejor vistos. Esa noche, a la salida, unos hombres le atacaron y le ayudé.

—¿Le atacaron delante de la casa de juego? —preguntó Hunter achicando los ojos, algo escéptico. Siempre había gente entrando y saliendo de esos sitios.

—¿A qué viene todo esto? —dijo Connolly cruzando los brazos sobre su pecho.

—Viene a que te conozco y sé que no me lo estás contando todo. ¿Dónde estaba MacLean ¿y por qué ibas a arriesgar tu vida por alguien a quien apenas conocías? Hay cosas que no me cuadran, hechos que estás omitiendo. Y eso me hace preguntarme por qué, y la respuesta no me gusta nada.

—Ese es tu problema, Hunt —dijo Connolly refiriéndose a su socio con el nombre acortado que utilizaba solo cuando el otro lo sacaba de sus casillas.

Hunter dio un paso hacia él.

—No, ese no es solo mi problema, es nuestro, Liam. Sé que eres malditamente hermético, pero no en esta ocasión, no con algo así de importante. Eres como un hermano para mí, así que no me vengas con esas —dijo Hunter con expresión tensa.

Connolly le miró fijamente antes de responder.

—Herdford hacía pareja con Banner.

La cara de sorpresa de Hunter solo duró unos segundos pero fue suficiente para que Liam viese su confusión.

—Al principio pensé que era una de sus estupideces. Aquel sitio no está frecuentado por miembros de la aristocracia, pero parece ser que no era la primera vez que Herdford acudía. Y su relación con Banner, por lo que pude observar, me pareció más la de una vieja amistad que la de dos simples conocidos. Cuando la partida terminó y salimos de allí, MacLean se quedó. Yo había tenido suficiente así que me fui. En la puerta estaban hablando Banner y Herdford. Banner se despidió y yo crucé unas palabras con Herdford. A los pocos minutos, escuchamos voces. Varios hombres acudieron a la carrera, diciendo que estaban atacando a un hombre unas calles arriba. No me dio tiempo a decir nada antes de ver al maldito Herdford salir corriendo en esa dirección.

—¿Qué diablos... ? —iba a preguntar Hunter cuando Liam habló de nuevo, interrumpiéndole.

—Eso mismo pensé yo. Me imaginé teniendo que decirle a Jane que habían dejado a su amigo tieso, así que salí detrás y la sorpresa me la llevé yo. Tendrías que haberle visto, Hunter. Es una fiera peleando, y con el estoque es letal. Despachó a tres antes de que pudiese ni siquiera parpadear —dijo Liam descruzando los brazos y apoyando las manos en la mesa en la que aún permanecía sentado.

Hunter escuchaba callado, asombrado por lo que le estaba contando pero sobre todo por el matiz en la voz de Connolly al pronunciar sus últimas palabras. Era orgullo y admiración lo que

había percibido en ellas. Si alguien le hubiese dicho que alguna vez que oiría algo así de los labios de Connolly sobre otra persona, le hubiese llamado loco.

—¿Cuántos eran? —preguntó Hunter sacando a Liam de los recuerdos en los que parecía haberse perdido.

—Eran cinco. Cuando llegué, Herdford estaba lidiando con tres mientras otros dos se ensañaban con Banner, al que tenían en el suelo, dándole golpes. Ayudé a Herdford con dos de ellos que no parecían enterarse de que iban a salir mal parados y evité que le clavaran un puñal por la espalda Herdford. Cuando pude, me acerqué a Banner. Uno de ellos sacó una pistola y me apuntó.

Hunter apretó los puños al escuchar eso.

—Y Herdford se interpuso entre esa pistola y yo —dijo Connolly mirando fijamente a su socio y amigo. Hunter pudo ver la tormenta que había en las pupilas del irlandés. Una que estaba arrasando el interior de Liam con imperiosa fuerza. Una lucha que estaba haciendo tambalearse el bien armado autocontrol de Liam y atacando sus estrictas reglas.

—Banner, desde el suelo, fue más rápido y mató a aquel bastardo. Eso fue lo que pasó —terminó Liam—. Y ahora que ya lo sabes, ¿podemos volver al tema que nos atañe, por favor? ¿Qué coño vamos a hacer con lo del contrabando? —preguntó Liam haciendo como si lo último que había contado no fuera digno de comentarse.

—No —dijo Hunter con una expresión extremadamente seria. Connolly la conocía lo suficientemente bien como para saber que su amigo no lo iba a dejar correr—. Ahora es cuando me dices por qué llevas una semana insoportable, por qué desde que volvimos de Bedfordshire te estás matando a trabajar y apenas hablas, y cuando lo haces es para dejar escapar toda tu mala leche en forma de críticas sobre los demás. Y quiero saber por qué Herdford volvió con un labio partido el día que se cayó del caballo, cuando regresó contigo de las caballerizas. Porque es desde entonces que te has convertido en un auténtico imbécil.

La expresión de Connolly fue de una fiereza total.

—No hay nada que contar y no sé qué coño estás insinuando, pero no vayas por ahí, Hunter. Hay líneas que ni siquiera tú puedes cruzar —dijo Liam con la voz baja y amenazante.

Hunter alzó una ceja, impasible.

—¿Crees que no te conozco? Puedes engañar a quien quieras, pero no a mí. Sé que has sufrido mucho y sé las cicatrices que eso te ha dejado. Sé de tus pesadillas porque me las has contado cuando estabas tan ebrio como para poder hablar de ello. Te has cerrado a todo y a todos, porque sentir de nuevo duele. ¿Crees que no lo he visto? Sé lo duro que puedes ser contigo mismo y con los demás, y conozco demasiado bien tus prejuicios contra los de la alta sociedad. Y te aterroriza volver a sentir algo por alguien, algo lo suficientemente fuerte como para que te importe. Es mejor una noche de placer sin lazos, sin ataduras. Esas son tus reglas, así todo es sencillo y fácil de controlar.

—Hunter, cállate —dijo Connolly entre dientes.

—¿Por qué? ¿Me vas a pegar un puñetazo como hiciste con Herdford? ¿Qué coño te dijo para que perdieras tu bienamado control? —preguntó Hunter como si fuese un sabueso que se niega a abandonar a su presa.

—¡No sigas o vas a arrepentirte maldita sea! —exclamó Liam fuera de sí.

Hunter relajó un poco su expresión. Sabía que estaba llevando a Liam al límite, lo sabía, pero no podía dejar las cosas como estaban. Quería a Liam como a un hermano y no iba a permitir que siguiese torturándose por un pasado del que había sido víctima, no culpable.

—He visto cómo miras a Herdford. Nos conocemos, Liam, y nunca has tenido problema con ello hasta ahora. Sabes que nunca me ha importado con quién duermas y tú nunca me lo has ocultado. Así que, ¿por qué Herdford es diferente? Yo te lo voy a decir. Porque con él no quieres solo una noche, no solo quieres saciar tu deseo, sino que sientes algo más, y darte cuenta de ello te está matando y te aterra, por eso lo niegas una y otra vez.

Liam respiraba trabajosamente y apretaba los puños. Hunter sabía que estaba controlándose para no ir hacia él y desatar toda su violencia.

—No sé lo que piensa Herdford, pero a tenor del puñetazo que le pegó a Marlew cuando te llamó sucio irlandés, rompiéndole la nariz, y la amenaza que dejó caer sobre él después, creo que no le eres del todo indiferente. Nunca me cayó tan bien como en ese instante.

La expresión de Liam cuando escuchó a Hunter decir cómo lo había defendido Herdford fue todo un poema. Su furia, que parecía descontrolada, se tornó en pura incredulidad, y el dolor que vio en los ojos de su amigo por solo unos segundos le dijo todo lo que deseaba saber, antes que la ira volviera a llamear en los ojos de Connolly.

—¿Has terminado? —preguntó Liam con una frialdad que había bajado varios grados la temperatura de aquella habitación.

—Sí —dijo Hunter sin apartar los ojos de los de su socio.

—Jamás vuelvas a mencionarlo. No vuelvas a hablarme como lo has hecho hoy. Si lo haces, esta amistad se habrá acabado —dijo Liam como si estuviese haciendo un juramento.

—Lo he intentado. Si tú quieres joder tu vida, yo no puedo impedirlo —respondió Hunter también serio—. Y ahórrate las amenazas. No vas a alejarme, a mí no. Ahora vamos a hablar de qué vamos hacer para evitar que utilicen uno de nuestros barcos para el maldito contrabando —terminó Hunter, dándole la espalda y dirigiéndose a la puerta del despacho para llamar al encargado.

Emma entró en la casa del duque de Argoll, y cuando aún no había podido entregar su chaquetilla a la ama de llaves, Henry ya estaba allí, con una sonrisa en los labios y un anhelo en los ojos que la hicieron tragar saliva varias veces.

—Emma, ya estás aquí —dijo Argoll dirigiéndose hacia ella y cogiendo su mano para enlazarla en su brazo, alargando el toque de sus dedos sobre los de ella como si no pudiese soportar perder su contacto. —Ven, vayamos a la sala. La comida estará en una hora.

Emma esbozó una sonrisa que hizo que Henry quisiese perderse en ella lo que le restaba de vida. Había sufrido lo indecible en las dos últimas semanas sin verla. El tiempo en que ella estuvo en Bedfordshire y luego una semana más en la que Emma tenía compromisos adquiridos con anterioridad y él asuntos con sus abogados y su médico.

Hoy era el día en que habían quedado para verse y poder hablar por fin.

Después de media hora en la que ambos se pusieron al día de lo que habían hecho las últimas semanas, Henry frunció el ceño antes de hablar.

—Emma, hemos estado separados durante muchos años, pero creo que te conozco lo suficiente para saber que hay algo que te preocupa —dijo Argoll con una franca inquietud en sus ojos.

—Como siempre, tan perceptivo... —respondió Emma con una sonrisa.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad? Si puedo ayudarte en algo, solo tienes

que decírmelo.

Emma se mordió el labio inferior levemente. Argoll conocía aquel gesto como si fuese suyo propio y sonrió al percatarse de que, al igual que cuando era joven, le producía el mismo efecto. Una necesidad imperiosa de besarla.

—Si te pido un favor, ¿prometes no hacerme ninguna pregunta por ahora? —dijo Emma y Henry vio la duda en sus ojos como si lo que estaba a punto de pedirle creara un gran dilema en ella.

—Dalo por hecho, y no te haré ninguna pregunta hasta que estés preparada para contármelo, si es que quieres hacerlo más adelante —dijo el duque y Emma cerró los ojos antes de hacer su petición.

—Sé que tienes muchos contactos y no te pediría esto si no creyera que es importante...

—Emma —la interrumpió Argoll cogiéndola de la mano y haciendo que le mirase a los ojos—, ¿qué quieres que haga? Dímelo —continuó y la mirada de Henry desvaneció todas sus dudas.

—Necesito información sobre el conde de Bankeville y su heredero, lord Withbourg.

Henry frunció de nuevo el entrecejo y sus facciones se volvieron serias al escuchar la petición de Emma.

—¿Qué tipo de información? —preguntó

Emma le miró fijamente.

—Toda la que puedas conseguir. Su situación financiera, sus movimientos, sus trapos sucios... cualquier cosa.

—¿Puedo preguntar para qué la necesitas? —dijo Henry con voz seria. Sabía que el conde era el padre de Herdford y Withbourg su hermano. El hecho de que Emma quisiera información sobre ellos tenía que estar relacionada con él.

Emma exhaló el aire con más fuerza de la normal antes de hablar.

—Sabes que aprecio mucho a Herdford, pero la verdad es que lo quiero como a un hijo. No puedo traicionar su pasado ni sus secretos. Esos son solo suyos y debo pedirte que si me haces este favor no se lo comentes a nadie, ni siquiera a Hunter. Puedes negarte y lo entenderé, pero quiero lo mejor para Herdford. Ya es hora de que alguien le cubra las espaldas, por eso te lo pido —dijo Emma y Henry vio miedo y preocupación en sus ojos. El tema era mucho más grave de lo que había imaginado.

—De acuerdo, Emma. Sabes que haría lo que fuese por ti. Y si Herdford es importante para ti, también lo es para mí. Además, me cayó bien. Es inteligente y tiene agallas. Se atrevió a insinuarme que si te hacía daño no habría lugar en la tierra donde pudiera esconderme.

Los ojos abiertos de par en par por la sorpresa y un «oh» claramente dibujado en los labios de Emma casi hicieron reír a Henry.

—¿Eso te dijo? —preguntó cuando pudo articular palabra, con las mejillas sonrosadas.

—Me temo que sí, y lo peor es que, a pesar de todo, me gustó mucho que te protegiera de esa manera. Alivió mi pesar el hecho de pensar que has tenido y tienes a tu lado a personas que te aman de tal forma que harían cualquier cosa por ti. Te mereces eso.

Emma se quedó muda ante las palabras de Argoll y ante lo que le había contado sobre Dave. Cuando le dijo a Herdford que siempre anteponía a las personas a las que amaba sobre sí mismo era por gestos como ese.

—No le diré nada a Hunter, pero si en un momento determinado pienso que es necesario que lo sepa no puedo prometerte que no lo compartiré con él. No tengo secretos con mi nieto. Sin embargo, antes de hacer cualquier cosa, lo hablaría contigo primero. Tienes mi palabra.

Emma sopesó sus palabras y le parecieron justas.

—De acuerdo —dijo Emma. Quizás estaba siendo exagerada. Herdford era el hombre más fuerte que conocía y, como bien le había dicho, ahora ya no podían hacerle nada. Sin embargo, lo ocurrido en Bedfordshire la había hecho recuperar ciertos recelos y temores. El conde era un hombre sin escrúpulos, radical en sus ideas, brutal y sin piedad. Y su heredero le iba a la zaga. El hecho de que Withbourg hubiese tenido una actitud tan infantil y peligrosa con Herdford por el simple hecho de no querer que este alargase su estancia en la casa de campo de los marqueses, pudiendo haber conseguido con ello que Dave saliera malherido, era un ejemplo de la actitud nada equilibrada de esa familia. ¿Y si querían doblegar en algún momento a Dave, amenazando a alguno de sus seres queridos? Emma sabía que ese era el punto débil de Dave y que por ellos haría cualquier cosa. Por eso quería información, solo para tener algo a lo que Dave pudiese agarrarse si su familia decidía molestarle.

—Se lo diré a mi hombre de confianza hoy mismo para que empiece con ello cuanto antes —dijo Henry, y Emma sintió que parte de la angustia que le había embargado desde su vuelta se había esfumado con la promesa de Argoll.

—No debes preocuparte por Hunter —dijo Emma, pensando en la expresión de Henry cuando había mencionado a su nieto—. Es un gran hombre y creo que ha encontrado en Jane a la mujer perfecta para él.

—Estoy seguro de ello —contestó Argoll con una sonrisa y un brillo divertido en sus ojos—. Me recuerda a ti, tiene el mismo carácter combativo —continuó el duque riendo.

Emma también rio.

—Me lo ponías muy difícil, Emma, pero yo disfrutaba con ese entrecejo fruncido, tu mirada endiablada y una lengua afilada que me ponía en mi sitio más veces de las que quería reconocer.

—Era demasiado impulsiva —dijo Emma sonriendo.

—Y yo estaba loco por ti. Me enamoré nada más verte y jamás he podido olvidarte. De hecho, ese amor que ha permanecido intacto dentro de mí ha sido el que me ha dado fuerzas durante toda mi vida en los momentos en los que me sentí flaquear.

—Henry... —dijo Emma conmovida por lo que escuchaba de los labios de Argoll.

—Te quiero, Emma. Siempre te he querido, y fui un estúpido por no rebelarme contra los dictados de mi familia y luchar por ti. No ha habido un solo día en el que no me haya arrepentido de mis actos. Con ello me condené a un matrimonio sin amor, a una vida en la que cada día sin ti ha sido una tortura.

Emma le miró y vio el mismo sufrimiento que escuchaba en su voz saliendo a raudales de sus ojos.

—Siempre quise preguntarte por qué —dijo Emma mirándolo fijamente—. Aquella noche, cuando me dijiste que no podías casarte conmigo ni escapar juntos, te lo pregunté y no me dijiste nada. Eso ha dolido más que cualquier otra cosa. No podía aferrarme a una razón, Henry.

Argoll apretó la mandíbula antes de hablar. Quizás no debería decir nada. No había excusa posible para haberla dejado, pero ya era tiempo de que le diera una explicación.

—Pensé que mi amor por ti podría con todo. Me enfrenté a mi padre cuando me dijo que debía casarme con la heredera del marqués de Marton. Le dije que no lo haría porque estaba enamorado. Él se rio y supe que había cometido un error. Mi padre no era de los que dejaban nada al azar. Sabía que tú eras la mujer a la que amaba desde hacía tiempo. Amenazó con acabar con tu familia social y financieramente si yo no acataba sus órdenes. No le creí, hasta aquella noche en la que viniste llorando porque habían encarcelado a tu tío Alder por deudas. Supe que él estaba detrás y

que eso solo sería el principio si persistía en defender mis sentimientos por ti.

Emma se llevó una mano al pecho.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó con la voz quebrada.

Henry sonrió con tristeza.

—Porque te conocía lo suficiente como para saber lo que ibas a decirme, y si me hubiera quedado a tu lado y con ello hubiese traído la desgracia sobre tu familia, jamás me hubieses echado la culpa, pero eso te hubiera destruido, y no podía permitirlo. Fui egoísta al no confiar en ti, no contártelo y tomar la decisión por los dos. Y fui débil al dejar que mi padre me manipulara de aquella forma, pero créeme que lo que hice fue pensando que era lo mejor. Perdóname.

Emma retiró la mano de la de Henry. En esos momentos estaba totalmente bloqueada. Después de años de preguntarse por qué, de recordar las palabras que le dijo la última noche en que se vieron una y otra vez, de pensar que la dejaba porque él pensaba que ella no era suficiente para su familia y para él mismo, ahora entendía el motivo de que su mundo se hubiera quebrado esa noche en mil pedazos.

— Emma, sé que no puedo pedirte nada, pero no he dejado de amarte ni por un instante en todos estos años. Cuando te vi en el teatro fue como si pudiese respirar de nuevo, como si todo este tiempo hubiese estado viviendo a medias. No quiero seguir ni un segundo más sin ti. Cásate conmigo, Emma —dijo Argoll y ella creyó que el corazón se le pararía de golpe. La intensidad con la que la miraba Henry, el amor, la esperanza que veía desbordar por sus ojos, la incertidumbre e incluso el temor a que ella le dijera que no, la emoción y el brillo sospechosamente acuoso en la mirada del duque la embargaron, dejándola sin palabras.

—Piénsatelo, por favor. No quiero que me respondas ahora, pero, por favor, piénsalo. Me harías el hombre más feliz de la tierra si aceptases ser mi esposa —continuó Argoll, acercando su mano hasta la mejilla de Emma y mirándola fijamente, como si pidiese permiso para poder tocarla. Emma hizo un movimiento leve con la cabeza y Argoll sintió que el nudo que atenazaba su pecho se atenuaba cuando limpió con sus dedos las lágrimas que surcaban el rostro de la única mujer a la que había amado en su vida.

Cuando Emma descansó la mejilla en su palma, la emoción que había estado conteniendo durante décadas se desbordó, obligándole a apretar la mandíbula para poder contener unas lágrimas que pugnaban por derrotar todo su autocontrol. No sabía que había empezado a llorar hasta que Emma se acercó a él y besó suavemente sus labios. Lo que vio en su mirada, en esos ojos que habían sido una adicción de la que nunca pudo recuperarse, hizo que la besara de nuevo, intentando aferrarse a cualquier vestigio de esperanza. Emma se separó cuando el beso empezó a adueñarse de ambos de tal forma que los dos estaban faltos de aire cuando se separaron.

—No tengo que pensar nada, Henry. Tú has sido el amor de mi vida, y jamás podría traicionar eso sin traicionarme a mí misma. Me casaré contigo si así lo deseas, porque yo tampoco puedo vivir un instante más sin ti a mi lado —dijo Emma antes de que Henry la estrechara entre sus brazos como si así pudiesen parar el tiempo.

CAPÍTULO XX

Jane miró a Dave fijamente y contuvo una carcajada cuando su amigo, metido en el papel de Teodosius, le dejaba claro a Caterina que su amor era imposible. Él solo amaba el mar y la libertad, ya que ningún otro sentimiento tenía cabida en su maltrecho corazón. Hunter sin embargo tuvo que carraspear varias veces para disimular su ronca risa.

Amy, que llevaba días con intensos dolores, sobre todo en las manos, había salido de la cama esa mañana y se había sentado con ella en la salita después de que Jane le pidiese por favor que lo hiciese, intentando con ello que la tristeza que se apoderaba de su tía en las largas temporadas en las que el dolor la hacía querer estar recostada casi todo el tiempo, se esfumara durante unas horas con el cambio de escenario. Jane no lo había conseguido. Su tía había estado toda la mañana con la vista perdida y apenas había contestado a su conversación. Con la llegada de Hunter, Amy no estuvo tan taciturna, pero la desazón y la desgana seguían en su mirada aun cuando Hunter se esforzó por animarla relatándole todo lo que habían hecho durante su estancia en Bedfordshire. Cuando llegó Dave, con una sola mirada captó el estado en el que se encontraba Amy. Las manos temblorosas, sus dedos que se iban retorciendo más a cada rato a causa del dolor y que descansaban sobre su regazo inertes, indicaban que no era un buen día, hasta que Dave abrió la boca y todo cambió.

—No sé si será un poco egoísta por mi parte pedirte un favor, pero no encuentro por ninguna parte la entrega semanal de *La dama en apuros*. Parece que se ha agotado en solo unas horas. Sé que tú tienes una, siempre te la trae Mary temprano, y me preguntaba si no te importaría dejármela para que la lea. Aunque al ser de esta mañana seguramente no te habrá dado tiempo. ¿Qué te parece si la leo para los dos y la comentamos después? Ya sabes que con Jane no puedo contar para eso —dijo Dave mirando a Amy y guiñándole un ojo.

A Jane se le humedecieron los ojos cuando vio en los labios de su tía la sonrisa más radiante que la había visto esbozar en las últimas semanas. Sus ojos de repente brillaron con una ilusión que inundó el corazón de Jane. Miró a Dave y cuando este se inclinó hacia delante para coger las hojas del semanal donde se publicaba la historia dibujó con sus labios un gracias que Dave desechó con un gesto de cabeza, dándole a entender que para él Amy también era muy importante. La mano de Hunter sobre la de Jane le hizo mirar a su prometido viendo en sus ojos que entendía perfectamente porque ella se había emocionado.

Y así era como se encontraban en ese instante. Dave interpretando la escena dramática y dolorosa entre el capitán de barco Teodosius y Caterina. Con un acento que era imposible de identificar, pero al que le imprimía fuerza y teatralidad, Dave leía el adiós que Teodosius le daba a una destrozada Caterina.

Una lágrima se escurrió del ojo izquierdo de su tía cuando Dave, con ese acento entre ruso, francés e italiano, de forma cruel le partía el corazón a Caterina, confesándole que él no era suyo y que nunca lo sería. Jane tuvo que morderse el labio y darle un golpe a Hunter para que dejara de reírse por la forma dramática y sumamente interpretativa de Dave al leer ese pasaje.

—¡Qué hombre, Teodosius! Pobre Caterina —dijo Amy con una mano en el pecho y un suspiro

prolongado.

—Yo todavía confío en que el capitán recobre el buen juicio y reconozca que está loco por Caterina —dijo Dave mirando a Amy con una sonrisa que hizo que su tía chasqueara la lengua.

—Las grandes historias de amor suelen terminar de forma poco satisfactoria para los amantes, Herdford. Y es tan romántico así, saber que aunque la felicidad les sea negada ese sentimiento perdura a través del tiempo, capaces de sacrificarlo todo por el ser amado, incluso la vida... —dijo Amy con una sonrisa que se tornó algo tristona ahora que habían terminado de leer la entrega semanal.

—¿Qué te parecería preguntarle a Erica Hart qué tiene pensado para ellos? —dijo Dave cogiendo una mano de Amy entre las suyas de forma delicada, rozando con las yemas de los dedos, como si fuese una pluma, su piel fina que dejaba entrever las venas y las arrugas que la edad había ido formando en ellas.

Los ojos de Amy se abrieron de forma exagerada contemplando a Dave.

—¿Erica Hart? ¿Conocerla? —preguntó casi con un chillido, sentándose más recta de lo que había estado en todo el último año.

—Tengo un amigo que trabaja en el New London y que la conoce por un artículo que escribí sobre ella hace tiempo. Me ha dicho que a Erica Hart le gustaría acercarse más a sus lectoras. Quiere tomar el té con varias de ellas y saber su opinión sobre sus novelas por entregas. Me la presentó ayer, cuando quedamos para comer. Resultó que Erica estaba en las dependencias del diario. Le comenté que tú estarías encantada de ser una de las lectoras con las que tome el té. ¿Qué te parece, Amy? —preguntó Dave que por primera vez en muchos años vio a la tía de Jane sin palabras—. Si estás de acuerdo solo tengo que decírselo a mi amigo y podrás conocerla.

De repente, Amy, con la sonrisa en la boca, apretó la mano de Dave.

—Me haría muy feliz —dijo Amy, que ya se dirigía a Jane con gesto ansioso—. Querida, a partir de mañana tendremos que organizarnos. He de prepararme para recibir a Erica Hart. El vestido, la casa, qué tomaremos con el té... Dios, hay tanto por hacer... Ahora es mejor que me retire a descansar. Mañana va a ser un día duro. ¿Me acompañas, Jane? —preguntó Amy, a la que Dave ayudó a levantarse.

Cuando Jane llegó a su lado, Amy se despidió de Dave y de Hunter dándoles un beso en la mejilla y emplazándoles para que regresaran pronto a visitarla.

—Ahora vuelvo —dijo Jane mientras salía de la habitación con Amy.

Dave y Hunter se quedaron solos.

—La has hecho muy feliz —dijo Hunter mirando fijamente a Herdford.

Dave le devolvió la mirada. Hunter había visto más de Herdford en esa tarde que en todo el tiempo que llevaba conociéndolo. Por Amy había dejado que él viera una parte que estaba más que seguro que Herdford guardaba celosamente solo para aquellos a los que apreciaba de veras, y lo que había conseguido con la tía de Jane había sido asombroso.

—Es una mujer maravillosa, y siempre ha estado al lado de Jane pasase lo que pasase —dijo Dave con una sonrisa desprovista de la superficialidad que esbozaba en los actos sociales—. No he hecho nada. Disfruto mucho de su compañía y aunque no lo creas también de los escritos de Erica Hart. Amy es una mala influencia. Ahora no puedo pasar sin saber qué será de Teodosius y Caterina.

Hunter rio.

—Sí, te he visto muy metido en el papel, sin duda.

Y Hunter rio nuevamente cuando vio a Herdford frunciendo el entrecejo, fingiendo enojo, pero

con una sonrisa en los labios que dementía su enfado.

—El amigo del que hablabas, has comentado que trabaja para el New London. Ese es el periódico de Banner, ¿verdad? —preguntó Hunter y vio cómo esas palabras atraían la atención de Herdford, que esta vez le miraba como si intentase descubrir algo.

—Connolly te ha hablado de él, ¿no es cierto? De la noche en que le conoció —dijo Dave sin despegar un segundo sus ojos de los de Hunter.

Sathfolk tuvo que reconocer que la intuición de Herdford era bastante buena.

—Sí, me lo contó cuando su nombre salió durante una visita de un agente de policía a la naviera —dijo Hunter.

El comentario del conde hizo que Dave se tensara y su expresión se volviera seria.

Hunter le relató el fin de la visita del agente Amberton, y la información que les brindó por haber ayudado Connolly a salvar la vida de Banner. Cuando terminó vio a Dave con el entrecejo fruncido, sumido en sus propios pensamientos. Así estuvo durante unos instantes, antes de mirar de nuevo a Hunter y hablar.

—El East End de Londres es grande, y todo lo que pasa en sus calles lo controlan principalmente tres hombres. Uno de ellos ha legalizado sus negocios.

—Banner —afirmó Hunter más que preguntó.

Dave asintió.

—El otro es Mackenzie, un escocés que empezó como uno de los hombres de confianza de Red Holk y que tras la muerte de este hace dos años, ha ocupado su lugar a la fuerza. Muchos dicen que incluso es posible que matara él mismo a Red para hacerse con el poder. Red Holk sobre todo manejaba casas de juego y parte de la prostitución. Y luego está Husting Perkins. Husting es el más peligroso. Es impredecible, no tiene ningún respeto por la vida humana y es muy ambicioso. Controla todo el contrabando y también se lleva su parte de la prostitución que se ejerce en su territorio. Husting odia a Banner, se la tiene jurada, y más desde que Banner está intentando dejar atrás los negocios poco legales. Quiere hacerse con los barrios que antes controlaba Banner. Si tiene que ver con el contrabando, sin duda los que estén metidos en ello hacen negocio con los hombres de Husting, y eso es mala cosa —dijo Dave haciendo que Hunter se inclinase hacia delante apoyando los codos sobre sus rodillas, intentando asimilar todo lo que le había contado Herdford.

—Perdona que te pregunte esto, pero ¿cómo sabes tú todo eso? —inquirió mirando fijamente a Herdford.

Dave sonrió de forma sesgada.

—Conozco a Banner desde hace tiempo. Aunque te extrañe, somos amigos.

Hunter asintió. Allí había mucho que analizar, y se prometió a sí mismo hacerlo más tarde, ahora necesitaba saber más.

—¿Husting fue el que atacó a Banner? —preguntó Hunter.

—Así es. Ese bastardo lo quiere muerto, pero Banner es un hueso duro de roer. Husting no lo tiene fácil, y lo sabe. Además, Banner todavía guarda muchos contactos en el East End. Él nació y se crió en sus calles. Conoce a mucha gente y le respetan. Él no lo reconocería jamás, pero hace todo lo que puede por ayudar a que la situación en la que se encuentran muchos de los que allí viven cambie —dijo Dave inclinándose también hacia delante—. No va a ser fácil saber quiénes son los que están utilizando uno de tus barcos para el contrabando, eso os va a llevar tiempo, sobre todo porque no sabéis qué barco es.

Hunter endureció la mandíbula ante las palabras de Dave. Él sabía que todo lo que había dicho

era cierto. Les iba a costar demasiado tiempo averiguar alguna maldita cosa.

—¿Banner podría ayudarnos? —preguntó Hunter.

—Banner está fuera de la ciudad con su esposa, pero he quedado en verle donde Giovanni Elzio el miércoles. Ese día estará de vuelta. Puedo hablar con él. Antes tenía contacto con gente que ahora trabaja para Husting —dijo Dave.

—¿Giovanni Elzio? —preguntó Hunter.

Dave sonrió de forma espontánea.

—El mejor maestro de esgrima de Londres.

Hunter se enderezó en su silla ligeramente con una ceja alzada.

—Creía que ese era Bouchard —afirmó Hunter.

—Bouchard no le llega ni a la suela de los zapatos —dijo Herdford.

—¿Es gracias a él que eres una fiera con el estoque? —preguntó Hunter y Dave notó cierto regocijo en ello.

—¿Una fiera?

—En palabras de Connolly, sí. Dijo que despachaste a tres antes de que pudiese ni siquiera parpadear. Creo que lo dejaste impresionado, y créeme, pocas cosas impresionan a Liam.

—¿Estaba borracho o enajenado mentalmente cuando dijo eso? —preguntó Herdford, haciendo que Hunter soltara una carcajada.

—Veo que lo conoces bien —dijo Hunter.

—En absoluto —contestó Dave y Hunter vio dureza en sus ojos al decir esas palabras.

—Veo que tu labio está prácticamente curado... —insinuó Hunter.

—La curiosidad mató al gato, Sathfolk.

—Me gusta el peligro, Herdford —contestó Hunter en un duelo de miradas que parecían llevar una conversación paralela a la de sus palabras.

—A mí también, y no te lo aconsejo. Al final acabas con el labio partido —dijo Dave haciendo un gesto con la cara que hizo sonreír a Hunter.

—No me ha contado qué pasó, ni porque —dijo Hunter, que quiso aclararle a Herdford ese hecho.

Dave solo asintió.

—Si te pregunto cómo es que conoces a Banner, ¿me lo dirías? —preguntó Hunter alzando una ceja.

—Voy a ser muy sincero, Sathfolk —dijo Dave antes de tomar aire para seguir hablando—. No.

Hunter rio entre dientes y escuchó a Herdford hacerlo también.

—Dale tiempo —dijo Hunter y ambos supieron a quién se refería.

Unos pasos se escucharon en la escalera que conectaba con la planta de arriba, donde estaban los dormitorios. Se escuchó a Jane conversando con Mary.

—Creo que es hora de que me vaya, imagino que tienes cosas que hablar con Jane —dijo Dave cogiendo su chaqueta que había dejado en el respaldo de su silla.

—No hace falta que... —iba a terminar de decir Hunter cuando Dave le interrumpió.

—Cuando estás nervioso tienes un pequeño tic en tu ceja derecha, ¿sabes? Y no has parado de mirar a Jane en toda la tarde. Sé lo que significa esa mirada y sé lo que vi en Bedfordshire. Espero que hayas roto ya ese maldito contrato —dijo Dave mirando seriamente a Hunter.

En los ojos de Hunter se podía ver reconocimiento y sorpresa.

—Eres una especie de sabelotodo repelente —dijo Hunter metiéndose con él por primera vez

con una especie de camaradería que se había ido forjando sin darse cuenta.

Dave rio con ganas antes de que Jane apareciera por la puerta y viera a Herdford poniéndose la chaqueta.

—¿Te vas ya? —preguntó Jane frunciendo el ceño y mirando a Hunter.

Dave se acercó a ella y le dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla, mientras miraba a Hunter haciendo un gesto con las cejas que Hunter quiso borrar de un golpe.

—No le dejes escapar, preciosa —dijo Dave a Jane al oído antes de separarse de él.

Cuando Herdford salió de la estancia con la mirada de Jane fija en él, lo que le dijo Hunter hizo que toda su atención se centrara en su falso prometido con inusitada rapidez.

—Tenemos que hablar, Jane. Creo que es hora de que este falso compromiso deje de ser falso.

Jane se atragantó con su propia saliva y estuvo tosiendo durante cinco minutos. El agua que le dio Hunter apenas llegó para apaciguar su tos nerviosa.

—¿Estás bien? —preguntó Hunter y la preocupación que reflejaba su semblante era más que visible.

Jane asintió, sentándose nuevamente. Se había levantado cinco veces y vuelto a sentar otras tantas durante la tos. Cada vez que Hunter se le acercaba, ella saltaba como un resorte.

—¿Ha sido por lo que te he dicho? —preguntó Hunter, y Jane, que estaba bebiendo un poco más de agua, la escupió como una fuente cuando le escuchó.

—Definitivamente, es por lo que te he dicho —dijo Hunter mirándola fijamente.

—Es que no sé qué clase de locura te ha llevado a decir algo así —respondió Jane en voz baja pero con vehemencia, como si se estuvieran susurrando algún sucio secreto cuando en aquella sala estaban solos los dos.

—¿Por qué hablas bajo? —preguntó Hunter alzando una ceja, y la mirada que le lanzó Jane podía haberlo chamuscado al instante.

—Porque respondo ante lo absurdo con un comportamiento igual de absurdo —dijo Jane haciendo un gesto con la mano, como diciendo que aquello se estaba volviendo cada vez más irracional.

—¿Crees que es absurdo que me haya enamorado de ti?

¡Zas!

La jarra que sostenía Jane para echarse más agua se le escurrió de la mano y acabó en el regazo de Hunter, que, completamente empapado soltó un juramento por lo bajo cuando el recipiente de cerámica, que debía ser el más pesado que había sobre la faz de la tierra, le dio justo en un sitio donde la hombría de un caballero podía peligrar seriamente.

Jane vio la cara de dolor de Hunter y cómo intentó disimularlo, pero la verdad era que en ese instante no le daba ninguna pena.

—Me parece una broma de muy mal gusto soltar algo así —dijo Jane otra vez en voz baja—. ¿No tienes nada que decir? —continuó cuando vio a Hunter mirarla con ganas de estranglarla.

—En este momento no me siento muy comunicativo —dijo Hunter entre dientes intentando aguantar hasta que el dolor menguara un poco.

—Pues no haber soltado lo que has dicho, uno no puede decir que se ha enamorado y después poner la excusa de que no quiere hablarlo.

—Cuando dije que me volvías loco no sabía que iba a tener que decirlo de forma literal.

Jane se llevó la mano al pecho al escuchar eso.

Hunter pensó que había cosas que sin duda se heredaban.

—¿Cómo te atreves a...? No, no voy a entrar en tu juego, Hunter.

—¿En cuál, en el de ser sinceros o en el de esconderse y aparentar que no pasa nada?

Jane miró a Hunter fijamente cuyo semblante estaba recuperando el color.

—Estoy enamorado de ti, Jane Josephine Elisabeth Valen, y no puedo ni quiero evitar lo que siento. Me vuelves loco la mitad del tiempo, y la otra me dejas sin aliento. Eres la mujer más fascinante que he conocido en mi vida. Eres fuerte, endiabladamente decidida, tienes un carácter que ya quisiera para sí un general de campo y una belleza única. Me encanta tu risa, y cómo se mueven tus hombros cuando te dejas llevar por ella. Me quedaría horas mirando tus pecas, las mismas que cubren el puente de esa nariz que arrugas cuando hay algo que no te gusta. Admiro la forma en la que te entregas a los que amas y anhelo más que ninguna otra cosa en este mundo ser merecedor de ese amor. Quiero pasar el resto de mi vida contigo porque cuando estoy a tu lado todo lo demás parece posible. Por eso deseo romper ese maldito contrato y que nuestro compromiso sea algo real y tangible, como lo es para mí desde hace tiempo.

Jane tragó saliva una vez, dos, y no consiguió calmar su corazón que de seguir así se le saldría del pecho. Estaba presa de la mirada de Sathfolk que, de forma intensa y vehemente, la ataba a él con sus ojos color gris humo que se habían oscurecido hasta tal punto que parecían azabaches.

—Sé que te hicieron daño en el pasado y que te cuesta confiar. No deseo presionarte, no tienes que darme una respuesta ahora. Solo piénsalo.

Jane le miraba con los ojos abiertos de par en par como si no pudiese asimilar todo lo que Hunter le había dicho.

—Te quiero, Jane. No lo olvides —dijo Hunter, dándole un beso suave en los labios antes de ponerse en pie y despedirse, dejando a Jane sumida en un mar de incertidumbre.

CAPÍTULO XXI

Giovanni Elzio se secó el sudor con un paño de color blanco níveo y miró a Herdford.

Dave sostuvo la mirada de Elzio y por su expresión supo perfectamente lo que estaba pensando.

—¿Puedo preguntar? —dijo Elzio con cierta preocupación. El que había sido su mejor pupilo y a quien desde hacía un tiempo consideraba como un amigo, ese día había estado ausente. Centrado en la esgrima, pero falto de esa extrema agudeza y destreza que siempre destilaba cuando se enfrentaban en sus citas semanales.

David sonrió levemente.

—*Il cuore?* — preguntó Elzio al ver que su amigo no había respondido con una negativa a su pregunta anterior.

—Me conoces bien, Giovanni, pero no es algo de lo que quiera hablar. El tiempo hará su trabajo —contestó Dave, esta vez dibujando su sonrisa sesgada que hubiese engañado a cualquier otro pero que a Elzio no terminó de convencerle.

—En eso tengo que darte la razón, siempre que solo sea un encaprichamiento pasajero. Si es algo serio, del tipo que te perfora el pecho cuando no estás a su lado, entonces tengo que disentir. En ese caso se aprende a no mirar atrás, no queda más remedio para sobrevivir, pero no se olvida jamás. A no ser que seas de aquellos a los que la vida les sonríe y les otorga esa clase de amor en más de una ocasión. Raras veces se encuentra una vez, no quiero decirte lo difícil que es que te sorprenda dos veces —prosiguió Giovanni mirando fijamente a Dave.

—¿La experiencia habla? —preguntó Dave, conocedor de la historia de Giovanni y de por qué tuvo que salir de Italia de forma apresurada para no volver—. ¿Te ha sonreído a ti la vida una segunda vez? —preguntó Herdford alzando una ceja.

Un brillo especial se adueñó de los ojos de Giovanni en cuanto Dave pronunció esas palabras.

—Siempre fuiste muy intuitivo. ¿Cómo lo supiste? —preguntó Elzio refiriéndose a cierta dama a la que Giovanni, por petición de Dave, le estaba dando clase de esgrima desde hacía dos meses.

—Porque os conozco a los dos —dijo Dave recogiendo su chaqueta y poniéndosela. Se volvió de nuevo y miró fijamente a Elzio—. Banner me está esperando fuera. Nos vemos la semana que viene —añadió divertido al ver la cara de Giovanni.

—El próximo día no seré tan benevolente —replicó Elzio con el ceño fruncido.

—¿Y cuándo lo has sido? —preguntó Dave dándose la vuelta y saliendo de allí, escuchando la risa ronca de Elzio a sus espaldas.

—¿No tienes nada más fuerte? —preguntó Banner mirando las manos de su amigo, en las que había una botella de coñac y dos vasos.

Dave le sirvió generosamente y le tendió uno de ellos.

—Bébetelo. A veces eres peor que un grano en el culo.

—Bueno, de eso sabes tú más que yo —dijo Banner sin poder evitarlo, dando un trago cuando vio la mirada de Dave—. Lo siento. Eso ha estado fuera de lugar —continuó Banner con su acento *cockney* y riendo acto seguido, destrozando totalmente la imagen de arrepentimiento que quería dar.

Banner miró aquella sala, que no era pequeña en comparación al resto de la casa en donde vivía Dave desde hacía unos años. Era una edificación de tres plantas y cada una de ellas alojaba una casa de unos ochenta metros cuadrados.

—Es una suerte que conocieras al dueño del edificio. El padre de uno de tus compañeros en Eton, ¿verdad? —preguntó Banner cambiando de tema.

—Sí, de Colin.

—¿Sigues conservando esa amistad? —preguntó Banner. Sabía que en esos años en Eton, Dave había conocido a mucha gente, pero amistades de verdad habían sido muy pocas las que había forjado.

—Murió hace dos años. Cólera —dijo Dave mirando a su amigo y este asintió sin añadir nada. Ambos sabían que ese año el cólera se había llevado a más de diez mil personas en Londres. De hecho, Banner había estado a punto de ser una de ellas.

—Estuve en su funeral. Su familia estaba destrozada. De todas formas —dijo Dave mirando de nuevo a Banner—, este edificio dejó de ser de su familia hace bastante tiempo. Su padre lo vendió hace años a Edward Fitzpatrick.

—¿El dueño de las carnicerías? —preguntó Banner—. Vaya, no sabía que fuese tan rentable lo de vender carne —continuó dando otro trago.

—Por ahora lo tiene alquilado a la señora Brawn, que ocupa la primera planta, y a mí. Sin embargo no sé qué pasará a partir de ahora. La señora Brawn se ha ido a vivir con su sobrina a Bath y ha dejado la casa vacía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Banner.

—Ya me dijo hace poco que, ante la marcha de la señora Brawn si no encontraba a nadie a quien rentar esa casa quizás no le fuese económicamente satisfactorio nuestro acuerdo. Puede que tenga que buscar otro sitio donde vivir en breve.

Banner frunció el ceño.

—Esto es perfecto para ti, no puedes dejarlo, y además le pagas dos de las tres casas y, por el precio que me dijiste, sin ningún tipo de favoritismo por su parte —dijo Banner y su tono de voz sonó duro. Conocía al tal Fitzpatrick y sabía que era una sabandija codiciosa.

—Eso no me preocupa —dijo Dave sonriendo.

Banner gruñó por lo bajo. Estaba en deuda con aquel hombre por muchas razones y era frustrante no poder devolverle en parte la ayuda que le había prestado a lo largo de los años.

—Dime entonces de qué querías hablarme —dijo Banner extendiendo el brazo con el vaso vacío en la mano para que Dave se lo volviese a llenar.

—Eres un pozo sin fondo —dijo Dave riendo a su pesar.

—Estás tardando tanto en ir al grano que en algo tengo que entretenerme —dijo Banner con un gesto burlón.

Dave le relató entonces la conversación que había mantenido con Hunter unos días atrás.

—El contrabando lo maneja Husting. Va a ser difícil enterarse de lo que buscáis, pero siempre hay gente dispuesta a venderse por unas monedas. Y conozco a alguien que trabaja para él y que me debe varios favores anteriores a empezar a tratar con Husting.

—No te lo pediría si no fuera importante, lo sabes —dijo Dave.

—¿Lo haces por el prometido de Jane o por el irlandés que estuvo jugando con nosotros en el Bristol? —preguntó Banner.

Dave le miró a los ojos antes de contestar.

—Digamos que por ambos. Hunter se va a casar con Jane, así que quiero, por el bien de mi amiga, que mi relación con él sea cordial. Y Connolly es su socio. No puedo dejarle atrás.

Banner dio otro trago sin apartar la vista de Dave, que también dio un sorbo a su coñac, que, todo había que decirlo, estaba espectacular. Quizás no fuese su bebida favorita pero a ese en concreto podría acostumbrarse.

—A mí el irlandés me cayó bien. Es de los míos, sin duda.

—¿De los tuyos? —preguntó Dave y el brillo divertido en los ojos del rubio no pasó desapercibido al del East End.

—Sí, exacto, de los que no tienen un palo en el culo metido todo el día y eructan rosas cuando hablan.

Banner puso los ojos en blanco cuando vio cómo Dave se contenía para no soltar una carcajada.

—Por cierto, ¿qué te ha pasado en el labio? —preguntó Banner al ver la pequeña herida ahora con claridad.

Dave pareció pensárselo antes de hablar.

—El irlandés que no eructa pétalos de rosa. Tuvimos diversidad de opiniones.

Banner se inclinó hacia delante y frunció el ceño.

—¿Hay que partirle las piernas? —preguntó removiendo el coñac en su vaso.

—Pensé que te caía bien —dijo Dave alzando una ceja.

—Y me cae bien. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? Además, solo preguntaba por preguntar, porque imagino que le darías también de lo lindo. Connolly parece bastante duro, pero te conozco lo suficiente como para saber que no tuvo que salir bien parado —afirmó Banner, que sabía que bajo esa fachada aristocrática, con apariencia superficial y de suma belleza se escondía un hombre capaz de defenderse como pocos.

—No imagines tanto y dime qué vas a hacer —dijo Dave tomando otro trago y cambiando de tema.

Banner miró fijamente a Sterl. No le pasó desapercibido el sutil cambio en su expresión cuando le hizo el último comentario, como tampoco le pasó inadvertido el día en el que le atacaron el hecho de que su amigo se interpusiera entre una pistola y el susodicho irlandés. Si él no hubiese sido rápido, hubiese perdido a Sterl, y maldita sea si él iba a permitir eso, porque Dave era el único amigo de verdad que tenía. De la clase de amigos a los que llamabas hermano y podías confiarle tu vida o la del ser que más querías en el mundo, como hizo en dos ocasiones poniendo en sus manos la seguridad y la vida de su esposa Alice.

—De acuerdo. Dame unos días. Preguntaré e intentaré contactar con el hombre que te dije antes. Cuando sepa algo te informaré, y entonces, si quieres, me reuniré con el irlandés y el estirado de su socio —dijo Banner cogiendo la botella de coñac—. Y esta me la llevo. No te conviene beber demasiado.

Dave soltó una carcajada antes de acompañar a Banner hasta la puerta.

Aquella noche, Jane estaba preciosa, resplandeciente, prácticamente muda y parecía evitarle a toda costa.

Había pasado casi una semana desde que tuvieran la conversación a solas donde él le confesó que estaba enamorado de ella y le trasladó su deseo de que aquel falso compromiso dejara de serlo para pasar a ser tan real como sus sentimientos.

No sabía exactamente en qué momento había ocurrido, pero fue en Bedfordshire, durante su estancia allí, cuando se dio cuenta de aquello. Que Jane le pareciese especial, que le gustase como hacía años que nadie lo había hecho no había sido una sorpresa para él, pero sí darse cuenta de lo que la diferenciaba del resto. Estaba enamorado de ella, y por primera vez en su vida caía rendido a los pies de ese sentimiento maravilloso y a la vez devorador, perturbador y que lo estaba volviendo loco. Se juró a sí mismo ser paciente y no presionarla, dejarle espacio y no tocar de nuevo el tema hasta que ella hubiese tenido tiempo de reflexionar sobre todo lo que él le había dicho aquel día, pero eso estaba siendo más difícil de lo que pensaba. Sobre todo cuando la persona de la que esperaba respuesta, una que podría cambiar el rumbo de su vida, se dedicaba a jugar con él al escondite en la fiesta de la vizcondesa de Pronston.

—Jane debe de estar agotada, no ha parado de bailar durante todo lo que llevamos de velada. Se ve que lo de tomarse su tiempo y no sentirse presionada se lo está tomando en serio. ¿Has hablado con ella algo más que el saludo inicial? No te preocupes, seguro que de aquí a unos años haces algún progreso —dijo Connolly cerca de Hunter mientras miraba el lugar en el que las parejas de baile seguían animadamente los pasos de una contradanza.

Hunter quiso gruñir por lo bajo. El tono en que su socio había pronunciado las palabras no podía llevar a equívoco. Maldito fuera el momento en el que había decidido contarle a Liam que le había confesado a Jane sus sentimientos.

Sin embargo, y a pesar de que Hunter no era rencoroso ni vengativo, al mirar al fondo de la sala saboreó su venganza antes siquiera de que las palabras salieran de sus labios.

—El que no parece que tenga problemas para disfrutar de la fiesta es Herdford, que por cierto, está muy bien acompañado. Lady Amblase es la mujer más deseada de Londres y a pesar de tener a casi todos los hombres dispuestos a arrojarse a sus pies, con el único con el que parece querer estar es con Herdford. Interesante. Sobre todo por los amigos que acompañan a lady Amblase. Creo que ese es el actor de moda en el Drury Lane, si no me equivoco. Elmer Sanset. Dicen que tiene gustos exóticos. Parece llevarse muy bien con Herdford —añadió Hunter, y la forma en la que Connolly apretó la mandíbula le hizo sentir mucho mejor.

Emma, que en ese momento se acercó a donde estaban ellos después de haber dejado a lady Brough, con la que había estado hablando, pareció escuchar las últimas palabras de Hunter y le miró de forma significativa, como si estuviese pensando en las palabras que este había pronunciado.

Un instante después, Hunter dirigió su mirada hacia donde unos segundos antes estaba Herdford y este ya no se encontraba allí. Buscó a Jane y tampoco la localizó.

—Se ha ido con Herdford en dirección a aquella sala —dijo Connolly mirando a Hunter con una expresión carente de cualquier emoción. Esa expresión que Sathfolk conocía demasiado bien y que era la que su socio solía tener cuando una tormenta se fraguaba en su interior.

Hunter asintió, con la mirada fija en las puertas que daban a la otra sala. Les daría unos minutos y después iría tras ellos.

—¿Vas a contarme qué es lo que pasa? —preguntó Dave mirando a Jane mientras esta, cogida de su brazo, paseaba a su lado por la estancia contigua a la sala en la que la inmensa mayoría de los invitados estaban bailando y hablando con el resto.

Jane miró a su alrededor. Había cuatro parejas más deambulando por allí, y algunos invitados estaban sentados en varios divanes en el extremo contrario. A la distancia a la que estaban de ellos no era posible que los escucharan, y menos en el volumen en el que habló Jane.

—No pasa nada. No sé por qué me has interrumpido cuando iba a hablar con lady Prawor y me has arrastrado prácticamente hasta aquí.

La expresión de Dave, que se paró haciendo como si estuviesen admirando un jarrón chino que adornaba una mesa con claras influencias orientales, no dejó duda a Jane de que no la había creído en absoluto.

—¿Qué? —preguntó Jane un poco a la defensiva—. Eres mi mejor amigo, un hermano para mí, pero no hace falta que nos lo contemos todo —dijo Jane devolviéndole una mirada cargada de una seguridad que en ese instante no sentía.

—Las cosas importantes sí, así que ya puedes estar diciéndome qué es lo que ha pasado. La última vez que te vi fue el día que estuve en tu casa con tu tía y Hunter, y no estabas así —dijo Dave señalando al jarrón cuando una de las parejas pasó por detrás de ellos y siguieron su camino.

—¿Así cómo? —preguntó Jane y el pequeño graznido fue suficiente para que Dave esbozara esa clase de sonrisa que a Jane le ponía los pelos de punta, porque sabía que la tenía acorralada.

—Nerviosa, como si estuvieses esquivando a Hunter toda la noche, retraída, perdida en tus pensamientos, inaguantable.

Jane se llevó la mano al pecho al escuchar la última palabra y el gesto estuvo a punto de hacer que Dave soltase una carcajada.

—Por Dios, Jane no has parado de bailar desde que entraste por las puertas. Mañana no vas a poder moverte. Todo es por no tener que enfrentarte a algo, y creo que ese algo es alto, tiene el pelo castaño y los ojos grises.

—Sterling Dave Teo...

—Ese soy yo, a quien se lo vas a contar todo. Vamos, Jane, estás asustada. Me he dado cuenta de ello desde el otro lado del salón —dijo Dave mirándola fijamente a los ojos.

Dave vio a Jane abrir y cerrar la boca una, dos, tres veces con intención de decir algo y luego cerrarla de golpe de forma definitiva, sin emitir sonido alguno.

—¿Te ayudo? —preguntó Dave alzando una ceja, a lo que Jane le miró con los ojos encendidos por una creciente furia.

—Hunter me ha dicho que quiere que nuestro compromiso deje de ser falso —confesó Jane, como si le estuviese diciendo a Dave que había cometido un delito.

La sonrisa que esgrimió el rubio hizo que Jane quisiese borrarla de golpe.

—¿Y...? Venga, Jane, sé que puedes hacerlo —dijo Dave guiñándole un ojo.

—Ahora mismo te estrangularía —siseó ella entre dientes.

—Después —dijo con falsa seriedad Dave.

—Me dijo que estaba enamorado de mí —terminó de decir Jane, y el miedo que vio en sus ojos hizo que Dave pusiese una mano sobre la que su amiga tenía apoyada en su brazo.

—Jane, mírame —dijo cuando vio que Jane parpadeaba rápidamente para alejar una sospechosa humedad que se había instalado de repente en sus maravillosos ojos azules.

Cuando su amiga por fin le prestó toda su atención, Dave le acarició la mano mientras le hablaba.

—Sé que te da miedo confiar de nuevo, pero Hunter no es Marlew, y tú lo sabes. No dejes pasar una oportunidad de la que te arrepentirías toda la vida por temer a unos sentimientos que son fuertes y profundos.

—¿Cómo sabes que sus sentimientos son esos? —preguntó Jane con vehemencia.

—Estoy hablando de los tuyos, Jane. Quizás los demás no se den cuenta, pero para mí es más que evidente que estás enamorada de lord Sathfolk desde hace tiempo. Y él también lo está de ti, créeme. Ese hombre movería cielo y tierra por ti. Solo hay que ver la forma en que te mira. Si no te hubiese prometido nada, ten pon seguro que hubiese matado a Marlew en Bedfordshire. Tú no viste la expresión en sus ojos. Sufría por lo que ese bastardo te había hecho.

—Dave yo... No sé qué hacer. Me dijo que no quería presionarme. Que me tomara mi tiempo... pero al verle hoy, me han dado ganas de salir corriendo en dirección contraria. No era capaz de mirarle a los ojos y no sé por qué.

—Sí lo sabes. Porque no quieres ver en su mirada que todo lo que te dijo es verdad, porque de ser así, entonces tendrías que enfrentarte a lo que tú sientes por él. Y no quieres. Temes que vuelvan a hacerte daño. Pero ¿sabes qué? Te conozco mejor que nadie, y si hay algo que no es Jane Josephine Elizabeth Valen, es cobarde.

Jane le miró con una gratitud inmensa.

—No, ¿verdad? —preguntó ella con una tímida sonrisa. La voz se le quebró al final.

—Nunca —dijo Dave y esa única palabra le dio a Jane la suficiente fuerza como para pedirle a su amigo que la acompañase de nuevo a la otra sala.

Hunter los vio entrar de nuevo en el salón diez minutos más tarde, dirigiéndose hacia ellos. Cuando estuvieron cerca, pudo comprobar que la expresión que Jane había tenido a lo largo de toda la noche había cambiado, y para su tranquilidad le miró fijamente a los ojos cuando llegaron junto a ellos.

—Hunter, Connolly —dijo Dave con un breve saludo antes de dirigirse a Emma—. Creo que me habías prometido el siguiente baile —le dijo, y Emma con una sonrisa deslumbrante, tomó el brazo de Herdford para que la condujese hasta donde estaban las demás parejas esperando para el próximo vals.

—Voy a por algo para beber, ¿quieres que te traiga algo, Jane? —preguntó Connolly, y Hunter pudo comprobar como la expresión de Liam se había endurecido si cabía más durante los últimos minutos.

—No gracias —dijo Jane, que esperó a que Connolly hubiese desaparecido para mirar a Hunter de nuevo.

—Imagino que lo de bailar contigo esta noche va a ser difícil —dijo él con un tono de voz más duro del que pretendía, y lamentó sus palabras al instante, cuando los ojos de Jane se desviaron de los suyos no sin antes atisbar en ellos una vulnerabilidad con la que no contaba—. Lo siento, no debería haber dicho eso. No era mi intención incomodarte —añadió rápidamente, y esbozó una

ligera sonrisa cuando Jane volvió a mirarle.

—No. Soy yo quien lo siente. No he sido justa ni me he portado correctamente contigo esta noche. Voy a necesitar ese tiempo del que me hablaste, Hunter. Estoy confusa y necesito pensar —dijo Jane, posando una mano en el brazo de su prometido antes de continuar—. Me... me gustaría que siguiéramos como hasta ahora un poco más. Prometo darte una respuesta pronto —terminó Jane, intentando alejar su mano del brazo de Hunter. Este tomó su mano cuando la estaba retirando y la enlazó en su brazo.

—Tienes todo el tiempo que necesites. Pero no te alejes otra vez de mí. Parece ser que no llevo muy bien que me evites. ¿De acuerdo?

Jane asintió levemente y un brillo pícaro asomó a sus deslumbrantes ojos.

—Te había reservado un baile, aunque no lo creas —dijo Jane, y Hunter no pudo si no sonreír más abiertamente al observar su rostro de su prometida cuya expresión le reconfortó el alma.

Una sonrisa mal disimulada en la boca de Jane le dio la respuesta a la pregunta que no había formulado. El baile que le había reservado no era un vals ni nada que implicara estar cerca de ella. ¿Qué maldito baile le había adjudicado? No importaba, se dijo a sí mismo cuando vio a Jane coger su carné, tachar algo y enseñárselo. El último vals era suyo.

CAPÍTULO XXII

Dave escuchó los suaves golpes en la puerta. Cuando abrió se encontró con el pequeño Marcus, con sus grandes ojos negros y una expresión demasiado madura en su rostro para sus diez años. Trabajaba en la calle, haciendo recados y llevando mensajes de un lado a otro. Todo el mundo lo conocía, a él y a otros tres niños que realizaban tales encargos para Frank Salin, un ratero de poca monta que los utilizaba como mensajeros a cambio de darles algo de comer y un techo donde dormir.

—Un mensaje para usted, lord Herdford, de parte de Patty —dijo Marcus que vio cómo Dave, que siempre le ofrecía una sonrisa y una buena propina, fruncía el entrecejo y endurecía su mirada antes de cogerlo.

—Espera, Marcus —dijo el rubio y se acercó a la mesa que había cerca de la entrada de donde sacó unas monedas para dárselas.

—Si alguna vez necesitas algo dímelo ¿de acuerdo?

Marcus asintió como hacía todas las veces en las que le había dicho lo mismo. Le caía bien lord Herdford. Lo trataba como si no fuera escoria, no como el resto, que ni siquiera lo miraban y que a veces hasta lo insultaban, raqueteándole unas monedas, teniendo luego que ser él quien enfrentase el enfado de Frank.

Dave se despidió de Marcus, que desapareció escaleras abajo con prisas. Cerró la puerta y abrió el mensaje de Patty.

Patty era una de las cocineras que llevaban toda la vida trabajando para su padre. Era la única en la casa con la que seguía manteniendo el contacto. Afable y de carácter fuerte, la mujer, de origen irlandés, había tomado afecto a su madre nada más conocerla. Él jamás podría olvidar que fueron sus brazos los únicos que le rodearon y sus manos las únicas que le cuidaron tras las brutales palizas de su padre, cuando este dejaba entrar al servicio.

Cuando leyó las tres líneas, escritas con dificultad, sintió que la sangre abandonaba su rostro y que una furia ciega se apoderaba de su cuerpo. Por primera vez en mucho tiempo, Dave perdió la capacidad de ser racional y todo su autocontrol.

Veinte minutos más tarde llamó a la puerta de la residencia del conde de Bankeville. Cuando abrió el que durante muchos años había sido el mayordomo de su padre, intentó denegarle la entrada.

—Su padre no está y sabe que no le está permitido venir a esta casa en su ausencia —dijo Patrick con una voz dura, cerrando prácticamente la puerta, pero Dave fue más rápido y metió el cuerpo, empujó la hoja de madera y entró, dejando a Patrick tras él, mientras este último le gritaba que su padre estaba a punto de llegar y que debía esperar fuera. Algo tuvo que ver el mayordomo en su mirada cuando calló de forma abrupta después de que él le mirase a los ojos.

Se giró de nuevo y se encaminó hacia las escaleras para subir a la primera planta. De reojo vio a Patty y a dos doncellas llegar hasta la entrada. Patty seguramente venía de la cocina, las otras dos no sabría decir, pero antes de perderlas de vista, al llegar al final de las escaleras Dave pudo observar la angustia en la mirada de Patty, que retorció sus manos en el delantal.

Se dirigió al cuarto de juegos. A pesar de los años, tenía grabado en su memoria cada rincón de aquella maldita casa.

Abrió la puerta, rogando para que lo que había leído en esa nota no fuese cierto, que fuese todo

un malentendido. No había nadie allí, así que salió con rapidez de aquellas cuatro paredes que tantos malos recuerdos traían a su memoria y enfiló el pasillo hacia las habitaciones. Abrió una a una hasta que dio con él. Su hermano Elliott, al que solo conocía en la distancia, estaba sentado en la cama, con un libro en sus manos, junto a su madre, la tercera esposa de su padre. En cuanto el niño levantó la cabeza y Dave vio el labio partido y un feo moratón en el pómulo derecho de su hermano, todo se volvió de color rojo. Miró a la madre del pequeño, que bajó la vista en cuanto el posó sus ojos en ella, tapándose el cuello con un pañuelo. Fue un gesto demasiado lento para la mirada de Dave, que ya había visto las marcas en él.

—¿Quién es, madre? —preguntó el pequeño, y Dave apretó los dientes en un intento desesperado de no dejar escapar la rabia que le hervía por dentro.

Con pasos lentos y firmes a pesar de la agonía que se estaba desatando en su interior, Dave se acercó hasta él y, poniéndose de cuclillas para quedar a la altura del niño, respondió a su pregunta.

—Soy tu hermano Dave —dijo intentando que el niño no se asustara.

Elliott pareció confuso y miró rápidamente a su madre buscando respuestas.

—Pero yo solo tengo un hermano. William —dijo Elliott frunciendo el ceño y mirando nuevamente a Dave.

—Quizás no te hayan hablado de mí, pero también soy tu hermano.

—¿De veras? —preguntó Elliott, y el brillo que vio en los ojos del pequeño le hizo tragar saliva.

—De veras —contestó Dave tocando la mejilla que no estaba lacerada—. ¿Es la primera vez? —preguntó a continuación a la madre de Elliott, que le miraba con un miedo que él supo identificar perfectamente.

—Sí. Fue error mío. Le estaba enseñando a tocar el piano y a Bankeville no le gustó —dijo en un susurro.

Las voces que llegaron desde abajo llevaron a Dave a levantarse de golpe. Mirando nuevamente a los dos, salió de la habitación y bajó las escaleras rápidamente hacia la planta baja. Cuando entró en el despacho de su padre y le vio, apenas pudo controlarse.

—¿Qué haces en mi casa? ¿Cómo te atreves a entrar por la fuerza y ver a mi hijo? —preguntó a gritos el conde.

Dave acortó la distancia entre ambos hasta que se detuvo de forma abrupta cuando vio lo que su padre tenía en la mano. Una pistola, la que guardaba en el cajón derecho de su escritorio siempre cargada.

—¡Eres un hijo de puta! ¿Crees que voy a permitir que le pegues? ¡Estás muy equivocado si piensas que vas a convertir su vida en un infierno como hiciste con la mía! ¡No volverás a tocar ni a Elliott ni a su madre, ¿me entiendes?! —gritó Dave apretando los puños.

—¿Y qué vas a hacer para detenerme, eh? Además, él no es como tú, un desviado, un engendro del demonio. Mi hijo Elliott no es así, y por eso tengo que disciplinarlo desde el principio.

—Solo estaba tocando el piano, maldito bastardo —dijo Dave entre dientes.

—No volverá a repetirse. No voy a permitirlo. Antes lo mato —dijo Bankeville y sus ojos parecían estar más allá de la cordura. La vena de su cuello era más que visible y parecía palpar a cada golpe de sus palabras. Sus labios terminaron escupiendo saliva por su vehemencia.

—Antes tendrás que matarme a mí, maldito loco —dijo Dave dando un paso al frente.

El sonido llegó a sus oídos antes de sentir el dolor.

Dave se llevó la mano de forma instintiva a su costado. Cuando miró sus dedos, estos estaban

manchados de sangre. Un rugido salió de su garganta y, cegado, se fue hacia su padre que intentaba recargar de nuevo el arma. No le dio tiempo. Le sujetó, le arrebató la pistola, tirándola lejos, y luego, empujando a Bankeville contra la pared, le puso su antebrazo en el cuello, dejándole prácticamente sin aire. Levantó el puño con la intención de pegarle pero este le tembló, incapaz de asestar el golpe. Lo que vio en los ojos de su padre, ese odio enfermizo, esa rabia enquistada, le golpeó con virulencia.

—Yo no soy como tú, maldito loco, pero la próxima vez que le pongas una mano encima a Elliott o a su madre, te mato —dijo Dave apretando aún más y haciendo que el rostro de su padre adquiriera un tono casi morado.

—¿Qué coño haces? ¡Suéltalo!

La voz de su hermano gritando llegó a la vez que el agarre de unos fuertes brazos que intentaban separarlo de su padre.

Dave aflojó su presa y dio dos pasos atrás. Volvió a llevarse la mano al costado cuya chaqueta empezaba a mostrar los signos de su herida, tiñéndose de rojo.

William vio la mancha, la cara de dolor de Dave, y sus ojos barrieron la estancia hasta que dieron con la vieja pistola de su padre.

—¿Qué has hecho? —preguntó William a Bankeville.

Su padre, que había recuperado el aire del que Dave le había privado hasta casi ahogarlo, miró a su heredero, enajenado.

—Lo que tenía que haber hecho hace tiempo. Dispararle para que se desangre y muera como la escoria que es.

Dave dio un paso otra vez hacia delante pero William se interpuso entre su padre y él.

—Lárgate, vete si no quieres que llame a la policía —dijo su hermano entre dientes a Dave—. No dudaré en decir que estaba aquí, que le amenazaste y quisiste matarle y que él solo se defendió. Es la palabra del conde de Bankeville y su heredero contra la tuya.

Dave le hubiese matado en ese instante, pero sabía que esa era una batalla perdida. En aquel preciso instante, lo más inteligente era irse. Estaba herido y perdía sangre. El que se mareara y perdiera el conocimiento era cuestión de tiempo.

—No sé ni cómo puedes mirarte al espejo. Esto no quedará así —dijo Dave, dando media vuelta y saliendo de allí no sin antes escuchar los gritos de su padre que instaba a William para que le matase y terminara lo que él había empezado.

Cuando salió por la puerta se encontró con Patty que, con los ojos enrojecidos y temblando, intentó acercarse a él para ayudarlo. No había nadie más y Dave, cuando pasó por su lado, le pidió un favor antes de largarse de aquella casa rogando para tener la fuerza suficiente como para llegar hasta la suya.

Connolly aún no sabía cómo se había dejado convencer para ver aquella maldita casa. Una que estaba en el mismo edificio donde vivía la persona que menos quería ver con asiduidad. Hunter había mencionado delante de Jane que Liam todavía no había conseguido encontrar una vivienda que le gustara, y esta, después de pensarlo unos segundos, había sonreído con un brillo especial en los ojos como si estuviese muy satisfecha consigo misma. Cuando le comentó que quizás tuviese la casa ideal para él, ni grande ni lujosa pero ubicada en uno de los mejores barrios de Londres,

Connolly sospechó al instante. No era posible que tuviese tanta suerte, y efectivamente, cuando se enteró de que el edificio constaba de tres pisos y que Jane sabía que uno había quedado libre porque se lo había comentado Herdford, el cual vivía también allí, supo que ahí radicaba el fallo. Sin embargo, irse de casa de Hunter, en la que llevaba residiendo desde que llegaron a Londres, era cada vez más apremiante. A pesar de ser como un hermano para él, necesitaba su propio espacio y sentir que algo era suyo.

Su primer impulso fue decir que no, que no estaba interesado en la idea de Jane, pero Hunter conocía bien de su desesperado intento de encontrar algo y si se negaba en redondo sin siquiera haberla visto, sabía que eso significaría admitir ante su socio que lo que este le había dicho en su última conversación y sus insinuaciones en relación a Herdford eran ciertas. Y no iba permitir que eso pasase.

Con ese propósito, aceptó ver la casa. Jane le dio el nombre del dueño del edificio y esa mañana temprano envió un mensaje al mismo para concertar una reunión. A las dos horas, recibió su respuesta. A las cinco, Fitzpatrick mandaría a alguien para que estuviese frente al edificio y le mostrara la vivienda.

Connolly pensó en cambiar la cita para otro día, ya que a las seis había quedado con Hunter, Jane, el duque y Emma para ir al teatro. Cuando se lo comentó a su socio este le dijo que le pasarían a buscar en esa dirección y de allí saldrían directamente hacia el Drury Lane, con lo que se quedó sin ninguna excusa plausible. De hecho prefería ir a ver el maldito edificio que asistir al teatro con las dos parejas, pero ya había rehusado una vez y no quería que su negativa reiterada fuese tomada como desagrado por su parte ante la compañía de los mencionados, porque la realidad no era esa. Sin embargo, saber que Herdford no acudiría tuvo en él un efecto distinto al esperado, al igual que la actitud correcta y distante que el rubio había tenido con él las pocas veces que ambos habían coincidido desde que habían vuelto de Bedfordshire. Liam sabía que debería de haber estado contento con ese proceder, pero algo dentro de él se retorció cada vez que Herdford exhibía esa actitud tan alejada a la que le había dispensado desde que se conocieron.

—¿Qué le parece? ¿Cree que le puede interesar? El señor Fitzpatrick querrá saber su decisión cuanto antes. Hay más gente interesada —dijo el hombre menudo y demasiado delgado que le miraba con sus pequeños ojos, sin dejar de mover nerviosamente una mano.

Connolly sabía que mentía. No creía que hubiese tantos interesados porque a pesar de ser todo lo que Jane le había dicho, el precio era alto para lo que se ofrecía. Sin duda Fitzpatrick quería hacer negocio con él.

—Tengo que pensarlo, pero pronto le daré una respuesta. El precio es excesivo.

El hombre achicó los ojos y desvió la mirada.

—La casa lo vale.

—Eso es discutible —respondió Connolly, que vio cómo el enviado de Fitzpatrick prácticamente salió huyendo cuando él le lanzó una de mirada dura y lacerante.

—Si le parece bien, ya que lo ha visto todo, podíamos irnos —dijo el astudizo hombre casi tartamudeando. Ambos salieron y mientras el hombre cerraba la puerta, Connolly se distrajo mirando la entrada y las escaleras que conducían a las otras dos plantas. Frunció el entrecejo cuando unas manchas le llamaron la atención. Se acercó a ellas, se puso de cuclillas y las examinó con más detenimiento. Aquello eran gotas de sangre, y eran recientes. Estaban intactas. Siguió el rastro con los ojos y lo vio perderse en el recodo de las escaleras. Tuvo un mal presentimiento.

—¿Quién ocupa las dos casas restantes? —preguntó Liam a sabiendas que uno de ellos era Herdford.

Si al hombre su pregunta le pareció extraña no lo expresó. Ya había terminado de echar la llave a la vivienda vacía y se encaminaba hacia la puerta principal con intención de abandonar el edificio cuando le respondió.

—Las dos están alquiladas por la misma persona, aunque creo que su vivienda es la de la última planta. No sé para qué necesita la otra, la verdad —dijo el hombre que antes de acabar la frase vio desaparecer al señor Connolly por las escaleras con una prisa inusitada—. ¡Espere! ¿A dónde va?

—¡Váyase! —le escuchó decir al irlandés con una voz dura que no admitía réplica alguna.

El hombre se quedó unos segundos dudando para después, con un encogimiento de hombros, dirigirse a la puerta principal y salir por ella. Él ya había hecho lo que Fitzpatrick le había pedido. Lo demás no era asunto suyo.

Connolly apresuró sus pasos hasta la última planta apretando la mandíbula con la certeza de que algo grave había pasado. Las gotas diseminadas a lo largo de todo el camino hasta allí eran constantes, por lo que sabía que la herida de la que provenía sangraba profusamente. Golpeó la puerta sin ningún resultado varias veces cuando un nudo en el estómago amenazó con hacerle perder la compostura.

—¡Herdford! ¡Abre la maldita puerta o voy a echarla abajo!

Connolly no escuchaba ningún sonido proveniente del interior.

—¡Joder, Herdford, abre la puerta de una vez! —dijo Liam y su voz rasgó el silencio con una dureza que no hacía nada por ocultar la preocupación que subyacía tras ellas. Tomó el pomo de la puerta y lo zarandó cuando esta cedió por sí sola. No estaba cerrada por dentro.

Entró como una exhalación, dirigiendo su mirada a las gotas de sangre que le llevaban directamente a un sillón que, dando la espalda, no dejaba ver si estaba ocupado. Corrió hasta él y cuando lo bordeó y por fin le vio y observó su costado lleno de sangre que empapaba su ropa sintió como si el suelo se abriera bajo sus pies.

—¡Maldita sea! ¿Qué te ...? Joder... —dijo Connolly y su nerviosismo fue patente mientras se quitaba el lazo del cuello para apretarlo contra el costado de Herdford, que, blanco como la nieve y empapado en sudor se mantenía despierto a base de fuerza de voluntad.

—Hay que llamar a un médico —dijo Liam intentando pensar en cómo mandar llamar a uno sin dejar solo a Herdford. Su estado le preocupaba de una forma que amenazaba con hacerle perder el control.

—Ya lo han llamado. Debe estar a punto de llegar —dijo Dave con dificultad, tragando saliva y mirando a Liam. Esperaba que Patty se hubiese dado prisa en avisar a Rodwood. No sabía si era por la situación en la que estaba o por la sangre que estaba perdiendo pero Dave se sorprendió a sí mismo extendiendo una mano y tocando el entrecejo de Liam. No le gustaba verlo con él fruncido. ¿Estaba enfadado? Maldita sea, no era muy coherente en ese instante.

Connolly sintió el suave roce de los dedos de Herdford y a pesar de que su primer impulso fue apartarse, no lo hizo. La sonrisa en los labios del rubio le oprimió el pecho.

—Debería ayudarte a ir a la cama. El médico te verá mejor allí —dijo Connolly cuando Dave bajó su mano con evidente falta de fuerzas.

—Creo que prefiero morir aquí sentado —contestó Dave que, cerrando un momento los ojos, los abrió de golpe cuando Connolly le gritó.

—¡Y una mierda vas a morir hoy, Herdford! ¡¿Me oyes?! ¡Mírame! —le exigió Liam haciendo más presión en la herida y apretando los dientes cuando escuchó salir un ronco gemido de dolor de los labios del rubio.

Unos pasos en las escaleras hicieron que Connolly desviara la mirada hacia la puerta. Cuando vio al hombre mayor con un maletín en la mano, se apresuró a hacerse a un lado aunque sin dejar de ejercer presión.

—¡Dios mío, Sterling! —dijo el médico agachándose y haciendo un gesto a Connolly para que retirara sus manos y pudiese tener mejor visión.

—Rodwood —dijo Dave con un hilo de voz—. Creo que al final lo ha conseguido.

El médico se quedó por un instante paralizado, mirando a Dave a los ojos. Negó un momento con la cabeza pero lo que vio en los ojos de Herdford le hizo rechinar los dientes antes de volver a lo que realmente era urgente en ese instante.

—Está perdiendo mucha sangre. Ayúdeme a llevarlo a la habitación. Necesito que esté tendido para limpiarle la herida y sacarle la bala —dijo Rodwood mirando a Connolly.

Entre el médico y Liam le ayudaron a ponerse en pie y andar hasta que las fuerzas de Dave fallaron. Entonces Connolly, con un gruñido, pasó el brazo bajo sus piernas y lo cogió en brazos. La cabeza de Herdford cayó hacia delante quedando enterrada en el cuello de Liam. La respiración agitada y el frío que sintió en la piel del rubio asustaron a Connolly, que se apresuró a seguir al médico. Este parecía conocer la casa porque, sin ningún titubeo, abrió una de las puertas, retirando las sábanas de la cama de un tirón para que Liam pudiese depositar a Herdford en ella.

—No lo recueste todavía. Tenemos que quitarle la chaqueta y la camisa —dijo Rodwood, que se apresuró a empezar con dicha tarea. Los quejidos apenas audibles de Herdford, que había caído casi en la inconsciencia, apretaron el pecho de Liam con inusitada vehemencia. Colocado a la espalda de Herdford, Liam ayudaba con la titánica empresa de quitarle las prendas. La chaqueta fue lo más difícil, y cuando Connolly cogió el extremo de la camisa para retirarla, sacándose la por la cabeza, el aliento se le congeló en las entrañas al ver la espalda de Herdford.

—¿Pero qué demonios...? ¿Qué...? —dijo dirigiendo al médico una mirada cargada de incredulidad, furia, rabia e ira. Rodwood, en ese momento, se dio cuenta de lo que Liam estaba viendo. El irlandés clavó sus ojos en los del médico, exigiendo una respuesta que él no podía darle.

—No tenemos tiempo que perder —respondió este con una mirada suplicante, consiguiendo que Connolly terminase de recostar a Dave.

A Liam se le revolvió el estómago solo de volver a evocar la imagen de la espalda de Herdford. Había estado trabajando demasiado tiempo en un barco para no saber a qué eran debidas esas cicatrices, y sin embargo en toda su vida, aún habiendo sido testigo de castigos crueles con el látigo, jamás había visto un maltrato de esa magnitud.

Connolly estuvo al lado de Herdford, sujetándole cuando Rodwood se lo indicó para poder extraerle la bala de plomo. Connolly tuvo que ejercer fuerza con sus brazos y su pecho casi encima de Herdford cuando este se revolvió al hurgar el médico en su interior. Connolly puso una mano en la mejilla del rubio intentando tranquilizarlo cuando Rodwood consiguió finalmente sacarla. Una única lágrima cruzó la mejilla de Herdford, que parpadeó varias veces recobrando parcialmente el conocimiento. Liam ancló su mirada a la de esos ojos verdes que le habían perseguido desde la primera vez que le vio. Miró hacia atrás y vio al médico totalmente concentrado en limpiar y suturar la herida. Así que volvió a centrarse en esos ojos que lo estaban mirando a su vez velados por el dolor, y la semiinconsciencia. Vio a Herdford tragar con dificultad y hacer un gesto de dolor con la cara, recostando su mejilla totalmente en la mano de Liam como si eso le reconfortara. Connolly siguió acariciando la piel del rubio con el dedo pulgar con lentitud. Dave volvió a abrir los ojos y el dolor que Liam vio en ellos le dejó paralizado. Sintió

la mano de Dave sobre la suya propia, la misma que estaba rozando su mejilla, intentando alejarla de su rostro.

—No lo hagas si no lo sientes de verdad —dijo Dave apenas pudiendo hablar y Liam sintió que esas palabras le devoraban las entrañas.

—No te esfuerces, maldita sea —contestó Connolly en voz baja y dura, sin dejar de acariciar de manera suave el contorno de la mandíbula de Dave, mientras la mano de este caía al costado al quedar de nuevo inconsciente.

Los golpes en la puerta de la vivienda se hicieron más fuertes e insistentes. Liam miró a Rodwood que vendaba en ese instante la herida ya suturada. El médico levantó su mirada y negó con la cabeza dándole a entender que no sabía de quién se trataba. Liam frunció el ceño cuando los golpes siguieron y entonces cayó en la cuenta de que había quedado allí a las seis con Hunter y el resto. Se levantó del costado de la cama y se encaminó a la puerta.

Cuando Liam la abrió, Hunter estaba al otro lado. La cara de su socio y amigo, que en ese instante era seria, cambió a una extremadamente preocupada cuando vio a Connolly con las manos cubiertas de sangre y el aspecto de haber pasado por un infierno.

—¿Qué... que ha pasado? He entrado porque llevábamos un rato esperando, y cuando he visto el rastro de sangre... —dijo Hunter mirando hacia dentro.

—Es de Herdford, el médico está con él. Le han disparado —dijo Liam entre dientes y la expresión de Hunter se volvió dura.

Connolly vio a su socio sopesar la situación por unos segundos antes de hablar.

—Ahora subimos —dijo Hunter, que sabía que aquello no podía ocultarse y menos a Jane y a Emma. Sabía lo que Herdford significaba para ambas.

Liam asintió con la cabeza. Ni siquiera cerró la puerta, sabiendo que en pocos minutos volverían a golpearla y que en aquel edificio no había nadie más. Regresó al cuarto a tiempo de ver al médico lavándose las manos para mirar después a un inconsciente Herdford que estaba demasiado pálido, con los labios casi azules. Liam le tapó las piernas con una colcha que había a los pies de la cama, y después se lavó también las manos.

Las voces que escuchó acercándose, los pasos apresurados, hicieron que saliera del cuarto. Los rostros de Jane y de Emma al entrar, llenos de angustia y pálidos, contrastaban con los trajes de noche de colores llamativos que hubiesen lucido esa noche en el teatro si aquello no hubiese pasado.

Ambas se pararon de golpe cuando le vieron y se fijaron en los restos de sangre que había en su propia ropa, sin duda producto de cuando cogió a Herdford para llevarlo hasta la cama. Connolly temió por ambas. Emma se llevó la mano al pecho, conteniendo la respiración, mientras Jane negaba con la cabeza. En ese momento sus miradas recayeron sobre el médico que salía de la habitación.

Hunter y el duque, al que se veía fatigado por subir las escaleras pero menos de lo que cabía esperar después de cómo había estado su salud unas semanas atrás, se pusieron al lado de Jane y Emma.

—¿Rodwood? —preguntó Emma, y su voz se quebró al preguntar al médico, cuya expresión era seria.

—Le han disparado en el costado. He conseguido sacar la bala y no ha tocado ningún punto vital. Está estable pero ha perdido mucha sangre. Todo depende de cómo resista las próximas horas. Lo más probable es que aparezca fiebre. Tenemos que intentar controlarla y habrá que estar muy atentos a que la herida no empeore —dijo Rodwood mirando a ambas mujeres.

Unas lágrimas surcaron las mejillas de Jane, que se llevó la mano a la boca. Hunter pasó un brazo por su cintura y la atrajo hacia él.

—¿Alguien sabe qué ha pasado? —preguntó el duque mirando al médico y a Liam alternativamente.

—No —dijo Liam que se sentía impotente en ese instante de una forma que lo volvía loco.

Todas las miradas se volvieron hacia Rodwood cuando este no dijo nada. Connolly dio un paso hacia él a la vez que Emma miraba al médico con ojos suplicantes.

—Por favor —pidió Emma atropelladamente.

Rodwood pareció sopesar la petición unos segundos antes de hablar.

—Patty apareció en mi puerta llorando. Estaba muy nerviosa —dijo el médico y la tez de Emma se volvió mortalmente blanquecina.

—No, no... —dijo Emma negando con la cabeza.

—¿Quién es Patty? —preguntó Liam con un gruñido. El irlandés quería respuestas de una vez por todas.

El duque cogió una de las manos de Emma y miró al médico.

—Si sabe algo, le agradeceríamos que lo dijese ahora.

Connolly pensó que si el médico no empezaba a hablar, él le sacaría la información con un método menos agradable.

—Patty es la cocinera del conde de Bankeville —empezó Emma mirando a Rodwood.

—¿El padre de Herdford? —preguntó Hunter, que observaba cómo la conversación viraba por unos derroteros que no le gustaban nada.

El médico miró de nuevo a Emma, cogió aire para soltarlo con fuerza y cuando vio a esta asentir, empezó a hablar.

—Parece ser que Herdford le hizo prometer a Patty que si pasaba algo de lo que hubiese que preocuparse se lo dijese. Así que ella le mandó una nota cuando Bankeville pegó a su hijo pequeño, Elliott, hasta dejarle herido.

—Dios mío —dijo Jane, mirando a Emma.

—Dave fue a la casa y entró a pesar de las reticencias del mayordomo de Bankeville, ya que este no se encontraba allí en ese momento. Patty dice que Herdford subió las escaleras buscando a Elliott. Solo tiene siete años —dijo Rodwood aclarándolo al ver las miradas interrogantes en los ojos del duque, su nieto y Connolly—. Entonces llegó Bankeville. Patty dice que cuando el mayordomo le dijo que Herdford estaba allí y que había subido a las habitaciones, se dirigió directamente a su despacho y sacó la pistola que siempre tiene cargada del cajón de su escritorio. En ese momento bajó Dave y se encaró con él. Patty estaba muy nerviosa cuando me lo contó, se cree culpable de lo ocurrido. Dice que Dave le dijo a Bankeville que no iba a permitir que convirtiera la vida de su hermano en un infierno, y que no iba a consentir que volviera a pegarle al niño o a la madre de Elliott. Entonces parece ser que la discusión se elevó aún más cuando Bankeville, totalmente fuera de sí, insultó a Dave. Este se acercó a su padre y Bankeville le disparó. —A ese punto del relato, Connolly apretaba los puños y la mandíbula en un intento de controlar su rabia. La mirada de Hunter y del duque eran absolutamente intimidantes—. Patty dice que cuando le disparó, Dave se dirigió hacia Bankeville y le sujetó contra la pared, desarmándolo. Entonces llegó William y lo separó a la fuerza del conde. Comprendiendo que su padre había disparado a su hermano, William le dijo a Dave que se fuera de allí o llamaría a la policía. Le amenazó con contar algo muy distinto a lo ocurrido: que Dave había intentado matar a su padre y que Bankeville solo se había defendido. Le dijo que sería la palabra de un conde y su

heredero contra la de él.

—Necesito verle —dijo Jane que estaba visiblemente afectada por todo lo que estaba escuchando. Se soltó del abrazo de Hunter, pasó a lado del médico y entró en la habitación donde estaba tendido Dave. Emma solo se asomó a la puerta antes de volverse y mirar al médico.

—Sabía que antes o después esto pasaría —dijo la mujer con la voz temblorosa.

—Yo siempre tuve la esperanza de que no pasara. Volveré dentro de unas horas —dijo Rodwood quien, cogiendo su maletín y despidiéndose de Emma y del duque, salió de la casa.

—Por eso querías que investigara a Bankeville, ¿verdad? —preguntó Argoll mirándola fijamente.

Emma asintió lentamente.

—A mí no me basta con esto. Quiero saber qué está pasando y cómo es posible que un padre haya disparado a su propio hijo. He visto su espalda, Emma, y jamás he visto cicatrices como esas. ¿Qué coño le han hecho? —exigió Connolly acercándose a ella.

Emma miró a los ojos de Connolly. Llegados a ese punto callar no era una opción.

—Creo que, dadas las circunstancias, es mejor que sepan el infierno que ha sido la vida de Herdford —dijo Emma cansada, sentándose en un pequeño sillón que había cerca de una de las ventanas. Los demás, conscientes de que para ella era difícil lo que iba a decir, se sentaron alrededor de Emma.

—Conozco a Dave desde que este tenía seis años —comenzó—. Las casas de campo del conde de Bankeville y de los padres de Alec y Jane limitaban con la nuestra. Yo pasaba temporadas en ella, sobre todo cuando mi marido tenía que viajar. Aunque nuestra residencia estaba en Escocia, siempre que podíamos nos íbamos a la casa de campo, así yo podía retomar viejas amistades sin tener que ir a Londres. Esos tres niños estaban siempre juntos. Más de una vez les cogí haciendo alguna travesura, porque para ir al lago era más fácil y corto atravesar nuestra propiedad. De todos ellos, el que me sorprendía siempre por su madurez, por su templanza, por su perspicacia a tan corta edad, era Dave. Lo único que sé es que con el tiempo, sobre todo los días de lluvia, la mitad de las veces terminaban en mi casa empapados y con una taza de chocolate en las manos. Tenían miedo de las represalias si llegaban a casa totalmente mojados o con alguna parte de su indumentaria rota por subirse a los árboles o hacer alguna de las travesuras propias de su edad. No fue hasta más adelante que me percaté de que ese miedo era solo de Dave. Al principio fueron varios moratones en los brazos, un labio partido, una cara de dolor al sentarse... Todo eso me hizo sospechar, pero un día... —Emma se calló unos instantes antes de proseguir—. Me enteré de que la madre de Dave había muerto. Sabía que estaba enferma, pero no imaginaba la magnitud de su gravedad. Bankeville siempre se había mantenido muy celoso de su intimidad. Me acerqué a presentar mis respetos, ya que el entierro fue solo para la familia. Fue la primera vez que vi a Patty. Me hicieron pasar a una sala y Bankeville me recibió. Jamás vi a un hombre más frío y templado después de haber perdido a su esposa. Cuando le pregunté por Dave, sus ojos... no sé cómo explicarlo, pero me hicieron sentir escalofríos. Había tanto odio en ellos que no lo olvidaré jamás. Patty, que había entrado a traernos unas pastas, las tiró al suelo al escucharme preguntar. Cuando la miré y vi el temblor en sus manos supe que algo pasaba. Me fui de allí, pero al pasar por su lado le dije que por favor viniese a verme. Varios días después vino a mi casa. La hice pasar y le juré que todo lo que me contara quedaría entre las dos. Jamás hubiese hecho aquella promesa de saber lo que había detrás. Ese hombre, ese bastardo sin conciencia ni corazón, maltrataba a su hijo con asiduidad. Lo encerraba en un cuarto con apenas luz, le golpeaba con una fusta hasta que el pequeño perdía el conocimiento y después lo dejaba días incomunicado sin

apenas agua ni comida. La vez que más tiempo lo tuvo allí fue un mes, e incluso había veces en las que le denegaba lo básico para aliviar sus necesidades y Dave tenía que convivir allí encerrado con sus excrementos durante semanas. El día que murió su madre, Patty me contó que Bankeville no dejó a Dave que la viera. Creo que gritaba en el pasillo, suplicaba para que le dejara verla y así poder despedirse, pero Bankeville no se lo permitió, mientras William le sujetaba para que no se moviera. Cuando todo acabó y Bankeville salió de la habitación diciéndole que su madre había muerto, lo cogió del pelo, lo arrastró salvajemente hasta ese cuarto del que os he hablado mientras Dave suplicaba por verla una última vez y le golpeó de tal manera que cuando dejaron entrar a Patty, esta temió que lo hubiese matado. El médico amigo de Bankeville, de hecho, dudó durante varios días que el niño sobreviviera. Dave solo tenía siete años. Esa ha sido una de las muchas palizas que a lo largo de los años le dio y que estuvieron a punto de matarle. Cuando no eran las palizas, eran las humillaciones, los insultos... Le escupía. Un día lo dejó desnudo bajo la lluvia en enero durante horas porque Bankeville decía que así endurecería su carácter —dijo Emma con un odio visceral que se sintió en cada una de sus palabras.

Connolly respiraba agitadamente, jurándose que mataría a ese bastardo en cuanto pudiese. Escuchar el relato de Emma le estaba desangrando por dentro.

—Se lo conté a Angus, no podía quedarme de brazos cruzados, pero Bankeville era íntimo amigo del magistrado y tenía muchos contactos importantes en Londres. Además, Dave era su hijo y sabía atemorizar muy bien a todos los que trabajaban para él. Nadie iba a decir una palabra. Disciplinar a su hijo, que era como él lo llamaba, se hizo una constante. Ese hombre está loco. Ni siquiera cuando lo mandó a Eton estuvo a salvo. Su hermano estaba allí para vigilarle y había quien le mandaba informes, así que cuando volvía a casa, todo empezaba de nuevo. Con dieciséis años, Dave se fue de esa casa tras una de esas palizas que le dejó en cama durante dos semanas con varias costillas rotas, y tantos golpes que apenas podía comer ni abrir los ojos. Esa vez Bankeville tuvo la ayuda de William, ya que Dave ya no era un niño pequeño y se defendió. Bankeville le amenazó con no pasarle absolutamente nada si se iba. Creía que volvería arrastrándose o moriría en la calle a las pocas semanas. Le prohibió acercarse a ellos de nuevo. Dijo que para él estaba muerto y que si hacía algo para ensuciar el nombre de Bankeville él mismo lo mataría, y haría daño a sus seres queridos. Apenas le dio una mísera asignación que no pudo negarle, sobre todo cuando todo el mundo se enteró de que Herdford se había independizado y Bankeville temió los posibles rumores. Los padres de Jane y Alec prácticamente lo acogieron en su casa. Cuando murieron los vizcondes de Trivein, Dave ya era un hombre y el vínculo que había forjado con Alec y Jane desde pequeño era muy profundo. Los tres eran inseparables. Era increíble ver cómo un niño que había sufrido de esa forma era capaz de amar, proteger y ser un refugio para todos los que le necesitaban. Vosotros no le conocéis, no tenéis ni idea del hombre maravilloso y extraordinario que hay debajo de la cara que muestra cuando está en sociedad. Un papel que desgraciadamente tuvo que aprender durante los años que estuvo bajo la custodia de su padre.

—¿Por qué Dave? ¿Por qué no a William? —preguntó Hunter a Emma, y su tono no pudo ocultar lo impactado que estaba por todo lo que ella les estaba contando.

—La madre de Dave era una mujer inteligente, sensible y brillante. Tocaba muy bien el piano, pintaba, conocía a los clásicos... Ella estaba mucho con su hijo y le transmitió su amor por todas esas disciplinas. Le daba clases siempre que podía, hasta que Bankeville se enteró y cortó con ello de raíz. Dijo que eso hacía de Dave un afeminado, un desviado, y cuando el pequeño le dijo que disfrutaba con aquellas enseñanzas y defendió a su madre al intentar pegarle delante de él, ese

bastardo no lo perdonó. William era y es igual que su padre. Siempre ha sido cruel y ha hecho todo lo que Bankeville le ha dicho, son tal para cual. El odio que le tiene ese hombre a su propio hijo es inhumano —terminó Emma agotada—. Dave es la persona más fuerte que he conocido jamás, y sabe defenderse como pocos en esta ciudad. Se ha preparado para ello a conciencia, sin embargo después de lo que pasó en Bedfordshire se avivaron en mí antiguos temores y por eso te pedí que buscaras información sobre Bankeville —dijo Emma, esta vez dirigiéndose al duque.

—¿Qué pasó en Bedfordshire? —preguntaron Hunter y Connolly al unísono, aunque la expresión en los ojos de Liam, de por sí iracunda, se oscureció aún más cuando supo a lo que se refería Emma—. El accidente del caballo no fue tal ¿verdad? —inquirió mirándola a los ojos.

Emma asintió antes de hablar.

—Había un clavo bajo su silla de montar. Por eso el caballo se encabritó. Dave preguntó al encargado de las caballerizas y este le dijo que el único que se había interesado por su montura fue William.

—Maldito hijo de puta —dijo Connolly entre dientes.

—Fue a hablar con él y su hermano ni siquiera lo negó. Le dijo que lo único que quería era que se hiciese el daño suficiente para que tuviera que volver a Londres. No lo quería allí, por eso el enfrentamiento que vimos el primer día que llegamos. Le dije a Dave que tuviese cuidado.

—¿Por qué no dijo nada? —preguntó Hunter

—No quería preocupar a Jane, y... tienes que entender algo, Hunter. Dave siempre antepone a las personas a las que ama por delante de sí mismo. Además, lleva muchos años lidiando tanto con su padre como con William, y parecía que todo había quedado atrás, pero lo de hoy... Podrían haberlo matado. De hecho, estoy segura de que precisamente eso es lo que hubiese deseado el bastardo de Bankeville. Si le pasa algo, yo... —dijo Emma sin poder evitar por más tiempo las lágrimas.

Argoll la abrazó, intentando tranquilizarla.

—Tengo a mi mejor hombre en ello. Esto no va a quedar así. Te lo juro, Emma. Bankeville va a desear estar muerto —sentenció Argoll, y lo que había en sus ojos, lo mismo que habitaba en los de su nieto cuando cruzaron sus miradas, no dejaba lugar a dudas de que los días en el que el conde pensaba que podía dañar a Herdford impunemente habían llegado a su fin.

CAPÍTULO XXIII

Hunter vio salir a Connolly por la puerta y, echando un vistazo a Jane, que seguía con Emma junto a la cama de Herdford, le siguió. Liam no había ido muy lejos. Estaba en el pasillo, con las dos manos apoyadas en la barandilla de la escalera que daba a las plantas inferiores y con la cabeza agachada entre los hombros.

—¿Estás bien? —preguntó Hunter apoyándose en la pared sin dejar de mirar a Liam.

—Estoy intentando calmarme lo suficiente para no ir ahora mismo y matar a ese hijo de puta con mis propias manos —contestó Connolly y Hunter asintió.

—Mi abuelo ha dicho que tiene a su hombre de confianza buscando información, ya lo has oído. Y nosotros tampoco vamos a quedarnos de brazos cruzados. Mañana mismo pondré a Withman con esto. Herdford es como un hermano para Jane, y como un hijo para Emma, así que es de la familia. Ninguno vamos a permitir que Bankeville salga indemne de esto.

—Lo sé, yo desde luego no voy a permitir que ni Bankeville ni su maldito heredero vuelvan a acercarse a Herdford —dijo Connolly con rabia, y Hunter supo que Liam estaba lejos de estar calmado.

—Va a ponerse bien, Liam. Ya has escuchado a Rodwood, depende de cómo responda. Y si una cosa es Herdford es un superviviente, un luchador. No va a rendirse fácilmente.

Liam separó las manos de la barandilla, se dio la vuelta y miró a Hunter.

—Tú no lo viste desangrándose en el sillón. Me dijo que no lo moviera porque prefería morir en él que tumbado en la cama.

—Liam... —dijo Hunter dando un paso más cerca de Connolly.

—No, Hunter, esto no podemos arreglarlo, yo no puedo arreglarlo —dijo Connolly entre dientes—. No puedo perderlo —dijo Liam y Hunter contuvo el aliento cuando escuchó el dolor impreso en las palabras de su amigo.

—No lo harás —replicó con determinación.

Liam esbozó una cínica sonrisa ante esas palabras.

—Eso no lo sabes, y yo tampoco. No sabes las cosas hirientes y horribles que le dije en Bedfordshire, y...

Las palabras quedaron prisioneras en su garganta. No podía pensar en esa posibilidad, ahora no, no después de reconciliarse consigo mismo y con lo que sentía.

Maldita sea, el problema nunca fue que se sintiera atraído por él de una forma en la que jamás se había sentido atraído por nadie. Hunter se lo había dicho y tenía razón. El problema surgió cuando comprendió que por primera vez en su vida, sentía algo más fuerte que una simple atracción y hacia una persona que representaba aquello que más odiaba. No podía haber estado más equivocado. Ya lo había hecho con Hunter diez años atrás cuando sin conocerlo lo juzgó por pertenecer a una clase social que a él le había arrebatado lo que más amaba en esta vida, su familia. Sabía que no se podía juzgar a toda una sociedad por su estatus, por los fallos o errores de otros, pero ese odio que se enquistó en su interior cuando su madre fue humillada, violada y olvidada, y su padre golpeado y condenado por defenderla, ese odio se fue cimentando a fuego

lento para, salvo excepciones como Hunter, ir aumentando según iba conociendo a más gente perteneciente a la clase social más alta. Vio en muchos la superficialidad, la arrogancia, la falta de empatía y de humanidad por los más desfavorecidos. Sus aires de grandeza, como si fueran superiores, y su creencia en que eran impunes ante la justicia cuando cometían vilezas e injusticias que ellos ni siquiera consideraban como tales porque eran infligidas a quienes realmente pensaban que eran inferiores. Él también había empezado a ver en Herdford a alguien diferente a lo que aparentaba y cuando Dave le pidió sinceridad, le odió por intentar arrebatarse aquello que sustentaba su razón para seguir, para sobrevivir, para luchar desde que perdió a toda su familia. No porque fuese un hombre, no porque le robara el aliento cada vez que le veía entrar en una habitación o le deseara con cada pulgada de su cuerpo, sino por lo que representaba. La única vez que sentía algo más fuerte por otro ser humano, que le importaba hasta un extremo desconocido para él, no podía ser un aristócrata que lo había tenido todo, superficial, egocéntrico, igual a aquellos que denigraban a personas con el origen de Liam. Se cegó por ese odio, por esa fuerte e inquebrantable decisión que le había mantenido en pie y que le había hecho fuerte sin saber que con ello estaba cometiendo una injusticia mayor que la que podía haber imaginado. Ahora el remordimiento por las palabras que le había escupido a Herdford a la cara, por aquel puñetazo cargado de rabia que le propinó sin medida, le estaban matando por dentro. Todavía recordaba las palabras que Herdford le dijo y que ahora adquirirían un significado totalmente diferente: «No tengo ni idea de lo que es sostener en tus brazos a tu madre mientras agoniza y despedirte de ella. No sé lo que es que te humillen, te despojen de tu orgullo, tu dignidad e incluso de tu propio ser. No sé lo que es pasar hambre o vivir en condiciones infrahumanas. No sé lo que es luchar por sobrevivir y menos aún lo que es amar». Esas palabras dolían más que un puñal enterrado en las entrañas. Liam le había gritado que no sabía lo que era sufrir como si él mismo tuviese el monopolio del dolor, sin saber que Dave podía entenderle mejor que nadie, y ahora sabía por qué ese golpe, el que esperó que Herdford le devolviera, nunca llegó. Ahora más que nunca deseaba tener una oportunidad para decirle que lo sentía y rogarle que perdonase su arrogancia, su orgullo injustificado y su soberbia.

—Tú no sabías nada de esto, Liam, no puedes castigarte de esa manera —dijo Hunter con una seriedad extrema.

—Claro que puedo, Hunter —respondió Connolly con vehemencia y pasando por su lado fue a entrar de nuevo. Los ojos de color miel en los que Hunter había podido ver el tormento contra el que luchaba su amigo, se posaron de nuevo en él antes de abrir la puerta—. Voy a quedarme esta noche aquí, te agradecería si pudieses traerme algo para cambiarme —dijo Liam y Hunter asintió.

—Lo que necesites —dijo Hunter antes de apretar su brazo en señal de afecto. La pequeña sonrisa que esbozó Liam le dijo a Hunter que aquel irlandés testarudo, que se había hecho a sí mismo gracias a su inteligencia y a su fuerza de voluntad no iba a dejar que el destino le arrebatase tan fácilmente lo único que había anhelado en la vida a pesar de no querer reconocérselo a sí mismo.

La fiebre apareció al día siguiente, y Rodwood solo pudo fruncir el ceño y decirles que había que esperar. Herdford no había recobrado la consciencia desde la noche anterior.

Hunter convenció a Jane para que fuese a casa, se cambiara el vestido de noche y descansara

para después quedarse con Dave. Establecieron unos turnos para que siempre estuviese acompañado. El único que no atendió a razones fue Connolly, que además de quedarse por las noches, decidió pasar allí el mayor tiempo posible.

—Jane, ¿puedo hablar un momento contigo? —preguntó Hunter acercándose a ella, que en ese momento le ponía un paño de agua fría a Dave en la frente.

Emma, que estaba sentada en una silla al otro lado de la cama, miró a Jane

—Ya lo hago yo, tranquila —dijo, y Jane esbozó una tímida sonrisa antes de seguir a Hunter fuera de la habitación.

Connolly había salido un par de horas por un asunto que no podía postergar, pero Hunter sabía que estaría allí pronto. Después, él acompañaría a Jane y a Emma hasta sus casas y Connolly se quedaría con Dave por la noche. Hunter se había acercado a la naviera esa misma mañana y luego había ido a ver a su abuelo para tenerle informado de todo e intentar acelerar el trabajo de investigación que estaba realizando su hombre de confianza. También había puesto en antecedentes a Withman y este ya estaba realizando pesquisas por su parte.

Las señaladas ojeras de Jane y sus ojos enrojecidos no hicieron nada por tranquilizar a Hunter, que no solo estaba preocupado por Dave sino también por ella. La joven ya había perdido a demasiada gente amada en su vida como para perder también a la persona que había sido su apoyo, su amigo y su protector durante todos aquellos años.

La cogió de la mano y la llevó hasta uno de los sillones. Jane agrandó los ojos cuando vio varios platos con comida fría y una tetera llena de un delicioso té.

—Necesitas comer, Jane, de lo contrario le vas a servir de poco a Dave. Para poder cuidar de él tienes que cuidarte tú, ¿de acuerdo? Solo te va a llevar unos minutos y yo me quedo más tranquilo. Sé que no has probado bocado desde ayer y a pesar de que no puedo hacer nada para que descanses más, sí puedo hacer esto para que comas. Por favor —pidió Hunter colocándole un pequeño mechón de pelo que había escapado de su recogido detrás de la oreja.

Jane miró hacia la habitación y después le miró a él. La preocupación que observó en los ojos de Hunter la emocionaron y tuvo que parpadear varias veces para hacer que las dichas lágrimas, que parecían no querer abandonar sus ojos desde que supo que habían herido a Dave, se alejaran de sus ojos.

—Luego arrastraré a Emma hasta aquí también. Mi abuelo no me perdonaría que enfermara por no cuidarla debidamente.

Jane esbozó una sonrisa y tomó unos pequeños bocados de un pastel de carne con hojaldre y unas pastas mientras Hunter le servía el té.

Hunter vio como Jane tragaba un pedazo de pastel con dificultad.

—Come despacio. Tranquila —dijo mirándola fijamente.

—No dejarás que esto quede así, ¿verdad? —preguntó Jane mirándole también a los ojos. La determinación que vio en ellos le dio la respuesta antes de que Hunter lo expresara.

—Te lo prometo —respondió él de forma rotunda.

Jane asintió.

—Cuando murió mi hermano Alec pensé que ya no tendría que volver a pasar por algo así —dijo Jane y la voz se le quebró al final.

—Y no tendrás que hacerlo. Dave es fuerte, tú misma lo has dicho muchas veces. Rodwood es optimista. Es joven y puede luchar contra la fiebre. Solo tenemos que estar atentos. ¿Qué te diría él?

—¿Dave? —preguntó Jane

Hunter asintió.

—Me diría: «Jane Josephine Elisabeth Valen, no seas dramática, no te queda bien». Y luego me miraría fijamente y me susurraría: «Y ya sabes que mala hierba nunca muere» —dijo Jane con los ojos brillantes y una leve sonrisa.

Hunter también sonrió.

—Estoy de acuerdo. Tengo que reconocer que al principio estuve celoso de él.

Jane abrió los ojos y se atragantó con el sorbo de té que había tomado.

—¿Por qué? —preguntó—. Dave es como mi hermano, nunca podría haber nada entre nosotros.

Hunter la miró a los ojos y cogió una de sus manos. Acarició con su pulgar la suave piel de Jane como si estuviese escogiendo bien sus palabras.

—Tienes una conexión especial con él, y os complementáis a la perfección. Y a pesar de que me caía bien, cuando veía que os comunicabais con solo una mirada, esa clase de cosas que se surgen después de años de complicidad, en más de una ocasión me dieron ganas de estrangularlo. Esa fue una de las razones por las que me di cuenta de que estaba perdidamente enamorado de ti. Yo nunca había sentido celos de nada ni de nadie, y ahí estaba portándome como un idiota porque en realidad me sentía afortunado de que él hubiese estado para ti todos estos años. Solo puedo querer a alguien que ama y protege a la persona a la que yo amo. No puede ser de otra manera. Él ya es parte de mi familia, y te aseguro que va a vivir para que pueda estrangularlo cuando os vea cuchichear a mis espaldas.

Una lágrima cayó por la mejilla de Jane y antes de que terminara en su regazo, Hunter la capturó en sus dedos.

—No soporto verte llorar, me parte el alma —prosiguió mirándola con una dulzura que Jane jamás había visto en Sathfolk con anterioridad—. Cuida de Dave, haz lo que tengas que hacer, yo voy a estar aquí para lo que necesites. No lo olvides.

Jane sonrió de repente.

—¿Qué? —preguntó Hunter.

—Has hecho que Teodosius y Caterina, los protagonistas de la novela por entregas de Amy parezcan dos aficionados.

Hunter tuvo que contener las ganas de reír. Jane siempre lo sorprendía.

—¿Demasiado romántico?

Jane hizo una mueca y negó.

—Heroico, o... —pero dudó, no muy convencido, y siguió pensando.

—Ya veo. Creo que esto no me va a gustar. ¿Cursi, quizás?

Jane levantó la mano que tenía libre y juntó el pulgar con el dedo índice dejando un breve espacio entre ellos de manera simbólica.

—Un poquito, ¿eh? —preguntó Hunter que ya no pudo reprimir una pequeña carcajada.

La sonrisa espontánea que alegró por primera vez los ojos de Jane fue su mejor recompensa.

El conde de Bankeville miró a lord Sathfolk y al maldito irlandés que tenía por socio con un marcado desagrado.

—Usted dirá a que debo su visita. No tengo mucho tiempo. Me esperan en el club —dijo Bankeville sentándose tras su escritorio, dirigiéndose en todo momento a Hunter y ofreciéndole

solo asiento a él.

Hunter ni siquiera se inmutó, y miró por un segundo a Connolly. Sabía que su amigo estaba conteniéndose, pero si algo admiraba de Liam era su autocontrol, salvo en lo que se refería a Herdford. En los últimos días se había sorprendido al comprobar que todo lo que tenía que ver con el rubio hacía tambalear la fría resolución de su inquebrantable socio.

Cuando el día anterior Hunter fue a ver a su abuelo, este le sorprendió dándole algunos documentos que hicieron que entendiera por qué siempre había considerado al duque un hombre muy inteligente y astuto. Su hombre de confianza ya había conseguido la información el día en que dispararon a Dave, con lo que su abuelo, ante la magnitud de lo ocurrido, movió cielo y tierra, recurriendo a sus contactos para hacer efectivo lo que él tenía ahora en sus manos. Al enseñárselo a Connolly y contarle su intención, el irlandés tomó su chaqueta y salió por la puerta sin mirar atrás.

—En otra situación le hubiera enseñado lo que son buenos modales, pero dado que un hijo de puta como usted no entiende de eso, quizás comprenda mejor esto —dijo Hunter dejando encima de la mesa los documentos que su abuelo le había aportado.

Bankeville saltó de la silla en el mismo instante en que Hunter lo insultó, con una furia latente en su cara.

—¡No voy a permitir que se me insulte en mi propia casa! —exclamó Bankeville—. ¿Quién coño se cree que es usted para hablarme de esa manera?

—¿Padre? ¿Qué está pasando aquí? —preguntó lord Whitbourg entrando en el despacho de su padre y mirando con una expresión extremadamente seria a Hunter y Connolly—. Lord Sathfolk, ¿qué hace aquí?

—He venido a ver a su padre —dijo Hunter fulminando con la mirada tanto a Bankeville como a su hijo.

—Y a insultarme en mi propia casa —dijo Bankeville entre dientes.

—¿Está seguro que sigue siendo su casa? —preguntó Connolly, que hasta el momento no había hablado pero que con solo esa pregunta y el tono en el que la había formulado erizó el vello de los presentes.

—Sucio irlandés, escoria... debe pedirme permiso antes de hablar —dijo Bankeville escupiendo las palabras mientras William, que había visto los papeles encima de la mesa, los cogió para leerlos. La palidez que adquirió su rostro no pasó desapercibida a nadie.

—Si vuelve a llamarme sucio irlandés tendrá que recoger sus dientes del suelo, ¿me ha entendido? —dijo Connolly mirando a Bankeville a los ojos.

—Creo que haría bien en moderar sus palabras, ¿verdad, Whitbourg? —preguntó Hunter, que vio cómo William había enmudecido y le temblaban las manos.

Bankeville miró a su hijo por primera vez y al ver su estado tomó de sus manos los documentos y los leyó.

Su semblante adquirió una mortecina palidez en conjunto con la de William cuando se dio cuenta de lo que eran.

—Tiene un montón de deudas acumuladas durante estos años, lord Bankeville —comenzó Hunter.

—Está acuciado por los acreedores y ya ni siquiera sus contactos, muchos de ellos caídos en desgracia o carentes actualmente de poder pueden ayudarle —comentó Connolly viendo como el conde apretaba los papeles con las manos y les miraba con los ojos desorbitados.

—El duque de Argoll ha comprado todas sus deudas, ¿sabe lo que eso significa? Que con que

solo mueva un dedo y decida cobrarse la totalidad del importe le quitará todo, lo asfixiará de tal manera que la cárcel para deudores será una bendición para usted. Estarán completamente arruinados y esta casa y el resto de sus posesiones les serán arrebatadas, su apellido será arrastrado por el fango y su familia será humillada.

Bankeville parecía que tenía problemas para respirar y cayó en la silla casi sin fuerzas.

—Jamás debiste ponerle una mano encima, hijo de puta —dijo Connolly a Bankeville acercándose a la mesa para que le mirara directamente a los ojos—. Si por mí fuera te arrancaría la piel a tiras y te destriparía lentamente.

—¿De qué coño está hablando? —preguntó William casi gritando.

—Él sabe perfectamente a lo que me refiero —continuó Connolly mirando al conde, que se metió varios dedos por la camisa intentando conseguir más aire y cuya respiración era cada vez más agitada—. Si vuelve a tocarle, a ponerle una mano encima, si vuelve ni siquiera a mirarle, lo mataré y lo mandaré al maldito infierno después de que Hunter haya hecho efectivo el pago de la deuda y acabe primero con su apellido y su aristocrática familia —dijo Connolly con un tono de voz que rasgó el silencio como si fuera un cuchillo—. Si vuelve a tocar a Eliott o a su madre, si intenta hacer daño a algún ser querido de Herdford, no volverá a ver salir el sol. Acabaré con usted de tal forma que no podrán ni siquiera reconocerle.

—¡Espere, espere! ¿Todo esto es por el desviado de mi hermano, por Sterling? —preguntó William.

Connolly, sin mediar palabra, le pegó un puñetazo tan fuerte que hizo que lord Whitbourg cayese al suelo retorciéndose de dolor. Liam lo cogió de allí y sujetándolo por el cuello lo puso en pie, empotrándolo en la pared.

—Nada me impide en este momento que te reviente la cabeza contra el muro, así que mide tus palabras, bastardo. Si vuelves a decir su nombre o a acercarte a él aunque sea porque tengas que pasar por su lado, lo tomaré como una provocación, como algo personal, y te romperé cada uno de tus malditos huesos.

Connolly lo soltó cuando los resuellos procedentes del sillón detrás del escritorio se hicieron más ruidosos.

Hunter vio cómo Bankeville adquiría un color preocupante, una de sus manos estaba cogiendo su pecho como si sufriera un gran dolor allí.

William, que se movió como pudo casi arrastrándose después del tratamiento que le había dado Liam, llegó hasta su padre, que parecía estar sufriendo algún tipo de ataque.

—Esas deudas serán heredadas por usted si su padre sufre algún percance, por lo que todo lo dicho aquí es extensivo a su persona —dijo Hunter con tranquilidad.

—¡Llaman a un médico! —exclamó William cuando vio que su padre apenas podía respirar.

—¿Igual que llamaste tú a uno para que atendieran a tu hermano cuando tu padre le disparó? Podría haberse desangrado, lo queríais muerto, pero es un luchador y está vivo, al final no habéis podido quebrarlo. Ha ganado él —dijo Hunter con una furia que dejó a William sin palabras.

Hunter y Connolly salieron de aquella casa cuando los gritos de William se reavivaron, llamando a la servidumbre para que avisaran al doctor.

Hacía una hora que todos se habían ido. Jane y Emma debían descansar si mañana querían

estar temprano de nuevo allí. La fiebre se había cebado con el cuerpo y la mente de Dave durante tres días. Connolly se quitó la chaqueta, se arremangó las mangas de la camisa, se quitó el lazo y se sentó en la silla que había junto a la cabecera de la cama. Como las dos noches anteriores, se inclinó hacia delante lo suficiente para poder alargar una mano y quitar de la frente el mechón rebelde que el pelo del rubio siempre tendía a ocupar. A Liam le encantaba, sobre el todo el gesto que Herdford hacía cuando ese ingobernable mechón no se doblegaba a sus demandas. Metió sus dedos entre las hebras rubias, suaves y húmedas, y las apartó con más delicadeza de la que él mismo creía poseer.

Tocó su frente y esbozó una tenue sonrisa al comprobar la temperatura. Emma le había dicho antes de irse que ese día la fiebre no había sido tan virulenta, y Rodwood, después de haber visto la herida por primera vez desde que la fiebre se adueñó de Dave, fue optimista.

Liam había pasado los dos peores días que recordaba en mucho tiempo. Incluso había llegado a rogar a un Dios olvidado al que desterró tras la muerte de su madre y su hermana. El pecho de Dave subía y bajaba, respirando con tranquilidad, diferente a la agitación de las noches anteriores que hacía que Connolly se retorciera por dentro, lleno de una impotencia que había jurado no volver a sentir y que hacía presa en él cada vez que veía sufrir a Dave. Pero se había acabado. Esa misma tarde, Hunter y él se habían encargado de que ni Bankeville ni su heredero jamás volvieran a hacerle daño.

Cogió el paño con agua que había al lado de la cama y lo escurrió bien. Luego, como en las veces anteriores, empezó a pasárselo por los brazos y el pecho desnudo. Un cuerpo perfecto a sus ojos, de músculos fibrosos y largos. Un pecho y un estómago sin un ápice de grasa. Le limpió y refrescó despacio y la leve contracción de sus músculos al pasarlo cerca de su hombro hizo que Liam elevara su mirada hasta el rostro de Dave. Unos ojos verdes intensos, que en las últimas horas más de una vez pensó que quizás no volviera a ver clavado en los suyos, le estaban observando atentamente.

—No quiero estropear el momento, pero ¿te estás aprovechando de mí? —preguntó Dave alzando una ceja con una voz ronca y áspera.

Liam sonrió ampliamente, de forma espontánea mientras sentía que el nudo en su garganta y el bloque de granito que parecía aplastarle el pecho durante los días anteriores, sin dejarle respirar se convertía en un peso mucho más liviano. Casi desapareció arrollado por la felicidad casi irreal que le produjo el ver esos ojos mirándole, escucharle hablar, verle consciente y que fuera él mismo. Que lo primero que le dijera fuese el tipo de comentario que le hacía único y especial a sus ojos. Maldito fuera si no le sorprendía siempre con esa honestidad, esa mirada límpida y sin subterfugios, con esa intensidad y ese sentido del humor que le hacían desear ser testigo de cada uno de sus gestos, con una necesidad y un hambre que desconocía hasta que le conoció a él.

—¿Eso es una sonrisa del señor Liam Connolly? Debo estar delirando. Auuugh — protestó Dave cuando el trapo que había estado utilizando Liam para refrescarle le cayó en la cara. Solo fueron unos segundos antes de que Connolly se lo quitara y lo dejara a un lado.

Dave se sentía como si le hubiesen pasado por encima una manada de caballos y luego le hubiesen dejado bajo el sol durante horas. Le dolía todo el cuerpo y la cabeza parecía a punto de estallarle, sin embargo nada de eso le importó cuando al abrir los ojos vio a la última persona que pensaba encontrar a su lado, lavándole el torso. No le gustó ver el semblante cansado y los surcos oscuros bajo los ojos de Liam, y se maldijo a sí mismo en el caso de que eso fuera por su culpa. El día que lo encontró desangrándose mientras esperaba al médico, dio gracias por poder verle una vez más, pensando que abandonaría este mundo como siempre temió hacer, por la mano de su

padre. Había visto la angustia en los ojos de Connolly y escuchó la preocupación en la voz del irlandés cuando le dijo que no le moviera. Había creído que eran imaginaciones suyas pero al verlo ahora, al haber sido testigo del cambio en su mirada, del alivio que vio en sus facciones, quizás no tendría que seguir alejado de él. Porque mantenerse al margen había sido lo más duro que había tenido que hacer en su vida.

—Has estado inconsciente durante varios días, delirando de fiebre. Es un alivio ver que no vas a morir en mi turno —dijo Connolly y el brillo que había en sus ojos desmintió la seriedad con la que había pronunciado esas palabras.

—Turnos, ¿eh? ¿Así de mal? —dijo Dave tosiendo y haciendo una mueca cuando la tos hizo que contrajera los músculos, punzando su costado con un dolor lacerante.

—¡Maldita sea! —oyó mascullar a Connolly con evidente enfado.

Dave sintió la mano de Liam en su nuca ayudándole a inclinar la cabeza hacia delante mientras le ponía un vaso con agua en los labios para que bebiera.

—Bebe despacio, eso es. Tranquilo —le escuchó decir, mientras sentía los dedos de Liam enredados en su pelo y presionando su cuero cabelludo con las yemas como si estuviese intentando relajarle. Dave quiso gruñir por lo bajo cuando demasiado pronto, Liam quitó esa mano de donde estaba.

—Intenta no hablar mucho, ¿de acuerdo? —dijo Liam acercándose un poco más a él—. Sí, tenemos turnos. Jane y Emma están por la mañana y por la tarde y yo me quedo por las noches.

—¿Y por la mañana qué haces? —preguntó Dave despacio sin forzar la voz.

—Voy a la naviera. Hunter está revisando unos contratos con el abogado y yo tengo que hacer balance de las cuentas.

—¿Y cuándo descansas? —preguntó Dave con el entrecejo fruncido y la preocupación latente en sus ojos.

Liam contuvo la respiración por unos segundos y apretó los dientes. ¿Cómo no había visto eso antes? Dolía, joder, como si le hubiesen clavado algo en el pecho. Volver a sentir, ver la preocupación, saber que en alguna medida era importante para alguien, lo suficiente para aún estando medio moribundo en una cama preocuparse por su estado. Eso dolía demasiado.

—¿Jane y Emma están bien? —preguntó Dave sacándole de su silencio.

—Se han llevado un susto de muerte y no querían abandonar tu cabecera ni siquiera para descansar. Menos mal que Hunter y el sentido común hicieron el resto. Rodwood nos contó lo que pasó y Emma no tuvo más opción que decirnos el resto —añadió Liam con seriedad, y Dave asintió, tragando con dificultad y sin apartar la vista de sus ojos. Dios, jamás había admirado tanto a alguien como en ese momento admiraba a Dave. No le escondió su dolor, el mismo que estaba en sus ojos con una fuerza que hubiese vencido a cualquier otro.

—No pudo hacer otra cosa cuando Rodwood nos dijo que tu padre te había disparado y el por qué. Además, yo le ayudé a desvestirte y cuando vi tu espalda no descansé hasta que Emma nos dio una explicación. Argoll y Hunter tampoco le dieron opción. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué permitiste que te dijera todo lo que te dije, por qué dejaste que cometiese semejante injusticia? —preguntó Liam con los dientes apretados.

—Porque... —comenzó Dave con dificultad. Liam se dio cuenta de que Herdford estaba demasiado débil para aquella conversación, veía cómo luchaba consigo mismo por mantener los ojos abiertos y hablar—. Porque cuando me contaste lo que habías tenido que pasar, todo el dolor que destilaban tus palabras, tus ojos, yo... simplemente ya habías sufrido demasiado. No necesitabas cargar con nada más. No tenía derecho. Lo siento, Liam, siento haberte hecho revivir

aquello —dijo Dave, diciendo las últimas palabras apenas en un susurro antes de caer dormido.

Liam se alegró de que Dave hubiese caído en los brazos de Morfeo antes de darse cuenta de cuánto le habían afectado sus palabras. Porque a pesar del muro que había levantado años atrás, de todo su autocontrol, de la insensibilidad que había trabajado de forma incansable a lo largo de los años por todo aquello que fuese ajeno a él, a pesar de todo eso, las palabras de Dave habían traspasado con absoluta facilidad todas y cada una de sus barreras, dejándole totalmente desnudo ante lo que sentía por él.

—Hiciste lo correcto, Emma. Deja de mirarme de esa forma, como si hubieses cometido algún crimen y tuvieses que pedirme perdón. Eso me duele más que cualquier otra cosa —le dijo Dave con su sonrisa sesgada.

Habían pasado dos días desde que despertó. Apenas tenía fiebre y la herida se estaba curando sin ninguna complicación. Aún no podía levantarse de la cama, estaba demasiado débil por la pérdida de sangre. Jane y Emma seguían quedándose con él durante el día y las noches seguían siendo de Connolly. El día anterior, Hunter y Liam le habían contado la visita que ambos le habían hecho a su padre cuando él estaba inconsciente. Dave apenas habló, no pudo. Lo que Argoll había hecho comprando todas las deudas de su padre le había dado la libertad para su hermano Eliott y la tranquilidad a él de que el niño estaría bien. Conocía demasiado bien al conde y a William como para saber que con esa espada sobre sus cabezas jamás intentarían nada. El hecho de que la noticia de que su padre había sufrido un ataque y que se encontraba en cama con medio cuerpo paralizado hubiese corrido como la pólvora por todo Londres debería haber provocado en él algún tipo de reacción, pero no consiguió sentir nada. Les agradeció a ambos el gesto y quiso que Hunter se lo dijese personalmente a Argoll, hasta que él pudiese agradecerse en persona. Por muchos años que viviera, le sería imposible devolverle todo lo que había hecho por él y su hermano pequeño. Estaba tan acostumbrado a cuidar de sí mismo, a proteger a los que amaba, que el hecho de que esta vez alguien lo hubiese protegido a él le hizo sentir extraño, demasiado vulnerable y extremadamente agradecido.

—Estaba completamente devastada. Pensé que... —dijo Emma y le miró con todo el cariño y el amor que le profesaba.

—Sé lo que pensaste, porque yo también lo pensé —dijo Dave mirándola fijamente—. Emma, nunca, jamás podrás hacer algo que provoque que lo que pienso o siento por ti disminuya o cambie. Al contárselo a Argoll has hecho que Eliott esté a salvo. Eso nunca podré agradecértelo lo suficiente, ni a ti ni al duque.

Emma miró a Dave fijamente, con todo el cariño y el amor que sentía por él saliendo a raudales por sus ojos.

—He perdido a muchas personas amadas en esta vida, no podía perderte también a ti. Jamás intentaría ocupar el lugar de tu madre, lo sabes, pero en mi corazón tú sí tienes el lugar de un hijo. Hice lo que pensé que tenía que hacer, sin importar nada más.

Dave la miró y la emoción que había en sus ojos verdes traspasó a Emma.

—Mi madre te hubiese adorado, Emma. Nunca me he sentido solo porque he tenido a Jane y a Alec a mi lado, pero tú has sido mi hogar, mi refugio. Y te quiero por ello, así que puedes ocupar el lugar que deseas, porque la vida me ofreció la oportunidad de tener a mi lado a una persona

maravillosa que me dio el afecto y el apoyo de una madre cuando esta ya no estaba.

Las lágrimas bañaron el rostro de Emma quien sin poder contenerse se sentó en el borde de la cama y con cuidado abrazó a Dave a la vez que él la abrazaba a ella.

—¿Y ahora vas a contarme qué le has prometido a Argoll para que te ayudase? —preguntó Dave con un tono pícaro que hizo que Emma se separase inmediatamente de él y le mirase a los ojos.

Dave rio cuando vio la expresión ruborizada de Emma, aunque tuvo que dejarlo cuando la herida del costado le dolió como el infierno.

Lo había dicho en broma para que Emma sonriera, pero cuando vio la expresión de su rostro y la forma en que desvió la vista, a pesar de estar convaleciente y con menos reflejos que de costumbre, supo que algo importante había pasado.

—Emma... hablaste con Argoll, ¿verdad? —preguntó Dave buscando sus ojos.

La mirada de Emma hizo que Dave cogiera aire con fuerza.

—No lo sabe nadie todavía. Me ha pedido que me case con él. Me ha dicho que soy el amor de su vida y que no quiere vivir lo que le resta de ella sin mí.

—Dime que le has dicho que sí —susurró Dave mirándola fijamente.

La deslumbrante sonrisa de Emma despertó otra similar en el rostro de Dave antes de que este volviera a abrazarla.

—No sabes cuánto me alegro, Emma —dijo, y ella supo que en verdad nadie se alegraba más por ella que él.

CAPÍTULO XXIV

—Dios, Jane, por favor, si me pones otro paño, me das otra cucharada, me limpias otra vez el labio o me preguntas por decimosexta vez en menos de una hora si estoy bien, voy a por un arma y me remato sin pensarlo —dijo Dave mirando con el entrecejo fruncido a su amiga, que le devolvía la mirada totalmente ofendida.

La risa baja de Hunter, que estaba sentado en una silla al otro lado de la cama, no ayudó para nada.

—Hunter, corre tú que puedes —continuó Herdford y la carcajada de Sathfolk se escuchó en toda la habitación.

—Tú eres un desagradecido —dijo Jane llevándose la mano al pecho teatralmente, mirando a Dave—. Y tú, Hunter, no me esperaba esto de ti —siguió con un tono de decepción que hizo alzar una ceja a Sathfolk.

—Ves la similitud, ¿verdad? —preguntó Dave a Hunter, que tuvo que morderse el labio para no echarse a reír de nuevo. En aquel instante no cabía duda de que Jane era la digna sobrina de su tía Amy.

Jane achicó los ojos.

—Sterling Dave Theodore, vas a dejar que te cuide sin rechistar. Me has dado un susto de muerte y en este momento no estoy precisamente muy contenta contigo. Y, Hunter, así no ayudas, dándole la razón. Le ríes todas las gracias, y no tiene ninguna —continuó Jane y las pecas de su nariz parecieron fundirse en rojo.

Hunter pensó que no podía ser más preciosa. Cuando sacaba todo su temperamento simplemente resplandecía y él estaba loco de deseo. Después de todo lo que había pasado, y de la petición de Jane para que le diese tiempo, sabía que debía ser paciente, pero la única verdad era que cada día se le hacía más difícil no poder tocarla, no poder reclamar sus besos. Su posesividad respecto a ella había alcanzado unas cotas inimaginables. Era algo visceral que le había tomado por sorpresa y que, aunque intentara controlar, necesitaba una respuesta pronto si no quería acabar volviéndose loco.

Jane vio a Dave dirigir a Hunter una mirada significativa antes de que los dos abrieran la boca al unísono y dijeran lo único que a Jane la hacía hervir de furia.

—Jane Josephine Elizabeth Valen...

Jane se levantó como un vendaval, mirándolos como si aquella afrenta no tuviese perdón, y se dirigió con paso marcial a la salida del cuarto, dejando atrás la risa de ambos. Lo que ellos no llegaron a ver fue la sonrisa que el rostro de Jane exhibía cuando por fin salió de la habitación, ni cómo se llevó la mano al pecho, esta vez en un gesto genuino, porque su amigo, su hermano, por fin estaba fuera de peligro y por primera vez en días podía respirar sin que sintiese que cada inspiración le quemaba por dentro.

Dave siguió la mirada de Hunter, que no alejó la suya ni un segundo de Jane cuando esta salió de la habitación con un mohín en los labios y las pecas quemando su rostro. Lo que vio en la

expresión de Sathfolk y en sus ojos le convenció de que ese hombre estaba totalmente rendido a lo que sentía por su amiga.

—¿Por qué no le gusta que la llamen por todos sus nombres? —preguntó Hunter volviendo su mirada a Herdford.

Dave esbozó una sonrisa.

—Su abuela paterna la llamaba así cuando hacía alguna travesura y la regañaba. No era una mujer muy afectiva que digamos. Aunque para Alec, era peor. A él le cogía de las orejas y tiraba. Yo sabía que su abuela estaba de visita porque Jane aparecía totalmente repeinada y con las mejillas rojas. La mujer pensaba que si le restregaba las pecas estas desaparecerían.

Hunter frunció el entrecejo.

—Encantadora mujer —dijo de forma irónica.

—Sí, a pesar de todo Jane y Alec la querían bastante. Era dura, pero justa, y jamás vaciló a la hora de anteponer a sus nietos a todo lo demás.

Hunter asintió y Dave lo miró curioso.

—Llevas un rato dándole vueltas a cómo decirme algo, y no sueles morderte la lengua, así que, simplemente, hazlo —continuó Dave mirándole fijamente.

Hunter se inclinó hacia delante, sus antebrazos apoyados sobre las piernas.

—Banner mandó un mensaje para que te encontraras con él en su casa esta tarde. Un chico de unos diez años llamó a la puerta esta mañana temprano y cuando le abrí estuvo a punto de salir corriendo. Imagino que yo no era la persona que esperaba encontrar. Después de darle una buena recompensa por no salir huyendo y de asegurarle como diez veces que era amigo tuyo, me dio el mensaje.

Dave sonrió.

—Le comenté a Banner lo que hablamos y accedió a ayudarnos. Me dijo que estaría atento y haría algunas preguntas. Que cuando supiese algo quedaría conmigo. Imagino que al no aparecer en casa de Giovanni el miércoles pasado me ha mandado el mensaje.

Hunter frunció el entrecejo.

—Le dije al chico que llevara a Banner un mensaje de vuelta confirmando que estaríamos allí a las cinco. Tú no estás para moverte de esa cama, así que solo quiero saber si te parece bien que Connolly y yo nos acerquemos para hablar con él.

Dave le miró con un brillo divertido en los ojos.

—Banner es muy celoso de su intimidad y de su hogar. Poca gente ha estado en él. Dale un mensaje de mi parte cuando te presentes en su puerta o intentará arrancarte la cabeza antes de preguntar.

—Siento si he sido impetuoso al hacerlo sin consultártelo antes.

—No te acostumbres, Hunter —dijo Dave y Sathfolk asintió.

—Dime qué es lo que tengo que decir —terminó Hunter antes de que Dave le dijese las palabras mágicas.

Una mujer mayor, de unos cincuenta años, abrió la puerta. Tenía el pelo entrecano y las manos huesudas y con cicatrices. Su acento *cockney* al dirigirse a ellos fue pronunciado y abrupto. La casa estaba situada en uno de los barrios más florecientes de Londres donde la burguesía y su pujante riqueza, producto de lucrativos negocios, empezaba a abrirse paso entre la alta sociedad. La aristocracia, en mayor medida anclada en el pasado y sus arraigadas creencias, estaba cada vez

más necesitada de ese dinero que su posición y generaciones de gestionar mal las posesiones devengaba.

—Deseamos ver al señor Banner. Teníamos una cita con él a las cinco —dijo Hunter esperando que la mujer les dejase entrar para seguir hablando.

—Ustedes no son el señor Sterl —dijo la mujer con evidente desagrado, haciendo el gesto para cerrar la puerta en sus narices, pero Hunter fue más rápido.

—Dígale a Banner un nombre: Maggie Emmet —le indicó Hunter. Los ojos de asombro de la mujer antes de terminar de cerrar fueron muy significativos.

—Creo que esta ha sido la visita más corta que he hecho en mi vida —dijo Connolly enarcando una ceja.

Hunter iba a contestarle cuando el sonido de la puerta al abrirse reclamó la atención de ambos.

Un hombre de más o menos su edad apareció al otro lado con una mirada extremadamente seria. Era más bajo que Hunter, pero tenía anchas espaldas y manos fuertes. Sus cabellos eran de color castaño y sus facciones duras y pronunciadas. Sus dudas quedaron despejadas cuando Connolly se dirigió a él.

—Señor Banner, volvemos a encontrarnos. Este es mi socio, lord Sathfolk. Dave no ha podido venir, pero pensó que no tendría problema en recibirnos.

Banner los escrutó durante unos segundos.

—Señor Connolly, lord Sathfolk; pasen...—dijo Banner haciéndose a un lado y dejándoles entrar.

El recibidor de la casa era grande y una escalera en el centro conectaba con la primera planta.

—Podemos hablar en un pequeño despacho que...

—Cariño, ¿ya ha llegado Sterl? —preguntó una mujer joven que salió con una sonrisa en los labios de una estancia contigua y se quedó parada repentinamente al verlos a ellos.

Connolly sintió como si le hubiesen golpeado. Esa cara, esos ojos le eran sumamente conocidos. No podía ser la misma, pensó. Debía ser una coincidencia, pero... a pesar de que esa mujer tuviese las mejillas más sonrosadas y su aspecto fuese más saludable, con algo más de peso, en esencia, sus ojos y su expresión seguían siendo los mismos que había visto muchas veces desde que llegara a Londres en uno de los cuadros más icónicos de Drake Winter y que había destacado en una de las salas de la Royal Academy. Aquella muchacha de cabellos castaños y con mirada audaz, que desbordaba constancia, tesón y determinación. Aquella que sostenía una aguja y cuyo dedo anular se veía lacerado por los continuos pinchazos que el trabajo a destajo y sin horario había provocado, mermando su salud.

—Les presento a mi esposa, Alice —dijo Banner atrayendo a su mujer a su lado y abrazándola por la cintura.

—Es un placer conocerla, señora —dijo Hunter con una leve inclinación de cabeza.

Connolly, incapaz de hablar todavía, hizo el gesto del saludo sin más.

—Soy lord Sathfolk y él es mi socio, el señor Connolly —prosiguió Hunter frunciendo el entrecejo al notar lo perturbado que estaba Liam desde que había visto a la esposa de Banner.

—Perdonen, pero mi esposo me dijo que esta tarde iba a venir Sterl —dijo Alice con una voz dulce y un gesto interrogativo—. He debido de equivocarme —continuó con una sonrisa.

—Y así era, preciosa, pero no ha podido venir. Lord Sathfolk y el señor Connolly son buenos amigos suyos —dijo Banner sonriendo a su vez, pero su mujer, que lo conocía mejor que nadie, receló al instante.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó Alice a Hunter rápidamente.

Hunter vio auténtica preocupación en sus ojos y se dio cuenta por la mirada de Banner de que él también pensaba que el hecho de que Dave no hubiese acudido a la cita, indicaba que algo no andaba bien.

—Sterl está bien ahora, no se preocupe. Tiene mi palabra —dijo Hunter mirándola directamente a los ojos.

—¿Ahora? —preguntó Banner con una mirada que contenía furia y preocupación a partes iguales.

—Le dispararon, pero ya está fuera de peligro —siguió Hunter cuando vio la cara de horror de Alice y de estupor e ira de Banner.

—¿Quién? —fue la única pregunta de Banner

—Su padre —dijo Connolly extremadamente serio—. Y recibió su castigo —sentenció. La mirada de Banner sostuvo la de Liam por varios segundos como si estuviese evaluando la veracidad de sus palabras.

Asintiendo con la cabeza, Banner relajó su expresión.

—Ese hijo de puta hubiese pagado mucho antes de ser por mí, pero nunca me dejó matarlo —dijo, y algo en sus ojos les indicó a Hunter y a Connolly que no estaba bromeando—. Será mejor que nos sentemos —continuó señalando el despacho a su derecha

Alice miró a su marido como si le hubiesen salido dos cabezas.

—Banner, no —dijo claramente contrariada—. ¿Al despacho? ¿De verdad? Es una falta de cortesía. Pasen al salón, por favor. Le diré a Hetty que haga té —continuó Alice mirando a Hunter y a Connolly.

Hetty, que resultó ser la mujer mayor que les abrió la puerta, los miró con cara de pocos amigos y luego asintió mirando a Alice.

—Eso sería maravilloso. Gracias —dijo Hunter mirando a Alice y siguiéndola al salón junto a Connolly

Banner, que intuyó el desastre, apretó el paso detrás de ellos. Sabía que Sterl iba a matarle lentamente.

Cuando entraron en el acogedor salón varios sillones de aspecto confortable les dieron la bienvenida. Una mesa rectangular con unos libros diseminados encima y un bordado en el que claramente estaban trabajando, daban una sensación cálida y hogareña a la estancia. Cuando Alice iba a pedirles que tomaran asiento se quedó extrañada al ver a Hunter y a Connolly parados a un metro de ella mirando con intensidad el cuadro que había encima de la chimenea.

—¿Eso es un Drake Winter? —preguntó Connolly sin apartar los ojos de la pintura. Su voz sonó áspera, como si se estuviese conteniendo.

Alice le miró extrañada por su expresión antes de contestar, sin darse cuenta de la mirada de su marido, que ya negaba con la cabeza tras ellos.

—Sí, es un Drake Winter. Sterl quería pintarme de nuevo después de que nos casáramos Banner y yo. Las circunstancias eran muy distintas a la primera vez que lo hizo —dijo Alice con una gran sonrisa.

Hunter tragó saliva y los ojos de Connolly por poco se salieron de sus órbitas.

—Creo que he escuchado mal, porque he entendido que Sterl es Drake Winter y eso no es posible —dijo Connolly con una dureza en el tono que Alice no entendió. Miró a su marido que, soltando el aire de golpe, con resignación, se movió rápidamente hasta su lado para intentar borrar la confusión de los ojos de su mujer.

—Ha escuchado bien, señor Connolly —dijo Banner alzando una ceja.

De todas formas, en algún momento tenían que enterarse. Que Dave los hubiese mandado a su casa y haberles dicho el nombre de Maggie Emmet, eran indicativos indudables de que gozaban de su confianza y, quizás, algo más por lo que había visto el día en que intentaron matarlo en un callejón. Que Sterl se colocara entre una pistola y Connolly fue revelador.

Liam negó con la cabeza, como si lo que Banner le estaba diciendo no tuviese ningún sentido.

—Para que no haya confusión alguna, ¿está diciendo que Herdford es Drake Winter? —preguntó Hunter.

Banner miró a Sathfolk antes de contestar.

—Es lo que he dicho, aunque ambos tengan problemas para asimilarlo —respondió contundente, desviando su mirada de Hunter a Liam.

Connolly habló por lo bajo en irlandés. Hunter, después de tantos años junto a su amigo, supo reconocer unas cuantas maldiciones.

—Lo siento, Banner, pensé que... Dijiste que eran buenos amigos suyos —dijo Alice totalmente desencajada

—Tranquila, cariño. No pasa nada —dijo Banner mirando a Hunter y a Connolly con fiereza. No iba a permitir que ninguno de ellos perturbara la tranquilidad de su esposa, cosa que Hunter entendió a la perfección.

—Y lo somos, no se preocupe por eso —dijo Hunter intentando encontrar sentido a lo que Banner le había dicho.

—Es imposible —exclamó Connolly mirando a Banner—. Winter pinta personas, situaciones, lugares que no tienen nada que ver con Herdford. Lo que transmiten sus cuadros es puro sentimiento. Winter comprende el sufrimiento, el hambre, la desesperación... —Entonces Liam calló de golpe—. ¡Maldita sea! —siseó entre dientes sintiendo un nudo aprisionar su garganta. Le lanzó una mirada desesperada a Banner, una que le pedía, que le suplicaba, una explicación y que él entendió.

—Siéntense, por favor —dijo Banner mirándolos para, después, guiñar un ojo a su mujer, que permanecía seria.

Hetty entró en ese momento con el té y unas pastas. Dejó la bandeja con más fuerza de lo necesario, miró a Alice con una pequeña sonrisa, frunció el entrecejo al pasar al lado de Hunter y Connolly y desapareció tras la puerta cerrándola al salir.

Alice sirvió el té y, cuando terminó, Banner comenzó a hablar.

—Tanto Alice como yo hemos crecido en el East End de Londres, en unas condiciones míseras y, a veces, inhumanas. Si querías sobrevivir tenías pocas opciones. Yo elegí la única tras haber sido *mudlark* siendo un niño. No sé si saben qué es; básicamente, hurgaba en el barro y el lodo que se posaba en las orillas del río para luego vender lo que encontraba. Era peligroso y muchos de los que hacían lo mismo no llegaban a alcanzar la edad adulta. Cuando pude me alejé de eso y empecé a robar. Terminé trabajando para uno de los que controlaban parte de los barrios en la zona donde vivía y, al final, con suerte y falta de escrúpulos, me hice un lugar. No estoy especialmente orgulloso de lo que hice en aquellos años, pero sobreviví. Cuando me quise dar cuenta era yo quien manejaba parte del juego y del contrabando del East End y empecé a ganar dinero. Alice y yo nos conocíamos desde niños. Su madre y la mía, y luego Alice, cosían día y noche para llevar algo de comer a la mesa. Mi padre nos abandonó cuando era pequeño y el de Alice, que había trabajado en las minas y estaba enfermo, no me quería cerca de su hija. Decía que prefería un hombre decente y pobre que uno peligroso y sin principios como yo. Me mantuve alejado durante un tiempo, intentando cambiar mis circunstancias, ver la manera de convertir mis

negocios en algo legal, porque Alice no quería dejar a sus padres en la situación en que estaban y yo quería que ellos me aceptasen. Así que empecé a hacerlo, me costó mucho tiempo, dinero y más enemigos de los que pensé, sobre todo por la oposición que encontré a mi alrededor por intentar salir de mi ambiente —dijo Banner entre dientes mirando a Connolly. Sabía por lo poco que había visto del irlandés que él tampoco lo debía haber tenido fácil—. Una de las cosas que hice en ese intento fue acudir al maestro de esgrima Giovanni Elzio. Había escuchado que era excepcional y aceptaba a alumnos sin importar su origen o clase social. Lo de la esgrima era secundario. Lo que realmente quería aprender eran los modales y la forma de actuar de un mundo que me era totalmente ajeno, y Giovanni era perfecto porque estaba entre los dos mundos. Elzio me aceptó y me ayudó no solo con la esgrima. En una de las lecciones pidió a uno de sus alumnos que se batiera con él para que yo viera alguno de los movimientos. Había visto con anterioridad la repulsa en la mirada de alguno de los alumnos de Elzio cuando me cruzaba con ellos a la llegada o la salida, y eso que en su mayoría eran miembros adinerados de la burguesía y algún que otro noble venido a menos. Sin embargo, solo me hizo falta ver a ese alumno para saber que no pertenecía a ninguno de esos grupos. Si de alguien podía aprender de ese mundo tan alejado al mío, era de él. Lo primero que pensé es: ¿qué hace un maldito niño mimado de la aristocracia dando clase con Elzio? Ellos tenían clubes y cosas así para no mezclarse con el resto del populacho, como había oído decir en más de una ocasión. Le miré con tal odio que hasta Elzio me lo recriminó. Sin embargo, Sterl sonrió de forma sesgada y alzo una ceja. Aquello me confundió. No había en esa mirada, que pareció traspasarme, ningún tipo de condena. El niño rico resultó ser el mejor alumno de Giovanni. Era excepcional con el estoque; elegante, rápido y letal. Elzio nos hizo coincidir alguna vez más, pero fuera de allí no cruzábamos palabra hasta que me sorprendió de una forma que nunca esperé. Elzio, que solía guardar las distancias, un día en que yo estaba despistado y ausente, paró la lección y me preguntó directamente qué tenía en la cabeza. Es peligroso para la esgrima y la vida en general, me dijo, y yo le contesté sin poder ocultar lo que me pasaba que estaba muy preocupado por Alice. Su padre acababa de morir y ella, que había tenido un pequeño enfriamiento durante el invierno, estaba cada vez más enferma, hasta el punto en que temí por su vida. Tenía dinero para pagar a un buen médico, pero ninguno de los que podían hacer algo por ella estaba dispuesto a aceptarlo o venir al East End. Esa fue una lección dolorosa. Tenía dinero, pero no era lo suficientemente bueno. Sin yo saberlo, Sterl había escuchado esa conversación. Cuando terminé mi clase él me esperaba fuera con uno de los mejores y más reputados médicos de Londres.

—¿Rodwood? —preguntó Hunter totalmente sumergido, igual que Connolly, en la historia de Banner.

—Exacto —dijo Banner—. No pregunté ni siquiera qué quería a cambio, porque le hubiese dado lo que me pidiese con tal de que Alice se pusiera bien. Había visto antes personas menos enfermas que ella perecer en cuestión de semanas. Rodwood la trató e incluso consiguió las medicinas que necesitaba y, aunque llevó tiempo, salvó a Alice. Cuando le pregunté a Sterl qué quería por lo que había hecho, me dijo que nada. No podía entender eso y pensé que era alguna especie de broma sin sentido, porque nadie hace nada por nadie, y menos por alguien como yo —dijo Banner, que en ese momento miró a Alice que le observaba a su vez con los ojos llenos de lágrimas sin derramar.

—Yo insistí en que pusiera un precio. No quería deberle nada a nadie y menos a alguien como él. Me dijo que lo pensaría. En aquel entonces creí que estaba jugando conmigo, ahora puedo decir sin ninguna duda que me dijo aquello porque quería salvar mi orgullo y supo que necesitaba

pagar lo que había hecho por Alice, aunque eso fuese imposible. Un día me dijo que quería algo y, que si lo hacía, la deuda estaría saldada. Cuando me contó lo que deseaba, que yo le enseñara el East End, no lo que podía verse en las calles, sino la realidad de los hogares, la realidad sobre su gente... Pensé que estaba loco o que era la peor de las basuras y quería entretenerse para salir del hastío de su bonita vida. Fuese cual fuese su motivación, me tragué mis preguntas porque quería pagar esa deuda. Le presté unas ropas para que no llamase la atención y le llevé al East End. Vi la expresión de su cara a cada paso, la amabilidad con la que trató a las personas que iba conociendo y cada vez se me hacía más difícil reconciliar la imagen que tenía de él con la que estaba viendo ese día. Cuando antes ha nombrado a Maggie Emmet me... Supe que era él el que les había enviado y que confiaba plenamente en los dos. No sé si han visto el cuadro de *La niña bajo la lluvia* —dijo Banner y la mirada de Connolly, con una intensidad abrumadora, se clavó en la suya antes de contestar.

—Sí, es uno de sus mejores cuadros.

Banner asintió y envolvió una mano de Alice cuando una lágrima cayó por la mejilla de esta.

—Maggie era esa niña. Una de las personas que Sterl conoció ese día fue a la madre de Maggie, y a ella. Vivían al lado de Alice y la niña estaba muchas veces en su casa. Su padre era un borracho que las pegaba y que desaparecía por meses. La madre de Maggie trabajaba de sol a sol y la pequeña vendía flores que conseguía de lo que tiraban en el mercado con su pequeña cesta. Ese día Sterl pidió permiso a la madre de Maggie para pintar a la pequeña, también le preguntó a Alice si podía pintarla a ella. Dijo que les pagaría por su tiempo, porque sabía que tenían que trabajar, y que él se amoldaría al poco tiempo que tuviesen. Creí que era uno de esos que hacen bocetos para pasar el rato. No me hizo gracia, pero le dijimos que sí. Todos estábamos agradecidos por lo que había hecho por Alice. Cuando empezó su trabajo y vimos lo que era capaz de hacer fue... impresionante. Fue como ver un rayo de sol en un mundo de oscuridad. Sus visitas se hicieron frecuentes y Maggie lo adoraba. Sterl se pasaba horas mientras la pintaba contándole historias, escuchando el parloteo de Maggie sin parar. Alice y su madre, que cosían mientras pintaba a Maggie y luego a Alice, se reían sin cesar. —La expresión de Banner se tornó extremadamente seria—. He visto a Sterl llorar dos veces. Una vez fue cuando murió su amigo Alec, la otra cuando murió Maggie. Creo que, si no hubiesen encontrado el cuerpo del padre de la niña ahorcado después de matarla de una de sus palizas, Sterl habría destrozado a ese maldito hijo de puta con sus propias manos. No he vuelto a ver esa desesperación en sus ojos, y espero no verla jamás —dijo con la voz más grave de lo normal.

Connolly tragó con fuerza intentando que el dolor lacerante que presionaba su pecho por lo que acababa de escuchar menguara. Hunter, al que miró en ese instante, no estaba mucho mejor que él.

—Así fue como nos hicimos amigos —continuó Banner—. El único que tengo, la única persona aparte de Alice en cuyas manos pondría mi vida. Un maldito aristócrata, ¿quién me lo iba a decir? Lo que más odiaba en este mundo desdibujó y derribó todos los prejuicios que tenía sobre él con paciencia y sin esperar nada a cambio. —Una risa ronca salió de sus labios—. ¿Saben? Hace dos años la epidemia de cólera que se llevó a tantas personas en Londres, estuvo a punto de matarme a mí también. Ese maldito bastardo sacó a Alice de aquí cuando se lo pedí y después de llevarla a un lugar seguro, volvió, cerró la casa y se quedó en la cabecera de mi cama durante los tres días en que me debatí entre la vida y la muerte. ¿Quién coño hace eso? —preguntó y Connolly se levantó, fue hasta la ventana y apoyó una de sus manos en el marco. Necesitaba... Dios, necesitaba aire, porque todo lo que le había contado Banner era... todo lo que estaba sintiendo era demasiado fuerte, demasiado doloroso, demasiado intenso. Respiró varias veces

intentando controlar el entramado de emociones que había derribado todas sus defensas, se había colado dentro de él y se había adueñado de su ser, de forma irremediable, irrevocable. Volvió su mirada hacia donde estaban todos y vio a Hunter mirarle preocupado. En sus ojos también percibió lo asombrado que estaba por todo lo que acababan de escuchar. Caminó de nuevo hasta el sillón y se sentó.

La pregunta que había quedado en el aire, una pregunta que no necesitaba ser contestada, hizo que Alice mirase a su marido y le diese un beso en la mejilla.

—Imagino que habrán venido para hablar de algo importante y no solo a escuchar la historia de nuestras vidas —dijo Alice con una pequeña sonrisa—. Les dejaré solos —añadió mientras se levantaba—. Espero que vengan alguna vez con Sterl a cenar.

—Será un verdadero placer —respondió Hunter levantándose junto a Connolly para despedirse de ella.

Cuando Alice salió del salón, Banner los miró sin demora.

—¿En verdad Sterl está bien?

—Sí —dijo Connolly—. Y ahora que está mejor, aunque debe guardar reposo, es como un grano en el culo —terminó alzando una ceja.

Banner rio por lo bajo.

—Sí, eso me parece bastante acorde a su personalidad.

—Sé que Herdford te pidió que nos ayudaras con el problema del contrabando.

Banner asintió.

—Sí, por eso quería quedar con él. Le dije que haría averiguaciones e intentaría hablar con un hombre que ahora trabaja para Husting, pero que en su día lo hizo para mí. Husting Perkins, si no lo saben, es el que controla el contrabando en el East End. Así que si quieren averiguar cuál de sus empleados es el que hace negocios con ellos solo puede ser a través de Husting. Conseguí hablar con el hombre que os he dicho. Está en deuda conmigo, una que es difícil de saldar. Le dije que estaríamos en paz si nos daba información. Se puso en contacto conmigo ayer. Parece que van a hacer entrega del cargamento que viene en uno de sus barcos de contrabando el próximo jueves. Su empleado se reunirá con los hombres de Husting en los almacenes abandonados que hay cerca de los muelles. Debe ser algo importante porque no quieren llamar la atención moviendo la mercancía.

Hunter miró a Connolly pensativo

—Tenemos que vigilar los barcos que lleguen esta semana, puede ser cualquiera de ellos.

—Que yo recuerde esta semana solo llegaban el *Perseo* y el *Orion*.

Hunter asintió.

—Quería que me diera la dirección exacta de la reunión, pero no ha accedido. Dijo que no podía arriesgarse a que la policía se presentara allí, pero que si quería ir para observar estaría dispuesto a quedar con nosotros en la taberna del Trébol Negro y él mismo nos acompañaría. Es arriesgado. No me fio de él, pero si quieren descubrir quién está detrás quizás sea su única posibilidad —dijo Banner con una mirada interrogativa.

—Dígale que sí —dijeron Hunter y Connolly a la vez y la sonrisa que se dibujó en los labios de Banner les dijo que, sin duda, esa respuesta le satisfacía. Hacía tiempo que su vida era demasiado aburrida.

CAPÍTULO XXV

Jane estaba nerviosa. Llevaba varios días sin poder dormir. Desde que Hunter le dijo que estaba enamorado de ella, esa frase había estado presente en su mente constantemente. Ella no era una mujer romántica y, si no, que se lo dijese a su tía Amy, la antítesis total para el frío casi glacial de su sobrina.

Quizás fue su experiencia con Marlew o que la vida la había golpeado con la pérdida de casi todos los que le importaban, pero la única realidad era que se había resignado a una existencia donde el amor no tenía cabida. Y luego llegó Hunter, con un plan descabellado y una propuesta difícil de obviar. Sin embargo, si tenía que ser sincera, no fue el tema económico lo único que la motivó a aceptarlo, sino la curiosidad que ese hombre le despertaba desde el principio, y que tambaleó su bien entrañado y pacífico día a día. Se había descubierto deseando sus visitas, anhelando sus peleas, necesitando sus miradas y sus palabras que la hacían arder por dentro. Ese calor interior que desconocía poseer y que la llevaba a desear el roce de sus manos, el calor de sus labios, y la muestra de su deseo en sus ojos grises como el humo. Le daba miedo confiar de nuevo y, más aún, amar de verdad, porque después de conocer a Hunter, después de esas semanas que llevaban juntos, había entendido que nunca se había enamorado. Que lo que había tenido con Marlew fue producto de la razón, un devenir predecible y esperado por todos tras el cortejo de él. Sin embargo, lo de Hunter era impulsivo, visceral, inesperado, algo que no podía controlar, que la llevaba desde la más absoluta felicidad a la más honda desesperación y que la hacía naufragar en un mar de dudas. Era un sentimiento desconocido, enorme, que la estaba engullendo por momentos y del que no tenía escapatoria alguna.

Cuando escuchó de sus labios que estaba enamorado de ella se sintió morir, sin embargo, su bien adiestrado autocontrol apenas dio muestras visibles de ello, y durante los días posteriores, con lo de Dave, había conseguido mantenerlo alejado de su mente durante el día, al mismo borde de la consciencia. Pero las noches eran distintas. Estaba agotada cuando su cabeza se posaba sobre la almohada y esta se burlaba de ella haciendo que la comodidad que le brindaba fuese el cultivo perfecto para atraer hacia su mente el cincelado rostro, la voz grave y sugerente y la mirada intensa y cálida de un hombre que la estaba volviendo loca. Y ya no podía más. Solo tenía dos opciones. O bien hablar con él y decirle que no podía seguir con aquella locura, alejándole de su lado, o decirle que correspondía a sus sentimientos y que era su deseo también que aquel compromiso falso que les había unido fuese real. Así que, dando vueltas en el salón, mientras su tía Amy descansaba en las habitaciones de arriba, desgastando la alfombra bajo sus pies después de innumerables paseos sobre ella, estaba esperando a que Hunter llegara y decidiendo si era una cobarde o si simplemente no era capaz de amar con libertad.

Dave estaba mejor, incluso ese día había pedido a Emma y a ella misma que le ayudasen a sentarse en uno de los sillones. Después de discutir con él un buen rato, cuando llegó Rodwood, le dio permiso para levantarse y durante lo que duró la visita del médico Dave consiguió salir de la maldita cama. Hunter y Connolly estuvieron ausentes toda la tarde. Argoll, que se acercó ese día para ver a Dave, prometió a su nieto que llevaría a Jane personalmente a su casa, no sin que antes

Hunter le dijese que pasaría más tarde a verla. Estarían los dos solos y Jane, durante todo el día, había tenido en mente un solo propósito: acabar con ese sinvivir que la estaba consumiendo y agotando a partes iguales.

Jane levantó la vista cuando unos ruidos provenientes de la puerta de la entrada la avisaron de que Hunter acababa de llegar. Un minuto más tarde Mary, con una sonrisa, le anunció para retirarse a continuación guiñando un ojo a Jane antes de salir.

Hunter pasó y se acercó a ella. Vestido con un pantalón de color verde oscuro y una chaqueta marrón claro estaba francamente atractivo. Eso puso más nerviosa a Jane.

—¿Qué te pasa? —preguntó Hunter con genuina preocupación.

Mary entró en ese momento con una tetera bien caliente y unas pastas. Las dejó encima de la mesa y se volvió a ir, esta vez sonriendo a Hunter.

—Un poco tarde para el té, ¿no? —preguntó Sathfolk que seguía mirándola con intensidad.

—Me dijiste que tenías que hacer unas gestiones. No sabía si habrías podido comer algo. Le dije a Mary que lo preparase para cuando llegaras, por si acaso.

Una calidez que cada vez veía con más asiduidad en los ojos de Hunter cuando ella le hablaba se instaló de nuevo en ellos al oír sus palabras.

—Gracias por pensar en mí —dijo Hunter.

—Como si pudiese dejar de hacerlo —masculló Jane por lo bajo, y le vio volver a fruncir el entrecejo preocupado.

—¿Qué has dicho? —preguntó Sathfolk dando un paso hacia delante para acercarse más a ella.

La mano levantada de Jane le paró en seco.

—No te acerques. Necesito hablar contigo de algo importante y si te acercas no podré hacerlo —dijo intentando que la voz le saliera firme y segura, y fracasando enormemente.

—Me estás preocupando, Jane. Dime qué pasa —continuó Hunter sin moverse, pero interrogándola con la mirada y la mandíbula apretada.

—Siéntate, por favor —le pidió Jane señalándole uno de los sillones y ocupando el de enfrente.

Mientras intentaba que su respiración volviese a una cadencia más regular y serena sirvió el té y dejó las pastas cerca de Hunter.

—¿Es por lo que te dije el otro día? No quiero que me respondas de forma apresurada. Tómate todo el tiempo que necesites —dijo mirándola a los ojos y Jane se vio a sí misma titubear ante la decisión que había tomado antes de que llegase. Cogió un pequeño libro de sonetos que había estado leyendo un rato antes y lo sostuvo entre las manos. Necesitaba agarrarse a algo para darse fuerza.

Jane negó con la cabeza y Hunter entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿No qué?

Jane levantó la barbilla y dijo atropelladamente:

—No puedo hacer eso —sentenció afirmando con la cabeza, como si con ese puñado de palabras todo quedase claro.

Hunter frunció el entrecejo. Veía a Jane muy satisfecha con su respuesta, pero la verdad era que había que ser clarividente para poder entenderlo.

—¿El qué no puedes hacer? —preguntó con paciencia.

Jane, que estaba tomando un sorbo de té, lo dejó encima de la bandeja con claro fastidio.

—Eso —exclamó exasperada, haciendo un gesto con la mano hacia la nada.

Hunter aspiró con profundidad y se tocó el puente de la nariz y la cicatriz antes de mirarla

nuevamente y hablar.

—¿Lo que estás intentando decirme es que no puedes tomarte tiempo porque ya tienes una respuesta, o que no puedes tomártelo porque no deseas ni siquiera considerarlo? —preguntó, y Jane vio la tensión en su rostro y en sus ojos.

Jane era consciente de que lo estaba enredando todo, y supo que si iba a decirlo tenía que hacerlo bien, dejando las cosas claras, sin subterfugios, ni dobles sentidos.

—Acabemos con el falso compromiso. Rompe el contrato —concluyó Jane afirmando.

La mirada de Hunter se volvió más penetrante y el gris de sus ojos se oscureció de forma peligrosa.

—¿Estás diciendo que aceptas este compromiso como algo real? —preguntó Sathfolk y su voz sonó demasiado tranquila y grave para el gusto de Jane. Eso de que la calma precede a las tempestades irrumpió en su mente con absoluta claridad.

Jane afirmó con la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó Hunter.

Jane, que estaba nerviosa, se puso en tensión al instante.

—¿Cómo que por qué? —preguntó a su vez, disgustada con la dichosa pregunta.

Hunter la miró con una expresión sumamente seria.

—Yo te dije por qué quería que este compromiso dejase de ser falso. Te dije lo que sentía por ti, que estaba enamorado de ti. Quiero saber por qué has aceptado.

Jane le miró también seria. Aquella conversación no estaba marchando como ella había imaginado.

—¿Es necesario? —preguntó Jane de forma dura.

La expresión de Hunter cambió y la calidez de sus ojos dio paso a una fría determinación.

—Si tienes que preguntar eso no creo que los dos queramos lo mismo —dijo Hunter alzando una ceja—. ¿Vas a confiar alguna vez en mí, Jane?

—Ya lo hago —contestó ella confusa.

Hunter sonrió de forma sesgada. Esa tarde, después de hablar con Banner, se había enterado de muchas más cosas aparte del hecho de que Herdford fuese Drake Winter y de la historia que le unía a Banner.

—Sé que Herdford es Winter.

La expresión de Jane, normalmente serena, se resquebrajó lo suficiente para que sus ojos se abrieran por la sorpresa.

—No era un secreto mío para poder contarlo —respondió Jane dolida.

—¿Y el hecho de que ayudes a muchachas que sufren algún tipo de abuso como la chica que Marlew dejó embarazada? —preguntó Hunter clavando su mirada en la de ella.

—¿Cómo sabes eso? ¿Ha sido Dave? —preguntó incrédula.

—Eso no es lo importante, Jane. Creo que es increíble que ayudes de esa manera —dijo Hunter vehementemente.

—No entiendo entonces lo que quieres de mí —exclamó Jane.

Hunter la miró y lo que vio Jane en sus ojos la dejó sin respiración.

—Lo quiero todo, Jane, pero ante todo deseo que confíes en mí. ¡Te amo, maldita sea! —exclamó Hunter poniéndose en pie—. He crecido con comodidades, pero viendo como la infelicidad carcomía a todos los que me rodeaban. Mi padre era un hombre severo, recto, que tenía unas convicciones muy firmes sobre lo que un hombre debía hacer por la familia. Se casó con una mujer preciosa a la que no amó y a la que exigió total dedicación hasta que consiguió su

ansiado heredero. Después de eso tuvo infinidad de amantes mientras ella se volvía cada vez más pequeña. Sus desplantes, sus humillaciones, eran numerosos. Murió cuando yo era demasiado joven, viendo como ese amor no correspondido y viciado había acabado con ella. Cuando él quiso doblegarme para que hiciese su voluntad me fui sin mirar atrás. Es la mejor decisión que he tomado en mi vida y nunca me he arrepentido, aun cuando eso me alejó de mi abuelo, la única persona junto a mi madre que me amaba de verdad. Él tampoco ha sido feliz. Sucumbió a las responsabilidades que aparejaba el título y también tuvo un matrimonio acordado y una existencia llena de sinsabores renunciando a la mujer de su vida. Algo de lo que se ha arrepentido siempre —dijo Hunter mirando a Jane con intensidad, manteniendo las distancias—. He viajado mucho, he visto cosas que jamás imaginé conocer. He estado a punto de morir más veces de las que quiero recordar y he vivido estos años cada día como si fuese el último, exprimiendo cada maldito segundo. He tenido relaciones con mujeres, más de las que supongo debería reconocer, pero jamás me había enamorado hasta que te conocí a ti. He sido egoísta, orgulloso y pretencioso en ocasiones. No soy perfecto, Jane, pero esa ha sido mi vida. Te deseo con locura. No sabía que podía amar a alguien de una forma tal que el simple hecho de estar en una misma habitación te robe el aliento. Que no puedas dejar de pensar en ella día y noche. Que su bienestar, su vida valga más que la tuya propia, y que solo por una sonrisa de esos labios que me vuelven loco, fuese capaz de mover cielo y tierra. Tienes un carácter de mil demonios, Jane, y estás hecha para mí, porque adoro tu fuerza, tu carácter y tu nobleza, esa que escondes, pero que dicta cada uno de tus actos. ¿Que qué es lo que quiero? Me preguntas —dijo Hunter apretando la mandíbula—. Lo que quiero es que, por una vez, me mires a los ojos y me digas la verdad. No una a medias, simplemente la verdad.

Jane se levantó de golpe.

—¿Que te diga la verdad? ¿Qué crees que hice entonces en Bedfordshire? ¿Cantarte una nana? —preguntó Jane con las pecas echando chispas.

Hunter tuvo que morderse el labio para no sonreír. Era verdad que no estaba siendo justo, no del todo. Sabía que no tenía derecho a reclamarle por no contarle lo que Banner le había dicho aquella tarde, pero después de saber que había media vida de Jane que aún no conocía, de una mujer que deseaba que lo fuera todo para él, simplemente le enfureció. Sin embargo, eso no fue lo que le había hecho saltar, sino la respuesta desprovista de cualquier tipo de nitidez y transparencia por parte de ella al aceptar que su compromiso dejase de ser falso. Necesitaba saber por qué y necesitaba escucharlo de sus labios. Que de una vez por todas fuese completamente sincera.

—Me contaste aquello por lo que sucedió, porque descubrí lo que ese malnacido te había hecho ese día, no porque decidieras contármelo libremente. Niégalo si esa no es la verdad.

Y Jane tuvo que callarse, porque Hunter tenía razón. Si no se hubiese visto forzada por las circunstancias a contárselo no lo hubiese hecho. Sabía lo que Hunter quería de ella. Su entrega completa, tal y como él se estaba entregando a ella, pero eso era algo que Jane no sabía si sería capaz de dar alguna vez. Ni siquiera sabía si era capaz de hacerlo, aunque fuese su deseo.

Hunter asintió antes de desviar la vista.

—Eso pensaba —dijo con clara intención de marcharse.

Jane hizo algo instintivo cuando le vio dar dos pasos al frente. Se puso en la puerta, impidiendo que saliera por allí.

—No vas a irte hasta que aclaremos esto. ¿Quieres un porqué?—preguntó Jane con exasperación—. Yo te diré por qué: porque desde que me dijiste lo que sentías no he podido dormir, y apenas comer. Porque no paras de estar en mi mente todo el día y porque me he dado

cuenta de que lo de Marlew no fue amor, es imposible, porque aquello es un pálido reflejo de lo que siento por ti. Porque yo también estoy enamorada de ti y eso me asusta como nada me ha asustado en mi vida —dijo Jane subiendo la voz—. ¿Estás contento? Juro que me sacas de quicio y no entiendo cómo puedo quererte —continuó Jane viendo como los ojos de Hunter se oscurecían llenos de amor y deseo. Jamás nadie la había mirado de aquella forma, con aquella intensidad como si todo lo que él necesitase en esta vida fuese a ella—. No te acerques. Ya tienes lo que querías. La confesión de mis sentimientos, así que mantente donde estás —dijo Jane cuando vio a Hunter acortar la distancia entre ambos, parando al oír las palabras de ella.

Le vio sonreír, de una forma que tenía que ser delito, y enarcar una ceja.

—Si ambos nos amamos y ninguno puede dejar de estar sin el otro, solo puedo hacerte una pregunta. Jane Josephine Elizabeth Valen: ¿quieres casarte conmigo?

El librazo que casi se llevó Hunter no lo esperaban ninguno de los dos. El libro salió con un tiro limpio de la mano de Jane y los sonetos pasaron rozando la cabeza de Sathfolk.

—¿Por qué demonios me has tirado el libro? —preguntó Hunter entre dientes.

Jane dio la vuelta por detrás de la mesa de roble y volvió al sillón en el que antes había estado sentada con evidente furia.

—Acabo de hacer lo más difícil que he hecho en mi vida, abriéndote mi corazón, y vas tú y me pides matrimonio. No podías esperar, ¿no? Eres un... Ni siquiera encuentro palabras.

La sonrisa que vio en los labios de Hunter cuando tomó asiento de nuevo enfrente de ella la hizo gruñir por lo bajo.

—Vale, fierecilla. Quizás he sido demasiado impulsivo, pero está claro que me cuesta controlarme cuando estoy contigo. Hay un hombre totalmente razonable y caballeroso que quiere hacer las cosas como tú necesitas y otro al que desconocía totalmente, posesivo y temeroso de que te escurras entre sus manos, que necesita tenerte atado a él de todas las formas posibles. Y sí, es un monstruo con dos cabezas que últimamente gana con facilidad —dijo Hunter inclinándose hacia delante y poniendo la palma de su mano hacia arriba para que ella la aceptase si así lo deseaba. Quería cogerla entre sus brazos y besarla hasta que ambos se quedaran sin respiración. El haber escuchado de sus labios que también le amaba había hecho que su cuerpo se estremeciera, sabiendo con seguridad que jamás había sido tan feliz como en ese instante.

Jane titubeó solo unos segundos y después, lentamente, colocó la suya encima de la de él que cerró los dedos en torno a la mano más pequeña, sintiendo como el calor de ese roce, de esa unión, se extendía por ambos.

—De acuerdo, pues dile a ese monstruo que no saque la cabeza —dijo Jane aparentemente más relajada—. Me ha costado, pero te he dicho lo que siento —continuó soltándose del agarre de Hunter y echándole más té, como si así pudiese contener el calor que el roce de Sathfolk le estaba provocando—. No soy como otros —terminó Jane por lo bajo, lo suficiente para que Hunter lo escuchara.

—¿Qué otros? —preguntó él enarcando una ceja con curiosidad. Tomó un sorbo de té.

—El estreñido de Connolly.

El té salió volando de los labios de Hunter y Jane, que esta vez, muy distinta a la primera, estaba preparada, con unos reflejos extraordinarios esquivó la fuente que provocó la tos de su prometido al escucharla.

—Has dicho que querías confianza, transparencia. Y Connolly a pesar de que me cae bien, está siendo tan tozudo como una mula respecto a Dave —dijo Jane cuando Hunter dejó de toser.

—¿Estreñido, Jane? —preguntó Hunter sin poder ocultar el brillo divertido de sus ojos.

—Crecer con Alec y Dave tiene consecuencias. Soy una dama y no digo estas cosas en público, pero se supone que entre nosotros hay confianza, ¿no?

Hunter cabeceó riéndose por lo bajo.

—Si vamos a ser sinceros, necesito preguntar: ¿para ti el que pueda haber algo de qué hablar entre Connolly y Dave es un problema? —preguntó Jane y Hunter vio cuánto le angustiaba su respuesta—. Porque no podría amar a un hombre que no aceptase que... —siguió, pero lo que vio en los ojos de Hunter hizo que dejara de hablar. Una calidez que la conmovió.

—No es ningún problema. No me importa con quién duerma Connolly, no es asunto mío, ni tampoco lo que haga Herdford. Me importa que mi amigo sea feliz y que pueda amar a la persona que desee, sea quien sea.

La sonrisa de Jane fue deslumbrante y Hunter pensó que no podía ser más hermosa.

—Eres la mujer más maravillosa que he conocido jamás, Jane —dijo Hunter, que sin poder contenerse ni un instante más se inclinó lo suficiente para posar una de sus manos en la mejilla de Jane. Miró sus labios rojos antes de levantar la vista hasta sus ojos. Vio el deseo nublar los grandes orbes azules, antes de sentir la pequeña mano de Jane sobre su mejilla también. Notó sus dedos dibujar la cicatriz que le marcaría de por vida con una delicadeza que le hizo contener la respiración y cerrar los ojos. Cuando los abrió, sabiendo que si no la besaba perdería todo su autocontrol, tomó su boca con suavidad, mordiendo ligeramente sus labios, y cuando ella los abrió con un gemido, Hunter la cogió sentándola en su regazo, necesitando más de ella, más de esa boca, de esa lengua que enredada con la suya le estaba volviendo loco.

Jane sintió como Hunter la apretaba contra él, como si temiese que fuera a escapar, como si fuese un espejismo del que no quisiera despertar. Su necesidad de ella era tan patente, tan sincera y directa, que ella se vio a sí misma deseando saciarla, entregándose a él de una forma como jamás hubiese imaginado. La hacía sentir tan deseada y amada que no podía dejar de necesitar que esos labios que la estaban devorando con un ansia visceral dejaran de hacerlo, porque si la abandonaba en esos instantes pensó que podría morir. Todo su cuerpo estaba ardiendo, y solo quería más de él, de su sabor, de su aliento, de sus manos. Jane enredó los dedos en el cabello de Hunter y ahondó el beso. El gruñido casi animal que salió de los labios de Sathfolk la hizo saber que su osadía lo estaba volviendo loco.

—Dios, Jane —dijo Hunter cuando interrumpió el beso de forma abrupta, mirándola a los ojos. Ambos respiraban de forma agitada y el deseo que había en sus miradas no podía ocultarse, ni aunque sus vidas dependieran de ello—. Vas a matarme.

Jane negó con la cabeza con un mohín en los labios.

—No puedes morirte. Antes tienes que casarte conmigo, ¿recuerdas? —preguntó Jane con una vulnerabilidad en los ojos que hizo que Hunter la mirase con intensidad, como si no creyese lo que ella había dado a entender.

—Te quiero, Hunter, más de lo que creía posible. Me cuestan los cambios, pero no puedo, no quiero que eso... que mi miedo se interponga en lo que más deseo en este mundo, que es estar a tu lado.

El brillo que vio en los ojos de Hunter le dijo a Jane que lo había dejado sin palabras.

Le vio tragar con dificultad antes de hablar.

—Después de que me tiraras una jarra de agua encima cuando te dije que estaba enamorado de ti, y de que me lanzaras un libro cuando te he pedido matrimonio, no puedo esperar a saber qué harás en la noche de bodas.

Jane no pudo contenerse y soltó una carcajada.

El amor que desprendían los ojos de Hunter al mirarla hizo que los ojos de Jane se llenaran de lágrimas de felicidad. Esa tan esquiva que durante buena parte de su vida pareció no querer cruzar su camino con ella.

Acercó de nuevo los labios hacia Hunter que con codicia volvió a devorarlos, para sellar algo con lo que ambos ya no podrían vivir.

Dave estaba sentado en la cama. Emma se acababa de ir, después de que el duque fuese a por ella tras acompañar a Jane a su casa. Connolly todavía no había llegado y Emma no quería dejarlo solo. Dave la convenció de lo contrario. Estaba mucho mejor, y solo necesitaba recuperar las fuerzas poco a poco.

El sonido de la puerta al cerrarse y los pasos acercándose le hicieron poner una sonrisa en la boca. Una que se borró en cuanto vio la mirada de Connolly al entrar en el cuarto.

—¿Qué demonios haces que no estás acostado? ¿Quieres que se te abra la herida? —ladró Connolly más que habló.

Dave vio la mirada del irlandés y su expresión sombría y supo que algo había pasado en casa de Banner.

—¿Vas a contármelo? —preguntó Dave—. ¿O voy a tener que hacer venir a Banner para que me diga qué es lo que te ha puesto de ese mal humor?

Desde que hirieron a Dave ambos habían llegado a una especie de tregua; una amistad que parecía ir fortaleciéndose día a día. Dave no se hacía ilusiones de ningún tipo, pero durante las noches que el irlandés había pasado cuidándolo en su turno, como él decía, se habían acercado más que nunca. Dave le había hablado de su madre, de sus años en Eton y de su amistad con Alec, Jane y Emma. Por su parte, Liam le había sorprendido contándole pasajes de su pasado, de su niñez en Irlanda, de su familia y de los sitios en donde había estado cuando se enroló con quince años en un barco y se fue de su tierra natal para no volver a ella desde entonces. A Dave le había matado ver en la mirada de Liam el dolor que le producía recordar partes de su pasado y había atesorado esos momentos de confianza como lo que eran: únicos, dado el carácter de Connolly y su hermetismo más que demostrado. Eso, unido a lo que había visto a veces en la mirada de Liam cuando pensaba que Dave no se daba cuenta de que lo observaba, le había llevado a no perder una esperanza que, a pesar de saber vana, se negaba a extinguirse de un corazón que era, pasase lo que pasase, completamente suyo; de ese irlandés testarudo al que amaba tanto que dolía.

—No lo sé. Dímelo tú, Drake Winter —dijo Connolly entre dientes y Dave lo entendió todo.

—¿Has visto el cuadro de Alice? —preguntó Dave completamente serio—. Puedo explicártelo... Yo...

—¿Explicar qué, Herdford? ¿O debo decir Winter? —preguntó con sarcasmo Liam elevando la voz—. ¿Lo pasaste bien el día que estuvimos en la Royal Academy mientras yo defendía con vehemencia la pintura de Winter y tú decías que no entendías a qué se debía tanta importancia? Tuviste que reírte después bien de mí, ¿eh? ¡Contesta, maldita sea! —gritó Connolly furioso—. Dios, y yo que dije que Drake entendía como nadie el sufrimiento de los más desfavorecidos. Has tenido que pasártelo de maravilla a mi costa.

Dave se levantó con esfuerzo apoyando una mano en el cabecero de la cama y la otra encima del costado donde la herida parecía ahora quemar como si le estuviesen abriendo en canal.

—¡Vete a la mierda, Liam Connolly! —exclamó Dave entre dientes—. ¿Cómo, después de todo lo que sabes de mí, puedes pensar eso?

Dave cerró los ojos cuando una punzada le atravesó el costado, haciendo que tuviese que apoyarse en la pared que había a su lado.

Liam maldijo entre dientes al ver su mueca de dolor.

—¡Ni te atrevas a acercarte! —gritó Dave cuando abrió los ojos y vio la intención de Connolly de acortar la distancia entre ellos—. ¿Que me reí de ti? Joder, Connolly, no habría podido reírme jamás, porque lo que hiciste fue dejarme bloqueado. Cuando escuché lo que pensabas de mis cuadros, maldita sea, fue como si hubieses desnudado mi alma. Jamás nadie había observado en ellos lo que tú viste en solo segundos. Créeme que eso me provocó muchas cosas, pero risa no fue una de ellas. ¿Y lo de contarle? No podía, eso estaba fuera de toda discusión, siempre lo ha estado. Muy pocas personas saben quién es Drake Winter, y en aquel entonces apenas os conocía a ti y a Hunter. No podía confiar en vosotros. ¿No lo entiendes? Es lo único que es mío, es la forma de permanecer cuerdo y no puedo permitir que mi padre me lo arrebaté. Y créeme, si él lo hubiese sabido lo habría hecho, de alguna forma me lo habría quitado como ha intentado asfixiar cada maldita esperanza o alegría que he tenido a lo largo de toda mi vida.

—Dave... —dijo Connolly mirándolo con intensidad, pronunciando su nombre como una súplica—. Yo...

Dave negó con la cabeza.

—No, no quiero seguir hablando. Estoy cansado, solo vete —dijo Dave andando con dificultad unos pasos y dejándose caer en la cama.

—No voy a...

Dave le miró con intensidad a los ojos.

—Solo lárgate. Vete o me iré yo, aunque tenga que arrastrarme hasta la puerta —terminó Dave con voz dura y audiblemente agotada.

Liam endureció la mandíbula antes de mirarle. Los ojos verdes dolidos y furiosos se clavaron en los suyos y supo que cumpliría lo que le había dicho si no salía de allí.

Connolly se dio media vuelta y salió de la habitación y de la casa dando un portazo que retumbó en las paredes. Dave se acostó con cuidado intentando que el temblor que se había adueñado de su cuerpo y la furia que le corroía por dentro se detuviesen.

Dos horas más tarde la puerta de la casa se abrió con cuidado, intentado causar el menor ruido posible.

Connolly entró y, despacio, se acercó a la habitación de Dave. Había esperado tiempo suficiente para que este se durmiera, y lo había hecho en su nueva casa, la que ocupaba la primera planta de aquel edificio. Durante el tiempo que Herdford llevaba convaleciente cerró un trato muy ventajoso con el que era el dueño del edificio que ahora le pertenecía a él por entero. Solo lo sabía Hunter, que le había acompañado durante la compra.

La luz del candil que había en la mesilla estaba oscilando, dando sus últimas bocanadas de aire. Un vistazo fue suficiente para comprobar que Dave se había dormido, pero no estaba tranquilo. Había sido testigo, primero durante los días en que la fiebre le hizo delirar y después durante los días de convalecencia, de que las pesadillas perseguían al rubio de forma constante, sin piedad.

Connolly se sentó con cuidado en la silla que había siempre dispuesta en la cabecera de la cama y se inclinó hacia delante, apoyando sus codos y antebrazos en sus muslos para así poder mirar más de cerca a Herdford. Esa noche se había extralimitado, se había puesto en peligro al

levantarse de aquella manera. Le habían dado ganas de cogerlo y meterlo a la fuerza en la cama, obligándole a guardar reposo hasta que el último vestigio de esa herida que estuvo a punto de arrebatarlo se desdibujara en su piel.

Había estado muy enfadado cuando llegó aquella noche, cuando vio esa sonrisa en los labios de Herdford, unos labios que deseaba hacer suyos de una vez por todas. El sentimiento de posesión que se adueñaba de él cuando lo tenía cerca le daba miedo. No podía arriesgarse a desear algo con tanta necesidad y, sin embargo, allí estaba, intentando velar su sueño.

Cuando se había enterado de que Herdford era Drake Winter no pudo creerlo. Él admiraba tanto su trabajo... y lo había hecho durante tanto tiempo que confrontar al hombre que le estaba haciendo desangrarse por dentro con el artista que había conseguido conmoverle hasta la saciedad, era como poco devastador. El hecho de conocer el resto de la historia de su amistad con Banner de los labios de este, del origen de sus cuadros, y descubrir otra faceta del hombre que en verdad era Dave Herdford, le hizo desearle aún más, si eso era posible. Y eso lo enfureció, porque recordó el día en que fueron todos juntos a la Royal Academy y él defendió la pintura de Winter frente a un Dave superficial y sin interés, que parecía despreciar lo que esas obras significaban para muchos otros, como él mismo. E imaginó lo peor nuevamente. Por impulso, por instinto. Supo que se había equivocado en el mismo instante en que vio el ramalazo de dolor cruzar los ojos de Dave. Cuando Herdford le contestó, cuando sintió en sus palabras el porqué y pudo notar en el tono de su voz la decepción, fue como si le hubiese dado un puñetazo, más doloroso que eso si era sincero, mucho más. Así que se marchó, pero no lejos. Por mucho que Dave quisiese que se alejara de él, Connolly no iba a hacerlo, y menos en sus circunstancias. Estuvo preocupado las dos horas que tardó en subir de nuevo y comprobar que estaba bien, porque necesitaba saberlo.

Extendió una de sus manos cuando la pesadilla pareció recrudecerse haciendo que Dave se agitara, y enredó sus dedos en el cabello del rubio, acariciándolo durante un buen rato hasta que bajó la mano, posándola suavemente en el lateral de su cara. Dave buscó el calor de su palma, recostando su mejilla. Liam tragó saliva con fuerza mientras sentía que su cuerpo se estremecía con solo ese contacto. Solo se quedaría a velar su sueño, solo quería saber que durante unas horas él podría ser suficiente para protegerlo.

CAPÍTULO XXVI

El jueves por la noche llegó con extrema rapidez. Connolly y Hunter, vestidos con ropas propias de curtidos marineros de cuando habían trabajado en sus propios barcos, acompañados de Banner y el hombre del que este les había hablado y que respondía al nombre de Tim, quedaron en el Trébol Negro a las nueve en punto.

Durante los días previos, Connolly y él mismo habían estado atentos al *Orion* y al *Perseo*, ambos comandados por capitanes en los que confiaban plenamente, hasta el instante en el que tuvieron que replantearse la lealtad de ambos. De los dos, al que menos conocían era a Carrigan, capitán del *Perseo*. Hombre de acción, solitario y un lobo de mar, llevaba muchos años en esa profesión cuando lo contrataron. Nunca habían tenido problemas con él, ni con su tripulación, elegida por el mismo Carrigan. Sin embargo, su olfato les decía que eso había cambiado. MacLean, que había llegado a puerto el día anterior con el *Estrella Polar* y la mercancía procedente de la India, les contó que Carrigan en los últimos meses estaba distinto. Al parecer, y sin querer echar tierra encima a un hombre al que respetaba y que era compañero en la naviera, Carrigan últimamente bebía mucho y jugaba aún más. MacLean no creía que eso hiciese del capitán del *Perseo* un vendido, pero el hombre que él conocía y que había comandado siempre su nave con mano férrea había descuidado y desatendido su barco, delegando en otros de cuya lealtad sí se podía desconfiar el control del *Perseo*. MacLean apostaba por el segundo al mando, Gordon, o su sombra, Philip Dubray.

Connolly miró con suspicacia a Hunter. Aquello le dio mala espina. Los cuatro estaban apostados en la esquina de un pequeño almacén que parecía abandonado no hacía mucho y cuya estructura todavía estaba en condiciones. La luz procedente del interior, tenue, pero suficiente para moverse sin levantar sospechas les indicó que algo se estaba cociendo allí.

Liam estaba atento a cualquier cosa extraña que viese. Banner les había dicho que había dado orden a algunos de sus hombres para que los cubrieran desde el otro lado de la calle por si Tim se la había jugado. Connolly apretó los dientes cuando la camisa verde de aquel sujeto le hizo pensar en los ojos de Herdford. Desde aquella noche en que discutieron y el rubio le había dicho que se largara de su casa, apenas habían cruzado palabra. Entre el tema de la naviera, la vigilancia impuesta a los hombres del *Orion* y del *Perseo*, y la presencia continua de Emma y Jane, que no dejaban un momento solo a Dave, fue prácticamente imposible tener una conversación normal entre ambos para pedirle disculpas por ser un estúpido. Que volviesen a discutir cuando Hunter le contó a Herdford lo que habían planeado hacer esa noche, no favoreció que las cosas entre los dos se calmaran. Dave estaba mejor, de eso no había duda. Ya se levantaba y andaba casi sin sentir dolor, lo suficiente para prescindir de que Connolly se quedara por las noches y para creer que debía ir con ellos, aunque fuese para quedarse en un coche apostado al otro lado de la calle. La osadía y la idiotéz de esa idea hicieron que Connolly estallara, le dijera que de ninguna manera iba a hacer una majadería así y Hunter se opusiera totalmente.

Liam apartó al rubio de sus pensamientos cuando Hunter le miró. Tim le había dicho algo a Banner y este les hizo un gesto con la cabeza en señal de que se ponían en movimiento. Ambos siguieron a Tim y a Banner por el lateral del edificio hasta la parte de atrás, donde una pequeña puerta les dio la bienvenida, dejándoles entrar al no estar cerrada por dentro. Según Tim era una puerta que había estado trabada desde el interior, y, una vez se constató ese hecho por los hombres

de Husting, no le habían vuelto a prestar atención. Así era como Tim había podido, sin levantar sospechas, dejarla abierta para ellos. El almacén no era muy grande, pero era un espacio diáfano debido a la falta de la mercancía que en otro tiempo debía congestionar los palés de madera dispuestos por sus laterales, que lo hacían parecer más espacioso.

Varias voces se empezaron a escuchar con claridad según iban acercándose hacia donde la luz era más intensa. Ellos estaban entre las sombras, detrás de uno de los palés.

Había cuatro hombres, uno de ellos con una pierna más corta a tenor de su andar, que le hablaba airadamente a otros dos. Estaban de espaldas a ellos, cubiertos con un gorro de lana y un abrigo que había conocido tiempos mejores, y ni Hunter ni Connolly pudieron descubrir su identidad.

—Eso no fue lo que acordamos. Me estoy jugando mucho. Mi capitán empieza a sospechar y no sé por cuánto tiempo más podremos pasar este tipo de carga.

La mandíbula de Hunter casi crujió cuando la voz de Gordon retumbó entre aquellas paredes vacías.

—No puedes dejarlo cuando te dé la gana, y lo sabes. Husting necesita esos cargamentos. Se está quedando con todos los fumaderos de la ciudad, y para eso necesita opio; el que traes en el barco que comanda tu capitán. Si es necesario, te lo cargas y listo.

Banner miró a Connolly cuando este le dijo con un gesto que le cambiara la posición. Desde su sitio apenas distinguía nada.

Banner afirmó y al hacerlo miró alrededor. Habían estado tan centrados en la conversación, pendientes de cualquier movimiento, que ninguno se había dado cuenta de que Tim se había quedado rezagado, desapareciendo por completo.

—Tenemos que irnos —dijo Banner. Hunter y Connolly, que siguieron su mirada, se dieron cuenta de lo mismo. Que Tim se hubiese largado delataba una trampa. «¿Una trampa, por qué?», se preguntó Banner en el mismo instante en que el cañón de una pistola presionaba su espalda.

Hunter y Connolly, que iban armados como él, no pudieron hacer nada cuando cuatro hombres más, a los que no habían escuchado cerca de sus posiciones, salieron desde atrás apuntándolos también. Alguien se había tomado la molestia de hacer toda aquella pantomima por ellos. La voz raspada y malsonante de Husting se escuchó en todo el almacén, dándoles la respuesta.

Los tres se miraron antes de seguir las instrucciones de uno de los hombres, que les hizo andar delante de ellos. Hubo un instante en el que Hunter y Connolly se miraron, tentados de realizar algún movimiento. Eran cuatro para tres, aun estando armados, pero que dos más salieran posicionándose delante de ellos les dejó sin opciones.

Hunter apretó los dientes cuando un hombre de cierta envergadura, ancho y con una cara llena de cicatrices y sin parte de los dientes de abajo, les dio la bienvenida haciendo una reverencia exagerada mientras se reía.

—Banner, Banner, qué fácil ha sido. De verdad, no pensé que el hecho de que un chivato cantara lo del contrabando, en lugar de un contratiempo acabaría siendo una oportunidad de terminar contigo. Cuando Tim vino a verme no podía creérmelo. No, no, no... El gran Banner dejándose atrapar como un principiante. ¿Has visto como no te conviene legalizar tus malditos negocios? Eso te vuelve descuidado y, amigo mío, en nuestro mundo ser descuidado te cuesta la vida.

Hunter y Connolly, que tenían frente a sí a Gordon y a Philip, del *Perseo*, los miraron, jurando acabar con ellos en cuanto tuvieran la primera oportunidad. Gordon les devolvió la mirada con los ojos desorbitados.

—No estamos solos, Husting. Tengo hombres que entrarán en cualquier momento y te volarán los sesos, así que, yo que tú, no estaría tan seguro —dijo Banner mirando a Husting con evidente furia.

Husting miró alrededor con una mueca divertida.

—¿Cuáles? ¿Los hombres que estaban apostados a ambos lados de la calle? No me creerías tan tonto, ¿verdad? No creo que te vayan a servir de mucho ahora mismo.

—Maldito hijo de puta... ¿Los has matado? —preguntó Banner sabiendo cómo era Husting: un hombre sin escrúpulos.

Husting miró a Hunter cuando este habló.

—¿Qué quiere? —preguntó Sathfolk con una tranquilidad que exasperó al delincuente que controlaba parte del East End de Londres.

Con una mano hizo un gesto señalando a Hunter y Connolly.

—Los de su clase, siempre pensando que todo tiene un precio. Y lo tiene, pero no en este caso. Ustedes van a ser un sacrificio necesario para mis propósitos.

—¿Y esos son...? —preguntó Connolly fulminándole con la mirada

—Matar a Banner y a Mackenzie y quedarme con el East End.

—¿Y cómo coño vas a justificar eso? —preguntó Banner con evidente furia. Si había matado a sus hombres, Husting iba a pagarlo con creces.

—¡Graham! —gritó Husting y un hombre alto de cara rubicunda arrojó al suelo a un hombre maniatado. Este, al levantar la cabeza retorciéndose con furia, presentaba un golpe encima de su ceja izquierda y estaba amordazado.

—Mackenzie... —dijo Banner entre dientes.

Husting asintió complacido.

—Exacto. Tengo que decir, para tu vergüenza, Banner, que él fue más difícil de atrapar, pero todo el mundo tiene su debilidad y la de él es una puta que trabaja para mí.

En ese momento, dos hombres más de Husting entraron en el almacén asintiendo hacia su jefe.

—Graham —llamó de nuevo Husting, haciendo una señal con la mano a su hombre que este entendió de inmediato, acercándose por detrás a Gordon y a Philip. De forma rápida y limpia le clavó un cuchillo a Philip en la cintura, para romperle el cuello a Gordon un instante después. Cuando dejó caer el cuerpo muerto del segundo al mando del *Perseo*, tomó el cuchillo que había dejado inutilizado a Philip, que chillaba desde el suelo, y se lo sacó clavandoselo en la garganta y matándolo en el acto.

Hunter sujetó a Connolly que miraba a Husting iracundo.

—Precioso, ¿verdad? Sí, lo sé: soy un artista. Verán, les voy a contar lo que va a pasar —dijo como si fuese un profesor dispuesto a dar una disertación a sus despistados alumnos—. Lo mismo que ha sucedido hasta ahora, pero con la diferencia de que, para el resto del mundo, el que negociaba con el contrabando que venía en sus barcos —continuó Husting señalando a Hunter— era Mackenzie y no yo.

—Todos saben que tú controlas el contrabando. Nadie se creará eso —dijo Banner mirando con odio a Husting, mientras este asentía con una sonrisa.

—Verás, hice un trato con Mackenzie hace unos meses. Le dejé que moviera parte del contrabando en ciertas zonas que para mí eran incómodas. Eso lo ha vuelto avaricioso, ¿comprendes? Y ahí es donde entráis tú y estos dos ricachones. Ellos se enteran de que hacen contrabando con mercancía ocultada en sus barcos, te piden ayuda, ya que a pesar de tus esfuerzos sigues haciendo chanchullos en los barrios que controlas y cuando venís hasta aquí en busca de

respuestas, los hombres de Mackenzie os sorprenden y, tras intentar escapar infructuosamente, os disparan. Los hombres de Banner acampados al otro lado vienen en su ayuda, hay una lucha encarnizada y, desgraciadamente, se declara un incendio que arrasa este almacén con los que estáis dentro.

—¡Estás loco si crees que eso te va a funcionar! —exclamó Banner furioso.

Husting le miró con una sonrisa ladina.

—¿Y a quién le va a importar lo que pase aquí? ¿Eh? Ya deberías saber que nadie va a mover un dedo por ti, ni por Mackenzie o tus hombres. Somos escoria, Banner, y en el East End nosotros somos la ley. La policía mirará hacia otro lado.

—La policía no mirará a otro lado cuando mates a los dueños de la naviera, en especial cuando uno de ellos es el nieto de un duque —dijo Connolly perforando con sus ojos al bastardo de Husting.

—Un duque que está a punto de palmarla, por lo que he podido escuchar. ¿Se sorprende? —preguntó Husting a Hunter cuando vio su expresión de asombro—, pues no lo haga: yo tengo oídos por todos lados. Aunque no lo crea —continuó mirando a Hunter y a Connolly—, sus muertes, que al principio podrían parecer inconvenientes para mí, en verdad son más que beneficiosas debido al favor que le hago a la otra naviera, que desde su llegada a Londres ha visto mermados sus beneficios. La Ádh Sea ha sufrido muchas pérdidas en los últimos meses, sobre todo desde que se hizo efectiva la actividad de su naviera, lord Sathfolk. Han tenido que vender varios de sus barcos. Estaban desesperados, tanto como para hacer negocios con un pobre *cockney* como yo. Así que con esto mato dos pájaros de un tiro. Me deshago del cabrón de Banner, y de ustedes. La compañía Ádh Sea me paga una suma sustanciosa por quitarles de en medio y yo consigo mi opio proveniente del contrabando de sus barcos.

—Por eso has matado a Gordon y a Philip, porque ellos ya no te iban a hacer falta —afirmó más que preguntó Hunter.

Husting asintió.

—Chico listo. Sencillo y diabólico a la vez, ¿verdad? Estará pensando, lord Sathfolk, cómo un hombre como yo, con mi falta de educación, ha podido idear algo así, ¿verdad? Pues desde que mis hombres empezaron a seguir sus pasos y me contaron la visita que ese policía hizo a sus dependencias, todo empezó a encajar, y la ayuda de Banner entrando a escena fue la guinda del pastel. Me han facilitado el realizar varios trabajos en uno solo.

Mackenzie se retorció gimiendo a los pies de Husting cuando este le dio una patada.

—El control del East End será mío, y la Ádh Sea me proveerá de opio gracias a que yo terminaré con su principal competidor.

Una sonrisa en los labios de Banner confundió a Husting, igual que el brillo peligroso que vio en los ojos del irlandés y de lord Sathfolk.

Un ruido procedente de la parte posterior del almacén lo alertó.

Husting se movió de prisa cuando lo entendió, maldiciendo por lo bajo. La puerta que habían dejado abierta para que aquellos tres cayeran en la trampa había quedado sin cerrar. Después de que sus hombres desarmaran a los de Banner y en el almacén solo estuviesen ellos junto a sus hombres de confianza, Husting se despreocupó de posibles visitas inesperadas, y ahora iba a pagar su exceso de confianza.

Cuando vio a seis hombres acercarse por detrás de lord Sathfolk, armados, Husting sacó su pistola y apuntó a Banner para disparar, sin embargo, Connolly empujó a Banner y Husting vio su oportunidad cuando, en el movimiento, el irlandés le dio la espalda dos segundos. Le cogió por el

cuello y le apuntó con la pistola en la cabeza poniéndolo delante de él como escudo.

Las caras de Banner y de Hunter decían claramente que si le hacía algo a Connolly no saldría vivo de allí, pero a Husting le daba igual, solo quería escapar ahora que se daba cuenta de que Banner había sido más listo que él. Ahora tenía a Banner, Hunter y a seis hombres armados frente a él apuntándole.

Husting tenía detrás a Graham y a unos tantos de sus hombres que, a su vez, apuntaban a los de Banner. Mackenzie, maniatado, seguía en el suelo. Desde la puerta delantera del almacén aparecieron tres hombres más, que apuntaron también hacia él y sus hombres. Estaban prácticamente rodeados. Eso significaba que los hombres que Husting tenía apostados fuera habían sido reducidos por los de Banner y ahora todas sus salidas estaban taponadas.

—¡Dígales a esos hombres que despejen la puerta principal! ¡Voy a salir de aquí con este maldito irlandés, o lo mato ahora mismo! —gritó Husting andando hacia atrás y con Connolly oponiendo resistencia—. Camina o te meto una bala en la cabeza —susurró Husting al oído de Connolly, pasando cerca de los palés altos que había en uno de los laterales. Así, con el hombro pegado a la madera, solo tenía que controlar uno de sus lados. Cuando vio que Hunter y Banner les daban instrucciones a los dos hombres de la entrada y que estos se alejaban dejándole vía libre, Husting casi saboreó la libertad, hasta que, de unos de los palés, salió una mano empuñando una pistola firmemente y encañonando su sien. Husting se quedó quieto al instante.

—Si le tocas un solo pelo, maldito hijo de puta, tendrán que recoger tus sesos del suelo durante días.

Connolly se congeló al escuchar aquella voz y un miedo como no había experimentado jamás en su vida se instaló en sus entrañas. No había sentido temor cuando Husting le tomó de escudo al quitar a Banner del trayecto de su pistola, ni tampoco al sentir el cañón sobre su cabeza. Ya había mirado antes a la muerte, sin embargo, al escuchar su voz, saber que él estaba allí en las condiciones en las que se encontraba, aún herido, le paralizó el corazón durante unos segundos. Connolly apretó los dientes y tensó todo su cuerpo cuando comprendió en un instante que así era como debía sentirse uno cuando alguien te importaba más que tu propia vida.

—Suéltale, no me hagas repetirlo —siseó Dave entre dientes saliendo de entre las sombras.

Husting se movió unos centímetros para mirar a su oponente. El arma no dejó de apuntar a su cabeza, pero ahora Connolly tenía a Dave frente a él.

—Debí haberlo imaginado; el rubio cara bonita amigo de Banner —dijo con evidente desprecio Husting—. Tendría que haberte matado hace tiempo, siempre metiendo tus narices en el lugar donde no te corresponde —escupió finalmente el *cockney*.

Connolly no apartaba los ojos de Herdford. El pulso de Dave era firme, y su mirada fiera puesta en Husting decía a las claras que no iba de farol. Liam jamás había visto en sus ojos esa furia, esa determinación.

—No vas a salir de aquí con vida, Husting, a no ser que le sueltes. Me importa una mierda este almacén, tus planes y el mundo, pero si no dejas de encañonarle ahora, si le causas algún daño, te juro que yo mismo te destriparé poco a poco —dijo Dave despacio, imprimiendo a cada una de sus palabras la fuerza de una promesa.

Husting se percató en ese instante de que sus hombres en inferioridad, habían sido desarmados y que lord Sathfolk y Banner estaban más cerca de ellos. Se habían movido mientras él hablaba con el rubio. Los ojos del aristócrata echaban fuego y los de Banner eran puro odio. Si no tenía más remedio, se llevaría al irlandés por delante.

Dave miró a Husting a los ojos. Sabía lo suficiente de ese asesino sin escrúpulos para estar

seguro de que, si lo dejaba salir de allí con Connolly, le pegaría un tiro a Liam antes de huir. Lo podía ver en su mirada, desprovista de cualquier tipo de humanidad, dominada por la codicia y la ambición. Y no iba a permitir que le pasara nada a Liam.

—¡No tengo nada que perder! Si quieres matarme, hazlo, ¡pero mandaré antes a este sucio irlandés al infierno! —gritó Husting apretando la pistola sobre su cabeza con intención de disparar.

—¡Nooo! —El grito desesperado de Hunter resonó en el almacén cuando vio el gesto de Husting.

La mano izquierda de Dave, que había mantenido tras su espalda alejada de la vista de todo el mundo y que sujetaba el estoque con maestría, fue rápida, demasiado para los reflejos de Husting, que estaba pendiente de sujetar a Connolly y de la pistola de Herdford.

El estoque se hundió con precisión en la carne, en el único punto donde mataría a Husting de un solo y certero golpe. El filo se clavó en el ojo de aquel bastardo, que soltó el arma y a Connolly, cayendo al suelo sin vida.

Liam se volvió rápido hacia Herdford solo para ver una mancha oscura de sangre en el lugar donde la herida provocada por Bankeville días atrás se había abierto por el esfuerzo. Le miró a los ojos y vio la determinación, que aún persistía en ellos, de salvarle la vida a toda costa. Liam tragó saliva con un nudo en la garganta antes de ver cómo Dave se tambaleaba y el estoque y la pistola se deslizaban de sus manos. Connolly solo pudo cogerlo entre sus brazos antes de que Herdford perdiese el conocimiento con el nombre de Liam en sus labios.

Dave abrió los ojos despacio, como si el solo hecho de hacerlo fuese un esfuerzo. La habitación estaba en penumbra y unas voces se escuchaban fuera de la estancia. Reconoció las de Connolly y Rodwood.

Miró hacia un lado cuando escuchó su nombre. Hunter estaba sentado en la silla que había junto a la cama.

—Herdford, ¿cómo te encuentras? —preguntó el conde con un tono de voz bajo, como si no quisiese perturbarle.

Dave se sintió débil y algo dolorido en el costado, pero por lo demás estaba bien.

—¿Qué pasó? —preguntó mirando a Sathfolk.

Hunter sonrió brevemente antes de mirarle.

—Pues lo que ha pasado es que le has salvado la vida a mi amigo, de forma bastante espectacular, tengo que decir, y después te has desmayado. ¿Qué hacías allí? Estás todavía herido, no sé ni cómo has podido aguantar.

Herdford tragó saliva antes de hablar. Sentía la boca seca.

—Conocía a Husting por Banner. Sé que lo teníais controlado, pero siempre ha sido un bastardo impulsivo y loco que no reacciona de una manera lógica. Había en ese almacén personas muy importantes para mí, o para las personas a las que quiero. No podía dejar de ir, tenía un mal presentimiento.

Sathfolk asintió mirándolo.

—Os seguí desde el Trébol Negro. Esperé a que entrarais en el almacén y, cuando vi seguidos a los hombres de Husting, entré detrás de ellos y mientras os emboscaban, me moví por los palés

hasta llegar al lateral cerca de la entrada.

—Ha sido una temeridad, pero gracias. No sé cómo hubiese acabado todo de no aparecer allí como lo hiciste. Jamás he visto a nadie luchar como lo hace Liam. Nunca le he visto perder y me ha salvado la vida más veces de las que puedo recordar, pero ante alguien que te encañona con una pistola no hay nada que hacer. Husting estaba dispuesto a matarlo.

—Ten claro que, si hubiese salido de allí con Connolly, le habría matado antes de salir huyendo. Ese hombre era un asesino sin escrúpulos —dijo Dave mirándole a los ojos.

Hunter asintió.

—Hemos hablado con la policía. Entre ellos estaba el familiar de Alice, la mujer de Banner. Mañana te cuento los detalles, pero que Husting haya muerto ha supuesto un quebradero de cabeza menos para la policía de Londres. He hablado con el magistrado durante más de dos horas. Está todo aclarado. Van a investigar lo que queda de la organización de Husting y a vigilar a McKenzie.

—¿La muerte de Husting? —preguntó Dave.

—Ese bastardo iba a matar a Liam. Tú lo salvaste, Herdford. El magistrado incluso ha elogiado tu valor.

—¿Y Connolly? —continuó preguntando preocupado.

—Deberás tener paciencia con él. Está bastante enfadado. Jamás lo había visto así de furioso, pero creo que eso es porque le diste un susto de muerte. No dejó que nadie te llevara salvo él cuando te desmayaste y, a pesar de que eran las cuatro de la madrugada, hizo venir a Rodwood a rastras para que te viera y le asegurara que tu salud no corre ningún riesgo. Parece que la herida de tu costado se abrió debido al esfuerzo, de ahí que sangraras. El desmayo fue por la debilidad que aún tienes. Te estás recuperando todavía de un disparo, Herdford, y no lo estás poniendo fácil.

Dave alzo una ceja y sonrió brevemente, lo que hizo que Hunter sonriera también.

—Me dijiste que su cumpleaños era mañana. Si está tan enfadado, quizás sea mejor que deje lo del regalo para más adelante.

Hunter puso una cara entre divertida y sorprendida.

—¿Le has comprado un regalo a Connolly por su cumpleaños? No es muy buena idea. No lo celebra nunca y, además, no le gustan las sorpresas ni los regalos.

Dave resopló un poco cuando escuchó las palabras de Hunter.

—A todo el mundo le gustan los regalos, Sathfolk.

—Voy a contarte un secreto, Herdford. Liam Connolly no es como todo el mundo.

La expresión de Dave se volvió más seria y sus ojos adquirieron una intensidad y un brillo especial que no pasó desapercibido para Hunter.

—Lo sé —dijo Dave, y ambos eran conscientes de cuánto escondían esas palabras.

El sonido de la puerta de la entrada al cerrarse y la ausencia de voces al otro lado les dijo a ambos que Rodwood se había ido y que era solo cuestión de unos segundos que Connolly entrara en la habitación. Cuando lo hizo y vio que Dave estaba despierto y que se estaba incorporando en la cama, en dos zancadas estuvo a su lado deteniéndole.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —preguntó Liam poniendo una mano en el pecho de Dave para frenar su movimiento.

—Estoy bien, Connolly. Quiero levantarme y sentarme fuera. Puedo andar hasta el sofá —dijo Dave sintiendo como los dedos de Liam le quemaban a través de la camisa.

—Estás loco si crees que voy a permitir que salgas de esta cama —exclamó el irlandés entre dientes.

El carraspeo que escucharon proveniente de la garganta de Hunter hizo que ambos le miraran a la vez.

—Veo que tenéis mucho de qué hablar y, francamente, necesito descansar. Así que, si te vas a quedar esta noche con él —dijo Hunter dirigiéndose a Liam y señalando después a Dave—, será mejor que me retire. Mañana por la mañana vendré a verte y a traer a Jane. En cuanto se entere de lo que ha pasado no habrá quien la detenga —continuó Hunter con una mueca.

Sathfolk se levantó y Liam le siguió para acompañarlo, no sin antes lanzarle una mirada amenazadora a Dave para que no se moviese. El rubio escuchó a Hunter y Liam intercambiar varias palabras en la otra habitación, pero desde donde se encontraba era imposible entender lo que decían. Esos minutos los aprovechó para echar las sábanas a un lado y sacar los pies de la cama. Estaba vestido, salvo por la chaqueta, la cual debían haberle quitado al acostarlo. Se levantó descalzo apoyándose en el respaldo de la cama, comprobando si podía sostenerse sin marearse. Cuando se sintió seguro acertó la distancia hasta la otra habitación, lentamente, con pasos pequeños, presionándose el costado cuando una punzada le hizo contener la respiración. Connolly estaba cerrando en ese instante la puerta y al volverse y verlo allí un ramalazo de rabia y otra cosa que Dave no llegó a comprender cruzó por sus preciosos ojos color miel. Era increíble cómo esos ojos enmarcados en unas pestañas tan largas y rizadas, que podían expresar tanto, en tan corto espacio de tiempo le habían hecho querer perderse en ellos cada vez que le miraban. En una cara tan masculina, adquirirían una belleza sin igual.

—Te mataría ahora mismo —dijo Liam acercándose a Dave, mientras este aprovechaba esos instantes para apoyarse en uno de los brazos del sillón.

—Estoy bien, Liam, no soporto más estar en esa maldita cama, y quiero darte algo —continuó el rubio con una pequeña sonrisa.

Connolly vio el cansancio en sus ojos de felino, los surcos oscuros bajo ellos y su rostro más pálido de lo normal y maldijo en voz alta.

—Vas a meterte en esa cama ahora o te llevaré yo a la fuerza —amenazó Liam con fiereza.

—No —contestó Dave con determinación—. No hasta que te dé tu regalo.

Liam le miró como si se hubiese vuelto loco.

—¡Eres el hombre más tozudo, exasperante y malditamente egoísta que conozco! —gritó Liam enfadado—. ¿Cómo se te ocurre ponerte a hablar de regalos después de lo que has hecho esta noche?

—¿Qué se supone que he hecho? —preguntó Dave con expresión seria mirándole fijamente a los ojos.

—¿Que qué has hecho? ¡Ponerte en peligro, maldito bastardo! Podrían haberte matado y entonces, ¿qué? —preguntó Liam encarando a Dave fuera de sí.

Dave le miró fijamente, y lo que Liam vio en sus ojos le hizo arrugar la frente.

—Sí, puede que sea el egoísta más grande del mundo, pero cuando mi mejor amigo, el prometido de Jane y el hombre del que estoy enamorado se meten en un almacén con un asesino y sus hombres, no puedo quedarme de brazos cruzados.

Liam dio un paso atrás cuando escuchó sus palabras, como si lo hubiesen golpeado.

—¿Qué has dicho? —preguntó Liam con apenas voz.

—Puedes enfadarte, puedes llamarme egoísta o darte la vuelta e irte, pero eso no cambiará que si tuviese que volver atrás haría una y mil veces lo mismo. No estaba dispuesto a perderte en ese almacén —continuó Dave evitando responder a la pregunta de Liam.

—Repite lo que dijiste antes —pidió Liam tragando saliva.

Dave se puso en pie, dejando el apoyo del sofá, y dio varios pasos hasta llegar al gran ventanal que había al fondo de la habitación, sacando de detrás de una de las pesadas cortinas algo de gran dimensión cubierto con un paño blanco. Lo dejó en el suelo con dificultad por el dolor del costado y lo apoyó en la pared antes de volverse hacia Liam.

—Hunter me dijo que mañana es tu cumpleaños. Abre tu regalo y repetiré lo que quieres escuchar. Lo prometo. E incluso me iré a la cama sin rechistar —dijo Dave con una sonrisa sesgada.

Connolly quería matarlo en ese preciso instante.

—Maldita sea, Dave: repite lo que has dicho antes —exigió Liam acercándose a él.

—Abre el regalo primero —respondió, y esta vez había una súplica en su tono que hizo que Connolly no pudiese negarse.

Liam estaba intentando controlar lo que las palabras de Herdford le habían provocado. Sentía que se abrasaba, le costaba respirar y no podía, no podía dejar de mirarle. Apretando la mandíbula y con un esfuerzo sobrehumano pasó por su lado para destapar el regalo.

Cuando el paño blanco dejó al descubierto lo que Herdford quería darle, la espalda de Liam se tensó como si todo su cuerpo se hubiese quedado paralizado.

Dave esperó lo que le pareció una eternidad hasta que Connolly se dio la vuelta. Estaba conmocionado y Dave habría jurado que sus manos temblaban ligeramente.

—Dave... No puedo... Yo no... no puedo aceptarlo —dijo Connolly con la voz quebrada al final.

Dave miró el cuadro de *La niña bajo la lluvia*. Un cuadro que jamás había considerado vender, por más dinero que le habían ofrecido a lo largo de esos años. Aquella obra significaba mucho para él.

—Ese cuadro es parte de mí, puse mi corazón en cada pincelada así que es tuyo. Del hombre del que estoy perdidamente enamorado. Del hombre al que amo.

Un gruñido casi animal surgió de la garganta de Liam antes de que en dos zancadas acortara la distancia que le separaba de Dave, pusiera sus manos en las mejillas del rubio y devorara sus labios como si no hubiese un mañana. Fue duro, urgente, cargado de una necesidad vital nacida de su alma torturada, y Dave se lo entregó todo. Abrió sus labios y dejó que Connolly tomara lo que quisiera. Liam enredó los dedos en su cabello como había deseado hacer desde que lo viera por primera vez y ahondó aún más en el beso, saqueando su boca, torturando sus labios, mordiendo su tierna carne, reclamando lo que era suyo; porque, maldita sea, Dave Herdford era suyo, ahora y siempre. Sintió una de las manos de Dave en su mejilla y la otra en su cintura y supo que ya no podría respirar sin él, ya no podría seguir viviendo sin ese hombre. El beso se fue tornando más lento, degustando con agonía cada sorbo de aliento, el sabor único del rubio que gimió entre sus manos, haciendo que Liam casi perdiera la cordura.

El separar sus bocas fue una necesidad más que una opción cuando Liam rompió el beso, apoyando su frente en la de Dave, ambos respirando agitadamente, faltándoles el aliento. El corazón les latía a una velocidad vertiginosa y, sin embargo, el eco de la pasión, de las palabras que resonaban aún en la estancia, era lo único que parecía importar en ese instante.

—Estás temblando —dijo Dave casi en un murmullo abrumado por sentir bajo sus manos cómo el cuerpo de Liam se estremecía.

Un pequeño quejido ronco salió de la garganta de Connolly.

—Es lo que tú me provocas: me haces temblar, y que Dios te ayude, Dave Herdford, porque yo también te amo, tanto que esta noche, cuando te vi, lo único en lo que podía pensar era en que si te

pasaba algo no podría soportarlo. Y cuando te desmayaste... Jamás vuelvas a hacerme algo así, ¿me escuchas? Jamás. Tú eres mi vida, lo eres todo.

Una lágrima cayó por la mejilla de Herdford y Liam arrugó el entrecejo levemente al verla. Se apresuró a limpiarla con su dedo pulgar y borrar la huella de su piel.

—Te ha costado decirlo, ¿eh? —preguntó Dave mirando a Liam con los ojos empañados y la sonrisa sesgada que tanto había llegado a amar.

Connolly vio los ojos de Dave, colmados de un amor del que francamente no se consideraba merecedor, pero que tomaría sin hacer preguntas, sin cuestionar por qué la vida lo había puesto en su camino. Él sí era lo suficientemente egoísta y desprovisto de principios como para no renunciar a Dave, jamás. Era suyo de una forma que nada ni nadie podría arrebatarse.

Liam tocó su cabello rubio con reverencia y le miró con una intensidad que hizo que Dave contuviese el aliento.

—Jamás tendrás que volver a hacer esa pregunta, porque pienso demostrarte cada día, con cada parte de mí, que soy irrevocablemente tuyo, lord Herdford —dijo Liam que, besándole de nuevo, de forma lenta y profunda, empezó a enseñarle cómo pensaba cumplir su promesa.

CAPÍTULO XXVII

Fueron invitados a cenar en la casa del duque de Argoll. Él y Emma se habían casado una semana antes en una ceremonia íntima a la que solo acudieron Hunter y Jane, Connolly y un convaleciente Dave Herdford. Fue una ceremonia preciosa, seguida de una comida elegida con exquisito buen gusto. La celebración no se extendió mucho más debido a la salud del duque. Aunque los médicos en su última valoración habían sido más optimistas en cuanto al tiempo que le quedaba, pues su enfermedad parecía haberse estancado, seguía siendo frágil y los excesos no eran convenientes. Así que, en parte por esa razón y en parte para celebrar que Hunter y Jane habían hecho público que se casarían en tres semanas, Argoll organizó aquella velada.

Tras la cena, en una de las salas contiguas, Hunter jugaba con su abuelo una partida de ajedrez con la que llevaban varios días, mientras Jane y Dave, cerca de ellos, hablaban animadamente y les miraban jugar. Emma estaba sentada en uno de los sillones que había a lo largo de la estancia, un poco más apartada, y Connolly se sentó junto a ella.

—La cena estaba deliciosa, Emma —dijo Connolly siguiendo la mirada de la anfitriona, que estaba pendiente de Argoll y los demás.

—Muchas gracias, Liam. Lo mejor ha sido vuestra compañía. Tanto a Henry como a mí nos gustaría que vinierais todas las semanas un día, a comer o a cenar. Sois nuestra familia. Nos gusta teneros cerca —dijo Emma con una sonrisa que se tornó un poco más seria cuando desvió su mirada, esta vez a Herdford, que en ese instante se reía de algo que le había dicho Jane.

—Dave parece estar mucho mejor, pero le conozco lo suficiente para saber que sería capaz de disimular toda una noche para no preocuparnos, así que, dime: ¿de verdad está bien? —preguntó Emma mirando a Connolly a los ojos.

Liam la miró a su vez.

—Se está recuperando perfectamente —dijo Connolly con convicción.

Liam entendía a Emma. Él mismo había estado muy preocupado por Dave. Después de que lo hirieran se quedó más delgado y los surcos oscuros bajo sus ojos casi fueron una constante. Rodwood les dijo que aquello era normal. Había perdido mucha sangre y la fiebre lo había debilitado. Ni qué decir de la locura de salir de la cama e ir a aquel almacén de mala muerte. Fue un milagro que consiguiera aquel día mantenerse durante tanto tiempo en pie. Sin embargo, día a día, Dave fue mejorando ante sus ojos, quedando apenas visibles los signos de la convalecencia que semanas atrás eran tan evidentes.

—Gracias —dijo Emma mirando nuevamente a Liam y tomándolo por sorpresa al darle un toque cariñoso con su mano en el brazo.

—¿Por qué? —preguntó Connolly.

—Por quererle como se merece, por eso —dijo Emma sin apartar sus ojos de los de Liam, que se abrieron ligeramente ante sus palabras—. Estaba muy preocupada, sobre todo desde Bedfordshire. Allí tuve una conversación con él que me angustió.

Connolly se tensó al instante. Si había algo que Dave le había ocultado y que dañaba al rubio, ambos iban a tener una seria conversación más tarde. Lo de enfrentar las dificultades solo, ocultándoselas a los demás, se había acabado.

—¿Puedo preguntar el motivo? —preguntó Liam frunciendo el ceño.

Una pequeña sonrisa afloró a los labios de Emma.

—Tú. El motivo fuiste tú.

Liam hizo una mueca de dolor, sin entender a qué se refería Emma.

—El día que se cayó del caballo, yo estaba preocupada. Había visto algo en sus ojos que no me dejaba tranquila. Esa noche hablé con él. Me contó lo del accidente, pero yo sabía que había algo más.

—¿Te contó que nos peleamos? —preguntó Liam y, aunque Dave había estado en todo su derecho de contárselo a Emma, aquel suceso todavía le resultaba doloroso. Todo lo que le dijo a Dave fue imperdonable.

Emma le miró frunciendo el entrecejo.

—Me dijo que malinterpretó tus sentimientos, que le diste un puñetazo y que dejaste las cosas claras.

Connolly tragó saliva, sabía que Dave no tenía secretos para Emma o Jane.

—Entiendo que estuvieses preocupada por eso. No tiene perdón lo que dije e hice ese día.

Emma negó con la cabeza.

—No voy a negarte que, en aquel momento, cuando me dijo esas palabras, no estabas entre mis personas favoritas, pero no fue eso lo que me angustió.

Por su gesto, Liam no parecía comprender a qué se refería.

—Me caíste bien desde el primer momento en que te conocí, Liam Connolly. Conozco a Dave desde que era un niño, y sé lo que hay debajo de sus expresiones, y cuando me di cuenta de cómo te miraba, alabé su buen gusto.

Connolly esbozó una espontánea sonrisa.

—Sabía que sentía algo por ti, pero esa noche, cuando se lo pregunté y me miró, lo supe al instante. Lo que vi en sus ojos... Dios, jamás lo había visto antes. Y entonces le pregunté lo que para mí ya era obvio, si estaba enamorado de ti. ¿Y sabes qué me respondió?

Connolly negó con la cabeza mirando fijamente a Emma con un nudo en el pecho.

—Me miró y me dijo: «tanto que duele».

Liam sintió que sus manos temblaban ligeramente. A pesar de que habían pasado dos semanas desde que ambos se dijeron lo que sentían, dos semanas maravillosas, todavía tenía miedo de despertar un día y que todo fuese una broma cruel del destino. En su fuero interno, aún le costaba creer que Dave fuese suyo.

—Dave ya había sufrido suficiente, no quería que también supiese lo que era perder al amor de su vida y tener que vivir con ello. Sin embargo, no ha sido así, y por eso tengo que darte las gracias. Jamás le vi tan feliz, jamás —dijo Emma con una sonrisa radiante.

—Créeme si te digo que el afortunado soy yo. Nunca he conocido a una persona con esa capacidad de amar —dijo Connolly, y sus palabras estaban impregnadas de toda la fuerza de sus sentimientos—. Ya no tendrás que preocuparte más, Emma. No pienso perderlo de vista, antes moriría que dejar que volviera a sufrir.

Emma asintió emocionada.

Un pequeño escándalo de voces hizo que ambos dirigieran su mirada hacia el mismo sitio.

—Abuelo, por el amor de Dios, mueve alguna de las piezas antes de que me duerma aquí mismo —dijo Hunter alzando una ceja.

—En el ajedrez no hay que precipitarse. Nunca, ¿verdad? —dijo Argoll mirando a Jane y a Dave, sobre todo a este último que, disimuladamente, con los dedos, hizo varias señas que Hunter no pudo ver al encontrarse de espaldas a él.

Emma sonrió ampliamente desde la distancia al ver la escena y Connolly no pudo evitar reírse.

Jane miró a Emma y a Connolly y les guiñó un ojo.

Argoll se decidió a mover el caballo en una jugada magistral que dejó a Hunter sin opción.

—Jaque —dijo el duque orgulloso.

Hunter miró a su abuelo que en ese momento, con una sonrisa de suficiencia, miraba a Dave asintiendo, y se dio cuenta.

—No lo puedo creer. ¿Has hecho trampas, abuelo? —preguntó Hunter indignado. Argoll, borrando la sonrisa de sus labios, aunque no el brillo travieso de sus ojos, no pudo contestar a eso sin decir una flagrante mentira.

Hunter apuntó con el dedo a su abuelo y se volvió buscando explicaciones a Dave.

—¿No te da vergüenza, Herdford? —preguntó Hunter con la ceja alzada.

—No sé de qué hablas, Sathfolk. Claramente te acaban de dar una paliza y te está costando asimilarlo —dijo Dave mirando a Argoll. El duque ya no pudo aguantar la carcajada que venía conteniendo desde que Hunter lo había pillado.

Emma suspiró satisfecha, allí, rodeada de todos a los que amaba, intentando retener en su mente sus risas, sus expresiones de felicidad, la musicalidad de sus voces, el brillo de sus ojos, para poder recordarlas más tarde. Nunca se había sentido tan feliz, nunca se había sentido tan en casa como en ese instante.

Jane miraba nerviosa la puerta de la habitación. Era increíble que, después de todos los nervios de los días previos y los de esa mañana, el día de su boda, tras tantas horas transcurridas, aún siguiese teniendo energía para que estos continuasen jugándole una mala pasada.

La boda había sido preciosa, y eso que ella apenas había sido consciente de su desarrollo. Había permanecido en una especie de sueño desde que se levantó. Recordaba haber estado en la iglesia, recordaba haber tenido a Dave a su lado, y recordaba a Hunter frente a ella, tan atractivo que le había robado el aliento.

También, desafortunadamente, se acordaba de la risa de los asistentes cuando el cura tuvo que decirle a Jane que no valía con asentir con la cabeza, que debía dar su consentimiento en voz alta. Así que, cuando procedió a hacerlo, desgraciadamente, en vez de un «sí» sus labios soltaron un graznido nada femenino. Hunter alzó una ceja, y los demás no disimularon la gracia que les había provocado. En ese instante sus pensamientos no fueron muy piadosos que digamos respecto al resto de los presentes.

Una pequeña comida en casa del duque siguió al enlace, y fue entonces cuando Jane intentó relajarse pensando que todo, desde ese instante, sería más fácil, pero no tuvo tanta suerte. Hunter había decidido torturarla con lo que pasaría esa misma noche. Una mirada intensa del que ya era su marido tuvo la culpa.

—No me mires así —dijo Jane cuando Hunter se acercó a ella después de dejar a Banner y a su mujer, Alice, que junto a Dave y a Connolly conversaban al otro lado del salón.

—¿Cómo te he mirado? —preguntó Hunter como si no hubiese roto un plato.

—Como si yo fuese el pastel de carne y el besugo que hay encima de la mesa y tú estuvieras esperando para comértelo —dijo Jane entre dientes.

Hunter sonrió travieso y Jane supo que lo que iba a decir no le gustaría, a juzgar por el brillo pícaro que vio en sus ojos.

—Cariño, el besugo no tiene nada que hacer a tu lado y, claramente, el pastel de carne está un poco soso para mi gusto, pero no te equivocas al pensar que estoy deseando degustar cada centímetro de ti.

Jane miró a todos los lados por si alguien había escuchado esas palabras, porque sin duda ella se había puesto roja como la grana al oírlas.

—Has perdido el juicio —dijo Jane entre dientes.

Estaba enfadada y avergonzada, pero no podía mentirse a sí misma ignorando que había sentido arder su cuerpo al oír a Hunter relatar lo que quería hacerle. La sensación, la necesidad de algo que desconocía, pero que se arremolinaba en la parte inferior de su vientre, fue devastadora y la dejó sin aliento.

—Me temo que no, lady Sathfolk. Esta noche, en nuestro cuarto, en nuestra cama, voy a hacer que esas pecas por fin salgan ardiendo.

Jane estuvo tentada de echarle a la cara el vaso de agua que tenía en esos momentos en las manos por si así se le pasaba el delirio a Hunter.

—Si sigues diciendo cosas como esas, este va a ser el matrimonio más corto de la historia, Hunter lo-que-sea... —dijo Jane nerviosa, intentando acordarse de los demás nombres y apellidos de su marido.

Hunter soltó una carcajada antes de acercar su cara a ella más todavía, tanto que Jane sentía su respiración junto a su oído.

—Te quiero, Jane, como jamás pensé posible, pero esta noche serás toda mía.

Jane sintió un escalofrío recorrer su columna. El tacto dulce, casi reverencial, de Hunter, le recorría el antebrazo en una caricia. Miró a los ojos de su marido antes de esbozar una sonrisa.

—Eres hábil, Hunter, mucho, pero ya deberías saber que yo soy impredecible. No lo olvides —dijo Jane antes de darse media vuelta—. Ah, y... —dijo volviendo la cara— yo también te quiero —finalizó en casi un susurro mirando fijamente a Hunter, viendo como un sentimiento tan intenso que amenazó con devorarla allí mismo ardía con fuerza en los ojos gris humo de su marido.

Y todo eso había sido unas horas atrás, cuando pensaba que la noche estaba todavía lejana y que las palabras de Hunter habían sido solo una forma de provocarla. Ahora que todo había terminado, que los invitados se habían ido a sus casas, que su tía Amy estaba instalada en una de las habitaciones de esa gran casa en la que Hunter vivía y que sería su nuevo hogar, y después de que ella fuese a la habitación que compartía con Hunter, se sentía como un animal enjaulado. Se había desvestido a toda prisa y colocado su camisón, ya que sabía que Hunter no tardaría en aparecer. Él quería subir con ella, pero cuando la señora Rodman le dijo que tenía que comentarle algo, Jane se apresuró a correr escaleras arriba mientras le decía que no tuviese prisa, que ella lo esperaría arriba. Pensó que si se adelantaba tendría ventaja, pero eso era una verdadera estupidez. Lo mirase por donde lo mirase, ella no tenía ningún tipo de experiencia y, por una vez en su vida, iba a tener que dejarle todo el control a otra persona para que la enseñase. Y eso la estaba matando lentamente.

La puerta se abrió de repente y Hunter entró cerrándola tras de sí. Jane intentó mantener la calma. Cogió su cepillo para el pelo, el que había colocado antes sobre el tocador y, como si no hubiese un mañana, empezó a cepillarse el pelo, que se había dejado suelto, con auténtico brío. Una sonrisa asomó a los labios de Hunter cuando la vio hacerlo.

—Jane, me gusta mucho tu pelo, adoro cada milímetro de él y no me gustaría que te lo arrancases de cuajo esta noche, por favor —dijo Hunter, que se acercó a ella dejando la chaqueta

en una de las sillas.

Jane dejó el cepillo y levantó el mentón.

—Vale, estoy un poco nerviosa. Ya puedes reírte de mí.

La expresión de Hunter cambió a una más seria. Sin embargo, la calidez, la ternura que había en sus ojos al posarse en ella la tranquilizó como ninguna palabra hubiese sido capaz de hacerlo.

—Jamás me reiría de ti. Yo también estoy nervioso —dijo Hunter mirándola fijamente.

Jane pensó que debía tomarla por estúpida si pretendía que creyese eso.

—¿No me crees? —preguntó Hunter tomando una de las manos de Jane y llevándola a su pecho. Jane sintió el corazón de Hunter bajo las yemas de sus dedos a un ritmo vertiginoso—. Es mi primera vez contigo, mi primera vez con alguien de quien estoy perdidamente enamorado, mi primera vez con la mujer a la que amo.

Jane tragó saliva al escuchar sus palabras y otra pequeña parte de su nerviosismo salió volando por la ventana.

—Estás preciosa, fierecilla —dijo Hunter aún con la mano de Jane junto a su corazón, alargando la suya para enredar los dedos en el cabello de Jane, como había deseado desde que abrió la puerta y la vio solo con el camisón y el pelo suelto hasta la cintura. La visión fue tan tentadora que tuvo que controlarse como nunca en su vida para no tomarla entre sus brazos y hacerla suya en ese preciso instante. Sabía que Jane estaba nerviosa, pero él tampoco le había mentido. Tenía mucha experiencia, sabía cómo complacer a una mujer, pero jamás había hecho el amor con una a la que amase.

—Tú también estás muy guapo. En la comida había muchas damas que no te quitaban los ojos de encima —dijo Jane, y el tono algo molesto vibró en sus palabras, mientras inclinaba la cabeza hacia la mano que Hunter tenía entre sus cabellos. Él estaba haciendo algo con sus dedos que la hacía sentir de maravilla.

—No sabía que fuese tan posesiva, lady Sathfolk. No debe preocuparse, porque soy todo suyo —dijo Hunter muy cerca de sus labios.

Jane, que había cerrado un instante los ojos cuando sintió que Hunter presionaba en algún punto de su cuello arrancándole casi un gemido de placer, los abrió de repente enlazando sus ojos con los de Hunter.

—¿Todo mío? —preguntó Jane con una firmeza en la voz que antes no sentía.

Hunter frunció el entrecejo.

—Por supuesto, Jane, siempre seré...

Las palabras que iba a pronunciar Hunter murieron en su boca cuando Jane alzó su otra mano y, junto a la que tenía apoyada en el pecho de Hunter, la bajó hasta el filo de la camisa de su marido. Con una mirada ahora un poco más titubeante comenzó a subirla para quitársela por la cabeza.

Jane se deleitó con la visión del cuerpo de Sathfolk cuando la camisa tocó el suelo. Como si Hunter fuese a quemarse si lo tocaba, con un tacto tan delicado que en la piel parecía el toque de una pluma, Jane deslizó la yema de sus dedos por el abdomen de Hunter. Sus músculos duros se estremecieron bajo su contacto y Jane, sin saberlo, sonrió, volviéndose más audaz. Le había gustado demasiado ver lo que su roce le provocaba a Hunter, y más cuando le miró a los ojos y vio su vista empañada por un deseo intenso que esta vez, en lugar de causarle cierto temor o nerviosismo, le provocó un anhelo voraz. Su curiosidad se avivó de una forma imparable y sus dedos siguieron su camino hasta el pecho de Hunter. Involuntariamente, como si ella no tuviese ningún dominio sobre lo que su mano hacía, deslizó los dedos hasta casi rozar el pezón de su esposo, parando en el acto cuando una idea loca, un deseo instintivo, se adueñó de su mente.

Hunter no se movió ni un ápice, dejándola a su antojo, demostrándole que en verdad era suyo y que no tenía nada que temer de él. Así que Jane, embriagada de ese poder que estaba descubriendo y llevada por ese loco impulso que se había adueñado de su interior, acercó su boca al pezón de Hunter y lo chupó. El gruñido que salió de los labios de su esposo y la dureza que adquirió el pequeño botón de carne en la lengua de Jane, la hicieron temblar.

A Hunter jamás nada le había excitado tanto como el tacto de la lengua de Jane sobre él. Había visto la curiosidad y el deseo oscurecer los ojos azules de su esposa hasta un punto de parecer casi negros, y no había nada que él quisiera más que darle a ella la libertad de explorar su cuerpo a su antojo, pero maldita fuera si seguía así, con esa mezcla de inocencia y de sensual curiosidad iba a matarlo allí mismo. Sin poder evitarlo, su mano, que estaba enredada en los cabellos de Jane, apretó los mechones y cuando su esposa arremolinó su lengua por su sensible pezón y lo mordisqueó todo su autocontrol se hizo trizas.

—Si quieres torturarme lo estás consiguiendo —dijo Hunter con salvaje intensidad, separándose de Jane, quitándole el camión con un solo movimiento y tomándola en brazos. Los ojos algo agrandados de su esposa se clavaron en los de él cuando al depositarla sobre la cama, Hunter terminó de desnudarse tan rápido que Jane no pudo ni siquiera tomar aliento antes de que se reuniera de nuevo con ella en la cama cubriendo su cuerpo con el de él.

Jane tenía la respiración agitada y su corazón cabalgaba en su pecho como un potro salvaje cuando sintió la piel contra piel, y a Hunter sujetándose con sus antebrazos para no imponer su peso sobre ella, mirándola como si no hubiese nada que deseara más en este mundo.

—¿Confías en mí? —preguntó Hunter y su voz era un ronco susurro.

Jane subió una mano hasta su mejilla y, siguiendo el recorrido de la cicatriz de Hunter, recogiendo un mechón de pelo que ocultaba parte de la mejilla de su esposo, asintió mientras le miraba a los ojos.

—Siempre —dijo con absoluto abandono.

La sonrisa que asomó a los labios de Hunter le produjo escalofríos por todo el cuerpo antes de que los labios del hombre que amaba se posaran sobre los suyos, devorándolos. Cuando Jane abrió su boca para permitirle entrar, instintivamente abrió sus piernas, dejando que Hunter se acomodase entre ellas como si ese fuese su sitio natural.

El roce de sus cuerpos y la mano de Hunter que recorrió uno de sus costados mientras la boca de Sathfolk intentaba saciarse con sus carnosos labios y el baile de sus lenguas, hizo que Jane gimiera y arqueara su espalda hacia él, necesitando estar más unida de lo que la fricción de sus cuerpos le estaba proporcionando. Cuando Hunter dejó su boca, abandonándola casi sin aliento, besó su cuello con una lentitud que la enloqueció. Las manos de Jane se movieron hasta la espalda de Hunter y se quedaron paralizadas cuando la boca de Hunter bajó hasta su pecho y, cubriéndolo, succionó su pezón. Jane jadeó mordiéndose el labio, creyendo que moriría de placer en ese instante, pero cuando sintió una de las manos de Hunter en el mismo centro de su feminidad, tocando los pliegues de su carne, separándolos y rozando el pequeño botón que lo culminaba, prácticamente gritó su nombre mientras Hunter seguía torturando sus pechos, degustándolos sin descanso.

Jane enterró los dedos en la espalda de Hunter cuando su cuerpo la llevó al borde de un precipicio. Su respiración agitada, su cuerpo entregado a lo que quisiese hacerle Hunter, sin voluntad, sin piedad, se arqueó gritando cuando sintió que caía por ese precipicio y se fracturaba en mil pedazos. Su cuerpo quedó preso del delirio, y por unos instantes sintió que había muerto. Cuando su corazón pareció estabilizar su ritmo frenético y sus ojos velados se anclaron en los de

Hunter, notó la presión en su entrada. Lentamente sintió la invasión dentro de su cuerpo, estirándola hasta que pensó que no podría resistirlo. Y entonces Hunter la besó, reclamando su boca con el mismo ímpetu que reclamaba su virginidad, bebiendo de los labios de Jane el ronco gemido que la embestida que lo enterró completamente en ella provocó.

—¿Hunter...? —preguntó Jane, y en su voz había un deje de dolor.

—Tranquila, mi amor. No te muevas. El dolor pasará —dijo Hunter rogando que fuese así, porque todo su cuerpo necesitaba enterrarse en ella una y otra vez.

Hunter volvió a besarla, de forma lenta, sensual, y Jane gradualmente se fue perdiendo en ese beso, hasta que el dolor que había capturado todos sus sentidos se fue difuminando. Las manos de Jane se movieron por la espalda de Hunter y cuando este se movió un poco, saliendo de ella apenas para volver a entrar de forma lenta y suave, Jane, de forma involuntaria, jadeó cerrando los ojos. Esa fue la señal para Hunter, que empezó a moverse con más ímpetu, embriagado de un placer que lo estaba matando. Cuando sintió las manos de Jane al final de su espalda, bajándolas hasta sus glúteos y apretándolos hacia ella, acompañando cada movimiento de las caderas de Hunter, Sathfolk perdió la razón. Los movimientos, las embestidas, se volvieron urgentes, duras, viscerales, y cuando Jane empezó a temblar descontroladamente entre sus brazos gritando su nombre una y otra vez, Hunter se ahogó con un ronco gemido en el más absoluto y salvaje placer que había experimentado jamás.

Ninguno de los dos pudo moverse, jadeantes, sin fuerzas, saciados, hasta lo que parecieron horas más tarde, cuando Hunter cambió de posición llevándose a Jane con él entre sus brazos.

—Si esta es la forma en que vas a desquitarte por haberte tirado la jarra y el libro, te advierto que, de ahora en adelante, voy a ser muy mala —dijo Jane con los ojos cerrándose por el cansancio y el sueño.

Hunter rio, besando y acariciando el pelo de su esposa, de esa mujer maravillosa que había zarandeado su mundo desde el primer día que la conoció, y que le sorprendía a cada paso.

—Te quiero, Jane —susurró Hunter cuando la respiración suave y regular de su esposa le confirmó que esta se había quedado dormida.

La estrechó aún más entre sus brazos. Necesitaba su contacto, necesitaba rozar su piel y envolverse en su aroma. Jamás pensó que el amor fuese eso, y ahora que lo conocía, ahora que lo había encontrado, solo deseaba que durara toda la eternidad.

EPÍLOGO

Connolly atrajo más hacia sí el cuerpo dormido de Dave, metiendo su cara entre los cabellos del rubio y su cuello, inhalando su aroma y besando su piel. Apretó el abrazo que, desde atrás, mantenía a Dave completamente pegado a su cuerpo. Había sido un iluso al pensar en el pasado que lo que sentía por aquel hombre se diluiría con el tiempo si se mantenía alejado de él. Ahora sabía que jamás podría separarse de Herdford a no ser que la muerte lo reclamase. Llevaban juntos más de un mes, y cada uno de sus días había sido un regalo y cada noche un sueño hecho realidad, donde ambos se entregaban mutuamente al deseo, a la pasión desmedida y a un amor que los consumía y los revivía a parte iguales.

Connolly sonrió levemente al recordar cómo sorprendió a Dave al contarle que había comprado el edificio donde vivían y que por tanto ambos eran los dueños. Los únicos inquilinos entre aquellos muros.

Liam pasaba sus mañanas en la naviera, y Dave pintando en el piso que tenía en la segunda planta, prácticamente un estudio. Por las tardes, cuando Connolly llegaba, se pasaba horas viéndole crear, hablando de banalidades, desafiando al mundo convencional, riéndose de anécdotas pasadas y del devenir diario, con caricias y miradas que lo decían todo. Y al llegar la noche las caricias daban paso al entramado de sus cuerpos, hasta que llegaba el alba sorprendiéndolos uno en brazos del otro.

Liam jamás pensó que la vida le ofrecería la oportunidad de ser feliz, de estar completo, de sentirse saciado hasta un punto en el que nada más importaba. Solo verle, observarle, aspirar su aroma, rozar su piel, y el mundo volvía a tener sentido. El mundo cruel y vengativo que hasta entonces había sido su cuna y su sostén se había desdibujado con la presencia de Dave y había desaparecido con su amor, con su entrega.

Amaba a Dave como jamás pensó que podría amar a nadie, y eso a veces le daba miedo a la vez que le hacía ser osado. Esa dualidad que le perforaba por dentro y le robaba el aliento cuando, en una sala llena de gente, atisbaba su perfil a lo lejos. Eso bastaba para hacerle caer de rodillas.

Las pesadillas de Herdford, esas que había descubierto las primeras noches que durmieron juntos y que le hicieron maldecir a todos los que le habían herido de alguna manera, fueron desapareciendo. Cuando Dave se despertaba empapado en sudor y con el dolor velando sus ojos, Connolly le hacía olvidar haciéndole el amor lentamente, demostrándole con su cuerpo y sus palabras que era todo suyo, y jurándose a sí mismo que nunca más habría lágrimas en la lluvia.

AGRADECIMIENTOS

A mis lectoras, sin ellas nada sería posible. Gracias por vuestras muestras de cariño y vuestras opiniones. No tienen precio.

A mi marido y a mi hija. Sin vuestro apoyo, ayuda y mimos no habría terminado esta novela.

A mi padre, por su continuo aliento y su fortaleza.

A Nune Martínez que tiene un talento extraordinario y una capacidad innata para saber que quiero antes de saberlo yo misma. Gracias por otra portada maravillosa que me tiene completamente enamorada.

A Violeta Triviño, mi correctora, por sus largas horas de trabajo y sus preciosas palabras.

A Marisa Gallen mi lectora cero y mi amiga. Gracias por tus palabras de ánimo, tu inestimable ayuda, por tus sabios consejos, tu alegría, tu cariño y tu optimismo.

A Lorraine Cocó, por aguantarme. Tienes un mérito increíble, sobre todo cuando entro en bucle cada vez que estoy a punto de acabar una novela. Gracias por darme el empujón necesario para exigirme más, para que me arriesgue y me tire al vacío. Gracias por tus sabias palabras, por tus consejos y por tu amistad incondicional. Gracias por ser mi parabatai. Te quiero corazón.

SOBRE JOSEPHINE LYS

Josephine Lys se graduó en Derecho y se desempeña profesionalmente como abogada; sin embargo, la lectura fue siempre su pasión junto con los viajes y la pintura. Finalmente, el entusiasmo por los libros la llevó por el camino de la escritura y comenzó a imaginar y relatar sus propias historias.

Un disfraz para una dama (2007) fue su primera novela publicada, hoy en día ya un clásico. Su segunda novela, *Atentamente tuyo* (2008) siguió los pasos de la primera. Con su tercer trabajo, *El guante y la espada* (2012), y varias reediciones de sus primeras obras, se consolidó definitivamente como una de las nuevas voces de la novela histórica. Su novela *Corazones de plata* ha resultado finalista en el VI Premio Internacional HQÑ (2017), publicándose en mayo de 2018 de la mano de HarperCollins Ibérica. En 2019 autopublica *El hielo bajo tus pies, No puedo evitar amarte* y *Susúrrale mi nombre al viento*, completando así la trilogía Hermanos McGregor. En 2020 autopublica *Dibuja tu nombre en mi piel* con la que comienza la trilogía Tierras Altas.